BIBLIOTECA POÉTICA

3 1761 07308599 5

POESIAS

Julio Flórez

Garnier Hermanos
Paris

París. - Tip. Garnier hermanos, 6, rue des Saints-Pères.

POESÍAS

DE JULIO ARBOLEDA



LIBRERIA "IBERICA"
— DE —
A. BENITEZ DE CASTRO
Teléf. 21913
G. Mitre 826 - Rosario

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/poesascolecci00arbo


NAVELLIER-MARIE

POESÍAS

DE

JULIO ARBOLEDA

COLECCIÓN FORMADA

sobre los manuscritos originales, con preliminares biográficos y críticos

POR

M. A. CARO

DE LA ACADEMIA COLOMBIANA

PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—

1890


LIBRARY
DEC 12 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
8179
A8A17
1890

NOTICIA BIOGRÁFICA

DE

JULIO ARBOLEDA

I

EDUCACIÓN Y PRIMERA JUVENTUD DE ARBOLEDA

La guerra de emancipación de las antiguas colonias españolas en el Nuevo Mundo fué, generalmente hablando, resultado de larga emulación entre la aristocracia criolla y los gobernantes peninsulares, entre nobles de la *tierra* y de *Castilla;* movimiento de insurrección dirigido á veces, y á veces apoyado en primer término, por ricas familias de sangre española, arraigadas de años atrás en América.

Tal carácter tuvo aquel levantamiento en las principales poblaciones del Nuevo Reino : en Santa Fe de Bogotá, en Cartagena, en Popayán. Entre otras familias distinguidas de esta última ciudad, señalábase por antecedentes honoríficos, por tradiciones de virtud é hidalguía, la de ARBOLEDA (1). Y como unas con otras se relacionasen allí las más conno-

(1) Ya en 1676 el maestro Jacinto de Evia « natural de la ciudad de Guayaquil en el Perú, » dedicando su *Ramillete de varias flores poéticas* (Madrid, Nicolás de Xamares), al licenciado don Pedro de Arboleda Salazar, provisor, vicario general y gobernador del obispado de Popayán, decía en el estilo gongórico de la época : « Bien sabe el mundo que después de haber los Arboledas ilustrado en Francia famosos varones, pasaron á España por retocar con el carmín de sus venas muchos gloriosos blasones, » etc.

tadas, repitiéndose los casamientos entre parientes, pudo JULIO ARBOLEDA, cuando en 1850 perseguido por su *godismo* recontaba los méritos contraídos por su familia para con la causa de la independencia, hacer no pequeña lista de mártires de la Patria que de cerca le tocaban :

« Soy sobrino — decía — de Manuel de Pombo, cuya sangre derramada en la plaza de Bogotá fecundó el árbol de la libertad. Francisco de Ulloa, aquel joven gallardo que murió por la libertad y por su palabra, y cuya digna familia, antes opulenta, ha dejado la República en espantosa mendicidad, era mi primo. Francisco José de Caldas, el varón sabio y justo, á quien mató la tiranía, era mi tío. Antonio Arboleda y los demás hijos de Popayán que padecieron y murieron por la libertad, cuyos nombres son los últimos de gloria con que cuenta esta pobre ciudad perseguida y arruinada, todos eran parientes míos... »

« Yo nací — dice el mismo JULIO — en un desierto, en medio de las selvas incultas que orlan el mar Pacífico. »

En efecto, don Rafael Arboleda con su esposa doña Matilde Pombo y O'Donell, después del triunfo que alcanzó Sámano en el sur de la Nueva Granada, se había refugiado en la mina de Timbiquí, territorio que fué primero de la provincia de Buena-Ventura y después de la de Barbacoas; y de aquel matrimonio, que tuvo dos hijos, JULIO y SERGIO, nació el primogénito en ese rincón del país el 9 de julio de 1817.

Tenía dos años cuando su familia se restituyó á Popayán. Nunca pisó escuela pública. Con la leche mamó los sentimientos cristianos que en su agitada y azarosa existencia siempre se honró de profesar, y en la casa de sus padres recibió las nociones elementales de una educación literaria. Su abuela doña Beatriz O'Donell le enseñó á hablar francés, y su abuelo don Manuel Antonio Pombo (autor de una buena *Gramática latina*), le dió lecciones de ésta y de la castellana, y de principios de geometría.

Don Rafael Arboleda adolecía de una enfermedad grave, contraída noblemente en el desempeño de una comisión importante que le confió su amigo el libertador Bolívar (1). Debía hacer una precipitada y larga jornada, hallábase con fiebres que le impedían marchar, y hubo de cortarlas con un remedio enérgico; de aquí, no sin que él previese y aceptase las consecuencias, le sobrevino la fatal dolencia. Con esperanza de aliviar sus males, hizo don Rafael un viaje á Europa en 1830, llevó consigo á JULIO y confió su educación en Londres á un institutor irlandés católico. No debía tornar á ver el excelente señor Arboleda su suelo natal; agravóse y murió en Pisa en noviembre de 1831.

Continuó el joven payanés su carrera escolar en Inglaterra; hízose dueño de la lengua inglesa hasta el punto de escribir en ella con propiedad y atildamiento, y lucirse en algunos ensayos poéticos; sus estudios de humanidades clásicas fueron tan completos cual suelen hacerse en aquella nación, y en la Universidad de Londres obtuvo el título de Bachiller en Artes.

Sólo una vez, en 1832, estuvo de paseo en París. Pero concluídos sus estudios viajó por Francia é Italia. Enamoróle el país de las artes, aprendió su lengua dulcísima, y cautivóle la lectura de sus poetas, de la cual viven reminiscencias en sus composiciones propias. En una de las correrías que hizo entonces por tierra y por mar, le llevó un temporal inopinadamente á las costas de África, y á vista de Túnez, y acordándose de la antigua Cartago, ensayó la lira castellana.

En 1838 volvió á su patria, y tocando en Cartagena y atravesando la provincia del Chocó, se restituyó á su casa de Popayán. Como ciudadano de una República quiso completar sus estudios clásicos con los conocimientos más

(1) Puede verse su correspondencia con Bolívar en las *Memorias de O'Leary,* tomo IX.

necesarios para ejercitar derechos políticos y desempeñar públicas funciones, y en la Universidad del Cauca (1838-1839) estudió derecho civil y ciencias políticas, al mismo tiempo que dictaba un curso de Literatura.

II

CAMPAÑA DE 1840.

Ocho años hacía que la República disfrutaba de paz y sosiego. Asesinado Sucre y muerto Bolívar en 1830; disuelta Colombia y dividida en tres Repúblicas independientes; proscriptos y alejados de la escena Urdaneta, García del Río y otros ilustres amigos del Libertador; desconcertados los partidarios del mismo caudillo que quedaron en el país, humillados y oscurecidos los civiles, rayados del escalafón, y á las veces perseguidos, como fieras, los militares, el partido boliviano, ó conservador colombiano, quedó postrado, eliminado, y el liberal colombiano fué dueño del poder y gobernó sin contrapeso en Nueva Granada. El general Santander, caudillo de ese partido, conservó el orden durante su Presidencia (1833-1837) como severo ejecutor de las leyes, y honrado y diligente administrador; pero intrigante y cizañero, por otro lado, y en mala hora empeñado en afianzar el poder adquirido en manos de militares ignorantes, notables sólo por su intolerancia, y de medrosa figura por la sombra de una acusación terrible de que no se habían vindicado, no supo asegurar para el porvenir el orden de que era guardián celoso, y sembró semillas de discordia que habían de dar sus frutos apenas hubiese él descendido de la silla presidencial. La elección del ciudadano que debía suceder á Santander en la Presidencia, señaló la hora del combate, y anunció la formación de los

partidos granadinos que asomaban ya dentro del partido liberal colombiano. El general Obando era candidato de Santander, y el doctor Márquez de la oposición : de un lado el militarismo liberal, con todos sus odios y rencores, con el misterioso velo que había echado sobre el asesinato de Sucre, con los honores que osó conceder á los conspiradores de Septiembre; del otro el civilismo ilustrado, inspiraciones de virtud y tolerancia, repudiación del crimen, reconciliación con todos los hombres de sanas intenciones. La violencia banderiza, por una parte, la moderación patriótica por otra, caracterizaban á las partidos nacientes; al que ya desde entonces empezó á usurpar el título de *liberal*, que á todos cobijaba, y al que sólo años después (1849) tomó definitivamente el nombre de *conservador*, dejando los de *oposicionista* y *ministerial* que había llevado según las circunstancias, el primero en la campaña electoral contra Santander, y el segundo en los años de dominación que se siguieron á los triunfos por él alcanzados después en las urnas electorales y en los campos de batalla.

Cuando Julio Arboleda volvió al país, el partido que sostenía al doctor Márquez en competencia con el general Obando había ganado las elecciones con el apoyo de la opinión imparcial (el *silent vote* que llaman los anglo-americanos). Los restos dispersos del bolivianismo (al que habían pertenecido hombres importantes de la familia Arboleda), se adhirieron á la política del nuevo Presidente. El general Santander dirigía la oposición en las Cámaras y en el terreno legal. Él, que siempre se mostró en principio enemigo de las revoluciones; él, que en 1833 sorprendió y castigó con exceso de crueldad un mero y descabellado conato de conspiración, declarando que para acabar con las revoluciones debía exterminarse á los revolucionarios, desaprobaba altamente la apelación á las armas. Mas no estuvo en su mano detener el carro que él mismo había impulsado; y algún tiempo después (1840), teniendo que defender á

sus amigos lanzados en la guerra, trató de paliar el delito de rebelión, y fué entonces cuando un orador insigne, echándole en rostro la contradicción con sus antecedentes, le hirió de muerte, literalmente, con el fulminante recuerdo de las sangrientas ejecuciones de 1833 y 1834.

Obando mismo, aunque revolvía con mal disimulado encono el desaire que había padecido, parece que no ideaba plan serio alguno de rebelión, y aguardaba que el tiempo en sus vueltas le trajese por un modo ú otro la ocasión de tomar venganzas, como las que ya ejercitó en su breve dictadura de 1831. Obando gozaba de popularidad en algunas provincias del sur, tierra volcánica y engendradora de tempestades políticas; y era allí donde había de hacer pie su ambición de imperio. Nuestro JULIO, joven de veintiuno á veintidós años, de acuerdo con su amigo el señor Jaime Hurtado, fundó por entonces una sociedad intitulada *Filológica* (1) que contó en su seno hasta setenta miembros : allí la flor de la juventud payanés : Sergio Arboleda, Vicente Cárdenas, Cenón Pombo, Francisco Zarama, José Joaquín Mera, Enrique Arroyo, Manuel María Luna, Miguel y Manuel de Jesús Quijano. Bajo el objeto aparente que indicaba su nombre, proponíase la sociedad fomentar la opinión en favor de las ideas de orden y en sostén de la legitimidad, y prevenir y cautelar las poblaciones del sur contra el militarismo y dañinas tendencias de Obando y sus amigos. Harto hubo de sentir este general la influencia de la Sociedad Filológica, primero en las elecciones y después en el conflicto de las armas.

La primera perturbación del orden que ocurrió en la apartada ciudad de Pasto fué un alzamiento popular y religioso ajeno del todo á la lucha instaurada entre los nuevos partidos políticos de la Nueva Gradada. Una ley acordada

(1) Más de una sociedad hubo de este nombre en Bogotá desde 1824 : la última fué de conspiradores en 1828.

sin discusión en el Congreso, con votos de uno y otro partido, y con arreglo á otra anterior de la Constituyente de Cúcuta, suprimió ciertos conventos menores. Habíalos en Pasto, y el vecindario de esa ciudad, fiel á sus creencias religiosas no menos que á sus tradiciones bélicas, levantóse en masa encabezado por el padre Villota, del Oratorio, protestó que se opondría á la ejecución de la ley, y obligó á la guarnición á firmar un convenio que ponía á la muchedumbre en condición de beligerante contra el gobierno de la República.

La ciudad de Pasto había sido realista y sostenido la guerra contra los republicanos con tenacidad heroica. Obando había militado en Pasto como guerrillero realista, y todavía después de la batalla de Boyacá guerreaba en aquellas breñas con el grado de teniente coronel. No pocos realistas, amigos y compañeros de Obando, al pasar á las filas de los independientes, habían creído conservarse en cierto modo leales á su antigua filiación haciendo guerra al Libertador, alistándose en el partido liberal y revolucionario. Iban guiados, los que así procedían, por las inspiraciones del odio y los rencores personales, no por la lógica de los principios. No faltó algún antiguo realista en la conspiración de Septiembre, y creíase no sin fundamento que antiguos realistas del Cauca habían sido los instrumentos elegidos por los liberales demagogos de Bogotá para realizar el nefando proyecto que cortó prematuramente en la montaña de Berruecos la vida del mariscal Sucre.

Obando, que tenía amigos en el campo de los facciosos, no se prometió por el pronto sino un provecho indirecto de la rebelión, haciendo entender que él era el único hombre capaz de reducir á los insurrectos, y pretendiendo que se le nombrase con tal objeto comandante del sur. Ya se imaginaba con el renombre de Pacificador, mejorar los títulos que no renunciaba y pretendía hacer valer ante la opinión, á la presidencia de la República, en la próxima elección, ya

que en la anterior la mayoría de sus conciudadanos no le había favorecido.

Pero la providencia (algunos han dicho la casualidad) encaminó las cosas de otra manera; y fué el caso que en esa coyuntura, por una circunstancia de aquellas que se hurtan á toda previsión, vinieron á descubrirse en el hueco de una empinada roca nunca visitada de alma viviente, unas cartas de Obando y de Antonio Mariano Álvarez, á la sazón proclamado jefe militar del alzamiento pastuso, que aparejaban al uno y al otro gravísima responsabilidad en el asesinato del mariscal Sucre. El general Herrán, comandante constitucional en el sur, temiendo por interés de la paz pública las consecuencias que se seguirían de renovar ese negocio criminal, quiso ver de echarle tierra, pero no pudo, porque documentos y declaraciones obraban ya en juzgados competentes que no estaban sujetos á sus facultades militares. Obando amenazado por el fallo de la justicia se lanzó en la revolución; el partido de oposición, en el cual figuraban en primera línea hombres que habían puesto sus manos en la víctima, decretando su muerte desde Bogotá, tomó por suya la causa del reo, recogió el guante, y la revolución se hizo general. Y así fué como después de nueve años de impunidad misteriosa la sangre del justo que clamaba al cielo, atrajo sobre la patria el azote de la guerra, en una de las más largas y desastrosas que han asolado á la Nueva Granada.

Julio Arboleda, que había nacido rico y que si se hubiese dejado aconsejar del propio interés, pudo permanecer extraño á la guerra que amenazaba, entróse por ella, con instinto de ave de tempestad, y con su persona quiso servir á la causa de la moral y la legitimidad. Por entonces obsequiaba á una dama, modelo de gentileza y de virtud, á la que después tomó por esposa (1842), y á quién se ufanaba en llamar

mi angelical Sofía
Orgullo de mi casa y de mi nombre;

y en una poesía que, por reminiscencias de metro y de ritmo y de algunos epítetos, recuerda la *Despedida* de Arriaza, pero que por el pensamiento es original y expresión directa de los sentimientos que animaban al poeta, se despedía JULIO de su prometida, mezclando con los suspiros de amor razones de honor y severa caballerosidad como las siguientes :

En vano, en vano palpita
mi corazón al dejarte ;
es preciso para amarte
virtud y gloria tener.
Si cobarde me creyeras
me despreciaras villano.
Más que recibir tu mano
¡yo la quiero merecer !

Tomó ARBOLEDA servicio entonces como teniente de una compañía de Guardia Nacional de Popayán, de la cual era capitán el señor José Antonio Caicedo. Como éste por su pacífico estilo de vida y su avanzada edad (1) no saliese á campaña, encargóse JULIO del mundo de la campañía, y empezó á distinguirse desde las primeras operaciones militares.

En Pasto fué ayudante del general Herrán, y constante amigo y compañero del valiente Mutis.

Probóse también entonces en negociaciones diplomáticas. El gobierno del Ecuador había auxiliado con tropas al de la Nueva Granada, con el fin de dominar la revolución de Pasto, que naturalmente inquietaba á las vecinas poblaciones ecuatorianas; y prometíase que nuestro Gobierno le retribuyese sus servicios concediendo al Ecuador parte de las provincias limítrofes de Pasto y Túquerres. Enviado con tal motivo el joven ARBOLEDA á Quito en comisión del

(1) Hacía el papel de Herodes en la fiesta de Reyes : tan fielmente se guardaban las costumbres tradicionales en ese tiempo.

general Herrán cerca del general Flórez, desempeñó con acierto sumo importantes encárgos. Embarazadas por entonces las pretensiones de Flórez, no halló ocasión próxima de formalizarlas, y al cabo no tuvieron efecto alguno.

La revolución, como un incendio, se había propagado por toda la República; quebrantada en el sur, aparecía briosa y amenazadora en otras provincias. ARBOLEDA hizo también la campaña del norte bajo las órdenes de Herrán y Mosquera; y después regresó con el último á la que de nuevo hubo de abrirse sobre el sur. Precedíale la fama y prestigio de sus bellas prendas y de su intrepidez generosa; y en las veces que de tránsito entró en Bogotá con el ejército, el susurro de *¡ Allí va Julio!...* (1) *¡ Él es!* despertaba la curiosidad de todos, atrayendo sobre él las miradas de las entusiastas damas bogotanas.

Concurrió á la batalla de Riofrío. En Cartago se afanó inútilmente por evitar el arbitrario fusilamiento del coronel Córdoba y sus compañeros; pero el general Mosquera se había encerrado, y á nadie dió oídos. Después de la batalla de la Chanca volvió ARBOLEDA á Popayán como Sargento Mayor del batallón número 7; y en seguida partió aceleradamente á desempeñar una comisión en Panamá.

Casi siempre sirvió Arboleda sin admitir sueldos ni recompensas; ni reclamó tampoco indemnizaciones por los robos y destrozos que en sus posesiones rurales hicieron las huestes de Obando — pérdida que él estimaba en la tercera parte de su fortuna.

Cuando cesó la guerra era Teniente Coronel con grado de Coronel. Pidió licencia *absoluta,* y no se le concedió sino *ndefinida.*

« Yo no he ido — dijo — á vender mi vida por una

(1) Con el nombre de *Julio (Don Julio* en el Cauca) se le conocía en la República, sin aditamento de apellido.

paga vil, sino á rescatar con mi sangre y mis propiedades la libertad atacada por la anarquía. »

III

ARBOLEDA ORADOR PARLAMENTARIO Y PERIODISTA (1844-1848).

Á tres años de guerra dura siguiéronse ocho años de paz (1842-1850), el período más largo de no interrumpida tranquilidad que registran nuestros sangrientos anales en este siglo.

Arboleda, casado ya, pudo dedicarse á sus negocios particulares, entregándose á tareas de campo, amenizadas con estudios literarios.

No sabemos si antes de la guerra ya había concebido Arboleda la idea y el plan de su *Gonzalo de Oyón,* leyenda fundada en el argumento histórico sacado de la historia de Popayán y de los primitivos tiempos de la colonia; ello es que por los años de 1843, en el apartamiento y silencio de su hacienda, puso manos á la obra, y escribió algunos cantos de aquel poema, que miraba por entonces con entrañable cariño, como á hijo mimado de su entendimiento.

No tardaron sus paisanos en distraerle de aquel género de vida modesto y descansado enviándole al Congreso. Durante la administración de Herrán y en los primeros años de la de Mosquera fué Arboleda constantemente miembro de la Cámara de Representantes, nombrado por la provincia de Buena-Ventura primero, y después por la de Barbacoas.

La candidatura del doctor Márquez había triunfado, según antes dijimos, como candidatura liberal en competencia con otra también liberal, si bien la primera representaba mode-

ración, y la segunda, preponderancia militar y fanatismo político. La dominación absoluta de un partido traía como lógica consecuencia su propia división. La administración de Márquez se había iniciado conciliadora y tímida con los mismos que combatieron su elección. Dijérase que el nuevo presidente quería que triunfase su política sin que se dividiese su partido, y que deseaba reconstituír éste bajo inspiraciones más patrióticas, atrayéndose á los principales disidentes: y así no renovó sino en parte el ministerio de la administración precedente, y puso su confianza en varios amigos de Santander, nombrando á algunos de ellos para gobernadores de provincia. Éstos le hicieron traición, cuando la guerra escandeció las pasiones, al paso que Herrán y Mosquera, generales activos y entendidos en el arte militar, antiguos amigos y servidores de Bolívar, sostenían con decisión y lealtad al gobierno legítimo, que más de una vez se vió á punto de zozobrar. La designación que recayó en Mosquera para secretario de Guerra y después para general en jefe, echó el sello á la división, y acabó de caracterizar al partido ministerial. Mosquera y Obando eran émulos de tiempo atrás; Mosquera había sido vencido por Obando en *La Ladera* cuando el primero defendía al Libertador y el segundo le hacía guerra implacable; Mosquera era vanidoso en sumo grado y no olvidaba ni perdonaba; la causa criminal del asesinato de Sucre se había removido ciertamente por una casualidad, pero al paso que Herrán hubiese deseado cortarla por el bien de la paz, Mosquera se gozaba en atizarla, mostrando ardiente celo por la justicia, que en sentir de muchos significaba el placer con que asía la ocasión de saciar venganzas personales. Cuando cesó la guerra, habiendo escapado Obando y refugiádose en el Perú, Mosquera obtuvo la comisión de ir á reclamar la extradición del reo, y el uno en Lima, en Valparaíso el otro trabaron agria y descompuesta polémica, haciendo ambos voluminosas publicaciones, groseras en todo sentido y mazorrales, que son á un

mismo tiempo escándalo de nuestra historia y de nuestra literatura. ¿Quién les hubiera anunciado que algunos años después se abrazarían y militarían juntos en una empresa más criminal y funesta que la revolución de 1840?

La persecución de Obando menos como faccioso que como reo del asesinato de Sucre, y la ingerencia enérgica de Mosquera en la política oficial, renovaban querellas de una época anterior que muchos quisieran relegar al olvido, y dos antiguos bolivianos que sobrevivían al ya extinguido bolivianismo, ligados ahora entre sí mediante un matrimonio, que si cabe la expresión llamaríamos de estado, se constituían en centro del nuevo partido victorioso, agrupándose en torno elementos de toda especie. Herrán sucede á Márquez, y es secretario de Herrán y alma de su administración el doctor Ospina, uno de los jóvenes que asaltaron la casa de Bolívar aquella noche en que Herrán recorría armado las calles de Bogotá victoreando al Libertador.

Efectuábase una renovación de partidos, refundiéndose elementos políticos diversos; pero modificada la idea boliviana al tenor de las circunstancias, la opinión que apoyó á Bolívar, era la que preponderaba ahora.

El partido triunfante, conservador, sin el nombre, se dividió, como se había dividido el liberal, pero más presto. Mosquera encabezaba de hecho, pero no de derecho, la fracción genuinamente conservadora. La oposición miraba mal á Mosquera; pedía la reforma ó abrogación de leyes severas cuya oportunidad había pasado; y rechazaba algunos proyectos de la administración Herrán. No se caracterizaba como partido; pero la aplaudían, como era natural, y poníanse á su sombra los liberales, al tratar de levantarse, mal heridos, del aturdimiento y postración en que yacían.

Arboleda, espíritu inquieto y batallador, y nada propenso á la adhesión incondicionada, se afilió en la oposición parlamentaria. De aquí el que se haya dicho que en aquella época fué liberal. Fué oposicionista, y llevó harto lejos sus condes-

cendencias con los liberales; pero si reflexionamos que con estas condescendencias se oponía á Mosquera, el cual exaltado poco después á la presidencia desacreditó y labró moralmente la ruina del partido conservador, y más adelante acaudilló el liberal para destruír el benéfico principio de la legitimidad en la Nueva Granada, el juicio vacila, y no acierta á decidir cuál de las dos fracciones del partido conservador entonces abrigaba en su seno gérmenes más perniciosos y mayor inclinación al suicidio político. La una tenía un jefe funesto; incurrió la otra en deplorables debilidades y contemporizaciones en orden á ideas y doctrina.

La aparición de ARBOLEDA como orador parlamentario fué deslumbradora. El señor don J. M. Samper, estudiante liberal entonces, recuerda la impresión que en él y en sus compañeros hizo la figura de Arboleda en la tribuna. Las palabras del citado escritor merecen trascribirse aquí, como un eco de aquella época:

« ARBOLEDA nos sorprendió y sedujo á todos. Jamás orador alguno entre nosotros había sido tan incisivo y correcto, tan académicamente literario ni tan variado en su elocuencia como aquel poeta militar, joven opulento y afortunado que saliendo del seno de una familia eminente y aristocrática y de las filas del partido conservador, se presentaba en el Congreso como el abanderado de la oposición liberal, y desde su primer discurso eclipsaba á Ezequiel Rojas, á Murillo, y demás hombres notables que contaba en las Cámaras el liberalismo. Al declararse ARBOLEDA abiertamente hostil á los jesuítas y á la Administración tratando las cuestiones de un modo muy elevado, florido y erudito, entusiasmó á los liberales y se hizo admirar y temer por los contrarios. . . . Su decir era tan hábil en la conversación como vigoroso y grandilocuente en la tribuna. Cuando discurría en público su palabra era tan presto elegante y florida como suave y erudita; unas veces irónica y llena de sarcasmo, y otras agresiva, cortante y punzante como dardo acerado; en ocasiones

auxiliada por todas las galas de la poesía y de la oratoria clásica se elevaba hasta la elocuencia patética con arrebatadora entonación. En todas circunstancias era fácil y abundante, correcto y flexible, y hacía con singular oportunidad y soltura las más difíciles transiciones de lo serio á lo sarcástico, de lo sublime á lo epigramático, manejando la apóstrofe y la ironía con especial habilidad. » (1)

Brillaba entonces en la Cámara de Representantes otro joven á quien la analogía de las circunstancias políticas y de las aficiones literarias, al par que el contraste de los caracteres, convidan á poner en paralelo con ARBOLEDA. Nuestra pluma, á quien no toca escribir tal estudio comparativo, anticipará sólo, á la que haya de bosquejarlo con la debida imparcialidad, aquellos rasgos que ocurren como de bulto al llegar á este punto de nuestra desaliñada narración.

JOSÉ EUSEBIO CARO y JULIO ARBOLEDA eran exactamente contemporáneos (2) : uno y otro nacieron estando ausentes sus padres del domicilio propio, á consecuencia de las turbulencias políticas de la época, y ambos, en tierna edad, fueron restituídos á la casa paterna, y recibieron las primeras lecciones de sus abuelos respectivos (3); ambos eran alumnos de las Musas y daban religioso culta á la Poesía.

Ambo florentes aetatibus, Arcades ambo.

(1) SAMPER, *Galería de hombres ilustres ó notables*, tomo I.

(2) Caro nació el 5 de marzo de 1817. En ese mismo año, fausto para las letras, nacieron otros muchos poetas españoles y americanos.

(3) Don Francisco Javier Caro, gaditano, conoció en Cartagena á don M. A. Pombo, y fueron muy amigos, como lo acredita la correspondencia que de ellos se conserva. Siguieron después opiniones contrarias, manteniéndose adicto el primero á la causa realista, y abrazando el segundo la de la independencia. Mientras don Francisco enseñaba en Bogotá á su nieto José Eusebio, Julio en Popayán recibía lecciones de su abuelo don Manuel.

El uno coronó su educación en Bogotá, el otro había viajado por el Viejo Mundo; reconcentrado, melancólico aquél, « en su capa envuelto á la española »; éste más hecho al bullicio y elegancia cortesana; ambos de gran corazón, capaces de entusiasmo y sacrificio, la revolución de 1839 á 1842 tornó á igualar sus destinos. En tanto que ARBOLEDA publicaba en Popayán *El Independiente* y *El Payanés*, Caro escribía en Bogotá el inolvidable *Granadino;* y el espíritu que animaba á los dos periodistas era uno mismo; ambos tomaron armas en defensa del Gobierno; ambos lidiaron heroicamente; ambos fueron edecanes del general Herrán, el uno en el sur, el otro en el norte. Conociéronse, y fueron amigos; y después de marchar « fusil al hombro, ó sable y daga al cinto », á donde el deber y la disciplina los llamaron en la guerra, volvieron á hallarse, serenado el cielo de la patria, en el recinto de los Diputados del pueblo.

No siempre, pero muchas veces, trabajaron allí de acuerdo, como de acuerdo habían estado en la hora de peligro. Juntos dieron en tierra con la ley de medidas de seguridad, que revestía de facultades extraordinarias á los gobernadores de provincia, y de la cual abusó, ya asentada la paz, uno de dichos gobernadores, á quien ambos acusaron con enérgica entereza; y más adelente, represantate ARBOLEDA y ministro de Hacienda Caro, concertaron el proyecto de ley que extinguió gradualmente el monopolio del tabaco. En 1851 ambos hicieron abierta oposición al general López en escritos políticos y en poesías de inmensa resonancia, inspiradas por la indignación y el patriotismo. Caro murió en Santa Marta cuando soñaba que la vista de su esposa y de sus hijos le indemnizaría largamente de los dolores de la más injusta proscripción; la muerte aplazó el golpe que había de poner fin, más trágico aún, á los días de ARBOLEDA.

En el tiempo á que nos referimos antes, Caro y ARBOLEDA se sentaban en opuestos bancos. Era ARBOLEDA oposicionista; mientras Caro, que veneraba al general Herrán, á la

sazón presidente de la República, y que con el doctor Ospina, secretario de Gobierno, estaba ya ligado por vínculos de amistad y estimación, después nunca desmentida; Caro, decimos, era sincero y esforzado paladín de la Administración. En las discusiones parlamentarias, como en todo género de lucha, y acaso más que en otras, la pasión ofusca, la cólera ciega, los amigos, los hermanos no se reconocen en el calor del combate. No tardó en concretarse y encenderse la polémica, y de ahí el incidente personal que vamos á consignar. Quería el Ejecutivo que se multiplicase el número de las provincias, subdividiéndose las veinte que componían la República; y con arreglo á este pensamiento discutíase en el Congreso la ruidosa ley de división territorial. Caro, dialéctico severo, amigo de la línea recta silogística, quería reducir á términos estrechos la abundosa y florida elocuencia de su contendor ARBOLEDA, y reconviniéndole en tono festivo, le dijo con Iriarte: (1)

Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas,
Quiero, amiga,
Que me diga,
¿Son de alguna utilidad?

Y ARBOLEDA, continuando la reminiscencia, replicó, en tono irónico, con estas palabras de la misma fábula:

Yo me afano,
Mas no en vano;
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.

Caro, empleado de la Administración en el ramo de Ha-

(1) *La ardilla y el caballo.*

cienda, y adicto á la persona del Presidente, sintióse herido en su dignidad, que era la más delicada fibra de su carácter, por una alusión tanto más picante cuanto él mismo sin pensarlo la había provocado ; y acercándose á la mesa de la Secretaría extendió allí una lacónica renuncia del empleo que ejercía, con la solemne advertencia de que no desempeñaría otro alguno durante la administración de Herrán. La circunstancia de hallarse presente el señor Ospina, le permitió, después de pocas palabras cruzadas con él en voz baja, la satisfacción de erguirse en seguida con su renuncia en la mano, aceptada con la firma del secretario de Estado, y presentando este comprobante inequívoco de su independencia de carácter, anudó la interrumpida argumentación.

Á otro día, muy temprano, ARBOLEDA estaba en casa de Caro, y después de darse un abrazo de fraternal reconciliación, paseábanse mano á mano recitándose alternativamente sus versos.

La elección de nuevo presidente no fué por entonces, como de ordinario lo ha sido, ocasión de alborotos y escándalos, pero sí determinó más y ahondó la división del partido constitucional. Fueron candidatos el general Mosquera, el general Borrero y el doctor Cuervo. ARBOLEDA, que combatía la candidatura de Mosquera y apoyaba la de Borrero, escribió por entonces un folleto que tuvo mucho eco, intitulado *Los tres candidatos*. Excluída la candidatura civil, la competencia quedó, por desgracia, reducida á Mosquera y Borrero.

Mosquera era un hombre por muchos motivos peligroso : se había hecho temer de sus contrarios, sin ganarse la estimación de sus partidarios. Colérico, arbitrario, cruel, había hecho pasar por las armas en la guerra de 1840-1842 á muchos prisioneros de guerra, sin fórmula de juicio, y estos « crímenes » (1) consentidos, no castigados y sí en cierto

(1) Caro no tuvo reparo en llamarlos así, primero en el *Granadino,* 1842, y después en la *Civilización,* 1850.

modo premiados con la candidatura á la Presidencia, debían ser, y fueron en efecto, inmoral y funesto antecedente que había de arruinar temprano ó tarde el imperio de la legalidad. Su vanidad quijotesca y sus extravagancias probaban que faltaba á sus facultades el debido equilibrio. Borrero era un intrépido y gallardo militar de la independencia, pero tan desgraciado en la guerra cuanto afortunado su competidor; miembro de ilustre familia de Cali; de noble y caballeroso porte; tan hábil en la elocuencia parlamentaria como en la forense (pues era también abogado), de elocución simpática y lozana, llena de felices alusiones históricas; fué él quien en 1840 con una improvisación impetuosa dejó herido de muerte al general Santander.

Mosquera, en cambio, había ganado batallas, había fusilado y ahorcado liberales á troche moche. En vez de principios políticos, de que carece quien navega sin más norte que su ambición, tenía Mosquera audacia coronada por el éxito, prestigio militar, y valiosas relaciones de familia. Hubo una circunstancia decisiva en su favor. El presidente Herrán, en ejecución y cumplimiento de una ley de misiones, había llamado al país los jesuítas, y estos religiosos, entre los cuales vinieron algunos respetabilísimos, como el R. P. Gil, que después desempeñó el alto cargo de Asistente por las Américas, establecieron en Bogotá y otros lugares de la Nueva Granada casas de enseñanza, noviciados y misiones. Contra ellos se levantaron á un tiempo los furores de los liberales incrédulos, y las preocupaciones de algunos conservadores. El santo y sabio, y una y muchas veces ilustre arzobispo don Manuel José de Mosquera, era decidido protector de los jesuítas; hermano del Arzobispo, don Tomás Cipriano, el General, había prometido mantener en el país á la Compañía, al paso que Borrero, escéptico en religión, é imbuído en el filosofismo francés, miraba mal á los hijos de san Ignacio de Loyola, y los liberales, adhiriéndose á la candidatura de este general, esperaban que convendría

en expulsar á los jesuítas. De esta suerte Mosquera ganó opinión, y se vió puesto por las circunstancias al frente de la buena causa, debiendo en ésta como en otras ocasiones su elevación, no á virtudes propias, sino á vicios ó faltas de sus competidores.

Renovóse más de una vez en años posteriores la cuestión de los jesuítas, y doloroso pero necesario es reconocer que no tuvo la Compañía por entonces acusador más poderoso y temible que ARBOLEDA, precisamente porque no insultaba, sino argüía, bien que con sutileza á veces y extraviado por la malicia de apasionados escritores como Michelet y Quinet. En 1848 publicó ARBOLEDA su folleto *Los Jesuítas,* en el cual se proponía demostrar que no era conveniente la existencia de los jesuítas en el país como instituto docente, y que los padres de familia no debían confiarles la educación de sus hijos. En contestación aparecieron dos folletos, uno (que sólo citado hemos visto) intitulado *Arboleda y González y los Jesuitas,* y otro, una erudita y bien razonada *Refutación de algunos errores del Sr. Julio Arboleda sobre los Jesuitas y sus constituciones,* que corrió anónima, y entendemos es obra del señor Groot.

¿Qué movió á ARBOLEDA á escribir contra los jesuítas? Creemos que una convicción errónea, pero sincera. Muchos que ni los habían tratado ni los conocían, profesábanles un odio de imaginación, nacido en la lectura de obras apasionadas, falsas y malignas. Á tiempo que la juventud liberal los estudiaba en la infame novela *El Judío Errante,* imaginando que cada padre de la Compañía era un Rodín, no faltaban algunos conservadores que aprisionados en el cerco mágico de las *Cartas Provinciales* mirasen también á los jesuítas con recelo y antipatía. La imparcialidad y la justicia exigen que se advierta que ARBOLEDA, atacando á los jesuítas, empezaba por confesarse católico. Habíase colocado en el terreno mal seguro, pero no paladinamente heterodoxo del abate Gioberti, cuyos escritos influyeron no poco en su

fantasía. Una falsa idea de los jesuítas, formada en la lectura de obras parciales, y un celo patriótico exaltado, un infundado temor de la influencia que pudieran ejercer en la juventud las enseñanzas de clérigos extranjeros, torcieron la noble pluma de Arboleda en aquella malhadada controversia. Penoso le fué sostenerla contrariando y lastimando á *personas.* — como él mismo decía — *que apreciaba con toda su alma.* Penoso también debió de serle ver cuán pocos le acompañaban contra los jesuítas en el terreno católico, y que los ecos que despertaba en torno, eran los de la ignorancia, la incredulidad y la envidia. Ni tardó mucho en desengañarse de su error. En 1850 desaprobó como arbitraria la expulsión de los jesuítas decretada por el presidente López; y expatriado encargó la educación de sus hijos á los Padres de la Compañía : retractación elocuente, y de hecho, de las ideas consignadas en sus publicaciones de 1848.

Comprometido de esa suerte en contra de la opinión general del partido conservador, en un punto íntimamente conexionado con la cuestión capital de la enseñanza pública, Arboleda por aquel tiempo marchaba, con independencia personal, fuera de la órbita y disciplina de los partidos. De filas opuestas procedía don Florentino González, conspirador en 1828, y liberal decidido en 1840; pero estaba por entonces en situación política análoga á la de Arboleda, porque habiendo modificado sus ideas en sus viajes por Europa, era ya « un hombre positivo y no un político entusiasta, un pensador en vez de hombre de partido ». (1) Arboleda y González escribieron juntos en *La Época*, y juntos publicaron *El Siglo.* González fué llamado por Mosquera á la secretaría de Hacienda, y llevó adelante importantes reformas. Á Arboleda se le brindó con el portafolio de relaciones Exteriores, y con una misión á Europa, pero no quiso aceptar cargo alguno en la administración del general Mos-

(1) Samper.

quera, ni jurar por entonces en nombre de ningún partido ni de candidato alguno. Retirábase á la vida privada, donde iba á sorprenderle bien pronto y á envolverle con ímpetu en no esperadas peripecias el turbión revolucionario.

IV

REVOLUCIÓN DE 1851

El Congreso de 1850 debía perfeccionar la elección de presidente de la República, señalando para este puesto á uno de los tres candidatos favorecidos por los sufragios populares. El distinguido abogado y estadista don Rufino Cuervo era el candidato conservador ministerial. El doctor Gori, abogado también, de antecedentes ambiguos y de importancia personal escasa ó ninguna, era candidato conservador de oposición : su candidatura, que no él mismo, representaba todos los odios y desabrimientos engendrados en el seno del partido conservador por un hombre como Mosquera, que tenía, como de él dijo J. E. Caro, acierto para desacreditar con arbitrariedades el camino de las reformas. Era candidato liberal el general José H. López, elegido con habilidad para no asustar á los legitimistas ni disgustar á los revolucionarios; porque López no había tomado cartas en la guerra de 1840, pero había sido compañero histórico y era grande amigo de Obando, el caudillo de la terrible revolución de aquella época. Creían los liberales que con mañosos preámbulos para ejercer violencia en momento oportuno, triunfarían sobre el partido conservador destrozado por la discordia intestina.

El 7 de marzo de 1849 el Congreso de la Nueva Granada, después de una votación reñida, y bajo las amenazas de una

turba armada, eligió Presidente de la República al general José Hilario López. Con él vinieron al poder los revolucionarios de 1840, y constituyóse un gobierno reaccionario que mantuvo agitada la nación y encendió la guerra civil.

La religión y la propiedad, bases de toda sociedad culta, fueron blanco de insultos oficiales. El partido triunfante ejerció una serie de actos encaminados á atacar la disciplina de la Iglesia Católica, á privarla de sus facultades canónicas, á arrebatarle sus propiedades, á suprimir las oblaciones necesarias para el sostenimiento del cuto y sustentación de sus ministros. Desenterróse la malhadada real pragmática de Carlos III para expulsar á los Padres de la Compañía de Jesús; (1) dictóse asimismo decreto de extrañamiento contra el ilustre arzobispo de Bogotá, señor Mosquera, y otros obispos; fueron ocupadas sus temporalidades, ajada su dignidad, calumniada su conducta y ultrajadas sus personas.

Al mismo tiempo sembraba el Gobierno la maldita semilla de las *sociedades democráticas*, que en el Cauca, región volcánica, donde « todo es grande, hasta el delito », como decía ARBOLEDA, se desenvolvieron como una calamidad pública. Se proclamó el principio prudoniano : « la propiedad es un robo », y se inventó la dominación del célebre *perrero :* hombres odiados sólo por razón de su alcurnia ó de su riqueza, eran azotados por partidas de *democráticos;* las señoras mismas no siempre pudieron librarse de tan atroz ultraje. Reiteradas veces, y siempre en vano, se denunciaban al Gobierno semejantes desmanes, que el secretario de

(1) Podéis hablar vosotros asimismo
Humildes misioneros de la Cruz,
Ante los cuales del reabierto abismo
Renace del Borbón el despotismo
En esta edad de luz.

J. E. CARO, *Oda citada.*

Estado señor Murillo con cínica sonrisa calificó de *retozos democráticos*.

ARBOLEDA, como hemos visto, había pertenecido á la oposición durante la administración del general Mosquera, era amigo personal de López, y algún tiempo antes de la elección del 7 de marzo se hallaba retirado en sus valiosas haciendas del Cauca, dedicado á empresas agrícolas é industriales. No fué, por lo tanto, preconcebida la oposición que hizo ARBOLEDA á aquella Administración. Moviéronle á desempeñar el importantísimo papel político que le tocó hacer entonces, sus intereses amenazados, como honrado propietario, y sus sentimientos profundamente heridos como buen patriota.

En Popayán publicó el *Misóforo,* periódico de oposición, del cual aparecieron nueve números (13 junio-27 noviembre, 1850). La principal producción que en este periódico vió la luz es una elocuente carta, dirigida á los editores de la *Gaceta oficial*, el *Neo-Granadino* y *El Conservador*, en la cual trataba esta tesis : *¿Qué es López? — Tirano.*

También aparecieron en el *Misóforo* las satíricas *Escenas democráticas*. (1)

No impunemente se hace uso de la imprenta para combatir á los que proclaman, como proclamó la administración López, « *libre absolutamente la expresión del pensamiento de palabra ó por escrito* ». Tomóse pretexto de un discurso pronunciado por ARBOLEDA en una reunión, y con tal motivo fué reducido á prisión, por sentencia judicial. En la cárcel de Popayán (1851) y en día aniversario del 7 DE MARZO, aparecen fechadas las dos valientes poesías políticas *Estoy en la cárcel* y *Al Congreso Granadino.*

« No basta — decía el ilustre Jovellanos — que los pueblos estén quietos, es preciso que estén contentos; y sólo en corazones insensibles ó en cabezas vacías de todo prin-

(1) Se incluye un fragmento en esta colección.

cipio de humanidad, y aun de política, puede abrigarse la idea de aspirar á lo primero sin lo segundo. »

¿Y qué diremos de Gobiernos que han aspirado á dominar sin lo segundo ni lo primero; de facciones revestidas de aparato legal, enemigas de la sociedad, que se empeñan en herirla y lastimarla en sus más sagradas tradiciones y en sus intereses más caros, hasta lanzar á hombres pacíficos en desesperada resistencia, para oprimirlos como á rebeldes y tener pretexto de ejercer rapiñas y proscripciones?

Arboleda era en principio enemigo de las revoluciones; él abogó siempre por el castigo severo de los revolucionarios; él en 1849, en 1854, en 1860 combatió con heroico é indomable esfuerzo á los revolucionarios... Y sin embargo en 1851 Arboleda fué revolucionario; y no sólo él, joven entonces, de fogosa imaginación y de sangre hirviente: entre los pronunciados hubo hombre de la calma y patriarcal estilo de un don Pastor Ospina (y como él pudiéramos citar á otros muchos) que anduvo á pie, como guerrillero, arma al brazo, por los cerros de Guasca.

La explicación de este fenómeno está en aquella anómala situación creada por un fanático é imprevisor liberalismo en pueblos medio-civilizados; en la existencia de Gobiernos revolucionarios y suicidas. Entendíalo así Arboleda cuando en 1851 exclamaba: « ¿En qué país, en qué tiempo se vió jamás que el Gobierno instituído para reprimir y castigar el delito, para proteger y alentar la virtud, sea el enemigo declarado de los buenos y el decidido protector de los perversos? »

Pero no hay necesidad de apelar al testimonio de los que fueron actores en aquellos sucesos. Plumas extranjeras y autorizadas juzgaban del mismo modo, en el *Annuaire des deux mondes* (1851-1852), la situación política de nuestra patria en aquel período: « La Nueva-Granada por una de esas manías de imitación que son la plaga de las sociedades hispanoamericanas ha estado entregada al furor revolucio-

nario. Los clubs llamados *sociedades democráticas*, establecidos lo mismo en Bogotá que en las últimas poblaciones, han envuelto el país en la anarquía. Multitud de periódicos, principiando por la *Gaceta oficial*, se han dado á propagar tan perniciosa influencia, que data del 7 de marzo de 1849. Pasiones, táctica, lenguaje, todo ha sido allí como un eco de la demagogia europea. El Gobierno mismo ha sido y se ha gloriado de ser un Gobierno socialista. El general López, Presidente de la República, se ha puesto á la cabeza de tan extraño movimiento, siendo sus principales auxiliares el señor Murillo, secretario de Hacienda, y el general Obando, candidato á la presidencia en el siguiente período. El general López se alaba de haber descubierto el maravilloso secreto de fundar la tranquilidad pública sobre la libertad absoluta. Y no ha habido, con efecto, durante el año 51, sino dos insurrecciones á mano armada, amén de la inseguridad universal causada por la permanente agitación revolucionaria. Consecuente consigo mismo, el general López pide en su mensaje que se abroguen todas las leyes destinadas á reglamentar el ejercicio de la libertad. »

» Asistimos, pues, á una representación transatlántica de todas las invenciones y delirios del espíritu revolucionario europeo. *Enfin, l'administration du Général Lopez s'est employée le plus consciencieusement du monde à bouleverser législativement la Nouvelle-Grenade.* » (1)

Al mismo tiempo ejercía la presidencia de la vecina República del Ecuador el señor Novoa, conservador; y el general Obando, que con honores de triunfo volvió á la Nueva Granada, á su paso por Guayaquil animó á Urbina, ofreciéndole el apoyo indirecto del gobierno de Bogotá, á poner por obra el proyecto de revolución que allí se meditaba, y que no tardó mucho, efectivamente, en dar en tierra con el gobierno de Quito.

(1) Véanse igualmente los escritos de Mr. Ch. de Mazade, en aquello época, sobre el *Socialismo en la América del Sur.*

Novoa, amenazado por los agentes de López, miraba con simpatía á los oprimidos granadinos, y no impidió que Cárdenas primero, y don Sergio Arboleda después, comprasen armas en Quito y allegasen recursos para intentar una revolución en el sur de la Nueva-Granada. En Popayán una junta de notables había trazado secretamente el plan de operaciones : Borrero debía ejercer la autoridad civil y ARBOLEDA la militar. La impaciencia hizo abortar aquellos planes. Algunos jóvenes del valle del Cauca, llevados de desesperación, escribieron á sus amigos del sur, que sin más espera iban á pronunciarse, y ésta fué la señal. Levantóse en Túquerres el coronel Ibáñez con 200 hombres, marchó sobre Pasto, y fué destrozado por el general Franco en Anganoy (11 de mayo).

ARBOLEDA recibió en Quito la noticia del pronunciamiento de Ibáñez. ¿Cómo estaba allí? De la cárcel de Popayán había salido con fianza pecuniaria que prestó su hermano don Sergio; pero apenas hubo vuelto á su casa cuando los *democráticos,* más que tolerados, azuzados por las autoridades, se propusieron molestarle con frecuentes asonadas y tumultos nocturnos, haciendo fuego á las ventanas y amenazando derribar las puertas. Según lo acordado anteriormente por la Junta revolucionaria, ARBOLEDA debía permanecer en Popayán; pero reducido á verdadero estado de sitio en su propia casa, fué preciso que se escapase, y con efecto, á principios de abril salió de secreto en vía para el sur. En el sitio de *La Venta,* hoy *La Unión* (famoso en la historia del asesinato de Sucre), un oportuno aviso le salvó de una celada. Excusóse de pasar allí la noche, como lo tenía pensado, y al llegar al río Juanambú, conversando con el pasero de la *tarabita,* comprendió la realidad del peligro que le amenazaba. Pasado el río, echóse á andar por veredas, y descalzo, con un pie lastimado, con ruanilla y sombrero de peón, trepando cerros y atravesando malezas, salió al fin á la explanada de Túquerres, y de ahí pasó al Ecuador.

Con otros emigrados volvía ARBOLEDA de Quito á la frontera, cuando supo en Ibarra el desastre de Anganoy, y guiado del honor, no de la prudencia, activó la marcha. Luego que por Tulcán pasó la raya, reunió á los comprometidos y dispersos; ejecutó operaciones atrevidísimas, y atacando el pueblo de Buesaco, defendido por tropas regulares, la suerte le fué adversa (10 de julio). En Itanjuí sucumbió definitivamente aquel alzamiento.

Otras tentativas semejantes, verificadas en otras partes de la República, tuvieron el mismo infeliz remate á que de ordinario están condenados los voluntarios bisoños y gentes allegadizas, aunque por otra parte valerosas y resueltas, cuando combaten con tropas veteranas.

ARBOLEDA con otros emigró por el desierto de Sechura al Perú, y permaneció en Lima hasta principios de 1853. De la revolución de 1851 se le originaron considerables pérdidas de intereses. No bastando los recursos allegados por suscripción para continuar la campaña, y no queriendo ejercer expoliaciones, los dos ARBOLEDAS tomaron en préstamo, y bajo su responsabilidad, valores que después reintegraron religiosamente de su peculio particular. Entre tanto sus haciendas del Cauca eran destruídas con bárbaro furor por sus enemigos ensañados.

Los ARBOLEDAS, Cárdenas y otros compañeros, ricos en su patria, desheredados en tierra extraña, se dedicaron en Lima á ocupaciones pedagógicas y periodísticas para ganar la subsistencia. Justo es consignar aquí el nombre del caballero peruano, don J. J. de Osma, entonces secretario de Gobierno, que viendo la situación de ARBOLEDA, le ofreció con la mejor voluntad, de su caja particular, el dinero que necesitase. ARBOLEDA, sin aceptar el don, dió á su generoso valedor explícitas muestras de gratitud profunda.

En el saqueo de su casa de Caloto desaparecieron por aquel tiempo, entre sus papeles, algunos cantos del *Gonzalo de Oyón*. En Lima rehizo parte de este poema. Bajo el seu-

dónimo *Eldropeito* publicó también dos cartas políticas, muy notables, al general Echenique, Presidente de la República Peruana.

De Lima se despidió con aquellas galanas y melancólicas estrofas que principian :

Me voy de las playas alegres, süaves,
Do el Rímac corriendo tranquilo murmulla
Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,
¡ Do nunca ha negado sus rayos el sol !...

V

CAMPAÑA DE 1854

Del partido liberal colombiano surgió, como hemos visto, el que después fué conservador granadino, representado al principio, con alguna ambigüedad, por el presidente Márquez, y fortificado por el triunfo del Gobierno sobre la revolución de 1840.

En el seno de la fracción liberal y revolucionaria, en aquella época, había asomado una división, que el peligro común y la común desgracia encubrieron y disimularon : de un lado estaban los militares y adoradores de la fuerza, entre quienes descollaba Obando, y de otro los predicadores de utopias, dirigidos por el doctor Azuero. (1)

Vencido en 1851 y excluído de los negocios públicos el

(1) « Mi candidato ha sido Obando... » — escribía Santander en 1836 al doctor don Rufino Cuervo. « No he estado por Azuero, *porque este hombre con sus teorias nos llevaria al golope al fondo del abismo.* » Así juzgaba Santander el futuro *golgotismo.*

partido conservador, dispersos y emigrados sus prohombres, desenvolvióse en el seno del partido liberal aquel antiguo germen de discordia intestina. Obando, el mismo Obando de antaño, elegido para sucesor de López en la presidencia, era jefe del *draconianismo;* el doctor Murillo encabezaba á los *gólgotas* autores de la Constitución de 1853.

Venían al poder en ese año un Presidente *progresista* ó *draconiano,* y una Constitución *radical* ó *golgótica.*

Á la sombra de esta discordia, los conservadores amnistiados volvieron á la escena política, y ARBOLEDA, que en 53 se había trasladado á Nueva York con su familia, vino á Bogotá en 1854 para asistir al Congreso como Senador por Buena Ventura.

Todo era por entonces sordas amenazas, que á veces estallaban en motines y conflictos parciales en calles y plazas. Obando irresoluto calló y se encerró, dejando que su amigo Melo, comandante general, tirase por donde la pasión y su buena ó mala suerte le diesen camino. ARBOLEDA, adueñado de los pérfidos planes que se meditaban, los denunció en el Senado con vehementes peroraciones, enseñando con el dedo á los nuevos Catilinas. Se temió, se dudó, difirióse el remedio que pedía el peligro inminente, y á muchos sorprendió el estampido del cañón que en la madrugada del 17 de abril proclamó dictador á Melo.

Y aquí fué el huír los diputados, y marcharse á las provincias á promover lo conducente para resistir á la dictadura y restaurar el orden legal. Y no hubieron de conseguirlo, conservadores y *gólgotas,* coligados con el nombre de *constitucionales*, sino en abierta lucha con la Dictadura, continuada con alternativas de prósperos y adversos sucesos, y no terminada sin dolorosos sacrificios.

El coronel ARBOLEDA organizó la columna Tequendama, y ocupó y fortificó á Honda, como punto estratégico. Con tal determinación, no comprendida ni favorecida por el general Herrera, demostró Arboleda su genio militar y su

inteligencia previsora, porque aquella columna fué base de la división que á órdenes del general París conservó la línea del Magdalena, y sirvió á los constitucionales para concentrarse y rehacer ejército después del sangriento destrozo de las fuerzas constitucionales en Tíquiza.

Impaciente por carácter, ávido de ocasiones en que ejercitar su bravura personal, propúsose ARBOLEDA, acercándose á Bogotá, dar un asalto á la guarnición de Guaduas (300 hombres) con las tropas francas que por entonces comandaba. Marchó con su compañero Gutiérrez Lee el 24 de junio, llevando sólo cien hombres. Pasaron el monte *trochando;* cuando estuvieron á una legua de la población, se vistieron todos de azul y negro; enviaron á un solo individuo que observase á gatas los destacamentos y avanzadas, y luego fueron dejándolas á un lado, deslizándose con cauteloso silencio. De repente cae ARBOLEDA sobre los cuarteles, y aunque la guardia ensayó resistir, esgrimiéndose armas blancas en choque sangriento, logró su intento el intrépido acometedor.

También se debió á ARBOLEDA la ocupación de la Mesa. Desde el 4 de agosto había escrito á su jefe el general París, pidiéndole le diese orden de atacar aquella importante plaza. « Allí hay mil hombres — le decía; — pero si de nuestros dos mil trescientos soldados se coloca en Coello una división, y marcha sobre la Mesa una columna de mil cuatrocientos hombres escogidos, se destruyen los mil hombres que tiene allí Melo. Poniendo en Coello balsas y champanes suficientes, puede regresar la gente de la Mesa dejándola guarnecida y artillada, y embarcándonos en el Magdalena podemos destruír toda la gente que amenaza á Ambalema, y acabar así con la mitad del Ejército enemigo, desmoralizando el resto de tal modo que se desgrane. »

No creían los jefes superiores, militares y civiles, ser llegada ocasión propicia para ocupar la Mesa; pero ARBOLEDA insistió una vez y otra en su empeño, esforzando

razones; y el general París accedió al cabo. « Como no hay tiempo de discutir — escribía París al secretario de Estado Ospina el 3 de setiembre — *me he sometido* obrando de conformidad » (con lo que pedía ARBOLFDA).

Por temerario se tuvo su proyecto, y aun el Poder Ejecutivo meditó entorpecerlo. Pero ARBOLEDA, recabada la orden que de su jefe había solicitado, obró con actividad y alcanzó lo que se prometía, ocupando la ciudad de la Mesa el 11 de septiembre.

Tres meses más combatió, concentrado en la Sabana de Bogotá, el poder dictatorial. El 4 de diciembre de 1854 el ejército constitucional tomó por asalto la capital de la República, y restauróse el imperio de las leyes.

Reo de alta traición el presidente Obando, tocó al señor Mallarino, como vicepresidente, ejercer el Poder Ejecutivo, y á ARBOLEDA como presidente del Congreso, dar posesión de su alto cargo al nuevo magistrado.

Del elocuente discurso, después muchas veces reimpreso, que en ocasión tan solemne pronunció ARBOLEDA, transcribiremos el rasgo siguiente :

« Todo anda trocado entre nosotros : el desorden ha pasado del mundo físico al mundo moral. La extraña confusión que se nota en el uso de las voces más conocidas no es sino consecuencia necesaria de la confusión de ideas. Llámase libertad la ausencia de la seguridad; el sosiego interno, fuente fecunda y pura de industria y de riqueza, se apellida retroceso; el castigo legal de los delitos que pone á salvo la vida y la propiedad de los granadinos se califica de inhumanidad; y argúyese en son de progreso con la anarquía de la conciencia, de la legislación y de la familia. ¡Y siempre están las palabras en contradicción con los hechos, y los labios son siempre disfraz para el corazón!...

» En vano ostentará el magistrado su liberalidad con frases galanas de mentida filantropía; que si deja atacar nuestras personas, ó violar nuestras propiedades, ó destruír

escuelas y universidades; si permite que el honor de nuestras esposas y nuestras hijas esté á disposición de foragidos estúpidos; si perdona ó no persigue á los delincuentes ¡por más que hable y arguya diremos que su liberalidad es la cosa más semejante que hay en el mundo á la tiranía, y sentiremos fuertes y justas tentaciones de cambiar nuestra libertad bastarda é insoportable por cualquiera especie de servidumbre menos onerosa y degradante. »

Quizá no se ha parado la atención en el valor que añaden á estas frases enérgicas las circunstancias en que se pronunciaron. La alianza con los radicales ó *gólgotas* en 1854, inevitable como sacrificio en aras de la legalidad, debilitó en muchos conservadores la adhesión debida á los principios tradicionales de su escuela política. Faltando á la sabia regla agustiniana : *diligite homines*, *interficite errores,* fraternizábase malamente con las ideas malas. Difícilmente halló Mallarino, ya encargado de la Presidencia, Secretario que conviniera en firmar las objeciones que opuso á una ley, defendida por no pocos conservadores, que abolía la pena capital para delitos atroces. Toda aquella mezcla y perversión de ideas obró sus efectos naturales, y la Constitución de 1858, fué poco menos que una apostasía.

Pues cuando ya empezaban á estar en boga las zalemas románticas al liberalismo flamante, ARBOLEDA mostraba los peligros y falacias de unas doctrinas cuyos frutos amarguísimos se habían cosechado ya en 1851; aludía á aquella época aciaga con vivos colores, sin respetos humanos, ante un auditorio mixto, en que se veía á los López y Murillos confundidos, en el goce de unos mismos honores de triunfo, con los Ospinas y Herranes; proclamaba, en fin, con ingenuidad y vehemencia duras verdades históricas y altas verdades morales.

VI

CAMPAÑA DE SANTA MARTA (1860)

La administración de Mallarino, como su origen y las prendas personales del elegido lo presagiaban, fué una tregua, en que florecieron la paz y las letras.

La elección de presidente de la República, que entre nosotros es señal de combate, despertó las adormecidas pasiones, y trajo consigo, en 1856, tres caudillos : Ospina, del partido conservador; Murillo, del *gólgota,* que de pequeños principios había crecido, y por entonces se ostentaba adulto y fuerte; y Mosquera, que aspiraba á presidir un nuevo partido, conservador-liberal, que él con ufanía apellidaba *nacional,* compuesto de algunos conservadores, y algunos miembros del bando dictatorial proscrito.

Ospina, presidente en el período de 1857-1861, (1) debía ser víctima de errores ajenos y propios, y de los actos de debilidad y abdicación de su partido. La constitución de 1858 anuló casi del todo el poder central, y con la soberanía de los Estados trajo « el carnaval de los caciques de aldea ». (2) Los gólgotas, dueños del Norte (Estado de Santander) extremaron sus locas teorías, minando las bases de la sociedad, y últimamente se rebelaron contra el Gobierno General. Vencida aquella rebelión había de retoñar bien pronto, en

(1) El resultado de la elección directa y secreta fué : por Ospina 96,000 votos; por Murillo 82,000, por Mosquera 32,000. Curioso dato, porque en aquella vez por circunstancias excepcionales se manifestó la opinión con no usada libertad.

(2) Definición que dió de la república federal el señor don Lino de Pombo.

alianza y bajo la suprema jefatura de Mosquera, que en el otro extremo de la República, como presidente del Estado del Cauca, conspiraba con más habilidad y acierto. Él había jurado que si triunfaba Murillo le haría revolución con los conservadores, y si era elegido Ospina, lo derribaría con el auxilio de los *gólgotas*. Cumplió el voto y por decreto del 8 de mayo de 1860 desconoció algunas leyes nacionales pretextando que lastimaban la « Soberanía de los Estados ». y negó la obediencia debida al Gobierno General. Obando, que en otra época había escapado de la persecución implacable de este caudillo, se puso á órdenes de Mosquera, hasta rendir triste é ingloriosamente la vida en su servicio.

También se sublevaron los Estados de la costa atlántica y el país gimió envuelto en el incendio de la guerra civil.

Arboleda, después que pronunció su elocuente oración en 1855, alejóse de la política, y vivió en París atento á la educación de sus hijos. Sólo una vez vino á Bogotá para entender en un pleito por intereses que había entablado contra un antiguo socio de comercio. Llamóle Ospina al servicio del Gobierno; y aunque no eran amigos personales, Arboleda, abandonando familia y comodidades de vida parisiense, tornó á someterse á las fatigas de Sísifo en el infierno de nuestras guerras civiles.

Primeramente recibió órdenes para pasar al Cauca y oponerse á Mosquera; pero al llegar á la costa atlántica se le previno que tomase á su cargo las escasas tropas nacionales que había en Santa Marta, y procurase restablecer el orden en aquella región anarquizada. Pero después de una campaña de mar y tierra que sostuvo con éxito vario, por algunos meses, luchando con increíbles dificultades, por falta de marina, y por la incurable indisciplina de la tropa, tuvo por fin contraria á la fortuna. Una escuadrilla que debía bajar el Magdalena para obrar en combinación con las fuerzas de Santa Marta, no pudo llegar á su destino. Entretanto la desmoralización de las tropas radicaba en hábitos

que aun la energía de ARBOLEDA no fué poderosa á extirpar. Ni es fácil organizar fuerzas regulares donde nunca ha habido costumbre de obedecer. « Aquí no hay ejército — decía él medio despechado; — aquí no se tiene idea de la noble y elevada profesión de las armas ». En Riohacha se había amotinado un cuerpo de caballería : el jefe dió aviso á ARBOLEDA, quien se trasladó armado al cuartel, prendió á los autores de la sedición, y los puso en capilla para hacerlos pasar por las armas. Pero la población entera pidió gracia é impidió la ejecución. « Tuve la debilidad — decía ARBOLEDA — de ceder á la opinión general, y perdonar á los amotinados : golpe fatal á la disciplina, del cual en parte me reconozco responsable ».

Después de varias peripecias fué ARBOLEDA sitiado en Santa Marta desde el 19 de noviembre, por fuerzas superiores á la guarnición, que llevaban un grueso tren de artillería de todos calibres. El 1.º de diciembre los sitiadores dieron un asalto, y ARBOLEDA poniéndose á la cabeza de una columna, los rechazó con más bizarría que buen suceso, porque no pudo seguirles el alcance. Los sitiadores, reforzados, emprendieron á poco romperse camino de casa en casa para cortar las trincheras : á veces se encontraban pared de por medio sitiados y sitiadores; se hacían disparos de casa á casa, cruzábanse los fuegos en las calles. Allí perdió ARBOLEDA sus mejores oficiales, uno de ellos, el hijo del general Tomás Herrera, cayó mortalmente herido el 4 de diciembre, aniversario del día en que había muerto su padre en la toma de Bogotá. La población favorecía y auxiliaba á los invasores, los cuales no tardaron en pegar fuego á la catedral, y en ocupar sus naves, después de reducir á cenizas gran parte del edificio. Al tratar de desalojarlos de allí tuvo ARBOLEDA el inmenso dolor de ver morir al comandante Madero, « uno de los hombres más valientes y mejores oficiales que había conocido en su vida ». En vano hizo ARBOLEDA minar varias casas ocupadas por

los revolucionarios. Tantos días de fatigas, tantas noches seguidas de combate, la ausencia de sueño, la mala alimentación, quebrantaron la privilegiada salud de ARBOLEDA, y estuvo gravemente enfermo. Á tal punto llegó el desorden y el desaliento de los sitiados que el 13 de diciembre, cediendo á la necesidad, dictó la orden de embarcar los elementos de guerra en dos buques de que disponía, y haciendo rumbo á Colón, partió de Santa Marta con dolores agudos y fibre intensa, el 14 de diciembre.

VII

CAMPAÑA DEL CAUCA (1860-1861)

Corría el año de 1861.

Con los restos de la división que combatió en Santa Marta, y eficazmente auxiliado por el intendente don José Marcelino Hurtado, organizó ARBOLEDA en Panamá una expedición sobre el Cauca. Llegado á Pasto en marzo, resolvió marchar sobre Popayán, capital del Estado del Cauca.

Todo anunciaba, mediado el año 61, la ruina del Gobierno y el triunfo de la Revolución. Mosquera, dejando en el Cauca sus tenientes, había pasado la Cordillera; bate el ejército legitimista en Segovia, ocupa las provincias de Neiva y Mariquita, abre campaña en la Sabana de Bogotá, destroza el ejército de reserva del Gobierno, y toma por asalto la capital el 18 de julio.

Quedaba en pie el general Canal en el norte. Con escasa y valerosa tropa emprendió una brillante retirada, en que rechazó al paso á los que le perseguían (puente de Boyacá), atacó con denuedo, pero sin éxito la fortaleza de San Agus-

tín, é incorporándose las guerrillas de Cundinamarca, y atravesando de extremo á extremo la República, llegó á términos del Estado del Cauca, donde, por lo visto, iba á reconcentrarse y decidirse por las armas la querella entre la legitimidad y la revolución.

El Estado de Antioquia, limítrofe y émulo del Cauca, permanecía fiel al Gobierno legítimo, y sus tropas al mando de Henao, habían de unirse, invadiendo el Cauca por el norte, á las que por el sur traía Arboleda, formando un ejército aliado bajo el mando del último. Fuera de aquella región (sur y occidente), en toda la Repùblica, avanzado ya el año 61, imperó la Dictadura.

Con las dificultades de la guerra se habían complicado las del orden político y constitucional promovidas también por Mosquera. Es el caso que el período de la presidencia de Ospina cesaba el 1.º de abril de 1861. Para el nuevo período había sido candidato don Pedro Alcántara Herrán; pero como este general, benemérito é ilustre, fuera yerno de Mosquera, parentesco que recordaba, sin sus odios mortales, el de César y Pompeyo, su candidatura se creyó inoportuna, y sin anuencia del presidente Ospina (ésta es la verdad) fué cambiada en medio de la guerra y á última hora por la de Arboleda, que con su intrepidez y abnegación, y el prestigio que por ello ejercía, se granjeaba forzosamente las voluntades de sus copartidarios. Por él sufragaron do quiera, y en cuanto las armas dieron plaza á las urnas; pero su elección no fué confirmada, porque faltando el *quorum* reglamentario, por ausencia intencional de los diputados liberales, no pudo reunirse el Congreso de 1861, al que tocaba sancionar el voto de los pueblos y proclamar el nombre del nuevo Presidente.

Llegó el 1.º de abril, y entró á ejercer el Poder Ejecutivo el señor Calvo como Procurador general de la Nación. Cayó su gobierno el 18 de julio, y don Mariano Ospina, y Calvo, y otros, fueron sepultados vivos en las bóvedas de Boca-

chica por Mosquera. Recibió entonces el depósito de la autoridad legítima, como Secretario más antiguo, don Ignacio Gutiérrez, que la ejercía oculto; y descubierto, y reducido á estrecha prisión, pasó aquélla á manos de Canal, presidente constitucional de Santander, quien siguió ejerciéndola en el Cauca.

Arboleda, por la cuenta, no hizo méritos de sus títulos á la presidencia. Dejando á otros los cargos civiles, él no tomó para sí sino el mando militar, por delegación de juntas de padres de familia, y de los jefes oficiales de los dos Estados aliados, Antioquia y Cauca. Con todo eso, en medio del humo de los combates erguíanse dos figuras prominentes y contrapuestas : la de Mosquera, cabeza de la revolución asoladora, y la de Arboleda, á quien todos contemplaban como verdadero caudillo conservador, como única esperanza de salud para la náufraga causa de la legitimidad.

Los triunfos de la revolución en el centro coincidieron poco más ó menos con los de la restauración en el sur. Volvamos la vista un poco, y anudemos la relación de la campaña gloriosa aunque desgraciada, que inició Arboleda en Pasto.

En aquel apartado confín el intendente señor Zarama, ayudado por el coronel J. Córdova, había mantenido la comarca fiel al orden constitucional, y apercibidos los ánimos para repeler la desbordada ola revolucionaria.

Pero Arboleda, como queda dicho, resolvió avanzar sobre Popayán. Mal hallado con voluntarios acordó, con arrojo imprudente, disolver los batallones de pastusos, é invadir sólo con la tropa de negros de la Costa que había traído de Panamá; por fortuna los jefes de aquéllos no lo abandonaron, y reorganizados en parte, luego que él hubo marchado, el coronel Antonio Rosas no sólo le alcanzó en Bolívar, sino que en el primer glorioso encuentro de armas que ocurrió, tocó á este denodado patriota parte principal en el triunfo.

Nos referimos aquí á la célebre batalla de *Los Árboles*, que se dió en las afueras de Popayán, á 30 de junio de 1861.

« Nunca como allí — dice la relación de un testigo — se vió pelear con tanto denuedo y bizarría á los jefes, oficiales y soldados de la fuerza del sur que en número de 800 hombres lidiaron durante un día contra 1800 comandados por los generales Pedrosa y Quijano. El general Córdova (Jacinto), los coroneles Rosas, López, Miramón y otros muchos dieron muestras de su arrojo y valentía; de tal suerte que los que no quedaron muertos, fueron heridos; el mismo ARBOLEDA salió lastimado de un golpe de bala. »

El batallón segundo de Pasto, á cuyo frente iba el intrépido general Eraso, llegó á *Los Árboles* al día siguiente de la sangrienta porfía; y este refuerzo permitió á ARBOLEDA estrechar el sitio á la ciudad de Popayán, refugio de las tropas de reserva que unidas con los fugitivos del día 30 se ampararon de formidables trincheras.

Por primera providencia ocupó ARBOLEDA la altura de Belén, que domina á la ciudad (sitio cantado ya por el poeta, como apropiado á fiestas religiosas, (1) y ahora solicitado por el guerrero como punto estratégico); improvisa allí parapetos; divide su fuerza en tres columnas, y dejando una á retaguardia avanzan las otras dos de frente, en líneas paralelas; y excusando los claros de las calles, escalando tapias y paredes de huertos y casas, dan contra los atrincheramientos Los sitiados, después de dos días de resisten-

(1) Al oriente Belén, donde el devoto
Pueblo va á celebrar el nacimiento
De Jesús, su Señor, y cumple el voto,
Año tras año, en santo arrobamiento.
En la blanca capilla mudo, inmoto,
Contempla aquel buen pueblo el gran portento,
Y en solemne silencio recogido
Adora al Salvador recién nacido.

cia, tendieron bandera blanca, y se entregaron á discreción.

ARBOLEDA entró en Popayán el 10 de agosto. Luego que allí se confirmó la noticia de los asesinatos oficiales cometidos en Bogotá el 19 de julio anterior, dictó con fecha 25 del mismo agosto su ruidoso decreto de represalias, en virtud del cual fueron pasados por las armas tres prisioneros de guerra, reos — al tenor de aquel documento — « de crímenes atroces, perpetrados en la Buena-Ventura » (donde habían muerto quemados J. J. Hoyos y sus compañeros), « en Quilcacé, y en el Valle del Cauca. »

« No he hecho derramar una gota de sangre hasta hoy — decía ARBOLEDA en aquella ocasión; — y espero que si Mosquera estima en algo á los prisioneros que tenemos en nuestro poder, ésta será la última vez, como es la primera, en que la necesidad me arranque una tan dura providencia. » (1)

Mosquera, con efecto, se contuvo, y no hubo más fusilamientos en el centro de la República, donde él dominaba. Mas no por eso hubo de humanizarse la guerra en el Cauca, donde, en tiempo de revueltas, los odios de castas se avivan; donde los negros, que forman parte considerable de la masa popular, suelen rendir y quitar la vida con igual facilidad; donde tribus bárbaras, como los indios de Tierraadentro, á quienes ARBOLEDA tuvo por contrarios, ejercen grande influencia en los destinos del país. Allí en tiempo de guerra la civilización apenas cuenta con recursos que oponer á la hidra de la barbarie. Muchas familias abandonan á las fieras aquellas privilegiadas comarcas, de donde ha venido á establecerse una corriente de inmigración, casi no interrumpida, hacia las Repúblicas australes.

(1) En *La República,* periódico de Bogotá, se publicaron (enero 13 y febrero 3 de 1869) varios documentos, los que debe traer á la vista quien quiera conocer los antecedentes de las represalias que ejerció ARBOLEDA.

ARBOLEDA fué proclamado general en jefe de las fuerzas constitucionales unidas del Cauca y Antioquia, y era realmente el hombre calculado para organizar formal resistencia á la Dictadura que ya señoreaba los otros Estados de la Confederación Granadina. Empero, así en Antioquia como en el Cauca tropezaba el genio de ARBOLEDA, para llevar á buen término su empresa, con obstáculos y contrariedades de vario linaje. En el Cauca tenía enemigos interiores : le hostilizaban las guerrillas del sur de Popayán; y los bravos indios de Tierra-adentro salieron al paso, obligándole á retroceder, al cuerpo de infantería mandado por T. M. Córdoba, que avanzando sobre Inzá había intentado abrirse comunicación con el interior de la República.

El señor Torres, obispo de Popayán, que más adelante por su incondicionada adhesión á los perseguidores de la Iglesia, hubo de recibir una dura reprimenda de S. S. Pío IX, era de tiempo atrás amigo personal de Mosquera, y por no bien encubiertos medios le favorecía, al mismo tiempo que hacía sorda guerra á ARBOLEDA.

El cuanto á Antioquia, era Estado fiel al orden constitucional y por sus recursos pudo haber sido para ARBOLEDA auxiliar poderosísimo, si desgraciadas circunstancias no hubiesen embarazado la unidad en la dirección de las operaciones, sin la cual, en empresas como las militares, todo esfuerzo se malogra.

Antioquia, por las fuerzas vitales y económicas de su población, es una de las más importantes regiones de Colombia. Allí la propiedad territorial está muy dividida : muchos robustos mozos que de allá emigran fundan familias y poblaciones fuera de Antioquia; y los que quedan allá radicados, aun los más pobres, tienen todos su casita, su terruño, y mujer propia, harto más fecunda que las agrias breñas en que viven. Aman su provincia, son celosos de su autonomía, y defenderían bien sus fueros en una campaña rápida; pero padres de familia como son casi todos, no gus-

tan de batallar lejos de sus nidos, no se someten de buen grado á las ausencias dolorosas de una larga expedición, ni por su natural altivez y bravura acatan á otros jefes que á los que miran como á cabeza de tribu, y á quienes tratan con familiaridad de conocidos y de iguales, incompatible con la disciplina militar. El antioqueño, en suma, tiene los defectos de sus eximias cualidades : es inteligente y laborioso, y, dada ocasión, emprendedor y audaz; — no es soldado.

El general Henao, comandante de las fuerzas antioqueñas, no se sujetaba con docilidad á Arboleda; cuando no estaba inmediatamente á sus órdenes, solía eludirlas y aun contrariarlas, obrando por su cuenta; y la gente armada que conducía fué un aliado díscolo más bien que un cuerpo regular del ejército unido.

Añádanse á tamaños inconvenientes la miseria que afligía á un país esquilmado y agotado, ya por la guerra bárbara que en él hizo Mosquera en 1860, ya por la rapacidad de los agentes á quienes dejó entregado el sur cuando con sus tropas invadió el interior de la República. Escaseaba á lo sumo, para hombres y animales, la sal, que de muy lejos se lleva al Cauca; faltaban telas para vestidos; no había medio de introducir armas.

Desplegó Arboleda en tales circunstancias todos los recursos de su genio; detuvo la invasión del ejército dictatorial, y rechazó otra irrupción extranjera; sus generales padecieron derrota; pero donde quiera que él mandó en persona, alcanzó memorables triunfos; el prestigio del nombre de Don Julio (que así le llamaban en el sur) era avasallador; sostuvo en fin, una guerra de dos años, en que adquirió la gloria de los caudillos invictos.

Á principio de 1862 Mosquera pudo dedicar toda su atención á estrechar el bloqueo puesto al Estado de Antioquia por el de Bolívar, mientras con tres divisiones, que apellidó Ejércitos, uno de ellos á sus órdenes inmediatas, se prepa-

raba como « supremo director de la guerra », á invadir el Estado del Cauca por diversas vías.

Entre tanto tropas destacadas del ejército de ARBOLEDA habían experimentado graves desastres, tales como el de Silvia, donde cerca de 1,000 hombres perecieron á manos de los indios (11 de enero de 1862).

En diciembre del año anterior se tuvo noticia de que una expedición organizada en la Costa atlántica había invadido á Antioquia, y ARBOLEDA atendiendo á aquel peligro despachó con fuerzas al coronel Francisco Luna; pero los antioqueños estacionados en Silvia, sin esperar órdenes, tomaron por su cuenta la vuelta de su Estado nativo amenazado. En fin, ARBOLEDA que proyectaba tomar la ofensiva pasando la cordillera, se vió precisado á desistir de los planes, y á estar á la defensiva.

Habiendo evacuado á Popayán marchaba en dirección al norte del Estado solicitando mejor teatro para la resistencia, cuando el 2.° ejército invasor, comandado por López, que había penetrado por Guanacas, le dió alcance en Quinamayó el 20 de enero. Allí se hizo fuerte ARBOLEDA, y López, aunque tenía fuerzas superiores, no se atrevió á embestirle. El 23 á la mudrugada ejecuta ARBOLEDA un movimiento atrevido, y destroza en Vilachí un cuerpo de tropas que se aprestaba á incorporarse en el ejército de López. Con este suceso, y el contingente que del valle del Cauca recibieron por el mismo tiempo, cobraron grande aliento las tropas acampadas en Quinamayó, donde permaneció ARBOLEDA hasta el 9 de marzo, en que para mayor contentamiento, regresó victoriosa la gente de guerra que había pasado á Antioquia á repeler la invasión costeña.

Veinte días de inútiles amagos malgastó López asediando á Quinamayó, y al fin con sus tropas asaz enflaquecidas y acobardadas levantó el campo, y contramarchó hacia la cordillera, trasladándose á Silvia, mientras Sánchez que había

ocupado á Popayán, dejaba aquella plaza para emboscarse en las montañas de Chirivío.

Sin otro encuentro que el de Vilachí, quedó ARBOLEDA, merced á su táctica afortunada, con los honores y prestigio de vencedor; y moviéndose dividió su fuerza en dos trozos, que marcharon á acosar á López en Silvia, y á Sánchez en sus ásperas guaridas. Al mismo tiempo el general Payán, que vencido meses antes por Henao en la Honda se había replegado á la Buena-Ventura, reorganizadas sus fuerzas volvía ahora sobre Cali. Á su encuentro, y por orden de ARBOLEDA,, salió Henao con las tropas que le seguían, pero en esta vez, al encontrarse de nuevo estos dos generales, la suerte fué aun más impropicia al antioqueño (*Las Hojas*, 25 de marzo) que lo había sido á su adversario en la Honda, pues no sólo fué vencido Henao, sino que él y cuantos le acompañaban quedaron prisioneros de Payán.

Así, con lances de varia fortuna, se complicaban los sucesos, sin que se viera el término de lucha tan porfiada. Cuando ocurrió el desastre de Las Hojas, ARBOLEDA, que al frente de las tropas destinadas al sur marchaba en activa persecución de Sánchez, las había distribuído en fortines, en torno del audaz guerrillero, y le tenía sitiado, y á punto de entregarse ó de huír abandonado de sus parciales. El 28 de marzo recibió ARBOLEDA la fatal noticia de haber sido derrotado Henao, y al día siguiente muy temprano, dejando allí una escasa fuerza que distrajese á Sánchez, movió su ejército con gran silencio, de Timbío hacia Cali. En el paso de Aganche (río Ovejas) fué preciso echar puente, y ARBOLEDA pasó una noche dirigiendo la obra. En el pueblo de Buenos-Aires recibió una comunicación del gobernador de Antioquia (á la sazón el señor Vélez, sucesor de Giraldo), en que se indicaba de un modo expresivo la conveniencia de dar al Ejército unido una nueva organización : resultado, ¡que el general Henao mandaría en jefe!...

El 8 de abril hizo alto el ejército en el llano de Isabel-

Pérez; en anocheciendo, comenzó á desfilar de nuevo, y á poco pasaba por el arrabal de la ciudad de Cali (que se extiende sobre la suave colina de San Antonio) moviéndose con tan solemne y bien concertado silencio, que la dormida población nada sintió. Pasaron las tropas el río, y detuviéronse en el alto de San Antonio. Las que mandaban Payán y Alzate en número de 4,000 hombres ocupaban *El Cabuyal* y *Los Cristales*, alturas que al S. O. de Cali dominan el Valle. Rompióse la batalla el 11 de abril, y debido á una brillante carga, decidióse en menos de dos horas. Payán y Alzate cayeron prisioneros, y Henao, con sus compañeros, fué rescatado. Espléndido triunfo, pero costoso : el general Joaquín M. Córdoba fué gravemente herido; varios oficiales distinguidos, entre ellos el estimable caballero Toribio Escobar, murieron.

Empleó ARBOLEDA el mes de abril en reorganizar sus fuerzas victoriosas, pero quebrantadas, y determinó emprender campaña sobre el sur. En 8 de mayo derrotó en Barrocolorado la vanguardia del ejército de López. En los días siguientes los cuerpos marcharon en diferentes vías para acampar en Quinamayó. El general Henao, que se detuvo en Quilichao, empezó de nuevo á poner dificultades á los planes del general en jefe. Mediante la discreta intervención del general Canal, las tropas antioqueñas volvieron á la obediencia, pero con ciertas condiciones, que envolvían siempre una funesta relajación de la disciplina, y desvirtuaban la eficacia de los proyectos de ARBOLEDA.

El 26 de mayo, mediante un movimiento estratégico, engañó ARBOLEDA á López, y en el alto de Aganche destrozó las fuerzas destacadas que mandaba el coronel N. Escobar. López hostigado de cerca, tornó hacia Guanacas, y con su 2.° ejército, harto menguado, repasó el Páramo.

Á consecuencia del arreglo aceptado por Henao, pudo ARBOLEDA en mayo concentrar las tropas aliadas en Quinamayó, y se pasó revista á 5,000 combatientes, mientras

Mosquera con el 1º. y 3º. ejército pasaba la cordillera, invadiendo por Quindío y por Moras.

Y he aquí que cuando los dos caudillos poderosos se aproximaban para medir sus fuerzas, ocurrió una nueva y difícil complicación, que fué terrible prueba para ARBOLEDA. Tenemos que volver un poco atrás en esta narración, para mejor inteligencia de los sucesos.

Después de la primera ocupación de Popayán en 1861 el señor Zarama y el general Eraso, que habían acompañado á ARBOLEDA, tornaron al sur, el primero como jefe civil y militar de aquellas lejanas provincias y el segundo como comandante de armas de la de Túquerres. Necesaria era la constante vigilancia de estos jefes, porque á despecho de las reclamaciones frecuentes con que ocurría al gobierno del Ecuador el Encargado de negocios de la Confederación granadina en Quito, los revolucionarios emigrados en Tulcán no cesaban de pasar y repasar el Carchi, manteniendo en perenne inquietud á los pueblos comarcanos. En una de esas correrías el capitán Matías Rosero, después de haber batido á una partida enemiga en Jaramal, le siguió el alcance hasta el punto de Faya; allí se hicieron fuertes los derrotados, protegidos por don Valentín Fierro en persona, jefe militar ecuatoriano de Tulcán; trabóse reñido combate, y Rosero, nuevo Diomedes, sin imaginar que hubiese dioses en la lid, hiere con la espada, en la persona de Fierro, al mismísimo Gobierno del Ecuador. Muchos vieron en la intervención de Fierro el resultado de un plan artero, ejecutado por el jefe político de Tulcán, ideado acaso por el agente de Mosquera en Quito, de acuerdo tal vez con alguna autoridad ecuatoriana, porque la emulación con que miran á los colombianos los naturales de la vecina república del Ecuador, sabido es que data de antigua fecha.

Como quiera que sea, el presidente García Moreno, ó porque calculadamente tomase pie de aquel lance para desafiarnos, ó porque se dejase arrastrar de exaltado é impru-

dente celo patriótico, exigió con escasa cortesía que se le entregasen el capitán Rosero, y aun el general Eraso, á quien achacaba complicidad en lo acaecido, á fin de que fuesen juzgados con arreglo á las leyes ecuatorianas; y organizó fuerzas, y se puso en marcha sobre la frontera, á la cabeza de 1,500 hombres, á que se agregaron como 400 granadinos malcontentos.

En vano el señor Zamara se esforzó en mostrar al señor García Moreno la inculpabilidad de los acusados; en vano puso de manifiesto que el territorio ecuatoriano no había sido violado; que dado que lo hubiera sido, la reclamación del Gobierno ecuatoriano debía decidirse por árbitros conforme á los tratados vigentes entre las dos Repúblicas. Á todo cerró oídos el Presidente del Ecuador, y con aquella impaciencia colérica que á veces, por desgracia, caracterizaba sus actos, remitió á las armas el apetecido desagravio.

Grave falta fué aquella en García Moreno, error inexcusable, y una de las sombras que se advierten en su gloriosa carrera pública.

En la América española ha sido la Nueva Granada campo escogido para las luchas de doctrinas, teatro donde siempre, más que por hombres, se ha lidiado por principios, y los triunfos que aquí han alcanzado alternativamente la causa de la civilización cristiana y el racionalismo demoledor, han conmovido á las otras Repúblicas americanas. Creencias y tradiciones sociales estaban comprometidas en aquella mortal contienda en que Mosquera y Arboleda representaban dos cimas opuestas, dos principios contrarios. Y García Moreno, valiente defensor y protector abnegado de los intereses católicos en el Ecuador; García Moreno, á quien sus enemigos honrándole, sin quererlo, apellidaron campeón del fanatismo; García Moreno, anteponiendo á consideraciones de un orden superior, sentimientos de orgullo nacional mal entendido, cooperó al triunfo ominoso, irreparable de la Revolución.

La divisa *ni pongo ni quito rey* no excusará un acto cuyas consecuencias se sienten y se sentirán Dios sabe por cuánto tiempo. Un año más tarde, — demasiado tarde, — medía García Moreno sus fuerzas con Mosquera, y el triunfo que este general alcanzó en Cuaspud, sólo sirvió para afianzar el prestigio militar del dictador granadino, al mismo tiempo que echaba el sello á la humillación del Ecuador. La intervención de García Moreno se enlaza en cierto modo, en el orden material, con la muerte de ARBOLEDA; y como el delito tiene también su lógica tremenda, (1) no es extraño que el éxito espantable que logró, en lo humano, la inmolación del caudillo granadino en la montaña de Berruecos, diese fuerzas al brazo infame que más tarde sacrificó al caudillo ecuatoriano en la plaza de Quito.

En las circunstancias que dejamos descritas y hallándose en Antón-Moreno en los primeros días de julio, recibió ARBOLEDA la alarmante confirmación de los aprestos bélicos que contra él activaba el Gobierno ecuatoriano. Acampó el ejército, el 9 de julio, en Dolores, á pocas leguas de Popayán, y allí se celebró junta de oficiales generales, para acordar nuevo plan de campaña. Sabía bien ARBOLEDA la repugnancia que sentían sus aliados antioqueños á emprender expediciones lejanas, y (después de consultar particularmente á su hermano don Sergio, cuyas opiniones respetaba) se convino en que él mismo á la cabeza de 800 hombres marcharía rápidamente á batir al señor García Moreno; quedaría Henao como comandante general del grueso del ejército (4,200 hombres), compuesto de tropas antioqueñas y caucanas; pero en la inteligencia, y con el compromiso formal, de que llegado el caso habría de retirarse hacia el sur, para reunirse á la expedición, que dentro de quince días debía regresar, Dios mediante, victoriosa, y reforzada con nuevos

(1) « Que está en la tierra y en el cielo escrito
¡Ay! que el delito engendrará delito... »

elementos de guerra. El 11 de julio en San Francisco se separaron, y fué despedida eterna, ARBOLEDA y Henao: aquél marchaba al triunfo y al sacrificio; éste á la desobediencia, y por ello á la derrota.

Cuando ARBOLEDA en rápida marcha llegó á Pasto, cúpole la satisfacción de saber que el infatigable Zarama tenía ya sobre la explanada de Túquerres 1,200 voluntarios, armados en gran parte de escopetas y de palos, á falta de mejores armas. Marchaban las fuerzas de ARBOLEDA de Guachucal para Cumbal, cuando recibió una nota firmada por el señor Salvador, ministro de la Guerra de García Moreno. Insistía el Gobierno ecuatoriano en exigir con imperio la entrega de Eraso y de Rosero, amenazando, caso que no se le diese gusto, con hacer por medio de las armas un memorable escarmiento. Contestó ARBOLEDA, después de rechazar la forma inusitada de la nota, renovando las protestas del señor Zarama, y pidiendo, como él, que la difecencia suscitada se sometiese á arbitraje, de conformidad con los tratados públicos en que estaba empeñada la fe de ambas Repúblicas. Terminaba solicitando una conferencia privada con el Presidente del Ecuador á fin de cambiar explicaciones recíprocas, y ver de encontrar una solución pacífica, y al efecto manifestaba que aguardaría la respuesta, con la cita que se le diese de hora y sitio, hasta otro día á las 5 de la tarde. En vano aguardó contestación á la hora señalada, y hasta las 8 de la misma noche; echó la suerte, y ordenó que sus tropas pasasen el Carchi.

El ejército ecuatoriano tomó posiciones en un cuadro amurallado. Pensó al principio ARBOLEDA en moverse hacia el sur para desalojarlo, obligándole á seguirle; mas luego decidió atacarlo en sus fortificaciones. En la mañana del día 31 de julio de 1862, dispuso el plan de ataque. Confió la columna 1ª. al general Jacinto Córdoba, que había de acometer de frente; la 2ª. á Zarama, la 3ª. á Eraso, quienes, en un rápido movimiento de flanco, y con armas á discreción,

antes que se hiciese un disparo, habían de interponerse entre la vanguardia y retaguardia enemigas. Á órdenes del coronel Escallón la 4.ª columna flanquearía por el ala derecha. Así se ejecutó, y no había pasado una hora cuando el ejército ecuatoriano estaba ya arrollado y vencido; prisioneros García Moreno, su estado Mayor y toda la oficialidad; las piezas de artillería, y todos sus elementos bélicos, en poder del vencedor.

ARBOLEDA se mostró generoso. Celebró tratados con García Moreno, y le puso en libertad, lo mismo que á todos los prisioneros. El Presidente del Ecuador, sin más garantía que su palabra, se obligó á auxiliar al ejército de la Confederación granadina; mas luego que se puso en marcha para Quito, no se dió prisa á cumplir lo prometido, y se mantuvo en expectativa, (1) mientras ARBOLEDA, lleno de ansiedad, y con razón, pensando en Henao, tornaba apresuradamente no permitiéndole la urgencia de sacar de su expedición victoriosa el provecho que pudiera.

Á la aproximación de Mosquera, el general Henao en lugar de replegarse al sur, según lo convenido, desamparó á Popayán tomando, por el Valle, la vuelta de Antioquia; y en Cartago, encontrándose con el 3r. ejército conducido por Gutiérrez, lo atacó desacordadamente y en montón, en las fortificadas posiciones de Santa Bárbara (18 de setiembre). La derrota fué inmediata y completa; el estrago grande (2). Henao, y los que se salvaron, siguieron fugitivos el camino que llevaban.

En el alto de Piedras, á media jornada de Popayán, á donde había llegado á marchas forzadas con sus leales compañeros de armas, recibió ARBOLEDA noticias detalladas que confirmaban el espantoso desastre de Santa Bárbara. Su situa-

(1) Sobre todos estos hechos se han publicado importantes documentos en el *Repertorio Colombiano,* tomo vi, marzo de 1881.

(2) Allí murió, lanzándose heroicamente sobre las trincheras enemigas el señor Giraldo.

ción era desesperada. Contramarchó al sur, y asentó su cuartel general en el Tablón de Mayo. Allí se le ocurrió seguir hacia Pasto acompañado sólo de sus edecanes.

En vano el señor Zarama y otros amigos de su intimidad le hicieron reflexiones, y mostrándole el peligro que corría, se esforzaban por disuadirle. Al verle firme en su propósito, el capellán castrense señor Rivas, á impulsos de funesto presentimiento, rompió á llorar como un niño. « No sucederá sino lo que Dios quiera », fué la última respuesta de ARBOLEDA.

El 12 de noviembre atravesando la montaña de Berruecos, en el punto llamado el Arenal, una figura extraña que asechaba desde una barranca próxima al camino, después que hubo distinguido á la que debía ser su víctima por las señas que de ella le habían dado, (pues Juan López no conocía personalmente á JULIO ARBOLEDA), hizo tres disparos certeros, y huyendo por una trocha reciente, se intrincó en la espesura...

No faltaba ya sino el fúnebre epílogo de una historia gloriosa y desgraciada. Las tropas, y todo el pueblo pastuso, llorando y gimiendo tributaron los últimos solemnes honores á los restos mortales del gran caudillo; el general Canal capituló, y el último día de 1861 se verificó el dolorosísimo desarme en la « ciudad sagrada », en la plaza de Pasto..

VIII.

MUERTE DE ARBOLEDA.

La idea del sacrificio por la patria se había aparecido muchas veces á la imaginación de ARBOLEDA. Él presentía que iba á morir como murió. Citaremos, entre muchos, algunos datos que comprueban aquella preocupación.

Á los 19 años de edad escribía desde Roma estas palabras : « ¡ Qué feliz sería yo si muriese por mi patria después de haberle prestado algún servicio! »

En 1850 decía en el *Misóforo :*

« Yo he sido asechado, seguido más de una vez por asesinos infames; pero lo que Dios no quiere eso no hace jamás el hombre. Si estoy destinado al sacrificio, á Dios ruego que junte mis huesos á los huesos de mis padres, mi espíritu al espíritu de tantos de los míos que me han precedido en la gloriosa carrera del martirio... »

En el mismo periódico :

« Saludo pues á aquel templo (la cárcel de Popayán) donde se prepararon tantas víctimas para el sacrificio; y le ruego al Dios de mis padres que me purifique como á ellos, y que si es posible, me conceda, aunque la compre con la vida, la corona del martirio. »

En las *Escenas democráticas*, sátira política, enderezó á sus enemigos esta amarga reconvención :

« Pero ya que matáis, matad de balde...
Y ved : no me asechéis en los caminos
Con viles y cobardes asesinos ;
La bala que de frente me señala
Mata tan bien como cualquiera bala. »

Conversando una vez amistosamente ARBOLEDA, Caro, Madrid y otros, propusieron por pasatiempo cuestiones como éstas : *¿ Á qué le tiene Vd. más miedo? — ¿ De qué muerte querría Vd. morir?* Á esta cuestión satisfizo ARBOLEDA : *Yo querría morir como Sucre...*

Y murió asesinado como el Mariscal de Ayacucho en la sombría montaña de Berruecos.

En otra ocasión, exponiendo una doctrina sustentada ya por Donoso Cortés, escribió :

« El mal en el mundo es de tal naturaleza que basta la

ausencia de un brazo que lo mantenga sujeto y como en cadenas para que ponga en acción sus infinitos elementos y triunfe del bien. Quítese el gobierno, — y la anarquía impera. No se castigue al delincuente, — y el crimen reinará solo. El mal siempre existe : lo que se crea á fuerza de trabajo es el bien. De aquí nace la suma facilidad con que un malvado acaba en una hora con los bienes sociales acumulados lenta y difícilmente por siglos enteros : como un soplo del huracán basta para derribar la encina robusta que debía su belleza á cuatrocientos ó mil años de existencia en la tierra amiga : como una tenue gota de ácido prúsico basta para hacer desaparecer de la escena del mundo á la virgen más noble y hermosa; *como un pedacillo de plomo bastó para hundir en la tumba al inmortal Sucre, vencedor en Pichincha y Ayacucho.* »

Algunos cómplices ó aplaudidores del asesinato de Sucre se empeñaron en extraviar el juicio público propagando rumores por donde pudiera creerse que la pasión personal ó el interés privado fueron los ejecutores del horrendo crimen. Del propio modo Mosquera y otros para explicar la muerte de Arboleda inventaron versiones contradictorias, ya apellidando al asesino con un nombre, ya con otro, acordes siempre en el supuesto de que el matador obró por su propia cuenta, para vengar agravios recibidos por él ó por miembros de su familia. Todo esto es falso : cuanto inventó la mentira para encubrir ó cohonestar el delito, ha sido plenamente desmentido.

El asesinato de Sucre fué secretamente fulminado desde Bogotá ; de este hecho no queda duda. Hay datos para creer lo mismo respecto del asesinato de Arboleda ; pero cualquiera que fuese el punto donde se firmó la criminal sentencia (y esto lo dirá el tiempo), lo que ya ha sido á todas luces comprobado, con el testimonio del mismo matador Juan López, es que este desgraciado no abrigaba ningún motivo de resentimiento contra su víctima, que medió en la obra

de iniquidad infame precio de sangre, y que el asesino fué instrumento de un poder superior (1).

La muerte de ARBOLEDA, como la de Sucre, no son, por desgracia, casos únicos ni aislados en nuestro sangriento y medroso martirologio político, sino lógicas aplicaciones prácticas del sistema utilitario de *eliminación*, de que fué primer ensayo el que con mal suceso é inextinguible escándalo, se intentó contra la vida del Libertador la nefasta noche del 25 de septiembre de 1828.

Con Sucre desapareció la antigua Colombia, creación de Bolívar; con ARBOLEDA se fué la República de la Nueva Granada : con él murió la legitimidad, y principió en seguida el reinado de la revolución en la Nueva Colombia

IX.

PENSAMIENTOS DE ARBOLEDA.

No ha sido nuestro ánimo hacer el elogio de ARBOLEDA ni escribir una biografía propiamente dicho, con intención filosófica ni poético colorido. Nos hemos limitado á trazar una relación fiel de los sucesos en que ARBOLEDA tomó parte, trayendo de atrás las noticias, cuando hemos creído necesario ampliarlas para que lectores poco instruídos en nuestra

(1) Todas estas y otras horribles circunstancias como un abrazo que dió Mosquera á López, la violación de la sepultura de ARBOLEDA en Pasto, etc., pueden verse en el citado periódico *La República*, de 10 de febrero, 14 de abril y 23 de junio de 1869. — Juan López fué muerto posteriormente en la guerra de 1876.

historia nacional, entiendan mejor la narración. Así y todo, nos agradecerán los datos allegados en estas páginas cuantos abriguen algún interés en favor de nuestra historia, tan descuidada, desgraciadamente, por las personas que pudieran y debieran ilustrarla.

Que al principio de un tomo de versos, muchos de ellos escritos en álbumes de varias damas, aparezca una relación de sucesos políticos; que una biografía militar preceda á las producciones de un poeta; esto, si fuere materia de crítica, debemos protestar que no es culpa nuestra, sino efecto de la prodigiosa dualidad moral de este compatriota, semejante á otros héroes-poetas de nuestra raza, como Garcilaso, Ercilla y don Angel de Saavedra.

La vida de Arboleda fué toda movimiento y agitación: brillante existencia devorada por nuestras turbulencias democráticas; mientras que el cultivo de las letras, como ya dijo Ovidio, demanda quietud y silencio. Fuera del *Gonzalo de Oyón*, poema en que Arboleda trabajó primero en un período tranquilo de su vida, en la soledad del campo, pasada la guerra de 1840, y que volvió á fijar su atención, entreteniendo sus ocios de emigrado en Lima en 1851, todas sus poesías fueron escritas de paso y con el pie en el estribo, como lo atestigua la variedad de lugares en que aparecen fechadas: Popayán, Bogotá, Lima, Panamá, París...

De aquí que de la vida literaria de Arboleda apenas quedase otro rastro que sus poesías, al paso que el hombre público dejó con sus hechos larga y radiante huella en nuestra historia. De aquí también que sus escritos en prosa, que corren diseminados en algunos periódicos, fuesen poco numerosos, y no de importancia igual á la fama que alcanzó el nombre de su autor.

Vamos á extractar textualmente de esas publicaciones sueltas algunos pensamientos y opiniones de Arboleda, dignas de memoria.

« La virtud es la base de la libertad. »

« El primer paso que se da hacia el vicio ó el delito es el primero que se da contra la libertad. »

« La religión es la libertad basada en la caridad. La incredulidad es la tiranía basada en el egoísmo. »

« La religión impide los delitos; la fuerza pública apenas puede *castigarlos* cuando los descubre. »

« Las virtudes cristianas en el gobierno, las virtudes cristianas en el pueblo harán más por la prosperidad de un país que todos los demás elementos materiales de que pueda ser afortunado poseedor. »

« Un pueblo no puede ser eminentemente virtuoso si no es eminentemente religioso; y no puede gozar de libertad completa si no es eminentemente virtuoso. Dedúcese de aquí que la religión como medio de gobierno es el más eficaz, el más suave, el más liberal y económico de cuantos pueden imaginarse. »

« Todo el que aspira á destruír el prestigio de la religión en su patria, es tirano ó sectario de la tiranía. »

« La violencia no es el camino que lleva á la libertad. Nada hay más indigno de la libertad que un 25 de Septiembre ó un 7 de Marzo. »

« Las guerras civiles son un medio eficaz de establecer la tiranía. »

« Una forma de gobierno es más ó menos buena, ó más ó menos mala, según que asegura mal ó bien los derechos del ciudadano. »

« Los americanos hemos buscado la libertad en las instituciones políticas, que son el remate y adorno de una sociedad bien constituída, como pudiera buscarse la permanencia de una columna, no en la solidez de su asiento, sino en los adornos del capitel. »

« ¿Cómo han de ser eficaces para labrar nuestra felicidad unas instituciones que no han sido creadas para nuestras propias necesidades, sino copiadas servilmente de otros

pueblos, cuyas costumbres, hábitos, creencias y sentimientos son enteramente distintos de los nuestros? »

« Hemos pretendido fundar la Libertad escribiendo su nombre en letras gruesas. »

« Todos los tiranos son cobardes y envidiosos, y como cobardes y envidiosos, son niveladores. »

" César, el más grande de los mortales, no tuvo más defecto como hombre público que el de ser tirano en una nación donde si él no lo hubiera sido, habríalo sido cualquiera otro. »

Véase, en fin, una completa definición histórico-moral de nuestra Patria :

« Es extraño que el gobierno español, después de muy serias deliberaciones, y de oír los consejos hábiles de eminentes hombres de estado, hiciera en 1815, lo mismo que el socialismo en 1849 : fijar los ojos en la Nueva Granada para establecer allí, más bien que en otra parte, un centro de acción, de donde debía irradiar su dominación sobre el resto del continente. No parece, en efecto, cuestionable siquiera, que si los ejércitos peninsulares que invadieron aquel virreinato hubiesen alcanzado el objeto de la invasión, la independencia de todos estos países se habría retardado por muchos años, si no frustrádose enteramente. Aquella nación comparativamente pobre, es una especie de centro de sensibilidad en América, como el corazón en el cuerpo humano, que no puede absorber repentinamente el fluido de la vida, sin que lo sientan y se descoloren las extremidades, y que no puede sufrir una contradicción violenta, sin que todo el sistema continental quede más ó menos afectado. Vasto núcleo de unión entre el septentrión y mediodía de este nuevo mundo, representando por sí sola en rentas, en población, en importancia política, más de la mitad de Colombia, y habitada por una raza ardiente, robusta y valerosa, la Nueva Granada es y ha sido desde tiempos remotos, un depósito central de ideas, buenas unas, malas otras,

erróneas algunas, exactas muchas, todas brillantes. Los diversos ramos de la cordillera de los Andes, que la cercan y cortan en todas direcciones, dificultan sus comunicaciones en el interior, y aunque proporcionan medios baratos de subsistencia á sus habitantes, detienen el progreso de su riqueza material impidiendo el movimiento mercantil. Estas mismas causas hacen que aquel pueblo, curándose poco de cuestiones industriales, y aglomerado por lo común en las regiones más fértiles de su rico suelo, se agite siempre en su propio fuego, viviendo sin lujo, pero en la abundancia, y sin atenciones que distraigan y calmen la actividad de su espíritu emprendedor é inquieto. Allí las ideas al reflejarse de un hombre á otro van y vuelven con luz cada vez más intensa, como los rayos reflejados por contrapuestos espejos ustorios : las revoluciones bullen en aquella especie de caldero político, hasta rebosarse y desbordarse sobre las naciones vecinas. El entusiasmo, siempre contagioso y ayudado de imaginaciones fecundas y romanescas, viste el error de formas seductoras. En el exterior, el espíritu humano, siempre ávido de novedades, ignorando los pormenores de aquella lucha intelectual, y sin oír á la parte contraria, á quien el despotismo mantiene muda y en cadenas, acoge y se apropia el veneno con el mismo orgullo con que Eva tomó y comió la fruta fatal en el Paraíso. »

M. A. CARO.

POESÍAS VARIAS

POESÍAS

EL VIERNES SANTO

Tristemente reposaba
La natura soñolienta :
Ya su luz amarillenta
Trémulo el sol reflejaba,

Tiñendo la parda arena
Con su pálida vislumbre,
Y del Gólgota la cumbre,
De erizados pinos llena.

El mar no besa la playa,
Y, ya en la plena marea,
Cual espejo que argentea,
Sus tersas olas explaya.

Y ni las alas movía
La inconstante mariposa,
Ni la mosca bulliciosa
Turbar el aire se oía.

En el desierto arenoso
Duerme el león : cabe el Nilo
El repleto cocodrilo
Halla calor y reposo.

No cae la hoja marchita
Del árbol; todo en el mundo
En un silencio profundo
Tranquilamente dormita.

Y sobre el Gólgota guarda
Tres maderos, que ha clavado,
El pretoriano soldado
Descansando en la alabarda.

En el del medio, á lo lejos,
Se ve brillar mansamente
Una luz que hacia el oriente
Manda plácidos reflejos.

De súbito nueva luz
El cóncavo cielo hiende,
Y cual corona desciende
Sobre la infamante cruz.

Se entra el sol al mar profundo;
Pero entre la noche oscura,
Que da vasta sepultura
Entre sus alas al mundo,

Brilla como un meteoro
La cruz, en que está fijado

El que, muriendo, ha salvado
Al hombre de eterno lloro.

Su noble rostro, marchito,
Que inefable luz circunda,
Despide un rayo que inunda
Todo el espacio infinito;

Y por doquiera que están
Los justos, el corazón
Les advierte en conmoción
La caída de Satán.

Los Ángeles del Señor
Bajan desde el alto cielo,
Y se humillan en el suelo
Ante el muerto Creador.

Del mudo dolor en pos,
Fijos los enjutos ojos,
María ve los despojos
De su Hijo y de su Dios . . .

Tú allí, junto al crucifijo,
¡María! . . . tú al fin lloraste,
Y tus lágrimas mezclaste
Con la sangre de tu Hijo.

Allí le oíste decir
Que Juan tu hijo sería,
Y un *Hombre* pudo á María
Ya cual *Madre* bendecir.

De Juan hermano soy yo. . .
¡Madre! ¡cuán dulce es el nombre
Con que Dios, llamarte, al hombre
Al morir le permitió!

¡Madre! ¡oh Madre! ¡para mí
De Jesús la gracia alcanza:
Yo busco fe y esperanza,
Caridad y amor, en Ti!

POPAYÁN, 1843.

TE QUIERO

Te quiero, sí, porque eres inocente,
Porque eres pura, cual la flor temprana
Que abre su cáliz fresco á la mañana
Y exhala en torno delicioso olor.
Flor virginal que el sol no ha marchitado,
Cuyo tallo gentil se eleva erguido
Por matutino céfiro mecido
Que besa puro la aromada flor.

Te quiero, sí; pero en mi pecho yerto
Ya con amor el corazón no late,
¡Ay! ni mi frente pálida se abate
Al contemplar tu cuello de marfil;
Pero te quiero como á aquella tierna
Hija de mi alma que inocente ahora,
En el regazo de su madre, llora,
Tal vez, la pena que soñó infantil.

No dejaré que veleidoso vague
De flor en flor mi loco pensamiento,
Mas también la amistad tiene su acento;
Amigo soy, amigo te hablaré.

¡Feliz tú! ¡feliz yo! Mis largos años
Cuentan dos veces los que tú has vivido :
Tú el aguijón de amor aun no has sentido,
Yo ya de amor el aguijón gasté.

El fuego brilla en tus abiertos ojos,
Pero no hará reverberar los mios;
Tu blando acento en mis oidos frios
Rápido vibra y piérdese al caer :
Y si entrecubre el párpado bruñido
Tu dilatada, lúcida pupila,
Mi mirada pacífica, tranquila,
Admira el ángel—nunca la mujer.

Tal vez anima tu semblante puro,
Con gracia celestial, vaga sonrisa,
Como se anima, al soplo de la brisa,
El terso lago en tímido vaivén.
Y tu inefable sonreír de ángel
Al corazón arrancará un suspiro;
Mas yo impasible tu sonrisa miro
Y mirara impasible tu desdén.

¿De qué sirve en el árido desierto
De ruiseñor armónico gorjeo?
¿Á quién dará su música recreo,
Si todo en torno es yermo y orfandad?
¿Y qué valen la gracia y la hermosura,
Y la lágrima amiga y la plegaria,
Cuando el alma abrumada y solitaria
Está absorta en su propia soledad?

¡Estéril soledad, do todo muere,
Que llevo yo doquier conmigo mismo,
Que, cual potente mar, torna en abismo,
Y á sí asimila cuanto en ella cae!
Ya para mí la brisa no levanta
El mar de las pasiones; está en calma;
Al estéril desierto de mi alma
Sólo la arena sus mudanzas trae.

Volcán extinto soy, ceniza fría
Que humedeció el dolor. Lee lo que escribo:
Tu mirada de fuego yo no esquivo,
Que la chispa al caer se apagará.
Lee sin temor. Algún futuro día
Dirás: — ¡Era mi amigo! — Á más no alcanza
Ya mi ambición; mi tímida esperanza,
No de amistad el linde salvará.

Pero tu suerte, ¡hermosa flor! tu suerte,
Yo quisiera labrar y tu ventura;
Eres hermosa: el crimen de hermosura
Persigue el hado, sin piedad, aquí.
Flor virginal que con la brisa ondeas,
El gusano te acecha, en torno andando,
El diente aguza, y en el tallo blando . . .
¡Oh Dios! ¡buen Dios! ¡apártale de allí!

Tú la hiciste, Señor, ¡no la abandones!
Tú de gracia, de amor tú la vestiste,
¡Cuídala ahora! El enemigo existe,
Desnudo de virtud y de piedad.

¡No le permitas deshojar tu lirio!
¡Ay! ¡ni en el cáliz exhalar su aliento!
¡Ay! ¡ni permitas que enemigo viento
Aje tu linda flor, Dios de bondad!

DESPUÉS DE SIETE AÑOS

¡Ay! siete años han corrido;
Siete años ha te veía
Sentir cuando yo sentía . . .
¿Quién este cambio ha traído?

Siete años ha tu mirada
Era mirada del cielo,
Era rayo de consuelo
Para el alma atribulada.

En tu modesto retiro
Dabas amor á mi amor,
Y dolor á mi dolor,
Y á mi suspiro, un suspiro.

Brillaba en tus negros ojos
Una inocente pasión,
Latía tu corazón,
Hablaban tus labios rojos.

Tú inocente, puro yo,
¿Me amas? te preguntaba,

Y tu labio no esquivaba
La grata respuesta, no.

Para nosotros habia
Misterioso talismán;
Al gozo el gozo, al afan
El afán correspondia.

El secreto pensamiento
Que iba en el seno escondido,
No te era desconocido;
Le leías al momento.

Frecuentemente me hallé
Entre la turba mezclado,
Y sin verte, entusiasmado,
Tu presencia adiviné.

. . . .
. . . .

Hoy, siete años han corrido,
¿Y cuál es la diferencia?
Ésta : ¡que con la inocencia
El amor también se ha ido!

ME AUSENTO

Auséntome, buen Dios, me ausento solo,
Y todo es soledad por donde paso;
Y todo está dormido. En el ocaso
Lento su disco va sumiendo el sol:
Y expira como expira mi esperanza
En tristísimo lánguido desmayo,
Sin despedir ni un moribundo rayo,
Eclipsado entre nubes su arrebol.

Avánzase la noche tenebrosa,
Y sepulta á la tierra en su hondo seno;
Ni zumba el viento, ni retumba el trueno,
Ni se oye el arroyuelo murmurar.
Una pálida estrella solitaria
Hiende el crespón del cielo nebuloso,
Y en triste melancólico reposo
Puede apenas las nubes penetrar.

¡Imagen de mi vida sin ventura!
¡Estrella solitaria! ¡aquellas nubes
Que velan la mansión de los Querubes
Impiden que tu luz llegue hasta aquí! . . .

Yo también en la tierra un alma tengo ;
Pero su luz á penetrar no alcanza,
Y es luz de amor, de amor sin esperanza,
Mas ¡ ay ! ¡ la luz ! . . . ¡ la *luz* no brilla en *mí !*

Entre el terrible estrépito del mundo,
Ó en esta soledad dulce, sombría,
Mi corazón palpita de agonía
Y vive del dolor mi corazón.
Mi corazón, cuyo latir convulso,
Perdida la quietud, la paz perdida,
Le da existencia, como al mar da vida
El sordo rebramar del aquilón.

¡ Cuán horrible es vivir de la tristeza,
Agobiada la sien de pesadumbre,
Y no sentir jamás la dulcedumbre
Que la fe sólo y la esperanza dan !
¡ Cuán horrible es amar sin ser oído,
Que el suspiro entre lágrimas enviado
No halle jamás el eco deseado
Que respondiendo, alivie nuestro afán !

¡ Cuán horrible es pensar que yo sucumba
Al peso irresistible del destino,
Y divertir con mi clamor contino
El capricho ó virtud de una mujer !
¡ Cuán horrible es contar mis tristes horas
Por las horas acerbas de mis penas,
Y sentir la ponzoña entre mis venas
Sin probar nunca el cáliz del placer !

Ó pensar que un rival afortunado,
Á quien propicia se mostró su estrella,
Pueda en su boca deliciosa, bella,
Vida beber, felicidad y amor.
Y entre su seno cándido, süave,
Verle gozar sus tímidas caricias;
Y de amor embriagado y de delicias,
Cuando yo gimo presa del dolor.

Sí, del dolor; si alguna vez sus labios
Á mis ardientes labios se juntaron,
Y unos en otros el placer buscaron
Llenos de fuego, y vida, y juventud,
Entonces, cual volcán, cuyo estallido
Ahoga el cantar del ruiseñor contento,
De la pasión el seductor acento
Ronca acalló la voz de la virtud.

Y con la mano trémula apartóme,
Sustrajo á mi cabeza su regazo,
Huyendo de mi amor y de mi abrazo
Y de su propia tímida pasión.
Y yo la vi de lejos reclinada,
Puesta la mano trémula en la frente,
De un caduco deber llena la mente,
Y del amor presente el corazón.

Pero sus ojos tímidos me vían
Sin osarme mirar : húmeda estaba
Su faz, donde la lágrima brillaba
Como el rocío en nacarada flor.

Ahora arrepentida se mostraba
De haberme rechazado : ora tendia
La palma, y ordenarme parecía
Que respetase, amando, su pudor.

Mas prendíme á sus labios deliciosos,
Como de abejas el dorado enjambre
De virgen flor al oscilante estambre
Que blando mueve el céfiro al pasar.
¡ Ay ! donde yo la vida hallar creia,
Cual colibrí la miel en la azucena,
Sólo hallé copa de ponzoña llena
Que vino mi existencia á envenenar.

Y la probé, cual pajarillo incauto
El *solo* grano que la red encierra,
Y deja de vagar por aire y tierra
Prisionero quedando entre la red.
¡ Oh ! ¡ quién pudiera nunca haber probado
El néctar en sus labios de ambrosía,
Donde mi alma en éxtasis bebia
Sin apagar jamás la ávida sed !

¡ Pero quise probarle ! . . . Así el viajero
Incauto en los desiertos de Sahara,
El resoplar del viento deseara,
Del viento del desierto abrasador ;
Y así sentí cual siente el peregrino
Al ver llegar la muerte sobre el viento
Que emponzoña las auras y el aliento
Con su abrazo de fuego y de dolor.

Así sentí, mujer; ése el alivio,
Ése fué de placer el que ofreciste
Amargo cáliz, eso lo que diste
Por sola recompensa de mi fe.
Hora mintiendo afectos, á engañarme
Yo no sé qué te impele seductora,
Conozco que me engañas aun *ahora;*
Ó tal vez me amarás—yo no lo sé.

Pero yo sí te amo. No profanes
De mi amor el purísimo santuario,
No olvides al viajero solitario
Que vive, que delira para ti;
Para ti sola, para ti, que diste
Tormentos á mi alma venturosa,
Por quien la vida arrastro pesarosa
Entre el dolor, la angustia, el frenesí.

Robásteme la dicha que tenía,
Robásteme mi paz y mi sosiego,
Y en mi tirana te erigiste luego,
Y yo te amo y siempre te amaré.
Mas no cual tú, que tienes quien te admire,
Quien te prodigue incienso prosternado;
Yo sólo tengo un corazón llagado,
Sólo amar sé y amando moriré.

Con sus dulces armónicos acentos
Otro feliz encantará tu oído,
Ó de célicas formas bendecido
Su talle altivo ostentará y su faz ;

Pero á *mi* el cielo, de su polvo avaro,
Me ha negado la atlética belleza;
Yo no levanto al cielo mi cabeza,
Ni alzo á las nubes mi mirar audaz.

Pero ¡ay! que si el cielo no ha querido
De perfección hacer conmigo alarde,
No por eso, mujer, soy yo cobarde,
Yo tengo *honor,* aunque pujanza no . . . .
Sí, tengo *honor,* el sentimiento excelso
Que asegura del alma el poderío,
Y un alma bulle aquí en el pecho mío,
Que digna de adorarte Dios creó.

Á BEATRIZ

Hija, tu madre me dice
Que cuando tus ojos vieron
Mi carta, se humedecieron,
Y suspiraste por mí.
Yo no sé, hija del alma,
Qué me pasa : si es tormento,
Ó si es placer lo que siento,
Al saber esto de ti.

Esa lágrima inocente
Que hasta la infancia derrama,
¿ De nuestro Dios no reclama
Ya piedad, ya compasión ?
Por ti — por mí — por tu madre,
Por tus hermanos queridos,
¡ Pobres huérfanos, hundidos
En el fango y la opresión !

Por ventura en esa lágrima
Que tus ojos humedece
De mis padres resplandece
El valor y la virtud.

De ésos cuya nieta eres,
Que por la Patria murieron,
Y la cadena rompieron
De una larga esclavitud.

¡Conque, hija mía, tú sientes
¿No es verdad? cuando *otros* ríen!
Tú lloras, otros sonríen
Con tranquilo corazón.
Todos son esclavos, y *ella,*
Mi hija, ya llora su pena,
Y *ellos* sufren la cadena
Con santa resignación.

Cuentas cincos primaveras
Y ya lloras; y ese llanto
Que tu niñez honra tanto,
Honra tu raza también.
Al ver lo que sois ¡oh hijos!
Y al ver que algún parricida
Os quita el pan y la vida,
Le alabo porque hace bien.

Hace bien: no sois vosotros
De aquella raza maldita
Que de hinojos solicita
Perdón para la virtud.
De hambre moriréis acaso. . . .
¡Muertos! . . . ¡esclavos! . . . Prefiero
Lloraros muertos: no os quiero
Vivos en la esclavitud.

Hija mía, ¡quién pudiera
Volar como el pensamiento,
Oír tu infantil acento,
Y besarte y ser feliz!
Nada puedo; de mi Patria
Me está cerrada la puerta . . . .
Mas al fin veréla abierta:
Y entre tanto, ¡adiós, Beatriz!

LIMA, *Noviembre* 1851.

¡ME VOY! [1]

I

Me voy de las playas alegres, süaves,
Do el Rímac corriendo tranquilo murmulla;
Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,
Do nunca ha apagado sus rayos el sol;
Do anuncian la aurora con trinos las aves,
Y en cantos acordes al alba saludan;
Do nunca los hielos al árbol desnudan,
Do nunca del cielo faltó el arrebol.

Me voy de las playas que el aura acaricia
Besando las flores que crecen en ellas;
Do el céfiro borra las tímidas huellas
Que deja en la arena la esbelta mujer.
Se quedan los campos do amor y delicia
Espiran los aires y el labio respira,
Do en plácidos sueños el joven suspira,
Mecido en los brazos del blando placer.

1. Composición escrita por la noche, el 27 de julio de 1852, después de presenciar durante algunos instantes el baile dado por el Whist Club en la ciudad de Lima.

Se queda la tierra que Marte aborrece
Y evita los ecos de trompas marciales,
Do el bárbaro ruido de roncos metales,
No arranca, tronando, sus gritos de horror.
Me voy de las playas do blando se mece
El cándido lirio al soplo del viento. . . .
¡Adiós, gaya Lima, do no hay un acento.
Que no nos inspire deleite y amor!

II

Me voy . . . ¡y nada dejo, ni un suspiro!
Nadie dará una lágrima á mi ausencia;
Para mí no ha existido ni la esencia
Plácida de los árboles aquí.
He estado en un Edén, testigo he sido
De los placeres que ese Edén brindaba;
Mas cuando yo sus árboles buscaba,
Ni la sombra era fresca *para mí.*

Oyendo estoy el melodioso acento
Que para otros oídos se destina;
Pero ese acento que al deleite inclina
Viene tan sólo á herir mi corazón.
Viendo estoy las miradas y las risas
Dulce y afablemente contestadas;
Pero esas risas ¡ay! esas miradas
Son para otros para mí no son.

En mi redor la música se anima,
Y al grato son en mi redor se danza;

En mi redor se enciende la esperanza,
En mi redor se mueve la mujer;
Y su forma de sílfida que vuela
Por el salón en brazos de su amante,
Y su rostro, de júbilo radiante,
Y sus ojos de fuego y de placer;

Música, baile, amor, deleite — nada
Le pertenece al infeliz proscrito,
Que vive, como Tántalo, maldito,
Viendo la dicha ahogada en el dolor :
Ni vibra para él acento amigo,
Ni se perfuma para él la brisa,
Ni brilla para él la dulce risa
De amistad, ó de lástima, ó de amor.

Mira el proscrito hacia el jardín vedado
Como pudo, lanzado de improviso,
Mirar desde la puerta al Paraíso
El desterrado, el infeliz Adán.
Luego, si piensa en el hogar nativo
Y se transporta á playas apartadas,
Mira la Patria, y á su amor cerradas
Ve que sus puertas para siempre están!

III

En la turba que esa sala
Llena sonrïendo, amando,
Y conversando, y burlando,
Do todos contentos van,

Aquel suspiro que exhala
De la boca coralina
La bella, que el cuello inclina
Sobre el alegre galán;

La dulce risa, el acento
De placer y de alegría,
Y la blanda melodía
Que hace los aires vibrar. . . .
Todo aquello que contento,
Deleite y amor inspira,
No consuela al que suspira
Por su patria y por su hogar.

Él no es ave de *este* nido,
Ni oveja de *este* rebaño;
Para todos es extraño,
De todas desconocido :
En el lujoso salón
Ve mujeres tiernas, bellas,
Mas, para él, no hay en ellas
Oídos ni corazón.

Si hacia el labio del proscrito
Un ahogado acento vuela,
El corazón se rebela,
Y aquel acento bendito
Sobre su labio se hiela :

Se hiela, como la gota
Que el frío torna en cristal
Cuando entre la escarcha brota,

Ante el oyente glacial,
Cuya indiferencia nota.

¿Quién va á atender al ingrato
Son del dolor que se queja,
Abandonando el boato
Y el dulce y alegre trato
Donde el amor se refleja?

¿Quién ha de apartar los ojos
De tanta riqueza y gala,
Por atender, en la sala,
Al que oculto entre sonrojos,
Su queja tímida exhala?

Por el pesar carcomido,
Solo entre la muchedumbre,
Mudo en medio del ruido,
Está el proscrito escondido,
Y á oscuras entre la lumbre.

IV

Tal vez en selva espléndida, en medio de los robles
Que cubren con sus sombras la tierra en derredor,
Inclina al suelo lánguida sus hojas casi inmobles
Una enfermiza, pálida, desconocida flor.

Y los alegres árboles, que juegan con el viento,
Y cuyas ramas crujen al son del huracán,
Reparten sus despojos, y al ímpetu violento
Ahogando con sus hojas la florecilla van;

Y mientras que, en el júbilo, el aire se alborota,
Y suena por las ramas su acento silbador,
Al pie del tronco yace, oculta, helada, ignota,
Y muda entre el estrépito, la solitaria flor.

Así entre la magnífica comparsa que se mueve,
Y empújame, y ahógame, y oblígame á quejar,
No hay uno que hacia abajo la alegre vista lleve,
No hay uno que, por lástima, me venga á saludar.

Y oculto y melancólico, entre el común contento,
No salgo de la esfera donde penando estoy,
Y, lejos de mi patria, engaño mi tormento,
Diciendo: ¿Á quién le importa? De vuestro Edén me voy.

Y si hay una entre tantas, cuyos azules ojos
Hacia el proscrito errante se vuelvan por ventura,
Los ojos del proscrito evitan su hermosura
Y elévanse hacia el cielo en busca de su Dios;
Que la mujer, sus risas, sus tímidos sonrojos,
No encuentran en el pecho, para el deleite muerto,
Sino la arena estéril de un árido desierto,
Do apenas queda un eco para decir: ¡Adiós!

Á LA SEÑORITA DOLORES ARGÁEZ

DESPUÉS DE UN BAILE

Como entre flores ricas y vistosas
Se oculta la violeta en el jardín,
Entre damas alegres y pomposas
Yo te vi confundida en el festín.

Imagen de la tímida violeta
Tienes un atractivo encantador;
Por eso ensalza el infeliz poeta,
Aun más que tu belleza, tu pudor.

Esa tristeza lánguida y esquiva
Que te acompaña por doquiera vas,
Y la sonrisa dulce y expresiva,
Que asoma y muere en tu doliente faz;

La lágrima furtiva que riëla,
Al escaparse, por tu limpia tez,
Que un sentimiento tímido revela
De fuego, ignoto para ti tal vez,

Dan á tu rostro esa expresión que inspira
Religioso cariño, admiración,

Y hace sonar las cuerdas de la lira,
Y latir de ternura el corazón.

El alma, como un arpa vibradora,
Responde al tono que le da tu humor;
La alegra tu sonrisa encantadora,
La anubla y entristece tu dolor,

Porque tienes del niño la inocencia,
De la mujer las formas de marfil:
El amor se confunde en la presencia
De tu belleza, púdica, infantil.

Como la luz de aurora matutina
Alumbra tu mirada, sin quemar:
Es tu voz cual la nota peregrina
En que suele la tórtola llorar;

Tu rostro melancólico y süave
Me representa la doliente faz
Del Ángel santo, que, en su angustia grave,
Trajo consuelo al Salvador y paz;

Y tu cuerpo modesto y delicado
Es cual lirio encerrado en un cristal:
El viento del deleite no ha llegado
Á columpiar tu talle virginal.

Ya pasaron los años de tu infancia,
Y pasará también tu juventud;
Pero siempre el aroma y la fragancia
Quedarán para ti de la virtud.

Como conservan las marchitas flores,
Perdidos ya los tintes, el olor,
Tú guardarás, dulcísima Dolores,
Perdida la belleza, tu pudor;

Y cuando ya no pueda la corona
De la hermosura decorar tu sien,
Todos respetarán á la matrona
Y su virtud admirarán también.

Mientras esas espléndidas mujeres,
Que te ven con orgullo y altivez,
Sientan volar amores y placeres
Con la estéril frescura de su tez;

Tú no verás en el ocaso el astro
Que tu feliz carrera alumbrará :
Tu alma es esencia en vaso de alabastro,
Que aun gastado, su aroma exhalará.

Y serás más feliz que la más bella,
Porque unes el pudor á la beldad;
Y el tiempo en todo dejará su huella,
Menos en tu virtud y mi amistad.

Julio 19 *de* 1855.

Á LAS HEROÍNAS DE BOGOTÁ

(Recuerdo de la Campaña contra la Dictadura del General Melo)

Por más bárbaro que sea
El enemigo, no importa :
Toda distancia se acorta
Para el que lidiar desea.

Las bellas gimiendo están ;
Los brazos, pues, tenderemos,
Y, ó todos pereceremos,
Ó ellas se libertarán.

Así, virtuosas matronas,
Corred los campos desiertos
Y preparad dos coronas
Á vuestros hijos altivos :
De laurel para los vivos,
De ciprés para los muertos.

Feliz quien sienta la herida
Que su pecho desbarata,
Pues la bala que á él le mata
Os da á vosotras la vida.

Dichosos son los hijos que á sus madres
Á costa de su vida libertaron,
Y el honor de la virgen rescataron
Muriendo al pie del salvador cañón.
Ésos por credencial muestran ufanos
Ante su Dios el corazón abierto;
Á ésos su Dios les abre el Santo Puerto
Sólo con ver el roto corazón.

Noviembre 5, 1854.

VANITAS VANITATUM ET OMNIA VANITAS

I

Busca el Egipcio en su constante anhelo
Gloria inmortal : al tiempo desafía
Construyendo pirámides que envía
De la móvil arena al alto cielo :

Los restos de sus padres, en su duelo,
Á la sólida fábrica confía,
Y del tiempo á pesar, la momia fría,
Por siglos guarda el consagrado suelo.

Descubre el sabio el esqueleto pálido :
Interroga las raras inscripciones
Y se desvela sobre el resto escuálido,
Que ha triunfado de mil generaciones;

Mas ¡ay! murieron raza, historia y nombre :
Sólo quedó la vanidad del hombre.

II

¿Quién construyó la inmensa maravilla
Que se esconde en el suelo americano?
¿Quién de Palenque[1] explicará el arcano
Que nuestra ciencia presuntuosa humilla?

Tal vez fué de Titanes la semilla,
De aquella raza cuya dura mano
Construyó el laberinto sobrehumano
Que á pesar del diluvio vive y brilla.

Pero no queda de esa raza nada:
De la fábrica enorme cada piedra,
Una vez y otra vez interrogada,
Con su terco silencio nos arredra:

— ¿Quién os labró? — ¡La Vanidad! responden
Los ecos que en las bóvedas se esconden.

III

¿Y cuántas glorias, en su propio aprecio,
No fundaron los ínclitos mortales
Que aquellos monumentos colosales
Dieron al mundo, del poder por precio?

1. *Palenque.* — Ruinas de una gran ciudad en la América Central, á 150 kilómetros al este de Chiapa, descubiertas en 1787 por Antonio del Río y José Alonso de Calderón. Hay notables analogías entre estas ruinas y las del antiguo Egipto y también, aunque en menor grado, con las de la India oriental.

¡Y cuán costoso para el pueblo, y recio,
Y cuán fecundo en servidumbre y males
Fué el poder que en tan anchos pedestales
Dejó su fama con orgullo necio!

El amor de la gloria á la injusticia
Los llevó, y al afán y al movimiento,
Para dejar á su ambición propicia
Fábrica eterna, eterno monumento;

Mas ¡ay! erraron, porque todo ha muerto,
Menos la Vanidad, en el Desierto.

IV

¡Infeliz del que busca en la apariencia
La dicha, y en la efímera alabanza,
Y muda de opinión con la mudanza
De la versátil pública conciencia!

El presente es su sola providencia;
Cede al soplo del viento que le lanza
Al bien sin fe y al mal sin esperanza;
Que en errar con el mundo está su ciencia.

Y feliz el varón independiente,
Que libre de mundana servidumbre,
Aspira entre dolor y pesadumbre
Á la eterna verdad, no á la presente,

¡Conociendo que el mundo y sus verdades
Son sólo vanidad de vanidades!

V

¡Oh! todo es vanidad : Dios sólo sabe
Glorificar al hombre que ha creado;
Puede del ancho espacio ser borrado
El orbe, al son de su palabra grave;

Mas cerneráse el Justo, como el ave
Revoloteando sobre el Ponto airado,
Por encima del mundo desquiciado,
En que la misma Vanidad no cabe.

Imperios, mundos, creaciones pasan,
Como pasa vibrando por el campo,
Sin dejar huella, el repentino lampo
De aquellos fuegos que el espacio abrasan.

Mas la Virtud no muere ni se olvida;
Que Dios le da su Eternidad por vida.

París, 1859.

CASIMIRO EL MONTAÑÉS

Es lóbrega la noche : un nubarrón oscuro
De lluvias y relámpagos y de terror preñado,
Parece haber al mundo entero sepultado
Bajo su manto espeso de espanto y soledad.
Y mírase un jinete que cruza la llanura
Y luego escala el monte, y llega á la montaña,
Y luego por la selva ignota se enmaraña
Al son solemne y sordo de la alta tempestad.

Á saltos va el caballo las rocas escalando,
Y bufa á cada esfuerzo pidiendo siempre rienda,
Que la áspera montaña, la peligrosa senda
Parece que conozca mejor que su señor.
El rifle mal colgado la ijada le golpea,
Y atónito por tiempos retiembla estremecido,
Y del contacto insólito y tétrico sonido
Se asusta, y parte, y párase mirando en derredor.

Parece el caballero nacido á su caballo;
Parece que el caballo á cada movimiento
Exprese las pasiones y el vario pensamiento
Que cruzan por la mente del rústico feroz.

Y al ruido de los truenos que repercute el monte,
Y al ruido de la lluvia que el caucho le azotaba,
Así con su caballo el montañés hablaba
Sin que ese ruido ahogase el eco de su voz :

» Noche por las tormentas arrullada,
¡Imagen de la muerte, tú me guías!
Te amo, y detesto los lucientes dias
Que he pasado entre angustias y terror!
Tú sola me acompañas. Otros lloran
Cuando tu manto sobre el mundo extiendes,
Pero á mí tú me ayudas, tú me atiendes,
Tú me recuerdas el pasado amor.

» Y al sepultarme en las tinieblas hondas,
Con que del sol la odiada luz ahuyentas,
Como el pasado bien te me presentas,
Que me es dulce siquiera el recordar.
Vela conmigo, mi alazán brioso,
Y atraviesa los riscos y montañas
Con planta cierta, y busca entre espadañas
Y zarzas y malezas, el lugar;

» ¡Ese lugar que el tiempo se ha empeñado
En que no vuelva á ver! Corcel famoso,
Búscale bien, que el tiempo borrascoso
Tu vida acabará, tus bríos no.
Búscale, mi alazán; ésta es la hora
En que á él me condujiste en el propicio
Tiempo, en que por inmenso beneficio
Tu generoso instinto invoqué yo.

» ¡Brilla un rayo! . . . ¡detente! — y otro brilla,
Del ronco trueno al retumbante estruendo. . .
¡Ya soy feliz! su luz va descubriendo
La estrecha senda. En el paraje estoy.
Á la luz del relámpago la miro. . . .
Aquí es, aquí es : allende el negro tronco. . . .
¡Que aturda el trueno! su sonido bronco
¿Ya qué me importa? ¡Venturoso soy!

» ¡Detente, mi alazán! Ésta es la gruta,
La gruta es ésta en que feliz yo he sido.
La borrascosa noche, y el ruido
Que hace el viento zumbando en derredor,
¡Todo me la recuerda! ¡*Ella* aquí estuvo!
¡En su ojo negro la pasión ardía,
Y yo en su dulce labio recogía
Con ansia inmensa el beso del amor!

» ¡Aquí estuvo *ella!* Ésta es la grata hora
En que yo estremecido me acercaba,
Y en sus amados brazos rebuscaba
La dicha en convulsivo frenesí.
Pálida, al son de la tormenta airada,
Dada al viento la espesa cabellera,
Parecía más linda y hechicera
Cuando buscaba protección en mí.

» ¡Mi pecho era su arrimo! y — yo entre tanto
Cegado con el bien que poseía,
Aunque en su amor, en su lealtad creía,
No encontraba valor para vencer.
Porque temblé, y ella tembló ; — y entonces

Yo, confundido entre sus brazos bellos,
Tímido, incierto, y zozobrado en ellos,
No probé, no, la copa del placer.

» Por su inocencia púdica animada,
La ingrata luz de antorcha al apagarse
Vino, testigo odiado, á colocarse
Entre su amor inmenso y mi pasión,
Y fuí á abrazarla, y trémulo apartéme;
Y su rostro gentil anegó el llanto;
Y la vi desmayarse. . . . ¡Oh! ¡cuánto espanto
Tuvo, hasta de su amor, mi corazón!

. . . .

» Hoy me queda el recuerdo solamente
Y ese recuerdo es pena, y cada instante
Me presenta en la imagen de mi amante
Un infierno con rostro angelical.
¡Como fué grande el gozo pasajero,
Es amargo y constante mi tormento,
Deleite que engendró remordimiento,
Bien que produjo ilimitado mal!

» Á mi me arrebataron de sus brazos,
Á otro empujaron á sus brazos bellos;
Y yo al salir, la pena, y él, en ellos
Al entrar, el dolor también halló.
Desdichado fuí yo, y él desdichado,
Y ella también en la desdicha llora:
Sólo el dolor por donde quiera mora:
¡Ellos sin dicha, en la desdicha yo!

» Hay en mi pecho un férvido suspiro
Que en vano ruge y por salir batalla;
Al exhalarse, la opresión le acalla,
Y ahogado vuelve á batallar allí.
Irrevocable mi sentencia ha sido,
¡Irrevocable cual de Dios el juicio!
Ella varió: su amor no fué propicio
Para nadie, y funesto para mí.

» ¡Noble mujer! ¿por qué la vez primera
Que clavaste tus ojos en mis ojos,
No ocultaste tu amor en los enojos
Que, con tan necio orgullo, finges hoy?
¿En qué te ofendí yo? ¿Sólo querías
Que el plebeyo infeliz se te humillara?
¿Hacer probar el bien porque llorara? . . .
¡Gózate, pues, que ya llorando estoy!

» Pero quizá no siento solo: acaso
Suspiras tú también ocultamente.
Quien tiene que fingir dos veces siente:
Le angustia el mal, le angustia el engañar.
Yo no tengo testigo de mi pena,
Pero allá entre tu pecho ¡qué batalla!
Yo al menos lloro: tu dolor no estalla;
¡Tú no puedes, señora, ni llorar! . . .

» ¿Mas tu dolor mi pena acaso mengua?
¿Por qué, pues, me deleito? La venganza
No es placer para mí: dame esperanza,
Con la esperanza aliviaré quizá. . . .
Pero no; no eres tú la que cometas

Un crimen redentor : ya perpetraste
Aquel con que la dicha me robaste,
Ni acaso á más tu orgullo aspirará.

» Trocadas en desdenes tus miradas,
La maldita beldad que te dió el cielo
Causa mi perdición y mi desvelo,
Y tú, señora, ríes de mi mal.
Mientras yo vago entre ásperas montañas
Tú duermes : con los tuyos otro enlaza
Sus brazos, y esta idea despedaza
Mi corazón rebelde y criminal.

» Miente y engaña al hombre que te tiene
Con la bendita aprobación del mundo :
Al noble esposo, que logró segundo
De tu desdén, cabe el altar, triunfar.
Que yo entre tanto la virtud admiro
Que tan bien guarda el contratado lazo;
¡Si mi valor me ha abierto tu regazo,
Mi cuna me ha apartado del altar! . . .

» ¡Ah, Estela! ¡Estela! de tu amor comprado
¿Cómo puede él gozar? ¿No se presenta
Entre él y ti mi aparición sangrienta
Á enfriar tu abrazo y rechazar tu amor?
En esta piedra tu traidora mano
Me prodigó en un tiempo sus caricias,
Y brindóme tu seno sus delicias,
Y embriagóme tu aliento abrasador.

» Sentada en ella, pálida, convulsa,
De amor y de deleite estremecida,

Fijos tus ojos, dísteme acogida,
Y aceptaste el amor que te juré.
¡Qué diferencia ahora! el sitio mismo
Mis angustias presenta y mi quebranto,
Y es el solo testigo de mi llanto,
Porque, mujer, faltásteme á la fe. . . .

» ¡Ah! ¡qué fatalidad me impele ciega
Siempre á buscarte, siempre á idolatrarte!
¡Obtuviste ya un triunfo, y otro darte
Pretende mi bastardo corazón!
¡Y vuelo de ti en pos, y no te encuentro,
Y á los lugares voy en que estuviste,
Buscando amor! ¡y en ellos sólo existe
La huella que ha dejado mi pasión! . . .

» ¡Ya no sufriré más! ¡Tú, compañero
De la desgracia que abrumarme quiere:
Llévame allá do la mujer no impere,
Donde sólo haya yermo y soledad!
Que allí contigo, por abrigo el cielo,
Y la tierra por lecho, tu bufido
Venga á herir sólo mi infeliz oído
Como postrer recuerdo de amistad.

» Y que cerca del tronco en que yo muera
Inclinado á la tierra el cuello erguido,
Que eres el solo amigo que he tenido
Muestres con triste y lúgubre ademán;
Pues ya que el mundo me persigue siempre —
De la mujer y el hombre la venganza —

En tu amistad yo finco mi esperanza,
Tú llorarás mi muerte, mi alazán! . . .

» ¡ No, no te dejaré! Presa serías
Acaso de algún bárbaro inhumano
Y su cruel, desconocida mano
Tu cerviz generosa azotará.
¡ Jamás! ¡ Jamás! . . . ¡ Si la desgracia quiso
Á tu existencia encadenar mi suerte,
Somos inseparables; y la muerte
Un sepulcro común nos abrirá! . . .»

Calla, — al ijar aplica el aguijón punzante,
Y, como el rayo, parte el animal brioso.
¡ Adiós! ¡ Adiós, Estela! el eco vagaroso
Por tres y cuatro veces doliente repitió.
Y desde el borde altísimo de risco amenazante,
Á cuyo pie un torrente sus ondas desbarata,
Lanzóse, cual se lanza la hirviente catarata,
A así con su caballo el montañés murió.

POESÍAS

ESCRITAS EN ÁLBUMES

NUNCA TE HABLÉ

Nunca te hablé... Si acaso los reflejos
De tus ojos llegaron desde lejos
Mis fascinados ojos á ofuscar,
De tu mirada ardiente, aunque tranquila,
No se atrevió mi tímida pupila
Los quemadores rayos á encontrar.

Nunca en mi oído resonó tu acento :
Si de tu labio el vivo movimiento
Y tu expresión angélica admiré;
Al contemplar tu gracia y tu belleza,
Oculta entre mis manos mi cabeza,
Tus atractivos mágicos burlé.

Eres un sueño para mí. Á la lumbre
Del teatro, entre densa muchedumbre,
Tus seductoras formas descubrí;
Mas si evité tu acento y tu mirada,
Quedóse en mi alma la impresión grabada
De la mujer fantástica que vi.

Y desde entonce, aunque de ti me alejo,
Mi memoria de fuego es el espejo
Do tu imagen se viene á reflejar :

Y goza mi rebelde pensamiento
En darle vida, en inspirarle acento,
¡Ay! y en idolatrarla á mi pesar.

¡Quizá será mejor! En el misterio
La mujer, como Dios, tiene su imperio
Y la duda alimenta al corazón...
¡No rasgue el velo mi profana diestra
Que oculta á la mujer y al ángel muestra
Y me deja en poder de mi ilusión!

Tiemblo al quererte oir. Deja que tema,
Porque acaso tu acento también quema
Y á consumir mi corazón vendrá;
Mi corazón por el dolor gastado,
Que, á un oscuro rincón ya relegado,
Entre ceniza y lágrimas está.

Porque, á la luz y á la belleza esquivo,
Yo, como el buho, en los escombros vivo
De las pasiones que por fin vencí.
Y en mi lóbrego albergue estremecido
Sólo aspiro á la paz que da el olvido,
Ya que el amor y el mundo huyen de mí.

Y jamás te hablaré. Pero consiente
Que aquí estas líneas deje reverente
En señal, no de amor, de admiración.
Las escribo sin fe, sin esperanza,
Aunque, donde el cariño no se alcanza,
Alcánzase el desprecio ú el perdón.

ENTRE FLORES

¡ Señora! dejo á tus ojos
El descanso necesario;
Ni temas que mi incensario
Perfume tus labios rojos,

Ni que inspirado y romántico,
Y en llanto amargo deshecho,
Deje que exhale mi pecho
Ningún funerario cántico.

¿ Qué haré, pues, si acaso llamo
Astro que tu senda alumbre,
Ó flores en muchedumbre
Á tus leves pies derramo ;

Ó canto de la amistad
El süave sentimiento,
Ó bien tu angélico acento,
Ó bien tu amabilidad?

¿ Ó si tus gracias invoco
Porque me inspiren?... ¡Dios mío!
Todo aquello cae en frío,
¡ Si el que repite es un loco!

Y tanto te han elogiado,
Ora en letras, ya en colores,
Que tu nombre está entre flores,
Prosa y verso, columpiado.

Así aunque á decirte pruebo
Algo que verse merezca,
No hay nada que me parezca
Digno de ti por ser nuevo.

Callo, pues, lo mucho y noble
Que ya de ti se cantó,
Que no quiero llevar yo
Libros por Partida Doble.

Pero dejar es preciso
En tu jardín un tributo,
Y en mi Arboleda no hay fruto
Que venga á tu Paraíso.

Mas ya que en el mismo Edén
Hubo una planta fatal,
Yo dejaré mi espinal
Entre tus flores también.

Doy lo que tengo; no hay más:
Ya que los otros dan flores,
Yo doy espinas, Dolores,
Y así de todo tendrás.

Si dejo mi espina al fin,
El regalo no te asombre,

Que en este álbum es mi nombre
Un abrojo en un jardín.

Y si mi ofrenda te enoja,
Señora, tiene remedio :
Para quitarla de en medio
Basta que arranques la hoja.

Mírarla, pues : aquí queda,
Y, puesto que lo deseas,
No murmures cuando leas :
El triste JULIO ARBOLEDA.

SERENATA

Que siembre en esta página, me pides, un recuerdo :
Que deje en tus oídos, me pides, un cantar;
Y yo, por si mis alas al extender, me pierdo
En extranjeros climas ó en el revuelto mar;
Por si es la vez postrera que piso tus hogares,
Y es el adiós postrero que nos debemos dar;
Los últimos suspiros, los últimos cantares
Que lanzo en esta tierra te voy á dedicar.

Nave perdida, pájaro errante
Del mar y el viento por la región,
Tras de mí dejo, por un instante,
Fugaz estela, flébil canción.
Cuando estos versos leas á solas
En el retiro de tu mansión,
Del mar de tu alma sobre las olas
Mi blanca estela piensa que son.

Cuando á tus solas leas el cántico postrero
Que de la vieja Europa al despedirme alcé,
Recuerda que te dejo mi corazón sincero
De tu amistad, señora, bajo la casta fe.

Por mucho que te halague mi pobre serenata,
Memoria en esta página que para ti grabé,
Jamás la que te dejo de mí, será tan grata
Como será, señora, la que de ti llevé.

Yo te la dejo como una ofrenda
De un peregrino sobre un altar;
Yo te la dejo como una prenda
Que me recuerde siempre en tu hogar;
Yo te la dejo, señora mía,
Para que al Ángel mi tutelar
Me recomiendes, al fin del día,
Tus oraciones al recitar.

Mi nombre en este libro
Quieres que escriba;
El tuyo irá en mi pecho
Mientras yo viva.
Yo te lo fío, —
Fía el tuyo, señora,
Del pecho mío.

Mi corazón es libro,
Do, en letras de oro,
Los nombres de las gentes
Que amo, atesoro;
Los que allí escribo
No se borran, señora,
Mientras yo vivo.

Los poetas tenemos,
Como las aves,

Una voz rica en trinos
Dulces, süaves;
Y á quien queremos,
Con cantares suavísimos
Adormecemos.

Los poetas tenemos,
Como las flores,
El capullo del alma
Lleno de olores
Y á los que amamos,
Nuestro grato perfume
Les prodigamos.

Los poetas, señora,
Nos ausentamos,
Pero al par nos partimos
Y nos quedamos,
Pues nuestra esencia
Queda con nuestros versos
En nuestra ausencia.

Aunque parto, tú puedes
Estar conmigo:
Yo me voy, mas mi nombre
Queda contigo;
Si se te antoja,
Llámame: el alma queda
Sobre esta hoja.

EL EDÉN DEL CORAZÓN

Eva cuando se vió en el Paraiso
Contempló el mundo con intenso afán;
Mas luego que vió á Adán, Eva no quiso
Contemplar otra cosa que su Adán.

Le vió, se vió; sus formas femeninas
Con las de Adán de presto comparó,
Y al ver de Adán las fuerzas masculinas
Sin Adán incompleta se sintió.

Ella le contemplaba enamorada:
Enamorado la admiraba él,
Por sus castos cabellos cobijada
La brillantez sedosa de su piel.

Por entre su flotante cabellera
Asomaban sus hombros de marfil,
Su breve pie blanqueaba en la pradera
Sobre las gayas flores del pensil.

Mientras dos tiernos lirios, columpiados
Á impulso de la brisa matinal
Sobre sus formas tersas reclinados,
Realzaban su blancura sin rival.

De Adán los pensamientos se prendian
Como la hiedra al árbol, á sus pies,
Y sus bruñidos miembros descubrian
De los espesos rizos al través.

Eva inocente sonrïó, y gozaba
De los dos tiernos lirios al vaivén;
Y amando ya, mas sin saber que amaba,
Sobre el hombro de Adán puso la sien.

Y sometido Adán á tanta prueba,
Creyó acaso en la dicha de los dos,
Y amando ya, mas sin saberlo, á Eva,
Ni vió el Edén ni se acordó de Dios.

Pero el primer ardiente sentimiento
Con que aquel par feliz se estremeció,
No fué tan grato como fué el acento
Que el primer hijo de su amor vertió.

Si el bello Paraíso fué á los ojos
De los dos una espléndida mansión,
El primer hijo les mostró, entre abrojos,
Otro Edén, el Edén del corazón.

Y Eva dijo á su esposo : « No lloremos,
Porque en mi seno hay Ángeles, Adán;
Ven, y á Dios y sus obras adoremos
Ya que el Edén del corazón nos dan.

» Y si fuimos lanzados de improviso
De aquel primer magnífico jardin,

Ya tenemos, Adán, un paraiso
En nuestro primogénito Caín. »

Adán sintióse transformado todo
Por una nueva y pura inspiración
Y dijo : « Yo te amé, mas de otro modo;
Eva, ya tengo nuevo el corazón.

» Por aquel hijo de mi amor yo siento
Algo que nunca te podré explicar...
Duerme... ¡Ay, Eva, por Dios, ten el aliento,
Y no vayas su sueño á perturbar! »

Y sentáronse juntos los esposos,
Y así olvidaron el primer jardín,
Y más que en el Edén fueron dichosos
Al ver su primogénito Caín.

Así tú, hermosa, angelical María,
Aquellos gratos bienes probarás,
Y en el nuevo hijo que el Señor te envía
Tú con tu tierno esposo gozarás.

Será como el de Adán idolatrado,
Pero no desgraciado como aquél,
Porque Dios en tu seno le ha formado
Más feliz y tan bueno como Abel.

Si la opulencia columpió tu cuna,
Si naciste entre encajes y entre olán,
Otra mejor riqueza, otra fortuna
Tus hijos y tu esposo te darán.

Tu compañero ante tus pies rendido
Tributa culto á tu virtud y amor;
Cada hijo es un nudo bendecido
Que amarra y enamora á tu señor.

Cada nuevo retoño continúa
De la familia el lazo entre los dos,
Y el vínculo sagrado perpetúa
De los dos seres que bendice Dios.

Que otro alabe tu gracia y tu belleza,
Y tu elegante y fresca juventud:
Todo lo tienes tú; mas tu riqueza,
Sí, tu riqueza, amiga, es tu virtud.

Tu talle erguido, tu bruñida frente,
Tu acento melodioso y seductor,
Y tu mirada como el sol ardiente,
Y esas tus formas que torneó el Amor,

No tienen el poder de los sonrojos
Con que sabes tus gracias defender:
Cuando cubren los párpados tus ojos
Se ve al Ángel guardando á la mujer.

Yo te bendigo, amiga, y yo bendigo
Al compañero que el Señor te dió:
Si sois felices, lo será el amigo
Que os respeta y os ama como yo.

EN EL ÁLBUM

de la

SEÑORITA MARÍA JOSEFA ARGÁEZ

Muchos vendrán, y en el precioso libro
Do la amistad sus joyas deposita,
Te dejarán, bellísima Pepita,
La ofrenda de su justa admiración.
¡ Oh! sí : muchos vendrán, y lisonjeros
Á tus pies regarán aroma y flores,
Exigiendo un tributo á los colores,
Á la música alegre, á la canción.

Y ese tu rostro clásico de griega,
Y tu elástico talle y pie liviano,
Y tu ojo do colúmbrase un arcano
De amor, y de pureza y timidez;
Y quizá de tus labios la sonrisa
Que un paraíso al retozar revela,
Y esa tu voz que inspira y que consuela,
Entusiasmados cantarán tal vez;

Mas yo que el corazón ya tengo helado,
Contemplo, sin temer, tus atractivos,
Y al fuego intenso de tus ojos vivos
Me acerco ufano sin arder jamás;
Yo, amigo de tus padres y tu amigo,
Que ni tengo pincel ni tengo lira,
Cuyo pecho angustiado si suspira,
Suspira de cansancio y nada más;

¡Oh! ¿qué podré ofrecerte que no sea
Como un abrojo en tu jardín florido,
Negro lunar del rico colorido
Que otros, más venturosos, dejarán?
Perdona, pues, señora, si una espina
Dejo, al pasar, por único tributo:
Yo del árbol que tengo doy el fruto,
Y sólo espinas los espinos dan.

26 *de junio de* 1855.

AL PARTIR

En el álbum de la Señorita Hortensia Díaz Granados.

Quede mi nombre en el preciado libro
Ante cuya alba página se inclina
Hortensia, la preciosa granadina,
Mientras me arrastra el viento por el mar.
Quede mi triste nombre, y un suspiro
Arranque para mí tierno y sincero,
Mientra humillado al pie del extranjero
Yo busque Patria, protección y hogar.

PANAMÁ, *abril de* 1856.

EN EL ÁLBUM

de la

SEÑORA ANA ORRANTIA DE FRANCISCO

Cuando esté ausente y en peligro acaso
De no volver jamás á verte aquí,
Mira estas líneas que escribí de paso,
Y manda al cielo una oración por mí.

Presto voy á partir... no sé qué suerte
Me persiga ó proteja, no lo sé;
¡Ay! ofréceme al menos que en la muerte
Ante Dios con tu auxilio contaré.

¡Adiós! quizá jamás sobre la tierra
Tendré por qué escribirte otro renglón;
¡Ruega, ruega por mí! Tal vez se encierra
Mi porvenir entero en tu oración.

Dios acoge la súplica inocente
Con que el bueno defiende al pecador,
Y si ruegas por mí cuando esté ausente,
Me mirará con lástima el Señor.

Setiembre 19 *de* 1859.

POESÍAS POLÍTICAS

ESCENAS DEMOCRÁTICAS

FRAGMENTO

¡Musa! tú que insultaron tantas veces
Al son de su vihuela destemplada,
Con el nombre de cítara invocada,
Los rimadores torpes y soeces,
No vengas : yo no quiero inspiraciones
Por más de tres millares de razones.
Ἄνδρα μή μοι ἔννεπε
Πολύτροπον, ὃς πλάγχθη μάλα πολλά,
No siendo dable que á la altura trepe
Do la Musa de Homero alumbra sola.
Nec « mihi causas memōra »,
Que para mí infeliz ese aparato,
Molesta el verso, sírvele de rémora,
Y yo le huyo cual ratón al gato.

Fuera de eso, es sabido
Que es defecto de gente sin oído
Empezar levantando un grande estrépito
Y hacer que el Numen pierda la chabeta,
Que ya al sexto renglón está decrépito,
Gotoso, y manco, y tuerto, y con muleta.
No; no quiero pasar por inspirado,
Ni remontar el vuelo

Hasta el septeno cielo
Para caerme lánguido, cansado
Y revolcarme en el inmundo suelo.
Deja, pues, Musa, tu furor divino
Para el hombre de genio;
Espera á que algo escriba don Eugenio
Y del Parnaso enséñale el camino.
Á mí no, pobre hombre,
Sin misión y sin nombre;
Á mí déjame solo,
Yo no quiero cuestiones con Apolo.
Porque, Musa maldita,
No soy yo tu criatura favorita;
Y aunque cante un infierno, no lo cojo
« Nel mezzo del camin di nostra vita »,
Porque mi infierno es un infierno rojo,
Y para verlo no hay que andar errante
Por diversas regiones, como el Dante,
Mi débil voz se aflige y desentona
Si de los lindes de mi pueblo paso,
Y por eso no invoco, como el Tasso,
Á aquella que blasona,
« E ha di stelle immortali aurea corona. . . . »
¡ Perdón, si yo profano
El numen sobrehumano,
Dejando que mi pluma dé al acaso
Con Homero, con Dante y con el Tasso !

¡ Oh Tasso! ¡oh Dante! ¡ y tú, patriarca Homero!
¡ Tú, Virgilio divino!
Que marcáis el sendero
Del espíritu humano y su destino.

Pirámides inmobles, cuyas frentes
Respeta el tiempo en su impotencia vana;
Bellos faros ardientes
En el camino de la historia humana;
Destello acaso de mejor esencia,
Que sigue y brilla cuando el cuerpo ha muerto,
Y anima nuestra pobre inteligencia
Como anima la brisa del desierto
Los restos de la triste caravana. . . .
¡Vosotros sí sois grandes! ¡Han caido
Reyes y reinos en eterno olvido;
El ciego vate, en tanto, el pordiosero
Deja en sus versos perdurable gloria,
Y si á Troya recuérdase en la Historia
Es que ese nombre vive en el de Homero!
Camoens y Cervantes,
Aquellos dos gigantes
Que tuvieron al mundo de enemigo,
Que ignorados pasaron
Y apenas encontraron
Para morir, el lecho del mendigo,
Eternos brillarán, mientras los reyes
Que en medio de oro y púrpura vivían
Dictando sus caprichos como leyes
¡Ay! ¡apenas se sabe que existían!
Y si la Fama con su negra mano
De Ferrara nos muestra el carcelero,
Es que ése tuvo al genio prisionero,
Es que el Tasso señala á su tirano.
¡Oh Dios! ¿será que hay algo de tu esencia
Del genio en la inmortal inteligencia?
¿Por qué no han arrastrado

Los siglos en su flujo omnipotente
Esos colosos cuya eterna frente
Surge y domina el mar de lo pasado?
Si no ardiese la llama
De la inmortalidad en esos pechos,
¡Oh! ¿Por qué cortejaran á la Fama
Con sus virtuosos, con sus grandes hechos,
Sufriendo desnudez, hambre, sarcasmo,
Y sin más protector que su entusiasmo?
— Es que allende la tumba ven un cielo,
Un Dios, y una corona de consuelo. . . .

¡Toma! ¡me iba tocando ya mi turno!
Así soy yo, me arrastra un nombre mágico,
Y sin saberlo asumo el tono trágico,
Pero me da en los callos el coturno.
¡Pobre de mi! no hay miedo que me venga,
Ni á quien canillas tan endebles tenga.
Quizás si Alaix, ó Andrade, ó don Eugenio
Me dieran un pequito de su genio,
Yo con eco profundo
Haria rodar mis cantos por el mundo. . . .
Don Francisco Mariano, dame aliento
Y verás que prorrumpo en el momento :
« ¡De la toga honorable
Y el brillante bordado ansia execrable! »
Ó bien, por vida mia,
Escribiré, á tu ejemplo, una elegia
En que tan eficaz me inspire el cielo
Y tal sea el consuelo
Para el doliente cuyo mal deploro,
Que más se ria mientras más yo lloro ;

Y acaso ¡oh gran fortuna! sucediera
Que de miedo al cantor nadie muriera.
Pero no; yo me espanto,
Mi voz no alcanza á tanto;
Mi voz alcanza apenas
Á llorar democráticas escenas.

Canto á los tontos : ahi tenéis el lema ;
Debe ser, pues, la sátira mi tema.
No os alarméis, ilustre gentecita
Que entre chicha y zurrones educada.
Gobernáis con suave manecita
Á la Nueva Granada;
No os alarméis, os digo
(Y os hablo como amigo)
Porque tomo la pluma para haceros
Ver cuales sois, cumplidos caballeros.
(Digo así, porque nadie me creyera
Que no tenéis caballo en pesebrera.)

Dios saca en ocasiones
De entre rugientes fieras
Y pintadas panteras
Y gallardos leones,
Á lucir los insectos que decora
Con las tintas del sol y de la aurora,
Haciéndolos objeto de profunda
Admiración, tan sólo por la funda.
En esto los poetas le imitamos :
También nos ocupamos
En sacar á los bichos soc̈iales

De entre la muchedumbre de mortales
Y dárselos al público, de suerte
Que de verlos tan lindos se divierte.
Entre el hombre y su Dios hay infinita
Distancia — ya lo sé; pero ¿ eso quita
Que yo cante al perínclito Casiano,
Á Crispín el doctor ó al lindo Enano?
No : si hay trecho entre el hombre y el Perfecto,
Más hay entre estos bichos y el insecto.
Si Dios piensa en el piojo y en la oruga,
Si da carey á la infeliz tortuga
Y á la carcoma habitación y vida;
Si al traidor escorpión protege y cuida;
Si desde su celeste inmenso asiento
La dicha les reparte y el sustento
Y glorifica así su santo nombre,
¡Oh! qué mucho que el hombre
Deje su puesto para hacerles nichos
Á Crispín, á Casiano, y á otros bichos
Que son en Popayán la mejor muestra
De la sabia política
Que la mano raquítica
Del Gobierno doquiera nos demuestra?
¡Vamos, pues, adelante!
Desátese la lengua,
Ya que en ello no hay mengua;
Sea fluido el verso y elegante.
Conque así, bichos, ¡ea!
Que vuestra imprenta preparada sea
Para romper el fuego contestando;
Que si, cuando aguantando
Me he estado, y bien quedito

Vuestro insectil piquito
Que se ha cebado con eterna charla
En mi tez limpia sin poder mancharla,
Tanto me habéis, cobardes, molestado,
¿Qué será ahora que os presento el lado?
Seré yo, cual decís, un vano, un necio;
Pero así, necio y vano, yo os desprecio.
Si sabéis, pues, leer, fijad un tanto
La atención en mi canto,
Que celebra las ínclitas hazañas
Y las arteras mañas
Con que hace de su infancia justo alarde
Vuestro club democrático y cobarde.

Era de noche; por supuesto estaba
La calle de Agustín, casi desierta,
Y la pálida luz que se escapaba
De una puerta entreabierta
Dibujaba en los húmedos ladrillos
De la vecina acera
Los largos paralelos barrotillos
Que llaman reja y cierran la huronera
Que oculta de inmundicias una mina,
Y es de un doctor la alcoba y la cocina.
Era la luz de una expirante vela
En la rendija de un cajón metida,
Que negra y derretida
Apenas se consuela
Cuando el Doctor de la pavesa esquiva
El blando extremo toca
Con los dedos untados de saliva,

Que se vuelve quemados á la boca,
Limpiándolos después de la pavesa
En el pobre cajón que hace de mesa.
Sobre la misma puerta suspendido
De un lazo que termina en varias roscas
Parte de un toro, ayer no más temido,
Visitado hoy por importunas moscas
(Que tal es del valor la dura suerte;
¡Tan tristes los efectos de la muerte!)
En lo interior ocupan las covachas
Las libres y despiertas cucarachas.

. . . .

(Hace luego el poeta descripción de los tertulios que van entrando, á junta democrática, en la tienda del Doctor, y sigue un largo diálogo que entre ellos se entabla, encaminado á maldecir de los ricos y á tramar un plan de revuelta comunista. Uno de los concurrentes prorrumpe en esta declamación:)

¿Por qué soy pobre yo? ¿Por qué me insulta
El rico, hasta al pasar por su ventana?
La vista de su hermosa porcelana
Su dicha aumenta, mi desgracia abulta.
Sus muebles lujosísimos, y aquellos
Papeles mil diversos y dorados,
Sus salones de púrpura alfombrados
Con tapices magníficos y bellos,
Todo me grita al alma, y le maldigo. . .
¡Malditos seáis, rico y tu riqueza!
¡Maldita sea mi infeliz pobreza!
¡Rico! ¡yo soy y he sido tu enemigo!

¡Tu enemigo mortal, constante, eterno!
Me quejo de tu Dios y de tu suerte :
¡Tú tienes propiedad, yo tengo muerte!
¡Tú tienes oro y plata, y yo . . . un puñal!
Tu oro te da poder, y mi pobreza
Me da ciento y mil pobres por hermanos;
Me da ciento y mil brazos y mil manos,
Y en cada uno tienes tú un rival.

Tú en tu lecho de flores adormido;
Yo de tu sangre, en mi rincón, sediento;
Tú con la religión por instrumento,
Y yo con la igualdad por religión.
Tú *conservando* á nombre de la Patria
Las leyes que ha gozar te dan derecho;
Yo concitando al pueblo, en mi despecho,
Contra tu propiedad, que es mi baldón.

La Patria, el Pueblo, Dios — ¡todo es mentira!
Invención vuestra, ricos opresores,
Para soñar gozándoos entre flores,
Mientras yo vivo sin gozar así.
No hay más Patria en el mundo que yo mismo,
Ni Dios, ni Pueblo, ni Virtud, ni nada . . .
¡Yo y mi venganza! ésta es mi fe jurada;
El universo lo resumo en mí.

Yo tengo orgullo, porque sé que valgo
Mil veces más que todos esos ricos;
Yo sé francés, y yo he nacido hidalgo,
Y desprecio á ese atajo de borricos;
Y los detesto porque son la sombra

Que vela el esplendor de mi carrera.
¡Maldito sea el rico, y quien le nombra,
Su Patria y su virtud! ¡Que todo muera! . . .

¡Oh querido Casiano!
Si yo tuviera plata
Yo fuera aristocrata,
Y déspota y tirano;
Pero así, pobre, ni vivir ya quiero . . .
¡Oh! para mí el dinero
Es de goces la fuente; es el supremo
Bien de que habla el filósofo: ¡un tesoro!
¡Es todo lo que amo y lo que temo,
Es todo lo que temo y lo que adoro!
¡Oh! ¡Yo codicio, y amo, y busco el oro!
¡Oro! ¡por oro sólo me desvelo,
Y nada más, teniendo el oro, anhelo.
Mi vergüenza, mi honor y mi decoro,
Piérdase todo si me queda el oro! . . .
¡Todo lo compras, Oro, hasta la fama!
¡Oro, tú eres la fuente de placeres,
Que á tu brillo se rinden las mujeres!
¡Oro! ¡metal divino!
¡Tú eres mi religión! En este siglo
El pobre es un vestiglo
Y al rico se sujeta hasta el Destino.
Casiano, no hay remedio:
Busquemos oro y plata,
Riqueza en fin, que nada importa el medio . . .
¡Mira! yo me volviera hasta pirata:
Corra sangre, haya guerra, muera el hombre:
Mueran hermanos, padres y parientes,

Degüéllense las gentes;
¿Eso qué importa á nuestra vida y nombre?
¡Entre mares de sangre navegara,
Siempre que del estrago y la rüina
Á mi vista surgiera inmensa mina
Donde mi sed de oro se saciara!

. . . .

(Siguen otros discursos, más ó menos enfáticos, de los demás tertulianos. Uno de ellos propone que se atraiga traidoramente á algunos ricos invitándolos á un banquete, y luego —)

Cuando el licor y el entusiasmo muevan
Sus corazones pérfidos y viles,
Cuando los brindis, que serán á miles,
Hagan que todos á lidiar se atrevan;
Cuando pierdan el juicio
Será el instante próspero y propicio.
Un desorden entonces causaremos
Entre esas viles y cobardes gentes,
Y ya que en el desorden los dejemos
Dos de nuestros agentes
Seguros en la turba y como á solas
Dispararán á salvo sus pistolas.
Morirán dos, y luego gritaremos:
«¡Revolución! ¡Revolución!» Nosotros
Entre tanto estaremos preparados
Y todos bien armados,
Y caeremos así sobre los otros
Derramando su sangre por doquiera,
«!Traición! ¡Traición!» gritando, y ¡«Muera!
¡Muera!»

¡ Inermes ellos, sin defensa alguna,
Nuestras serán la fuerza y la fortuna!

. . . .

Al otro dia aconteció la escena
Preparada en la infame camarilla
Que Dios maldice y la moral condena;
Mas frustrósele el plan á la gavilla.
Halla un escollo el crimen cuando embiste
En la virtud, que impávida y serena
Sin atacar, al invasor resiste,
Salva la paz y sus mandatos llena,
Desviando sólo el golpe del tirano
Y al malhechor dejando salvo y sano.
Y así le sucedió; porque prudente
El pueblo impidió el crimen solamente.
Y sin embargo el malhechor resuelto
Fué por los rojos protegido, absuelto;
Que todo criminal entre los rojos
Es contemplado con amigos ojos,
De la virtud y del saber tiranos,
En la maldad y en el delito hermanos.
Quien cometa una muerte ó un despojo
Ése es un héroe en el partido rojo,
Y tiene pasaporte
Para matar, robar cuanto le importe.
Tales son ¡ infeliz Nueva-Granada!
Los entes que dirigen tu destino :
Hombres sin fe, sin probidad, sin tino,
Que han de arrojarte al fin desesperada
Al insondable aterrador abismo
Que llaman Despotismo. . . .

¡Oh! más bien se padece y se tolera
La muerte pronta que nos da la fiera
Que el picar fastidioso é imperfecto
Con que hiere á su víctima el insecto;
Es menos duro dar nuestra garganta
Á un noble César, que tener por dueños
Á estos entes crueles y pequeños
¡Ah! cuya misma pequeñez espanta, —
Cuya alma vil la ocupa, la domina
Un ternero — una oveja — una gallina —
Que al ver á un campesino con un queso,
Ya la envidia los mata,
Y la cuestión se trata
Como la paz de Europa en un Congreso.

¡Oh! ¡yo perdono al tigre sanguinario!
¡Oh! ¡yo perdono al monstruo de Tiberio!
Perdono á Sila, á César y aun á Mario,
Esos tiranos del inmenso imperio;
En su crueldad al menos hay grandeza,
Ambición en sus almas varoniles;
Mas no perdono á vuestros rojos viles
Porque jamás perdono la vileza.
Más bien sufro la muerte de Tiberio
Que la multa qne arranca vuestro alcalde.
¡Matad! matad más bien — y va de serio —
Pero ya que matéis, matad de balde.
¡Y VED! NO ME ASECHÉIS EN LOS CAMINOS
CON OCULTOS Y VILES ASESINOS;
LA BALA QUE DE FRENTE ME SEÑALA
MATA TAN BIEN COMO CUALQUIERA BALA.
¿Por qué asecháis á nadie? — Ése es insulto,

Ésa es inmerecida desconfianza;
¿No entra el gobierno, pues, en la venganza?
Pues *antes* de matar pedidle indulto,
Y después sí, con rostro descubierto,
Si alguno va á prenderos, decid : «No;
Ya el Supremo Gobierno me indultó;
No me podéis prender por *este* muerto.»
Así, ya veis, no hay cárcel ni proceso,
Y en cuanto á vuestro honor ¿qué os va con eso?

Pitt, el bretón famoso,
El genio verdadero
Que amó á su patria más que al mundo entero;
Pitt, cuya firme y rara inteligencia
Desplomar pudo al inmortal coloso
Cuyo poder espanta,
Que humilló los imperios con su planta;
Ese Pitt, cuya mente
Lo invadió todo con su rayo ardiente,
Vió lo pasado, dominó el futuro,
Y con brazo seguro
Echó el firme cimiento
Do posa de Britania el reino vasto
Y es de su hombre de Estado el monumento.
Y Pitt, que hizo del mundo su juguete,
Pitt, el Napoleón del gabinete,
En cada inglés veía
Un objeto querido, cuya vida
Y dicha y propiedad, siempre sagradas,
Estaban á la Patria vinculadas.
Porque el hombre de Estado es impasible :
No conoce la ira;

Para él no hay envidia, no hay venganza;
La grandeza del TODO, ésa es su mira,
Ese el objeto y fin de su esperanza.

Mas vosotros estúpidos y viles,
Instrumentos serviles
De un amo más mezquino todavía,
Pretendéis gobernar á un pueblo grande
Haciendo que sus órdenes le mande,
Escritas entre *múcuras* de chicha
Y fétido tasajo,
Un ente vil y bajo
Que, cuando mucho, á hacer una salchicha
Pudo aprender allá en su pulpería.
Y entre ajos y cebollas
Y fermentadas ollas
Vuestro gallardo y noble pensamiento
Con tan buen alimento
Los cuartillos les cuenta á los vecinos
Como cuenta cartuchos de cominos;
Y en toda su vileza
Juzga que cien cuartillos son riqueza,
Y os lleva sólo á destruir ufanos
Esos cuartillos que llamáis *tiranos*.
¡Oh! ¡tales son los hombres que á mi patria
Gobiernan! Mejor fuera que los gatos
Nos mandaran, que tales mentecatos.
Pero en fin, no hay remedio,
Hombres de Estado hay de á real y medio.
¡Feliz hallazgo! ¡rara inteligencia!
¡Á López gloria! ¡á Popayán . . . paciencia!

Para ser albañil, sastre ó herrero,
Ó simple carpintero,
El honrado artesano
Ejercita su mano,
Ni se atreve á coger el instrumento
De su arte ó de su oficio
Mientras no haya probado su talento
Con laboriosos años de ejercicio.
Un pedazo de acero ó de madera,
Un corte vil y mísero de paño
Se acata y considera,
Ni hay que temer que se le infiera daño.
Pero la patria, la nación entera,
Sí se entrega sin cuenta al ignorante,
Que no sabe siquiera
Lo que es el hombre, y sin embargo ostenta
Sobre él su autoridad torpe y pedante.
La papa en la cocina sazonada
Tiene su garantía;
Mas la Nueva Granada,
La hermosa patria mia,
Entréganla sin fianza á esos doctores,
Eternos charladores
Que no saben siquiera ortografía.
Cuando una droga nueva
Descubre el profesor de medicina,
Sus efectos solicito examina,
La prueba y la reprueba,
Y antes de abandonarla á la farmacia,
Tienta en gatos y perros su eficacia.
Y ni del gato misero la vida
El profesor descuida,

Que el médico prepara, siendo bueno,
Allá el veneno, acá el contraveneno.
Sin embargo Murillo y sus secuaces
Mudan de la nación todas las faces;
Descentralizan rentas en un rato,
Y hacen con esta pobre patria mía
Lo que el último médico no haría
Al probar sus remedios en un gato:
¡Tan grande es la arrogancia
Con que obra improvisora la ignorancia!

Allá en Britania, tierra de los sabios,
Cada partido tiene en su registro
Apenas *uno* para ser Ministro;
Y aquel *uno* ha vivido
Por luengos años estudiando al hombre,
Y canas le han nacido
Para adquirir y merecer su nombre.
Pero aquí, patria mía,
Se encuentra un Peel en cada pulpería.
Para todo es preciso que la gente
Aprenda entre nosotros,
Aun para torear y amansar potros,
Menos para ministro ó presidente.

Aquel de Roma pérfido tirano
Cuya maldad nos transmitió la fama,
Al ver surgir la devorante llama
Que en Roma abrasa el porvenir romano,
Canta, y al son de su discorde lira
El fin de Troya en el de Roma admira.
Pero Nerón, Nerón, el asesino,

No forjaba ridículos sumarios
El perjurio comprando á presidiarios
Sin razón, y sin cálculo, y sin tino;
Porque Nerón, tan bajo y vil como era,
Había aprendido á asesinar siquiera.
Mas vosotros, señores soberanos,
¡Oh! no servís ni para ser tiranos.
Vuestro mísero agente turba el sueño,
Grita, miente, chismea,
Siempre vil, siempre tímido y pequeño;
Y aunque el mal le deleita y le recrea,
Va, viene, vuelve, zumba, y se está mudo,
Molesta sin matar, como el zancudo.
Yo no os hago el honor de aborreceros,
Porque no gasto mi odio en mantequeros.
Vuestra gente de á medio, *vuestra gente*
Me huele á chicha y cárcel y aguardiente;
Yo la viera con risa
Si no corriese riesgo mi camisa.
Mas ¿qué queréis? La industria estremecida
Relucha en vano por salvar la vida,
Y agonizante, y sola, y despreciada,
Aquí corre, allá vuelve noche y día
Sin que halle protección en su agonía...
— Yo soy juez, tú ladrón; cuenta conmigo.
— Señor, sólo dos reales he robado
Á este conservador, que es tu enemigo.
— Pues vamos al partir... ¡pero al contado!
Venga mi real. — ¡Corriente! — ¡Buen provecho!
Siga usted ejerciendo su derecho;
Yo soy juez del partido dominante;
Todo ladrón me paga, y ¡adelante! —

¡Oh escándalo inaudito!
¡El delito que *paga* no es delito!...
Pero á vosotros, seres degradados,
Entre chicha y cebollas educados,
Todo eso ¿qué os importa?
Llenad vuestros bolsillos,
Daos, pues, prisa, que la vida es corta,
Y en la historia no hay foja para pillos.
¡La gloria! ¿Y vos sabéis qué cosa es gloria?
¡La conciencia! ¿Creéis en la conciencia?
¡Oh de la sociedad indigna escoria!
¡Que os hablase de honor fuera demencia!
Ni hay orador, ni hay nadie que convenza
Á quien ni honor conoce ni vergüenza.
Seguid, pues, vuestra marcha; yo entre tanto
Me voy á descansar; cese mi canto.

(MISÓFORO, Nº 2, 18 *de julio de* 1850.)

ESTOY EN LA CÁRCEL

En la cárcel estoy. ¡Dios de mis padres!
Desde este calabozo te bendigo.
Ellos me dañan, luego soy tu amigo.
¡Vuelve, oh Señor, tu vista á mi prisión!...
¡Ah! pero no estoy solo; cerca escucho
Ese grito maniático, irritado,
Que el crimen lanza; al crimen asociado
Estoy, al *asesino* y al *ladrón!*

¡Bien!... sí, ¡muy bien! acaso Torres, Pombo,
También estos lugares habitaron,
Y sus oidos castos insultaron
Las risas del sarcasmo criminal...
Por ventura sufrieron cual yo sufro,
Y asaltaba su oído este anatema,
Esta voz del delito, voz blasfema,
Que cunde por el aire sepulcral...

Pero no; me equivoco: no podia
Llegar á tanto el orgulloso Ibero:
Morillo fué valiente, fué guerrero,
No tuvo la vileza del reptil;
Morillo arcabuceaba noblemente,
Ante el brillante sol del meridiano;

Morillo pudo y supo ser *tirano*,
Pero no pudo, ni alcanzó á ser *vil.*

¡Oh de las almas vasto lazareto,
Do la virtud se ofrece en sacrificio,
En las aras srcrilegas del vicio,
Abusando del nombre de la ley!
¿Qué hago yo *aquí?* Yo *aquí* soy tan extraño
Como el honor en el febril bufete
Donde López, estúpido juguete,
Teme en Obando á su amo y á su rey...

¡Y nos llaman *iguales!*... Este cancro
Que ara en mi mente con su ardor contino,
¿Siéntelo por ventura el asesino,
Monarca de la lóbrega prisión?
Él, que no tiene honor, se goza y ríe
De la palabra que estremece mi alma;
Él goza; yo agonizo; él oye en calma
Lo que hiela mi pobre corazón.

Su ser bastardo ante el tirano inclina:
Se queja... ¡de hambre! y oye indiferente.
Que le llamen infame y delincuente,
Siempre que un pan arrojen á sus pies.
Y á mí, entre tanto, me parece horrible
Pasar este alimento solitario: —
Sólo el tigre insociable y sanguinario
Gruñe, y devora la apresada res.

Otro se afecta por la muerte amiga,
Que yo prefiero á su blasfemo acento;

Éste me envidia acaso en mi tormento,
Que no comprende y me consume á mí...
¡Oh! ¡mil veces la multa, mil la muerte,
La hambre que agobia y esa sed que irrita,
Y no un instante esa prisión maldita,
Que es el infierno la existencia aquí...!

¡Apartad esos niños inocentes!
¡Quitadlos sí, porque me son queridos,
Y no quiero que llegue á sus oídos
Algún bárbaro acento de impiedad!
Y vosotras, señoras, cuya planta
Ágil se mueve hacia la casa impura,
No profanéis, por Dios, vuestra hermosura:
¡Evitad este abismo de maldad!

El hospital, donde el guerrero herido
Yace y se agita en funerario lecho,
¡Oh! allí la mujer tiene derecho
De aliviar el humano padecer;
Porque ese asilo do agoniza el pobre,
Vueltos á Dios, su bienhechor, los ojos,
Es la puerta del cielo, que de hinojos
El ángel guarda y honra la mujer;

Mas la prisión, donde de Dios blasfema
El criminal infame empedernido,
Tan sólo ofende vuestro casto oído,
Sin atenuar en nada mi pesar.
¡Huíd! ¡huíd! Señoras compasivas,
Éste no es el lugar de la inocencia:
Partid, y recordad en vuestra ausencia,
Que yo *no debo* en este infierno estar...

¡Mi bien, mi amor, mi angelical Sofía,
Adorno de mi casa y de mi nombre!
La flecha, huyendo de mi pecho de hombre,
Va de rechazo, á herir tu corazón...
Y te hieren á ti... ¿Qué mal les hace
El triste llanto que tu rostro baña?
¿Á quién le causa pena, á quién le daña
La arma de la mujer, que es la oración?

Oh tú, Matilde, madre generosa,
Cuya virtud el mundo ha respetado,
¡Sal — parte — huye! el aire está infectado
Y mal te sienta el respirar aquí.
¡Presto huye! arranca esta infeliz esposa,
¡Ay! y arranca estos hijos de mi seno,
No sea que absorban el letal veneno
Que me circunda y me consume á mí.

¡Oh madre! ¡madre, cuyo nombre puro
Ha respetado hasta la envidia impía,
Deja que apure el cáliz de agonía
Y me haga digno de deberte el ser!
Yo sólo aspiro, madre, á ser tu hijo,
Á amar la libertad que tú has amado,
Á adorar la virtud que has adorado,
Y de hijo tuyo el nombre merecer.

Bendice, madre, sin cesar, bendice,
Dile á mi tierna y á mi casta amiga,
Que del Señor la voluntad bendiga,
Ya que quiso probarme en su crisol,
El crisol del tormento, donde puso
La majestad inmensa, soberana,

Del que fundó la libertad humana —
¡ Hermano nuestro y regidor del Sol !

Y único Sol de la esperanza nuestra,
Como Dios grande, más que el hombre humilde,
Que adoras tú de hinojos, oh Matilde,
Humillando tu frente ante su cruz...
Cuando tu forma ante esa cruz se inclina,
Cuando tu labio por los hombres ruega,
Tu súplica piadosa al trono llega
Donde se sienta el Padre de la luz :

El ángel que te guarda se sonríe,
Recoge tus palabras, tiende el vuelo,
Llega, y postrado en el sublime cielo,
Las pone al pie del trono del Señor. —
Pídele, pues, que á nuestra Patria salve,
Con esa voz de caridad ardiente ;
Que Dios escucha la oración ferviente
Con que defiende el justo al pecador.

. . . .

. . . .

Anochece : el adusto carcelero
Á otra región solícito me lleva :
Se abre á mis ojos una reja nueva ;
Por fuerza extraña conducido voy :
Luego, sobre sus goznes rechinando,
Pesa, revuelve la mohosa puerta,
Y adentro queda mi palabra muerta,
Y en otra tierra, en otro clima estoy.

Los insectos inmundos se apoderan
De mí, y en torno la muralla brota,
Con monótono ruido, gota á gota,
La agua letal de que impregnada está...
Mis *humanos* guardianes me han privado
Hasta del triste y necesario abrigo;
Mas tengo lumbre, y el papel amigo,
Que á recibir mi pensamiento va;

Y tengo lo que pocos hombres tienen,
Sí, tengo á aquél que, en mi temprana infancia,
Me arrancó del poder de la ignorancia,
Ayudando á formar mi corazón;
Al que fué mi maestro, y es mi amigo —
Amigo cual ninguno — tengo á LUNA,
Estoico vencedor de la fortuna,
Que logró, por favor, esta prisión...

¿Quiénes son estos hombres, que así miran
Melancólicamente al que ha venido?
Cada cual, de mis males condolido,
Me lanza una mirada de amistad;
Sírveme atento, respetuoso; y guarda,
Cuando escribo, silencio; y aun me obliga
Á que reciba de su mano amiga
Una prueba de afecto ó de piedad.

¿Sus delitos? — ¡Señor, mejor lo sabes!
Fué la inocencia su único pecado
Quizá, ó algún infame magistrado
Sació en ellos, sin causa, su rencor.
¡Tal es nuestra *igualdad*! ¡Por fuera canta,
En arresto mentido el delincuente,

Y adentro sufre y calla el inocente!...
¿Por daño estoy *aquí?* — lo tengo á honor.

Búrlese allá el ladrón privilegiado,
Y sirva impune á depravado intento,
Siendo acaso mortífero instrumento
De venganza, en tus calles, Popayán.
No hay que temer aquí del rematado,
Sino del Juez algún *mandato expreso;*
Ni escandaliza el desgraciado preso,
Ni arredra la prisión, sino el guardián.

¡Oh Patria! ¡Patria! ¡por doquiera miro
Enseñoreado el crimen de tu suelo!
¿Son éstos ¡ay! los frutos del desvelo
Del genio, de la ciencia y la virtud?
¿Nuestros Padres apenas consiguieron,
Después de tanto esfuerzo sobrehumano,
Variar el nombre del feroz tirano,
Dejándonos en peor esclavitud?

¡Dios y Señor del mundo, cuya diestra
Vertió sobre mi Patria la abundancia!
¡En alas del delito y la ignorancia,
Llega el hambre á tu tierra de Canán!
Y los hijos del crimen, derramados
Sobre tu paraíso, en el estrago
Se gozan; y tu pueblo errante y vago
Tiembla ante el hijo réprobo de Can.

Donde antes hubo flores, hay abrojos:
Esos del Cauca destronados reyes,

Como olvidados de tus santas leyes,
Destruyen ¡ay! su propia libertad;
Y dejan, por Obando, el corvo arado,
Para que espinas nuestra tierra brote;
¡Y no lo ven, y Obando es el azote
Con que castigas, Dios, su iniquidad!

¿Qué es Cali? — El patrimonio de asesinos,
Que profanan con lúbricos abrazos
Nuestras madres, ó arrancan á fuetazos
La hija á su padre, al hombre su mujer.
¿Qué es Palmira! — La herencia de villanos,
Que en sus delitos el tirano ampara,
Y pasean en báquica algazara,
El estupro y el robo por doquier.

¿Y qué eres tú, comarca pintoresca,
Que diste al gran Cabal su noble vida?
¿Y qué eres tú por fin, Patria querida,
Cuna de Torres, noble Popayán?
Reunión de esclavos viles y cobardes,
Que temblamos de un monstruo corrompido,
Y del flexible látigo al chasquido
Doblamos la rodilla ante el Sultán.

¡Y el *Gran Señor*, que nuestras hijas vende,
Ó á sus siervos en premio las regala,
Su tibio aliento sobre el trono exhala
Meciéndose en estúpida embriaguez!
¡Los esbirros de López el Tirano,
Que él premia, que él excita, que él consiente,
Besan á nuestras hijas libremente,
Y nosotros temblamos á sus pies!

¡Vedlos! ¡Miradlos bien! ¡que no es delirio,
Azotando al anciano octogenario,
Después de arder el chozo, necesario
Á su achacosa y trémula vejez!
¡Vedlos! ¡Miradlos bien! ¡Á Hernández hieren,
Sorprenden á la virgen casta y pura,
Y entre risas contemplan su hermosura,
Azotando su horrible desnudez!

¡Vedlos! ¡Entre las sombras de la noche
La villa asaltan, rompen las prisiones,
Y libran á sus *bravos* campeones
Que un juez osado se atrevió á prender!
Y el aire atruenan con sus armas roncas,
« ¡Viva el Gobierno! » sin cesar gritando...
¡Y aquéllos son de los que estáis temblando,
Que vencen entre ciento á una mujer!

Aquéllos son el *Pueblo Granadino*,
Que respeta, que implora el magistrado,
Los que tienen las armas del Estado,
Señores del gobierno y la Nación:
¡Ésos son nuestros amos! los potentes
Dominadores de la vasta tierra,
Cuyo fuete flexible nos aterra —
¡Los Anicetos del novel Nerón!...

¡Oh! ¡que pudiera yo tender el brazo,
Saliendo de esta cárcel triste y fria,
Sobre el tirano de la Patria mia,
Y pecho á pecho batallar con él!
Entonces viera el socialista infame

Si son nuestras esposas baratijas,
Ó impúdicas rameras nuestras hijas,
Ó nuestra patria su infernal burdel;

Entonces viera el socialista, viera
Si á su mano, al garrote acostumbrada,
Le luce tanto el puño de una espada,
Como le luce una orden de prisión;
Y el *grande vencedor de las mujeres,*
Pie con pie, frente á frente, mano á mano,
Quizá hallara el papel de Coriolano
Menos cómodo *asaz* que el de Nerón;

De ese Nerón hipócrita y bastardo,
Que su mirada de lascivia pudo
En el cadáver pálido y desnudo
De su difunta madre deleitar,
Cual deleita sus ojos, inyectados
De sangre y de venganza, aquel malvado
Que de la Patria el cuerpo desgarrado
Á sus plantas se goza en contemplar.

. . . .
. . . .

Duerme el león en la escarpada Pasto
Tranquilamente, de su selva dueño:
¡ Ay del que turbe su imponente sueño,
Que de sus garras víctima será !
Y cabe el Cauca noble y caudaloso,
Del león el cachorro juguetea,
Prueba sus fuerzas, y el rugir desea
Con que el padre á la lid le llamará...

¡ Sur ! ¡ cuna de valientes ! ¡ has oído
El látigo zumbar, y no despiertas !
¡ Leones ! ¡ tenéis á vuestras hembras muertas,
Y aun halláis en dormir seguridad !
¡Qué ! ¿No basta esto ? — ¡ Y en la jaula indigna
Columpiaréis los miembros mansamente !
¡ Y de la noble y orgullosa frente
Rendiréis, sin lidiar, la majestad !...

Al yugo paternal nos sustrajimos,
Y á ser hombres y libres aspiramos,
Y por no ser esclavos, quebrantamos
Á sangre y fuego la cadena vil.
Y hoy una nueva aristocracia impera :
Se jacta el crimen de su cetro regio.
¡ Y tiene sólo el crimen privilegio
De imponernos su ley con el fusil !

Arrojamos un rey de nuestras playas,
Á cuyas plantas se postraba el mundo ;
El genio de Bolívar sin segundo,
Indigno de mandar nos pareció.
Y López hoy, Dulcey, Guáinas, Obando,
Hacen causa común con los esclavos,
É impunes vejan á los mismos bravos
Que el genio de Bolívar respetó.

Pero no reinarán, que el mal se gasta —
Y cesará su bárbaro recreo : —
Tendrá Israel al fin su Macabeo ;
Tendrán los Holofernes su Judit.
¡ No hay más Señor que Dios ! — ¡ Él nos asista !

¡No hay más Señor que Dios! — ¡con Él vivamos?
¡No hay más Señor que Dios! — ¡en Él conflamos!
Con Dios — por Dios — de Dios — será la lid.

¡López! *Yo os acusé de tiranía :*
Para probar al mundo lo contrario,
Buscáis un juez infame y mercenario,
Que una prisión á mi inocencia dé :
Así Nerón, para probar al mundo
Que no es de Roma el destructor aleve,
En los cristianos cuya sangre bebe,
Los incendiarios de su patria ve.

¡Oh! tenedme encerrado, y ciego y mudo.
No permitáis que ande, mire, ni hable;
En este estado triste y miserable,
Prueba elocuente de mi dicho soy;
Esa sentencia que mis brazos ata,
Esa sentencia que de hablar me priva,
No impide, no, que el pensamiento viva
Y salve el muro do encerrado estoy.

Aquellas rejas que á la luz se oponen,
Del humano poder vanos ensayos,
Podrán del Sol interceptar los rayos,
Pero eclipsar mi pensamiento — no.
Aquí tenéis mi cuerpo flaco, enfermo,
Y sometido á vuestro férreo yugo :
¡Herid! ¡Herid! ¡gozad! ¡gozad! verdugo;
Eso que estáis hiriendo no soy *yo*.

Yo no estoy *todo* aquí : yo tengo un alma,
Que no se agobia ante el poder humano,

Y que se burla del esfuerzo vano
Con que queréis matar su libertad:
Un alma libre, invulnerable, osada,
Que anda de clima en clima libremente,
Que sólo de su Dios omnipotente
Invoca la justicia y la piedad,

Ella tiene sus alas, ella salva
Guardián, y reja, y calabozo, y muro,
Y el pensamiento, sin temer, seguro,
Á otra región sobre esas alas va.
¿Qué me importan los grillos, las cadenas,
Los tormentos del bárbaro impotente?
Nada de eso deshonra al inocente;
Infamia eterna á sus tiranos da.

¡Persecución! ¡Persecución bendita!
Á Sócrates le diste tu cicuta,
Y abriste á los Apóstoles la ruta
Por do se llega al trono del Señor.
¡Persecución! ¡Persecución! ¡no vayas
Á olvidar á tu víctima escogida!
¡Sigue amargando mi angustiada vida,
Mientras haya en mi Patria un opresor!

Haz que se cumpla, *para el bien de todos*,
En mí solo la triste profecía;
¡Que me degüellen, y la sangre mía
Ahogue al tirano y su poder fatal!
Ya me han predicho que á la cárcel vengo
Para morir; abierto está el camino:
No esquivaré mi pecho al asesino
Que festeje en mi sangre su puñal.

No quise huír, que la sentencia infame
Siempre es sentencia, y mi deber me ordena
Someterme al tormento, á la cadena
Cuando haya un Juez que lo disponga así.
Ante tu bien, ¡oh Patria de mis hijos!
Yo doblo humilde la marchita frente;
Limpio de mancha estoy: soy inocente;
Me siento digno de sufrir por ti.

No tanto como aquel que vió en el padre
Su sacrificador, cuando inocente
Puso en su Dios los ojos reverente,
Y esperó humilde el golpe de Abrahán;
No tanto como el tierno corderillo
Blanco, que al año, en Israel moría:
Esos eran de Dios: no, Patria mía,
No tan puras tus víctimas serán.

Dios, sólo Dios merece que en sus aras
Muera, á manos del recio carnicero,
Ese manso profético cordero
Que lame el hierro que le va á matar.
¡Patria! Tú no eres Dios, y no mereces
Lo que se debe á Dios: eres su hechura;
Tú mereces amor de la criatura,
Pero sólo el Creador merece altar.

¡Patria! Por *ti* sacrificarse deben
Bienes, y fama, y gloria, y dicha, y padre,
Todo, aun los hijos, la mujer, la madre,
Y cuanto Dios en su bondad nos dé.
Todo, porque eres más que todo, menos

Del Señor Dios la herencia justa y rica : —
Hasta su honor el hombre sacrifica
Por la Patria — y la Patria por la Fe.

¡ Guardemos nuestra Fe! Grande es el mundo,
Y si nos falta tierra en que vivamos,
No ha de faltarnos tierra en que muramos —
Unas pocas pulgadas bastarán.
Y — ¡ adiós, tiranos ! — ¿ Quién podrá arrancarnos
Ya nuestra libertad y nuestra vida?
¿ Quién echar de su Tierra prometida,
Al que guardó tu ley, Dios de Abrahán ?
. . . .
. . . .

Y tú, juez tremebundo, ¡ escucha ! ¡ escucha !
Ama el tigre á su hembra ; el gallo ufano
Da á su gallina el encontrado grano ;
Cuida á su yegua el infeliz rocín :
Son más nobles que tú. Tú al ver la reina
De la creación, la muerte ya respiras,
Y á los ministros, mandas, de tus iras :
« ¡ *Lanza sin distinción, fuego sin fin !* »

Sí, recuérdalo bien, y no nos niegues
Lo que oímos, y vieron nuestros ojos...
Oh tú, baldón aun de los mismos rojos,
¿ Tú también sin castigo quedarás ?
El que afrenta al valiente que ha vencido
En mil batallas, y matar le ordena
Á una ¡ *mujer !* ¿ no tiene una cadena?
¿ Sin jaula y libre y sin castigo estás?

Si te obedece el noble veterano,
Y hubieses conseguido *tu* victoria,
Grande fuera *tu* honor, mayor *tu* gloria,
De asesinar al tímido escuadrón.
Uno, dos, ó trescientos cuerpos menos
¿Qué le importan á tu amo ni á tu estrella?
Anciana y joven, y virtuosa y bella,
¡Siempre *solemnizaban tu función!*

La mirada inocente, la mejilla
De nieve y rosas que el valor respeta,
Embotan sable y lanza y bayoneta,
Apagan el mortífero fusil;
La muerte misma se rebela y teme
Ante aquella legión célica y pura:
Sólo en ti cabe, ¡oh Juez! esa alma dura,
Que te hace tan *valientemente* vil.

¡Oh impasible! ¡oh imparcial! ¡oh denodado!
¡En cuyas manos baila la justicia,
Siempre hostil al honor, siempre propicia
Al crimen, ó al que crimen *puede* ser!
¡Eres un Escipión, un Fabio, un Bruto!
Eres capaz, con treinta batallones,
Y cien mil bayonetas y cañones
De arcabucear, temblando... ¡á una *mujer!*

¡Oh Juez! ¡oh Juez! electo con tu voto,
Para manchar de la justicia el ara,
Aquí escribo tu nombre en letra clara,
Y si mis versos viven, vivirás.
Doctor Miguel Valencia — ése es tu nombre.

Deja, MIGUEL VALENCIA, que te llame,
Y el futuro maldiga al Juez infame
Que quiso ser verdugo — y nada más.

POPAYÁN, *7 de marzo de* 1851.

AL CONGRESO GRANADINO

Do quiera se reúnen mis nobles compatriotas,
Do quiera bulle el genio ardiente de Granada,
La libertad germina, la libertad amada,
Que en mil combates fieros supimos conquistar.
No soy de los que piensan que una reunión de ilotas,
Baldón de nuestra Patria, se encuentre en su Congreso:
Os reconozco libres, ¡oh Padres! ¡y por eso,
Desde mi cárcel lóbrega os quiero saludar!

Yo sé que sabios, fuertes, al par que poderosos,
Sabréis poner un dique al rápido torrente,
De cuyas turbias ondas el ímpetu vehemente
Arrastra, casi exánime, la ahogada libertad.
¡Oh Padres! vuestros brazos, fornidos, valerosos,
Á la defensa vengan del pueblo granadino,
Y cambien, con un golpe, su rígido destino,
Tornando á nuestras leyes su antigua majestad.

El código sagrado do están nuestros derechos,
Guardemos cual se guarda el ángel en la cuna;
Hagamos que se oponga tribuna á la tribuna,
Mas no que á la tribuna se oponga la prisión.
La fuerza á la palabra — á la razón los hechos,
Oponen los tiranos al crimen avezados :

Tal fuera la doctrina que en tiempos olvidados
Siguió en sus conversiones la negra Inquisición,

¿ Por qué, si fué sincero el déspota arbitrario,
Que quiso se ensanchasen los lindes de la prensa,
Adoptan sus satélites por única defensa
Llevarnos á la cárcel con mano liberal?
¡Oh Padres! ¿somos libres aquí do el mandatario
Impónele sus grillos al pensamiento mismo
Y donde se contesta severo silogismo
Con una cárcel lúgubre y el filo del puñal?

¡Ved á la noble Roma! su esclavitud empieza
Desde que el pueblo tímido desierto deja el foro,
Y desde que le impiden que en numeroso coro
Celebre con estrépito la voz del orador.
El que habla ante los pueblos se viste de firmeza;
No es escritor anónimo, detesta la mentira;
Por sus palabras mágicas, que el patriotismo inspira,
Le empeña á la República la prenda de su honor.

La voz de los Demóstenes salvó á la sabia Atenas;
La voz de los O'Cónnelles se asocia al raudo viento,
Y el pueblo, entusiasmado por su sonoro acento,
Conquista á pasos rápidos su antigua libertad.
Nuestro tirano en tanto, forjando sus cadenas,
Nos dice con acentos hipócritas, fingidos :
« Tenéis libres los ojos, esclavos los oídos —
Protejo la calumnia, persigo la verdad. »

Y dicen sus sectarios : « ¡Sois libres, granadinos!
¡Cargadas de cadenas escriben vuestras manos,

Y sufren, sin embargo, los que llamáis tiranos,
Que salga de las cárceles el grito del dolor! "...
Los mártires cristianos sus cánones divinos
Murieron defendiendo, en la incendiada hoguera,
Y *libres* exhalaron su queja lastimera,
Porque era con su espíritu la gracia del Señor.

Así cuando nosotros obramos *libremente*
La muerte desafiando, que en premio se nos brinda,
Sabemos que la tumba nos libra, y nos deslinda,
Del absoluto imperio del bárbaro servil;
Y emancipando el alma libérrima y ardiente,
De todos los esfuerzos del pérfido Tirano,
Decimos — ¡*Somos libres!* — dejando el barro humano
Á que entretenga el látigo, la cárcel y el fusil.

Decid : ¿ seremos libres aquí, donde los jueces
Absuelven el delito, condenan la inocencia,
Y esperan que el Tirano les dicte la sentencia
Que, máquinas estúpidas, repiten al copiar?
¿ Aquí, donde arrastrado par bárbaros soeces
Á oscuros calabozos, el pobre ciudadano,
Emite el voto tímido, y prueba del tirano
La voluntad despótica, cual siervo, á adivinar?...

Ved la horda de bandidos que cruza nuestra tierra,
Sorprendre nuestras vírgenes, arráncalas del lecho,
Y de sus labios trémulos, con el puñal al pecho,
Exige... ¡ exige un crimen, gritando Libertad!
Y débele al gobierno las armas con que aterra :
El grito ¡ Viva López! indica el atentado,
¡ Y de ese nuestro déspota el nombre pronunciado,
Es prueba de delito, señal de impunidad!...

¡Oh jóvenes magnánimos, que el lúcido camino,
Trillado por los mártires, seguís entusiasmados —
¡Venid! ¡llenad las cárceles que purgan los pecados
De amor á nuestra Patria, á Dios y á la Virtud!
¡Venid! ¡seréis las víctimas, y el pueblo granadino
Verá con reverencia el ópimo tributo,
Que, por guardar el orden, al déspota absoluto —
Á López el tirano — pagó la juventud!

Dejad que los areópagos condenen á los justos;
Dejad que los Nerones ordenen su suplicio:
De Sócrates y Séneca al duro sacrificio,
Hasta los siglos últimos darán su admiración.
De la virtud vosotros apóstoles augustos,
Seréis como los faros que marquen á lo lejos
Del tiempo en el Océano, con lúcidos reflejos,
Los triunfos incruentos de Dios y la razón.

Contemplen entre tanto con ávida mirada
De estúpidos placeres la saturada esponja,
Y chúpenla, y en medio de pródiga lisonja,
Celebren nuestros déspotas su cínico festín.
¡Sigamos! la materia dejemos olvidada:
¡Sigamos! y el espíritu al cielo encaminemos:
Que gocen los tiranos: ¡nosotros gozaremos,
Cuando ellos en el túmulo padezcan de Caín!

Confiemos entre tanto que el Cuerpo poderoso
Do ocupan sus curules los dignos elegidos,
Ministros de las leyes, del pueblo los ungidos,
Sabrá salvar enérgico la ahogada Libertad...

¡ Oh, sí ! ¡ Que del Congreso el brazo valeroso
Á la defensa venga del pueblo granadino,
Y cambie, con un golpe, su rígido destino
Tornando á la República su antigua majestad !

CÁRCEL DE POPAYÁN, 7 *de marzo de* 1851.

GONZALO DE OYÓN

INTRODUCCIÓN

Siendo muy joven concibió JULIO ARBOLEDA la idea de componer un poema ó leyenda sobre algún argumento sacado de la Conquista y colonización de América por los españoles; y registrando nuestras crónicas, fijóse en el episodio histórico de Álvaro de Oyón, que sobre ser de carácter americano y nacional, tenía para el novel poeta el encanto de estar conexionado con recuerdos y tradiciones de su ciudad nativa la « insigne Popayán. »

Juan de Castellanos, el más antiguo y puntual de nuestros cronistas, en su Elegía á Belalcázar (1) describe así al personaje que da materia al canto de ARBOLEDA.

> Y un Álvaro de Oyón, de quien la historia
> Que hago, tratará prolijo rato,
> Haciendo de sus cosas la memoria
> Que los antiguos hacen de Erostrato :
> Vaso de necedad y vanagloria,
> Arrojadizo, (2) torpe, mentecato;
> Mas del vulgo tenido comunmente,
> Siendo hombre temerario, por valiente.

Según Castellanos, era Álvaro natural de Huelva y nieto del comunero Oyón. Envuelto en la rebelión de Gonzalo Pizarro, y con él vencido, vino desterrado á Popayán.

(1) Elegías de Varones ilustres de Indias, pte. iii. En la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, tomo iv, 1850. Es de notar que Arboleda no pudo tomar noticias en aquel candoroso cronista contemporáneo de Oyón, pues cuando nuestro poeta escribió el « Gonzalo, » aun permanecía inédita y desconocida la parte iii de las Elegías.

(2) ¿ Antojadizo ?

Empleado en varias comisiones, después que se hubo trocado en confianza el recelo con que los gobernantes le miraron al principio, pasó con una de ellas á Bogotá, donde le vió y oyó Castellanos :

Hombre más que mediano, bien fornido,
Y no de entendimiento delicado,
Pues aunque fijodalgo conocido,
Bronco me pareció y avillanado.
Andaba del demonio revestido,
El rostro torvo, melancolizado...

Ya por entonces meditaba y revolvía el taimado y rencoroso don Álvaro el proyecto que había de poner por obra, encaminado á enseñorearse de la Gobernación de Popayán, y marchando sobre Quito, extender su dominación, si posible le fuese, hasta Lima. Proveyóse de armas, y de callada salió de Santa Fe (Bogotá) con algunos compañeros. De asalto ocupó á Neiva, Timaná y otras poblaciones, mostrándose sanguinario y apellidándose « Príncipe de Libertad » (según textuales palabras de nuestro citado cronista), y avanzó hasta amagar á Popayán.

Corría el año 1552, y Briceño, sucesor de Belalcázar, se hallaba á la sazón ausente de la ciudad. Tomaron á su cargo la defensa de la plaza el capitán Diego Delgado y el obispo electo don Juan de Ovalle, de quien hace Castellanos particular elogio :

Armóse de las hojas del acero
Y ansimismo con él todo su clero.

Los facciosos, en número de setenta y cinco, intentaron una noche tomar de asalto la ciudad, presumiendo desapercibidos á los moradores, que ciertamente no lo estaban. Iguales en la audacia, no lo eran entre sí aquellos desalmados en las armas que vestían :

. . . .
Otros desde los pies á la garganta
Cubiertos de la malla jacerina ;

Y á todos se aventaja y adelanta
Aquel que para mal los encamina :
Guarnido de una dura cuera de anta,
Encima puesta de la cota fina ;
En las manos aguda partesana,
Celada fuerte en la cabeza vana.

Antonio de Guevara sale con algunos jinetes al encuentro de Oyón, y rechazado en la oscuridad de la noche, vuelve á encerrarse en las casas donde se habían hecho fuertes los popayanenses. Oyón penetra en la ciudad, escala una de aquellas casas, trábase reñido combate, y al fin los agresores desconcertados sucumben al mayor número. Unos quedan sin vida, ríndense los demás, pidiendo por única merced que no los dejen morir sin confesión. Concédeseles lo que ruegan, mas el castigo es riguroso :

Al Oyón y otros tres hicieron cuartos
Como culpados más en los excesos ;
Cuelgan catorce de ásperos espartos
Sin gastarse papel en los procesos ;
Manos y pies también cortaron hartos
De los que constó ser menos aviesos ;
Y los otros, á penas más ligeras,
Azotes ó prisiones, y á galeras.

Antes que al Álvaro de Oyón se diera
Aquel castigo, de su culpa dino,
Demandó de comer, como si fuera
De menos pesadumbre su camino ;
Y ansí comió y bebió la vez postrera
Siempre con un esfuerzo peregrino,
Que por ventura fué más de valiente
Que de bien preparado penitente.

Murieron Oyón y sus compañeros; pero el fuego de la rebelión quedó vivo, aunque oculto bajo las cenizas del desastre. Ello es que tres años adelante otros desterrados del Perú que habían tomado parte en el alzamiento de Francisco Hernández Girón, en el Cuzco, mal escarmentados con el remate de

Oyón, tornaron á rebelarse en el mismo teatro, y fracasando la tentativa, llevaron castigos no menos atroces que los de sus predecesores. También procedía del Perú el vizcaíno Lope de Aguirre, el cual, amaestrado en las alteraciones de aquel reino, se sublevó en Venezuela en 1661, y señaló con sangre su breve y ominosa carrera hasta sucumbir miserablemente y abandonado de los suyos en Barquisimeto. Todos estos movimientos fueron como retoños de las ruidosas sublevaciones peruanas, y los cabecillas, según documentos antiguos y afirmación contexte de nuestros cronistas, llevaban puesta la mira en revolver sobre el Sur y adueñarse de las ricas regiones del Pacífico. (1)

Tales son los hechos en que fundó Arboleda su leyenda ó poema, siguiendo unas veces pie con pie la historia, como cuando consigna el origen de Álvaro, diseña á grandes rasgos su carácter y pondera la audacia de sus pensamientos :

Don Álvaro de Huelva, belicoso
Hijo de España y su enemigo crudo;
Don Álvaro, rebelde y orgulloso,
Nieto de Oyón, el comunero rudo;
Don Álvaro, enemigo del reposo,
En cuyo pecho empedernido, mudo
Arde perenne de ambición la tea,
Y en la sangre y la muerte se recrea. (2)

(1) Aguirre y sus campañeros juraron primero « Rey del Perú » al sevillano don Fernando de Guzmán; después le sacrificaron, y alzándose Aguirre con el mando, « pensaba destruír la costa de tierra-firme hasta llegar al Perú, » según expresa Pedro de Munguía, que al principio estuvo militando á órdenes del Tirano. (V. Torres de Mendoza, Colección de Documentos inéditos, tomo IV, p. 207, 240.) Igualmente Oyón y Villagrán

Pensaban de revuelta dar en Quito
Y subyectar á la ciudad de Lima,

según Castellanos, Eleg. citada. Puede verse verse también Piedrahita, Historia del Nuevo Reyno, libro xii, c, viii.

(2) En otro lugar se retrata don Álvaro á sí propio :

— De mi padre adusto
Seguí las huellas, de entusiasmo lleno :

Altera otras veces los nombres ó los hechos, ó introduciendo personajes fantásticos, como acontece cuando llama Fernando á Francisco de Belalcázar, (1) el hijo del Adelantado; cuando le presenta rechazando como gobernador de Popayán, las embestidas de Álvaro, sucesos en que don Francisco en realidad no intervino; y finalmente cuando ilumina la ideal pareja de los amantes Gonzalo y Pubenza.

El plan de la obra, según lo concibió primitivamente nuestro poeta, estaba bosquejado en esta forma :

Gonzalo de Oyón viene de España con los conquistadores. Después de haber ejecutado proezas en la campaña de Pasto, llega á Popayán, intercede por el cacique Pubén, que iba á ser sacrificado por los españoles, y le salva la vida. Ocurre, empero, que Fernando, hijo del Adelantado Sebastián de Belalcázar, pone atrevidos ojos en Pubenza, condena á muerte á Pubén, el Cacique, y al hijo del mismo nombre; aleja á Gonzalo con ánimo de perderle; y la infeliz Pubenza, á trueque de redimir á su padre anciano, se resigna á casarse con Fernando. Pocos años después, desterrado del Perú Álvaro de Oyón, hermano de Gonzalo, vuelve armas contra las autoridades establecidas por el Rey de las Españas; busca auxiliares entre las tribus salvajes, reúne ejército y marcha sobre Popayán. Gonzalo, que pasaba por muerto, aparécese de pronto en medio del combate, y decídelo en favor de la causa real. Fernando le reconoce, y obedeciendo á una inspiración diabólica, lo declara fuera de la ley y pone á talla su cabeza. Pubenza, que no ha olvidado

La dura liza, del cañòn el trueno
Fueron mi diversión y mi placer.
La guerra fué mi dios. Nunca la frente
He humillado á los pies de la belleza;
Nunca olvidé mi natural rudeza,
Por alcanzar favor de una mujer.
¡ No conozco el amor !...

(1) Tal es la verdadera forma de este apellido ; pero casi todos los cronistas, por capricho ó por eufonía, y por esto último nuestro poeta, escriben *Benalcázar*.

á su Gonzalo, le escribe pintándole el peligro que le amenaza, y rogándole que se ponga en cobro. Gonzalo se refugia en el seno de una tribu salvaje. Propónenle los indios que tome con ellos partido contra los españoles; él se deniega resueltamente á hacer traición á su patria; intentan matarle; huye, y hospédale el ermitaño Caleb en las montañas de Toribío. Álvaro rehace sus huestes y torna á amagar á Popayán. Otra batalla : preséntase Gonzalo de nuevo como en la primera, y lo mismo que entonces decide el conflicto en favor del pendón real. Ocúltase, esquivando que le descubran; pero en medio de la noche, Álvaro y Gonzalo se encuentran sin conocerse y riñen. Vence Gonzalo, y habiéndose reconocido los dos hermanos, alega cada cual en animada discusión las razones que le asisten para seguir adelante en el camino que lleva; Álvaro parece rendirse al fin á los argumentos de Gonzalo. Hay luego una tregua de ocho días, en que Gonzalo se ve con Pubenza en Yambitara. Sorpréndelos Fernando, se vuelve loco, sale huyendo, mata á sus tiernos hijos; á poco se aparece cual espantoso espectro á Gonzalo y á Pubenza, (1) y no se le vuelve á ver más. Diego Delgado, en ausencia de Belalcázar, ofrece perdón y olvido á los sublevados si deponen las armas. Álvaro rehusa la gracia en cuanto á él y á los más adictos á su persona. Dispersa á los indios; éstos al despedirse le ofrecen regalos de oro, que él de un puntapié echa á rodar. Amotínanse gritando « ¡ Traición! » Ahorca á los principales. Concluída tregua, Álvaro con doce caballeros se arrojan sobre las armas enemigas y venden caras sus vidas...

Con tales ideas, aun no bien coordinadas, principió Arboleda á bosquejar algunos cuadros y episodios que habían de repartirse en diversos cantos. Conforme iba componiendo

(1) En el fragmento que se conserva, último de los que hoy publicamos relativo á este episodio, Fernando se aparece, pero no en realidad, sino en sueños á Gonzalo.

modificaba algunas especies del proyecto original. ARBOLEDA era gran improvisador, escribía muy á la ligera, pero luego, por amor y respeto al arte, corregía una y muchas veces. En los manuscritos que se han consevado se ven entrerrenglonaduras, enmiendas y apostillas sin cuento, estrofas truncas, lugares marcados como *corrigenda*, y lo que pone el colmo á la confusión, la numeración de los cantos varia y contradictoria; unos mismo pasajes repetidos en diferentes partes, los más de los cantos inconclusos ó fragmentarios, y trozos sueltos sin referencia alguna. Mezclados se reflejan en ese MS. en singular consorcio, el esfuerzo perseverante del poeta que venciendo dificultades lleva adelante su predilecto trabajo, y la irregularidad, el desorden á que están condenados hombres y cosas en medio de las agitaciones democráticas y de la anarquía crónica en que vivimos.

Una de las variaciones que introdujo ARBOLEDA fué ésta: que don Álvaro, en vez de arrojarse á una muerte desesperada, levanta el sitio de Popayán, vencido, nuevo Coriolano, de las llorosas súplicas de una madre. Ideaba, según le dijo alguna vez á su hermano don Sergio Arboleda, que el triunfo del amor filial sería digna y hermosa coronación de la leyenda. Prepárase ya este final en aquella octava del canto I:

Sólo una alta virtud su pecho encierra,
Inextinguible como el puro fuego
Que conservaba la vestal amiga,
Y arde su llama en plácido sosiego,
Sin que del mundo injusto la enemiga
Ni el furor de ambición violento y ciego
Su luz apaguen. *Á sus padres ama*
Aun más que trono, y vida, y dicha, y fama.

Y éstos son también los sentimientos que revela Álvaro en el canto XIII. Después de acalorada controversia, Gonzalo le recuerda su madre, María, y esta mágica evocación deja desarmado en aquella esgrima intelectual, al contumaz insurgente.

Otra novedad importante fué la introducción del pirata inglés Wálter, personaje mefistofélico, cómplice y consultor de don Álvaro.

Una parte de los manuscritos de ARBOLEDA se perdió en el saqueo de su casa de Caloto en 1851. Él, sin embargo, tenía para recordar sus versos una memoria tan feliz como la que cuentan que tuvo Arriaza. En 1852 hallándose expatriado en Lima, adicionó considerablemente, y con felicidad suma, algunas partes del poema. Entonces escribió, para la Introducción y el canto I, todas aquellas estrofas en que habla de su propio destierro :

> Si en exilio tu bardo peregrina,
> No se ha secado del amor la fuente
> En su pecho filial. (1)...

ó en que alude al gobierno del general López :

> Tolera y calla el pueblo americano,
> Que donde impera el bárbaro tirano,
> Hablar es crimen, el silencio es ley.

En 1858 reconstruyó ARBOLEDA, ordenó é hizo poner en limpio gran parte de su leyenda querida, y remitióla con la siguiente carta á su leal y adictísimo amigo don Lázaro M. Pérez.

París, febrero 17 *de* 1858.

SR. D. LÁZARO M. PÉREZ,
BOGOTÁ.

Mi querido Lázaro : Sólo por complacer á V. copio aquí algunos fragmentos de mi leyenda intitulada « Gonzalo de Oyón. »

Veinte y cuatro cantos tenía esta obra, de los cuales sólo tres estaban sin concluír, y había gastado en escribirla como

(1) Éste y otros pasajes quedaron en contradicción con el comienzo del poema, donde el poeta aparece vagando á orillas del río Cauca.

diez años, cuando me robaron los manuscritos de Caloto en el año aciago para mí de 1851. Lo que ahora copio y lo que de esta leyenda ha publicado el *Correo de Ultramar,* es tomado de algunos de los primeros borradores que habían quedado en mi casa de Popayán, y de los cuales yo no hacía caso.

Si V. publica estos miserables restos de mi malograda obra, espero que así lo diga, para que los lectores (si los hay) disimulen las muchas imperfecciones de que naturalmente adolecen.

Yo no soy ya poeta, y no puedo ni aun leer versos, mucho menos hacerlos ni corregirlos.

Soy de V., querido Lázaro, su servidor y agradecido amigo,

JULIO ARBOLEDA.

Los fragmentos á que se refiere la anterior carta son los mismos que el señor Pérez publicó en 1858, en edición que hoy sólo se halla de lance, con una brevísima advertencia preliminar en la cual no cuidó de explicar á los lectores el asunto ni el plan del poema.

Á pesar del profundo desaliento que muestra ARBOLEDA en su carta á Pérez, animóse más adelante á revisar otros cantos del « Gonzalo » y á darles mejor forma. ¡Singular destino el de aquellos manuscritos! Confiada, en 1860, á un amigo la nueva copia del « Gonzalo » para que la trasladase de París á Bogotá, cayó con todo el equipaje del conductor en manos de una partida de revolucionarios, sin que del precioso depósito haya vuelto á saberse nada hasta ahora. En el mismo año volvió ARBOLEDA á su patria á tomar parte en la defensa del gobierno legítimo, emprendiendo la gloriosa pero desgraciada campaña, que tan funesto remate tuvo con el fin trágico del héroe-poeta.

Hoy existen únicamente aquellos fragmentos primitivos que tuvo á la vista nuestro poeta en 1858. En ellos se conservan, en mal estado, además de lo que ya conoce el público, los cantos III, IV, VI (sólo el principio), XII, XIII y XXI, con otros fragmentos sueltos que llevan ya el título de Rapsodias, y ya el de Romances. Confrontando borra-

dores, resulta en esta forma, aunque no definitiva, la distribución de los veinte y cuatro cantos :

INTRODUCCIÓN.

CANTO I. Álvaro y Wálter (Publicado).
II. Asalto á Popayán.
III. Batalla de Palacé (Según otro borrador, « Gonzalo Salva á Pubenza y á su hijo »).
IV. Gonzalo fuera de la ley.
V. Gonzalo y Hernando (Publicado).
VI. *Cuán dulce vuelve la tranquila hora...* (Fragmento).
VII. El Ermitaño de Toribío.
VIII. Ocupación parcial de Popayán.
IX. Batalla del Egido ; reaparece Gonzalo.
X. La cueva de Jambitara.
XI. Desaparición de Belalcázar con sus hijos.
XII. Combate singular, entre Álvaro y Gonzalo.
XIII. Discusión entre los mismos.
XIV. ...?
XV. Venida de María, madre de los Oyones. Salva la ciudad.
XVI. Último esfuerzo de Luzbel. (1)
XVII. Álvaro dispersa sus tropas, y ahorca algunos sublevados.
XVIII. ...?
XIX. Muerte de Álvaro.
XX. ...?
XXI. Carta de Gonzalo.
XXII. ...?
XXIII. Muerte de Pubenza.
XXIV. ...?

El plan del « Gonzalo, » por la inexperiencia propia de los pocos años que contaba el poeta cuando lo trazó, adolece de graves defectos, que ni el trabajo de la lima ni una refundición á medias hubieran sido parte á salvar.

(1) En este canto y en el III el poeta, siguiendo las pisadas de Milton y el Tasso, introduce á Luzbel empeñado en desbaratar la unidad de la conquista, de aquella nueva Cruzada que se encaminaba á establecer la religión de Cristo en el Nuevo Mundo.

No hay allí una acción principal á que se refieran las empresas accesorias, y que avivándose á las veces, entreteniéndose otras en agradables episodios, progrese á la continua hasta llegar á su término.

Quiso Arboleda que el héroe del poema fuese Gonzalo, el caballero sin tacha, leal á la patria y á la dama; pero la historia de sus amores carece de interés y de fuerza, después del matrimonio de Pubenza con Fernando, en que por modo trágico fracasan desde el principio del poema. Desde ese punto Gonzalo no puede seguir amando á la dama de sus pensamientos sino como un seductor culpable, ó como un trovador á lo Petrarca. Y como lo primero mancillaría el buen nombre de Gonzalo, el poeta trata de explicar su pasión por medio de sutilezas ingeniosas, ajenas del todo al carácter español, que exigiendo en la mujer amada más pureza que en el sol, se inclina de suyo al exclusivismo de los celos y á las venganzas sangrientas. Con ojos de sorpresa y sonrisa de incredulidad recibirá el lector estas palabras con que Gonzalo, en carta á Pubenza, apostrofa á Fernando :

Y ese de sacrilegio infame beso
Yo respeto también ; su labio toca
Tu aborrecida boca,
Y en ella queda, en tu defensa, impreso

Más fácilmente admitimos en corazón de mujer, formado por la naturaleza para el sacrificio, la inmolación que hace Pubenza de su dicha, sobreviviendo en lo secreto de su alma sentimientos de amor pudoroso y de gratitud profunda hacia Gonzalo. Pero poco gana el autor con esto, ni acierta á realzar de nuevo la figura de la pobre víctima que uncida, á estilo sultánico, al lecho de Fernando, se pierde y desaparece, sumida en aquella larga y deplorable servidumbre.

Á otra especie de inverosimilitud está expuesta la perfección moral de que reviste el poeta á su héroe. Si se tratase de una guerra internacional ó de independencia, el sacrificio

que hace Gonzalo de su amor y su ventura sería un rasgo de heroísmo deslumbrador; pero en mundo tan distante de la patria, y en una guerra que á los ojos de lectores medianamente instruídos en nuestra historia, no alcanza ni con mucho la importancia que el poeta le atribuye asimilándola á las pujantes sublevaciones del Perú (1), el patriotismo de Gonzalo, que por defender la causa del Rey, defiende y salva á un rival afortunado y á un rabioso enemigo suyo, es un sentimiento que parece preternatural, y la primera impresión que produce es de sorpresa sin admiración, porque carece de verosimilitud. Es un género de caballerosidad análoga en sus condiciones morales, y por sus efectos artísticos, á la piedad extrema de Eneas en la epopeya Romana. Hay dos héroes en la leyenda de ARBOLEDA — Gonzalo y Álvaro; y he aquí que contra la intención del poeta, la ambición osada y gigantesca del primero puede oscurecer la hidalgas timideces del segundo.

(1) Para ponderar la fuerza que cobraba el espíritu de rebelión y el mérito de los leales que debían debelar la de don Álvaro, dice ARBOLEDA ensalzando á su ciudad natal :

Centinela
Tú fuiste del imperio y sus blasones,
Y en la abyección universal tú sola
Quedaste honrada, libre y española.

Este encomio excepcional de Popayán, sólo puede correr, si bien todavía hiperbólico, en lo que respecta á los reinos del Perú y Quito : sabido es cuán popular fué Gonzalo Pizarro, y que algunos rebeldes vencidos culparon, en sus declaraciones, á *todos los del Perú* (Herrera, Déc. viii, lib. x fin). No así los pobladores del Nuevo Reino de Granada que fueron, como dice Castellanos (Elogio de Rodas, c. ii) :

Gente llana, fiel, modesta, clara,
Leal, humilde, sana y obediende.

Oyón y Aguirre apenas tuvieron más secuaces que algunos advenedizos del Perú, como ellos; por eso las sublevaciones que intentaron fueron raquíticas. No hubo hijo de Santa Fe, observa Piedrahita, que se inclinase al partido de los Tiranos.

Competencia de mucho meollo filosófico es ciertamente, al par que de interés histórico, ésta que se establece entre los dos hermanos. Mas no les estaría bien, al poema ni al poeta, que la opinión de los lectores hubiese de inclinarse en favor del personaje que defiende la mala causa, quedando en lugar segundo aquel que representa el valor y la hidalguía. El poeta conoció el peligro y propúsose arrostrarlo y vencerlo. En el canto, ó Cuadro XIII (que por primera vez se publica ahora, y es, en nuestro concepto, uno de los trozos más importantes de la leyenda) el poeta confronta el mérito de uno y otro paladín, haciendo que cada uno de los dos en debate apasionado, sin dejar de ser filosófico, abogue su propia causa. No debilita la del rebelde; préstale un lenguaje elocuente, argumentos especiosos y hábilmente dispuestos. El alegato de don Álvaro es el de un orador avisado, y diríase que el poeta simpatiza con este interlocutor y que aspira á sacarle victorioso. Mas esperemos á que hable don Gonzalo. Oigámosle cuán bien replica y rearguye, inspirándose en nobles sentimientos de honor y patriotismo, y al verle crecer y levantarse tanto en nuestra estimación, gocémonos en su triunfo, que es el del poeta.

Poniendo á un lado la inverosimilitud que puede resultar, como antes decíamos, de ser dos hermanos los contendores, es esta controversia entre Gonzalo y Álvaro, de interés altísimo, porque refiriéndose ocasionalmente á un episodio fantástico, tiene aplicación natural á la pugna perpetua que ha sostenido y sostiene en nuestra América Española el patriotismo genuino y anchuroso que respeta las tradiciones y ama la unidad nacional, contra esas ambiciones bastardas que proclamando libertad sólo aciertan á dividir las voluntades concordes y á demoler lo existente. El odio al clero católico y la idolatría de la libertad del mal, son condiciones orgánicas de la Revolución. El lenguaje que prestó ARBOLEDA á Álvaro de Oyón es históricamente verdadero; es el mismo de todos aquellos revoltosos y políticos dogmatistas de la

Colonia (1) á quienes nuestros padres de consuno y con justo horror apellidaban Tiranos (2). Á su vez están simbolizados en Gonzalo, y al lauro que él recoge tienen derecho, todos los paladines y mártires de la fe política y la fe religiosa en nuestra patria, y entre ellos, como quien más, JULIO ARBOLEDA.

La pintura de la anarquía que engendran las revoluciones, cuando no hay un genio que enfrenando sus desbordes torne á asentar la sociedad sobre sólidas basas, es filosófica, está enérgicamente desempeñada, é inducirá á meditar á todo americano que la lea, puesto que desgraciadamente, aun hoy día, después de medio siglo de repetir la labor de Penélope, parece cumplirse en la mayor parte de los Estados de la América Española, la tremenda profecía de Gonzalo de Oyón :

Y aunque logres vencernos, nunca, hermano,
Conocerás la paz ni la ventura :
Dolor interminable, honda amargura
Tus hechos y doctrinas brotarán.
Los que á vencer por interés te ayudan,
También por interés te harán la guerra,
Y aspirando al dominio de la tierra,
Como calculas tú, calcularán.

(1) Hernández Girón escribía al doctor Melchor Bravo de Saravia que "no pretendía más de pedir justicia y conseguir libertad" (Herrera, Déc. viii, l. viii, c. xv), y al grito de "¡Libertad!" tomaron las armas los que siguieron su partido en Guamanga (ib. c. xvi). Ya hemos visto que Álvaro de Oyón se intitulaba "Príncipe de Libertad" (Castell. l. cit.). Aguirre prohibió á sus soldados que rezasen el rosario y juró "no dar vida á frailes é destruír los monasterios además" (Colección cit. de Torres de Mendoza, t. iv, p. 207), porque diz que todos los religiosos, excepto los Mercedarios, impedían las libertades de la gente de guerra y tenían pervertido el buen gobierno de las Indias. V. Simón, Not. Hist., not. vi, c. xxx.

(2) Fiel á la propiedad del idioma. sostenía ARBOLEDA en El Misóforo, que este mismo epíteto de "Tiranos" era el que cuadraba á los demagogos que apellidando Libertad usurparon el poder en 1849.

Y se equivocarán, cual se equivoca
El hombre, siempre en su opinión falible :
Y en desorden satánico y horrible
La ambición empujando á la ambición,
Á la envidia la envidia, al lucro el lucro,
Y el egoísmo torpe al egoísmo,
La sociedad sin fe, sin patriotismo,
Hervirá en loca, eterna confusión.

Por lo demás, si en un poema épico se recomiendan mucho, y con razón, la unidad é interés progresivo de la acción, estas dotes, por sí solas, de poco ó nada sirven; porque en obras poéticas la poesía, si no es todo, vale más que todo, y fácilmente se perdona la ausencia de un plan regular y de la conveniente disposición de partes que habrían de formar un conjunto armonioso, en gracia de la novedad, originalidad y sentimiento; de la variedad y propiedad de los caracteres; de los amenos y primorosos episodios, de la poética lozanía y de la ejecución artística. El plan del « Gonzalo » dejaba holgado espacio para que, echando á volar la imaginación, pudiese derramar con larga mano los tesoros de su ingenio el poeta. Éralo en hecho de verdad JULIO ARBOLEDA, y los fragmentos de su malogrado poema se conservarán en el repertorio de nuestra literatura nacional con justa estimación, cual rescatado torso de gallarda escultura.

Interesa desde luego en el « Gonzalo » lo mucho de su propia alma que puso y dejó el poeta en esta obra de sus mejores días. Nadie hubiera cantado hazañas de la Conquista con tanto calor y tan alta entonación como ARBOLEDA; que era fiel nuestro poeta á las creencias que le enseñó su buena y santa madre, y sentía hervir noble sangre en sus venas, y guardaba las aristocráticas tradiciones de su familia, y su corazón brioso latió siempre á impulso de grandiosas aspiraciones.

Profesaba la doctrina republicana como fórmula ideal de justicia que halaga á las almas jóvenes y generosas; pero nada había que repugnase tanto á su naturaleza como

aquellas escenas, tan frecuentes en nuestra sociedad, de democratismo grosero y salvaje, contra el cual le inspiró no una vez sola vehementísimas estrofas la Musa de la indignación. La patria de su alma era el mundo caballeresco; gozábase de corazón en fantasear sobre aquella que podemos llamar nuestra edad heroica, y al despertar de sus excursiones fantásticas, ¡con qué hondo y amargo desprecio no torna á contemplar la raquítica generación coetánea!

No era esta raza enferma, degradada,
Que aspira entre perfumes y mujeres
El aire enervador de los placeres,
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón;
Una piedra la almohada del guerrero,
La tierra era su lecho suntüoso;
Su alma en la guerra hallaba su reposo,
Y su brazo en las armas diversión! (1).

En su poema introdujo Arboleda, mejorándolos casi siempre, muchos pasajes de sus piezas líricas. Hacia aquel rico depósito de poesía encaminaba sus inspiraciones felices y los desahogos de su corazón.

Gonzalo es en el poema tipo de perfección ideal, pero no de carácter humano ó terrícola, como lo son de ordinario las creaciones shakesperianas, sino netamente español. En los caracteres de sus personajes se refleja el españolismo de

(1) Coincide este rasgo con la descripción verídica que nos dejó Ercilla del género de vida que llevaba él mismo con sus compañeros de expedición:

Y á veces la ración se convertía
En dos tasados puños de cebada,
Que cocida con hierbas nos servía
Por la falta de sal la agua salada:
La regalada cama en que dormía
Era la húmida tierra empantanada;
Armado siempre y siempre en ordenanza;
La pluma ora en la mano, ora la lanza.

Arauc, pte. ii, c. xx, 24.

Arboleda, de que dejó después larga huella en sus hechos militares. En Gonzalo se personifica el espíritu religioso, patriótico y caballeresco que animó á los españoles y levantó á España á la altura mayor que ha alcanzado nación alguna en el mundo. Ya en una de sus poesías líricas, expresando sentimientos personales, consignó Arboleda el principio moral del deber según la concepción cristiana, patriótica, y si es lícito añadirlo, española, en aquella estrofa inolvidable :

¡ Patria ! Por ti sacrificarse deben
Bienes, y fama, y gloria, y dicha, y padre,
¡ Todo ! — aun los hijos, la mujer, la madre,
Y cuanto Dios en su bondad nos dé.
¡ Todo ! — porque eres más que todo — menos
Del Señor Dios la herencia justa y rica . . . .
¡ Hasta el honor el hombre sacrifica
Por la Patria — y la Patria por la Fe !

¿ Qué más ? Si en las poesías sueltas de Arboleda hallamos unas como predicciones ó presagios del género de muerte que le guardaba el porvenir, (1) en el « Gonzalo » no faltan tampoco algunos rasgos como de espíritu vidente. En su última gloriosa campaña repitió en sí mismo, y de hecho, muchas de las circunstancias que rodean á su héroe fantástico. El teatro que había elegido para las hazañas de éste, fué el mismo en que resplandecieron luego las suyas propias. Fué él, como ya imaginó á Gonzalo, defensor magnánimo del orden establecido y de la integridad nacional ; y si Gonzalo combatía contra un hermano traidor, tocóle también á nuestro Julio combatir contra un deudo desleal á la patria y á la familia. Álvaro de Oyón, según le pinta Castellanos, fué, lo mismo que Lope de Aguirre, predecesor inequívoco del funesto Mosquera, diferenciándose sólo en que este dés-

(1) V. los apuntes Biográficos, puestos al principio de esta Colección.

pota logró en nuestros tiempos fortuna que se negó á los « Tiranos » en los siglos pasados. Ennoblecido Oyón por la pluma generosa del poeta, no puede compararse ya, como hombre, con el azotador de nuestra patria en el siglo presente ; pero todavía, como tipo de grandes revolucionarios, el que figura en el poema y el que deshonra nuestra historia se asemejan y corresponden. La tribu salvaje auxiliadora de don Álvaro es la misma mismísima (hoy « Indios de Tierra-adentro ») que seducida por Mosquera, molestó tanto con sus insomnes guerillas á Arboleda en los años de 1861-1862. Finalmente el triunfo de la Revolución en esa época luctuosa trajo en pos de sí aquel torbellino de calamidades, aquellos horrores de, al parecer, incurable anarquía que Gonzalo, con ánimo de detener á Álvaro en su carrera, muestra y desenvuelve ante sus ojos como natural conquista y término forzoso de la usurpación triunfante.

Como conviniese al poeta retratar con negros colores á Álvaro de Oyón, para presentarle en contraste con Gonzalo, pintóle mal vasallo, revolvedor desalmado y violento, pero no acertó á hacerlo despreciable y repugnante; antes, como dicho queda, le comunica y regala nobleza.

El delito de don Álvaro es el de rebeldía, pero con antecedentes que explican su despecho. Es valiente y arrojado hasta rayar en temerario, y tiene el prestigio que suele acompañar al pirata, al contrabandista y al bandido. Y tiene más : empuje poderoso y una ambición de órbita napoleónica. Hay en él algo de la aureola sombría del Satanás de Milton. Álvaro sueña con apoderarse del continente de Colón. Es un grande hombre extraviado por una gran pasión :

El genio para César le destina,
El delito le torna en Catilina.

Y por último, aquel aventurero que nada respeta, abriga en su pecho la nobilísima virtud del amor filial. Sáquese á don Álvaro de la esfera emponzoñada en que le colocó el poeta,

bórrense los crímenes á que le arrastra la sed de venganza, y confesará todo lector colombiano que aun en este personaje, en cuanto tienen de magnánimo sus instintos, de vasto y emprendedor su genio, y de razonable á las veces sus discursos (1), puso ARBOLEDA algo, y no poco, de su propia grandeza. Tal es, ni más ni menos, la condición distintiva de los grandes poetas líricos : vaciarse en sus creaciones; poner en cuanto tocan una semejanza, una íntima emanación de sí mismos.

Contemplando ahora la acción no particularmente en cada uno de los personajes, sino en el conjunto general, se notará que la condición común á todos ellos es la desgracia. En este aspecto el poema, menos que epopeya, es un drama á estilo griego, donde la sombra fúnebre de un destino inexorable revuela en torno de todas las cabezas. El poeta, después de la muerte de Álvaro y Pubenza, no supo qué hacer con su héroe Gonzalo. No acertaba con el modo de terminar el poema, y llenó el último canto con puntos suspensivos, que á quien recuerde el fin trágico del cantor, no dejarán de parecer asaz negros, y como sembrados allí á impulsos de doloroso presentimiento.

Formó su gusto principalmente en la lectura de los poetas italianos, á que era aficionadísimo, y de los ingleses, que conocía muy bien; y en sus versos se mezclan en raro concierto la galanura, viveza y calor meridionales, con cierta misantropía nebulosa del Norte. El principio del canto I, « Voy recorriendo » . . . es feliz reminiscencia del Tasso, y la carta de Pubenza no es el único pasaje en que la inspiración es directamente bironiana. Estos como destellos de literaturas extranjeras matizan graciosamente los versos de ARBOLEDA, sin robarles su sabor castizo castellano. Había estudiado los buenos poetas españoles de nuestro siglo, y procuraba no desviarse de las formas consagradas por el uso,

(1) Mayormente en el panegírico de Colón, que en boca de Álvaro puso el poeta en el canto XIII.

ni violar la gramática de nuestra hermosa lengua. Es original en el estilo, sin ser revolucionario en el lenguaje.

Con todo, la frase, aunque adornada, y no mal, de uno que otro arcaísmo de dicción, es la usual y viviente, la propia de nuestro siglo y no la de siglos anteriores; y si este lenguaje correcto, pero enteramente moderno, en la narración sienta muy bien, no así en los discursos que pone el poeta en boca de personajes con cuyo verdadero lenguaje están familiarizados cuantos han hojeado nuestras crónicas, y entonces naturalmente disuenan términos neológicos del tenor de los siguientes :

ÁLVARO.

Grande es la acción, y su éxito *fecundo*
En dicha ó en desgracia para el mundo.

Sí, todos me han escrito : el continente
Quieren nuestro, feliz, *independiente*.

Ven, y escúchame. pues, para que veas
Que han crecido también nuestras *ideas*.

Como poeta épico, ó si se quiere narrador en verso, no halló ni conoce rivales entre sus compatriotas el autor de « Gonzalo de Oyón ». No obstante haber quedado inconcluso el poema, es éste el más extenso, el mejor, y propiamiente el único trozo de poesía épica que se ha escrito en Nueva Granada en el presente siglo.

Imita á las veces á los grandes maestros el cantor de Pubenza; mas nadie será osado á negarle el lauro de la originalidad, la cual no tanto consiste en la novedad intrínseca de los pensamientos, cuanto en el poder de asimilación que posea el escritor, en el modo particular de concebir las cosas y de expresarlas.

La parte descriptiva, tan importante en este género de composición, está superiormente desempeñada. Notable por la vivacidad de pincel y colorido local, la pintura del opulento valle del Cauca puede proponerse como modelo de

poesía americana apaisada : idealidad en la elección de los detalles, fidelidad y elegancia suma en la ejecución.

Á cada paso hallamos rasgos que ponen en movimiento la imaginación y convidan al lápiz á vaciar en el papel las imágenes que despiertan en la mente. Véase, entre muchos, éste :

Ambos se buscan y se evitan ambos
Con la aguzada punta y dura hoja :
Ora se aparta diestro, ora se arroja
Éste, y el otro prevenido está.
Ya los golpes mentidos son, ya ciertos ;
Ya por los pomos quédanse trabadas
En ángulos salientes las espadas,
Y el pomo duro con el pomo da.

Aficionadísimo á caballos, lúcese ARBOLEDA siempre que los describe, como en asunto que trata con cariño. Natural é histórico compañero de los héroes y paladines, el caballo es por ello noble y casi indispensable figura en los poemas épicos. El alazán que espoleaba Gonzalo sale airoso comparado con los más famosos pisadores que la imaginación de los poetas haya sacado á luz, en diversas lenguas. Como la descripción á que aquí aludimos es larga y muy conocida (1), no copiaremos sino una de las más rápidas, como muestra de la especial habilidad de nuestro poeta en ese departamento descriptivo.

¿Quién turba el melancólico reposo
De la desgracia? — De sorpresa herido
Deja escapar un tétrico bufido,
Sonoro, ronco, el ágil alazán ;

(1) El señor don José Manuel Marroquín, bajo el título « Recogida de caballos en la corraleja de *El Mosaico* », publicó en un número de ese periódico (Bogotá, 27 de agosto de 1864) una rica y harto curiosa colección de rasgos hipográficos, y entre ellos brilla la descripción de ARBOLEDA.

Luego, trotando en torno, las orejas
Perfila hacia adelante, y enarbola
Tendida en pluma la poblada cola
Al partir con atónito ademán.

Es nuestro poeta, cuando conviene, fogoso y enérgico, ora describa un arranque de desesperación, ora una riña sangrienta; y variado y flexible como la lengua castellana, de que era dueño, corre otras veces con ligereza y gracia, ó se desliza con maravillosa blandura. De sus manos sale Pubenza tan dulce y tan tierna cual pudiera de las manos mismas de la Naturaleza creadora.

El lector de los fragmentos del « Gonzalo » deplorará que el autor no hubiese tenido tiempo y holgura para coronar su obra. Por tal verso débil, tal frase prosaica, tal pasaje incorrecto, que descubren la falta de última mano, hallará cien rayos de felicísimo ingenio é imaginación brillante, aprobará á cada paso lo fácil y puro de la dicción, y más de una vez encomendará á la memoria melodiosos versos y frases sentenciosas y expresivas. ¿No lo es, y muy congruente con el carácter de ARBOLEDA, aquello de « jugar con desdén la vida »? Citaremos algunas otras:

Fe ciega — no hay más ciencia . .
Yo sé morir, mentir no sé . . .
Amor no puede ser, pero es tormento.
Sensible sí, pero inocente y pura.
India en amar, en resistir cristiana.
Que es un placer jugar con el dolor.
Su mundo él, y su juguete el hombre.
Deja correr la lágrima bendita.
Palabra melancólica del alma.

Sin negar la habilidad con que ARBOLEDA tornea la octava de dos finales agudos llamada *Bermudina,* hubiéramos de-

seado que no se desviase nunca en su poema del uso de la clásica octava rima — la regia estrofa consagrada por Ariosto y Tasso, por Ercilla y Valbuena — en que él con no menor desembarazo escribió algunos cantos del « Gonzalo ». Muchos habrá, empero, que no sean de nuestro parecer, y que á la regularidad majestuosa y tradicional convencionalismo en las formas de la versificación, prefieran por más agradable la variedad de metros que adoptó nuestro poeta.

Apartándonos de la división en cantos, hemos ordenado los mejores fragmentos del poema en catorce cuadros (inéditos los tres últimos) precedidos de un preludio, y en esta forma y sin más preámbulo los ponemos en manos del discreto lector.

M. A. C.

GONZALO DE OYÓN

PRELUDIO

Voy recorriendo pensativo y mudo,
Con paso lento, la esmaltada falda
Por do el Cauca, entre ribas de esmeralda,
Precipita su rápido caudal.
De lo pasado en el abierto libro
Mis ojos por las páginas errantes
Leyendo van de los que fueron antes
La virtud, el delito, el bien, el mal;

Y los siglos, que ruedan envolviendo
Hechos y nombres en común ruina,
Cuya planta pesada peregrina
Dejando en pos olvido y destrucción;
Los siglos se presentan apiñados,
Leve punto en el tiempo do se hundieron,
Y donde, en su naufragio, confundieron
Nombres, historia, y gloria y tradición.

¿Dónde están ¡ay! los inclitos varones
Que cansaron la fama, á cuyos hechos
Los limites de un siglo eran estrechos,
Que, abrumado, á su peso se rindió?

El más feliz al tiempo lanzó un nombre,
¡ *Un nombre!* ¡ una palabra sin sentido,
Esparto leve al huracán cedido!
¡ Ligero corcho que á la mar cayó!

Mas á tu voz, ¡ oh patria! cuyos ecos
Repite el corazón, la débil mano
Extiendo (y por ventura extiendo en vano);
Y tras un nombre me verán correr.
¡ Esfuerzo inútil, desigual combate
De endeble enano con gigante atleta!
Mas ¡ ay! ¡ sucumba el mísero poeta,
Y pueda el nombre vida merecer!

¡ Ven, pues, memoria, ven! Tú eres tormento
Del desgraciado á quien tu peso oprime;
Á tu lúgubre aspecto, el hombre gime
Viendo surgir el olvidado mal.
Eres, memoria, espejo donde arde
El sol de la desdicha concentrado;
¡ En un foco, en un rayo, lo pasado
Reflejas sobre el tímido mortal!

¡ Ven, oh memoria, ven! La patria mia
Es semejante á su infeliz poeta:
La desgracia también, con mano inquieta,
Meció su cuna, marchitó su sien;
Y hoy la insigne ciudad que yace sola,
Camello abandonado en el desierto,
Sigue abatida su destino incierto,
Cual, en su última edad, Jerusalén.

Desterrados sus hijos, sus laureles
Secos, y uno por uno deshojados;
Crujen sus torreones encumbrados,
Tristes sus lindas vírgenes están;
Y combatido de las recias olas
Que la barbarie por do quier subleva,
Su glorioso estandarte, en vano prueba
El soplo á resistir del huracán.

Y allí mis hijos, de la madre en torno,
Lloran sin quién á consolarlos vaya,
Vuelta la vista á la remota playa
Á do el común tirano me arrojó;
Y allí mi madre su viudez arrastra,
Y el flujo mira, sin apoyo, sola,
La náufraga infeliz, que á cada ola
Siente irse el bajo donde el pie afirmó.

¡ Payán ! ¡ Payán ! en tus anales veo
Siempre la flor guardada por espinas;
Al roce de sus hojas purpurinas
Punzante abrojo con mi mano da.
Si las dispersas, mutiladas hojas
Tímido exhibo sin color ni vida,
Es que mi mano, ¡ oh patria ! dolorida,
Es que mi mano sin vigor está.....

¡ Mas ven, memoria! y atrevida arranca
De las hojas del libro del olvido
Una desgracia más. Prestad oido
Á mi canción, vosotros que lloráis...

Pero no; no me es dado las desgracias
De Gonzalo cantar, porque la lira
Mejor no pulsa quien mejor suspira;
Mas lloraré si al llanto acompañáis.

CUADRO PRIMERO

PUBENZA

El héroe ibero con prudente tino
Lo que al valor debió, guardar sabía;
De Payán el imperio obedecía
Á Benalcázar, lidiador tenaz;
Y las tribus de bárbaros errantes,
En torno unidas de la cruz izada,
La cara independencia abandonada
Osan apenas deplorar en paz.

Era muerto Pubén, sostén y gloria
Del cacicazgo; el hijo generoso
Entre suplicio bárbaro, espantoso,
Rindió la vida á su Criador también;
Y no quedada de la clara estirpe,
Para baldón de un héroe y su vergüenza,
Sino la hermosa, angelical Pubenza,
Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,

Y á la vista del can, yace en acecho,
Con sus ojos de púdico temor;
Pura como la cándida paloma
Que de la fuente límpida al murmullo,
Oye, al beber, el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa, que temprana,
Al despuntar benigna primavera,
Modesta ostenta, virginal, primera,
Su belleza en el campo, sin rival;
Tierna como la tórtola amorosa,
Que arrulla viuda, y de su bien perdido
La dura ausencia en solitario nido
Llora, y lamenta su incurable mal;

Brillante como el sol, cuando refleja
Sus rayos el cristal de la montaña,
Si ni la lluvia, ni la nube empaña
Su naciente, purísimo esplendor;
Majestosa cual palma que se eleva,
Y ostenta en la vastísima llanura
Su corona imperial y su hermosura,
Desafïando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban
El dolor y la negra pesadumbre,
Y de sus ojos la apacible lumbre
Empañaba una lágrima fugaz;
Y la vida arrastraba silenciosa,
Devorando su mísero tormento,

Porque al alma gentil ¡ay! ni un momento
Otorgó Dios de plácido solaz.

He aquí á Pubenza : en ella el alma, todo
Respira amor, pureza y hermosura;
El hechizo en sus ojos, la dulzura
Vaga sobre sus labios de clavel;
Juega el blando placer modestamente
Con las esbeltas formas de la indiana;
India en amar, en resistir cristiana,
Era su pecho á la virtud dosel.

¡Malhadada belleza! ¡malhadada
Aun la heroica virtud de la princesa!
Nada han valido, que sobre ella pesa
El yugo de despótico señor.
Padre tuvo Pubenza, y no le tiene;
Hermano tuvo, mas también ha muerto;
Y el mundo para ella es un desierto,
Sin amigos, sin deudos, sin amor.

Pubenza es infeliz. Tiempos mejores
Paz y felicidad le prometieron;
Pero esos tiempos rápidos huyeron;
¡Huyeron, sí, no volverán jamás!
Huyeron, cual la nube del desierto
Al ígneo soplo de huracán airado;
Y quedóle el recuerdo del pasado,
¡Ay! ¡tan sólo el recuerdo, y nada más!

Entre las huestes que la madre España
Desbordó sobre un mundo de repente,

Vino Gonzalo, el joven, el valiente,
De amor y gloria espléndido adalid.
Clara es su raza en bélicas hazañas,
Que en esos tiempos la virtud guerrera
Temprana herencia de los hijos era :
Llevábanlos sus padres á la lid,

Como el ave marina, que el polluelo,
Desnudo aún de la flotante pluma,
Precipita de lo alto hasta la espuma,
Que hierve abajo en el bramante mar;
Ó cual león que por la selva ruge
Con el cachorro al lado, y se embelesa
Viéndole abalanzar sobre la presa
Y refrescar con sangre el paladar.

No era esta raza enferma, degradada,
Que aspira, entre perfumes y mujeres,
El aire enervador de los placeres,
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón :
Una piedra la almohada del guerrero,
La tierra era su lecho suntüoso;
Su alma en la gloria hallaba su reposo,
Y su brazo en las armas, diversión.

Ya don Gaspar, el padre de Gonzalo,
Dejó do quier los rastros de su gloria,
Sin que un recuerdo diese á su memoria
De la Historia veraz la gratitud;
Y á su lado también lidió valiente,
Álvar de Oyón, del buen Gonzalo hermano,

Que fué después, y se llamó *el Tirano*,
Porque al crimen pidió reino y salud.

Viendo á su padre entre cadenas preso,
Álvar del mundo injusto separóse,
Pero su pecho de venganza hinchóse
Contra España, sus leyes y su rey.
Júzganle muerto, y solitario estáse,
Víctimas señalando á su alto enojo,
Cual de águila real certero el ojo
Su presa elige entre la incauta grey.

Y el buen Gonzalo, huérfano, inocente,
No halla, en el mundo nuevo Americano,
Sino el vago rumor de que el hermano
Yace en la tumba al par del genitor.
Álvaro en tanto, cual taimada fiera
Que escapó de reciente cautiverio,
Desde el triste cubil mira el imperio
Como premio futuro á su valor.

Sigue Gonzalo la paterna huella;
Lidia de honor sediento, y por do quiera
El entusiasmo de la huesta ibera
Le captan su prudencia y vu virtud.
De Pasto por las bélicas legiones
Es debelado el escuadrón hispano;
Gonzalo acorre, anima al castellano,
Vuelve, y vence á la ufana multitud.

La capital del Payanés imperio
Mirase á fuego y sangre acometida;

Cede la turba bárbara vencida,
Cede el Cacique á la imperiosa ley:
Del vencedor sacrílego la espada
Va á mancharse en la sangre del anciano,
Pero Gonzalo la alevosa mano
Castiga, y salva de Payán al rey.

En la cruda campaña, cuando el fuerte
Valor desmaya y la constancia falta;
Cuando el sueño los párpados asalta,
Y sucumbe la hambrienta desnudez;
Cuando el corto escuadrón tiembla, sitiado,
De estéril roca en la tostada cima,
Gonzalo vela, calla; y si habla, anima,
Ora modesto, intrépido á su vez.

Bozo süave le esmaltaba apenas,
Cual leve sombra, el labio delicado,
Y en el rostro infantil ya era el soldado,
El consejero, el héroe, el capitán;
Ídolo de las huestes vencedoras,
Amparo al infeliz americano,
Éste la vida débele á su mano,
Á ésas sus armas la victoria dan.

Y en medio de esos héroes con que mancha
Sus páginas la historia de la tierra,
Máquinas de exterminio, que la guerra
Brota y el mundo adora en la abyección,
Aquella alma gentil, aquel Gonzalo,
La frente alzaba cándida y serena,

De deber y de honor el alma llena,
De piedad y de amor el corazón...

¡Flor solitaria en espantoso yermo,
Que Dios puso entre espinas y entre abrojos,
Por dar alivio á los cansados ojos
Heridos del calor del arenal!
¡Única fuente en árido desierto
Que refresca al sediento peregrino!
¡Sola enseña de bien en el camino
Por donde siembra la conquista el mal!

Cual su aroma á la flor, así á Gonzalo
Sigue Manuel, cuya agitada vida
Está con la del héroe confundida,
Y con él sufre, y gózase con él:
Amigos en la infancia se abrazaron,
La gloria y los trabajos los unieron,
Y jamás los peligros sorprendieron
Al buen Gonzalo lejos de Manuel.

Á la voz del honor atentos ambos,
Éste de aquél admira el heroismo,
Y casi tiene celos de sí mismo
Si logra en la virtud sobresalir:
Se atribuyen su gloria; sus hazañas
Están, como sus nombres, enlazadas,
Y las dos existencias separadas
No puede el pensamiento concebir.

Del Payanés imperio era heredero
Payán, hijo del rey: su estirpe clara

Cualquiera fácilmente adivinara
De su rostro en la augusta majestad;
Mas al regio donaire del guerrero,
Al valor, y á la atlética estatura
Une una alma gentil, cándida y pura,
Inagotable fuente de piedad.

Le ama Gonzalo; y él, agradecido,
Da por afecto, afecto más ardiente :
Le ama Manuel; y el príncipe valiente
Paga amor con amor, con fe la fe :
Los tres unidos por los dulces lazos
De la amistad, el siervo americano
Ve como hermano al vencedor hispano,
Y éste á su hermano en el vencido ve.

Digno es de dicha el ínclito Gonzalo,
Digno de que la suerte le bendiga...
Mas ¡ay! no; ¡ que la suerte es enemiga
Del genio, de la gloria y la virtud!
¡ La suerte agosta con su soplo ardiente
En nuestros pechos la mejor semilla,
Porque la suerte próspera no brilla
Jamás sobre la incauta juventud!

Gonzalo vió á Pubenza, y en sus ojos
Buscó amor, halló amor : el rey anciano
Bendijo al par, y el héroe castellano
Cifró su dicha en la alma bendición :
Y bajo un techo el par feliz vivia,
Amándole ella candorosa y pura,

Él bebiendo la vida eñ su hermosura;
Los dos un ser, una alma, un corazón.

¿Quién al doncel heroico predijera
De su inocente amor la desventura,
Al contemplar vencida á la hermosura
Sobre su pecho reclinar la sien?
¿Quién á la virgen casta que se entrega
Al honor del doncel enamorado,
Hubiera dicho entonces : *Desgraciado*
Será Gonzalo, y lo serás también?

¡Nadie! ¡nadie! ¡En su púdico semblante
Juegan las ilusiones adoradas!
Flor virginal, sus hojas delicadas
No abrasa el sol, ni turba el huracán.
Y cual agita el céfiro süave
El tierno cáliz de naciente rosa,
Su mejilla, con púrpura gozosa,
Amor colora en su inocente afán.

Y el dichoso doncel goza á su lado;
Y el doncel es mayor; pero él no mira
Por sí, ni alienta solo, ni suspira;
Ella suspira, alienta y ve por él;
Él no tiene más vida ni ventura,
Que ella, principio y fin de sus acciones,
Y ella, en todas sus tiernas emociones,
Por su principio y fin tiene al doncel.

¡Los une la virtud! Brillan las horas
De grata luz, de paz y venturanza,

Que acompaña el placer de la esperanza,
Que anima el sol radiante del amor...
¡Par infeliz! ¡contempla delirando
En la dicha futura, en la presente,
Y descuidado en su virtud, no siente
La tempestad que ruge en su redor!

Fernando Benalcázar, el soberbio,
Ama á Pubenza, adórala; alimenta
Su alma altanera, indómita, violenta,
La inextinguible, la feroz pasión;
Y de todo es capaz: un pensamiento
Ocupa entera su existencia amarga,
Y del funesto amor bajo la carga,
Se agita su rebelde corazón.

Y poderoso, del poder abusa;
Y celoso corteja á la venganza;
Y furioso de amor sin esperanza,
Busca en el crimen su único sostén:
Su carácter de fuego no permite
Contradicción ni leve resistencia,
Y en su absurda despótica potencia
Busca el camino de un soñado Edén.

Cetro de hierro empuña; vida y honra,
Todo está á su capricho encadenado:
En el imperio vasto conquistado
No hay más ley que su firme voluntad;
Ella manda, ella impera, ella se cumple,
Ni hay donde huír del lúgubre tirano;

Que se siente do quier su férrea mano
Cual vasta, universal calamidad.

Un día vino, cuyo albor primero
Halló de Dios el templo profanado,
Y vió caer, de labio desmayado,
Cabe el altar un funerario *sí;*
Y al pie del ara, sin color, sin vida,
Una virgen modesta y hechicera...
De cien caciques la última heredera,
PUBENZA yace desmayada allí.

Ella, que por salvar al padre anciano,
Ella, que ya privada de su amante,
Al resplandor de lámpara oscilante,
Esposa de Fernando se juró.
Y el tirano cruel llevó contento
La carga leve en sus robustos brazos,
Y volvióla á la vida, entre los lazos
Que su pasión sacrílega forjó.

¡Desgraciada mujer! y desgraciado
Aquel que arroja en desigual balanza
El amor de la virgen, su esperanza,
Y de la hija el último deber:
¡Su padre aquí! ¡su amor allá! Batallan
La hija piadosa, la mujer que ama,
Y, á la voz del deber que adentro clama,
La hija piadosa vence á la mujer.

Corre la nueva en alas de la fama,
Y el Cacicazgo entero se estremece,

Gonzalo, el buen Gonzalo no parece,
¡Ay! ni parece el destronado rey,
Ni Manuel, ni Payán. El hecho horrendo
Tolera y calla el pueblo americano,
Que donde impera el bárbaro tirano,
Hablar es crimen, el silencio es ley.

¡Ah! ¡Pubenza! ¡Pubenza! ¿conque el fuerte
Hijo del gran conquistador, te ha hecho
Desleal á tu amor? ¿Mintió tu pecho?
¡Ay! mísera, ¿qué hiciste? ¿dónde estás?
¿Dónde tu amante?... Un velo tenebroso
Aun oculta el sacrílego misterio...
Llora Pubenza en duro cautiverio:
¡La mano ha dado, el corazón jamás!

¡Vive Fernando! ¡vive! de su suerte
La estrella brilla, plácida y tranquila;
Mas llega un tiempo en que su luz oscila,
Y parece apagarse para él.
Vago rumor de crímenes le acusa
Indignos ¡ay! de su elevada cuna,
Y en medio del poder y la fortuna,
Aspira ambiente emponzoñado y hiel.

La frente clara, la cabeza erguida
Ya no sostiene el cuerpo vigoroso:
Clava en tierra los ojos, temeroso
Del hombre no, del justiciero Dios;
Y embozado en su manto, y solitario,
Ora con paso mesurado, lento,

Se inclina ante el atroz remordimiento,
Ora de él huye, que le sigue en pos.

Al rumor que le acusa, con la muerte
Sale al encuentro, y de la sangre vive,
Y en medio de los crímenes percibe
Que es imposible detenerse ya;
Y por la suerte mísera empujado
Matar pretende al pensamiento mismo,
Y de crimen en crimen, al abismo
Rodando á su pesar, rápido va.

Es el primer delito como el lurte
Que el huracán de los nevados lanza :
¡ Rueda ! y en cada giro crece, avanza,
En mole, y movimiento y solidez.
¡ Rueda ! — de cumbre en cumbre despeñado,
Las selvas sordo, con estruendo, arrasa,
Hasta que al fin le rompe y despedaza
Con estrago, su propia rapidez.

Busca alivio Fernando, ¿pero dónde?
Del cielo aparta los enjutos ojos :
En el jardín de amor sólo hay abrojos ;
En la tierra hay esclavos, soledad.
Pero nada le abate ; solo y fiero,
Amor y tierra y cielo desafía :
En su pasión, en su valor confía,
Y desprecia á la abyecta humanidad.

Tan sólo con un fin humillaría
La frente altiva, el alma de diamante ;

Y vaga eterno el pensamiento errante
De aquel objeto idolatrado en pos.
Es amor su fantástico delirio:
Ama, aborrece, y amenaza, y ruega,
Y, desoído, de su ser reniega,
De gloria, y cielo, y religión, y Dios.

Siete veces el sol trajo el estío,
Y siete veces le encontró penando,
Porque el dolor se sienta con Fernando,
Y vive con Fernando el padecer.
La octava vez . . . ¡Silencio! que ha sonado
Bélica trompa cuya voz retumba . . .
Busca ¡oh guerrero! ¡una gloriosa tumba!
¡Llama el clarín! . . . ¡Silencio á la mujer!

CUADRO SEGUNDO

LA NUEVA PATRIA

Voy, por el campo que agostó el olvido,
Recogiendo, con mano reverente,
Las hojas secas del laurel perdido.
Diré tus hechos, infeliz, valiente
Gonzalo, amante, amado, perseguido;
Pero los busco entre el voraz torrente
De los siglos, que ruedan, se confunden,
Y en la infinita eternidad se hunden.

Así, cuando por prados de esmeralda
El ardiente volcán su lava arroja,
Mírase al ciervo por la ardida falda,
Lentamente paseando su congoja,
Escarbar y buscar la seca y jalda
Hierba, y la rota solitaria hoja,
Tristes reliquias del nativo prado
En negra lava y en ceniza ahogado.

Como vasta pirámide, arrojada
De Norte á Sur en medio al Océano,
La cúspide, en el choque, despuntada,
Derrüídos los lados por la mano
Del tiempo, por la obra perennal cansada,
Mírase al continente colombiano;
Y, cual del cuerpo astillas desprendidas,
Se ven sus islas, por el mar, tendidas.

Andes, en forma de melena densa,
Sus altas sierras sobre el Norte extiende;
Luego reduce su expansión inmensa,
Y en larga línea para el Sur desciende;
Deja al Oriente la llanura extensa
Que hasta el remoto Atlántico se tiende,
Y, la frente imperial en fuego ardiendo,
Ve los dos mares á sus pies rugiendo.

Esa es la cordillera á cuya cumbre
No alcanza del condor el raudo vuelo;
La fábrica de enorme pesadumbre
Donde, entre algas y témpanos de hielo,
Nace la pura y limpia muchedumbre
De aguas que riegan nuestro fértil suelo,

Brotando, entre el misterio, tras la niebla
Vertiginosa que el abismo puebla.

Al Norte, al Sur, y en curvas, al Oriente,
De las gélidas fuentes desprendidos,
Arroyos mil, con pródiga corriente,
Enriquecen la tierra : entretejidos,
Cual vasta red, por todo el continente
Discurren : luego, en masas recogidos,
Van á pedir al piélago profundo
Para su tierra paz, comercio al mundo.

Y arrastran al Atlántico sonoro
Sus ondas, y al Pacífico süave,
Corriendo por las selvas sobre el oro
Que brilla terso entre la arena grave.
Y son prendas de unión; mas su tesoro
No está en el oro vil : está en la nave
Que surcando sus útiles raudales
Dé industria y libertad á los mortales.

De Granada, la Nueva, el Virreinato
Departe el Marañón de sus vecinos;
Interno y noble mar, donde el aflato
No alcanza de los recios torbellinos,
Y de futura unión vínculo grato
Entre los industriosos granadinos,
Aorta de este mundo colombiano,
Y ríos de los ríos soberano.

Y de Granada en la región do gira,
Sin jamás apartarse, el sol amante,

Y con süave hálito respira,
Arrullada entre palmas, la aura errante,
Y el tagüijó monótono suspira,
Del marjal melancólico habitante;
Entre el Ande y el mar, que la mejilla
Recuesta en paz á la escarpada orilla,

Hay un valle feliz : su tierra ondula
En continuas y plácidas colinas
Que la brisa al pasar besa y adula :
Por ese valle en ondas cristalinas
El agua precipítase y circula
Serpeando entre flores purpurinas;
Y al fin de aquel Edén verde y rïente
La ilustre Popayán alza la frente.

De sus colinas altas amparada,
Como la tigre que asechanza teme
Y espera el can al árbol recostada,
Detrás del corvo cerro de la Eme
Se la mira de lejos engastada :
Desde el Cauca, á la luz del sol que treme
Sobre la alba ciudad, en grupos varios
Se ven surgir sus pardos campanarios

Al Oriente Belén, donde el devoto
Pueblo va á celebrar el nacimiento
De Jesús, su Señor, y cumple el voto
Año por año, en santo arrobamiento;
En la blanca capilla mudo, inmoto,
Contempla aquel buen pueblo el gran portento,

Y en silencio solemne recogido,
Adora al Salvador recién nacido

Alumbra la capilla el sol naciente
Dando en el monte verde y escarpado,
Do un camino en figura de serpiente
Gira, y le va subiendo por un lado;
Y á este camino agólpase la gente,
Y de vivos colores matizado,
Como una sierpe enorme se estremece
Y en gayas ondas sus anillos mece.

Y más allá, como inmortal gigante,
Alza la frente el Puracé sublime;
Á veces terso, cándido, brillante,
Sus anchas basas en silencio oprime;
Otras, envuelto en nubes, retumbante,
Arroja el fuego que en sus antros gime,
Y en sus esfuerzos, ó estremece el suelo,
Ó incendia en llamas la extensión del cielo.

Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
Y ora se encumbra el desigual terreno,
Ora se mecen las silvestres cañas
De contrapuestos riscos en el seno;
Y nacen del calor plantas extrañas,
Que guardan de la víbora el veneno,
Cabe el torrente bramador y estrecho
Que ha cavado por siglos su hondo lecho.

En los montes, que ya süavemente
Hasta besar la linfa, enamorados

Descienden, ó ya suben de repente
En riscos pintorescos, escarpados,
Sus frutos cada zona diferente
Ve con los de otra zona entrelazados;
Todos iguales, todos juntos crecen
Y á un tiempo se maduran y florecen.

Tal es la tierra. El cielo encapotado
Pierde por tiempos el azul sereno :
Entonces, de relámpagos preñado,
Recorre el horizonte el ronco trueno;
Por el ímpetu eléctrico turbado,
Brota el aire huracanes de su seno;
Cae la lluvia, crujen las montañas,
Se eclipsa el sol, sė inundan las campañas;

Mas la negra tormenta que oscurece
Y asorda en torno al mundo y le conturba,
Y del cielo la bóveda estremece
Lanzando rayos por su inmensa curva,
Á la vuelta del sol desaparece,
Pasa de nubes la apiñada turba,
Y ante la luz pacífica y tranquila,
Ni se mece la flor, ni el aire oscila. . . .

Aquí la vasta cordillera empina
En fantásticos riscos su cadena;
Allí en vaivén, elástica se inclina
Sobre el tallo gentil de la azucena,
La flor, ante la brisa matutina;
Acá el arroyo por la selva suena;

Y vese el llano y su pintada alfombra
Que interceptan los montes con su sombra :

Y la fruta silvestre, donde toma
Su grato olor la brisa pasajera
Para mezclar al de la flor su aroma;
Y el canto de la tórtola agorera,
Cuando la noche en el Oriente asoma;
Y el variado matiz de la pradera,
Que gusto, olfato, oido, vista halagan,
Y, deleitando el cuerpo, el alma embriagan;

Y el Cauca, que entre enormes pedrejones
Sus ondas bramadoras alborota,
Ó preso por altísimos peñones,
En vano el dique de granito azota;
Y del ronco volcán las convulsiones,
Y el muelle junco que en el lago brota,
La calva roca, la aromosa planta,
Todo, en contraste seductor, encanta.

No es éste el clima delicioso, blando,
Que al ocio sólo y al placer convida;
Ni su habitante gozará, pasando
En pereza monótona la vida.
Para quien nace en su redor mirando
La gigante natura estremecida
En contraste magnífico y eterno,
La quietud, la inacción, es el infierno.

En la vasta extensión que el Cauca baña,
Desde que asoma la modesta frente

Entre el musgo glacial de su montaña,
Hasta que, unido con su hermano, siente
Del bramador Atlántico la saña
Oponerse al poder de su corriente,
Sí, cuanto riega su raudal bendito
Es alto y gigantesco : ¡ hasta el delito!

Así como él, extraño en su carrera,
Crece y retumba amenazando estrago,
Ó besa manso la feraz pradera
Mecido en hondo y cristalino lago,
Ó desciende, en magnífica chorrera,
Tendiendo el iris por el aire vago;
Ó sus olas espléndidas de plata,
Rueda de catarata en catarata;

Así su hijo entusiasta, en las regiones
Que él con sus ondas ácidas satura,
Creciendo entre las recias convulsiones
De la inquieta y terrífica natura;
En medio de contrastes y emociones,
Pasa la vida borrascosa, dura;
Y es héroe, santo, mártir, delincuente;
Todo, menos cobarde, ¡ indiferente!

¡Yo te saludo, Popayán insigne!
¡Salve! ¡cuna de mártires y sabios!
Haz que el genio á mi canto se resigne;
Inspira un son armónico á mis labios.
¡Y que tu historia algún lugar asigne
Al infeliz cantor de tus agravios!

¡Que Dios tu nombre, en su piedad, enalbe!
¡Salve! Payán, tres veces, ¡salve! ¡salve!

¡Y salve! tú, mi patria granadina,
Querida al corazón, grata á la mente!
¡Si en exilio tu bardo peregrina,
No se ha secado del amor la fuente
En su pecho filial; y aunque él inclina
Al extranjero la humillada frente,
Aun no ha amellado tu injusticia inmensa
El fierro que blandiera en tu defensa!

¡Yo te amo, aunque tu mano me arrojara,
Madre! ¡como á reptil, de tu regazo!
Si más me persiguieras, más te amara
Y bien por mal volviérate mi brazo.
¡Ah! ¡quisiera tener voz alta y clara
Sólo para ensalzarte; y que ese lazo
Cuando yo pase, cual pasó tu gloria,
Nos uniese en la muerte y en la historia!

Y viera el mundo al hijo maldecido,
Honorando á la madre con su llanto,
Arrancarle su féretro al olvido
Con el viril esfuerzo de su canto;
Y al mirar sobre el tiempo remecido
Redentor de tu gloria, mi himno santo,
Á mi ferviente súplica propicia
Perdonara la historia tu injusticia.

No sé por qué, de mi existencia dueño,
Si velo, siempre asaltas mi memoria;

Si duermo, siempre con tu imagen sueño;
Si pienso, siempre afligeme la historia
De esos tus ambiciosos, cuyo empeño
Es devorarte sin honor, sin gloria,
Gusanos de un cadáver, que se gozan,
Aunque mueran después, mientras destrozan.

CUADRO TERCERO

EL TRAIDOR

¡Y tú, mi Popayán! ¡noble y valiente
Madre del patriotismo acrisolado!
Ni de tus hijos la virtud ardiente
Bastó á dorar tu tétrico pasado;
Y triste es ver tu lúgubre presente,
Triste es ver tu futuro revelado;
Que para ti ¡oh Patria! todo es triste,
¡Lo que serás, lo que eres, lo que fuiste!

Fué un tiempo en qué, la invicta frente [orlada
De bélico laurel, tu dura mano
Arrojó el guante, apercibió la espada,
Árbitro y fiel del mundo Colombiano;
Y joven, pero sabia, respetada,
Desde el valiente y último Araucano,
Hasta el Muisca, tuvieron su fortuna
Pendiente de los mimbres de tu cuna.

De desgracias sin término en la escuela
Aprendiste lealtad, y tus legiones
Contra Pizarro enviaste. Núñez Vela
Halló con tus gallardos campeones
Si no triunfo, honra y muerte. Centinela
Tú fuiste del imperio y sus blasones;
Y en la abyección universal, tú sola
Quedaste libre, honrada y española.

Pero nada ganaste; pues se extiende
De tu valor indómito la fama;
Luego en un pecho vengativo enciende
La soberbia ambición su ardiente llama,
Y la importancia altísima comprende
De la ciudad que invicta se proclama,
Álvaro, de Pizarro compañero,
En valor su rival, mejor guerrero.

Y aquel varón, con voluntad de hierro,
De Carvajal las máximas pesando,
Se viene á madurar en el destierro
Su plan de imperio, su ambición de mando :
Activo, emprendedor, desde su encierro
Forma de amigos poderoso bando;
Los arma, los instruye, los prepara,
Y señor de estos reinos se declara.

Ya por cien veces alumbrado había
El sol tus campos, Popayán, floridos,
Y á cada vuelta con que trajo el día,
Halló á tus hijos mustios, abatidos :
De la discordia el frémito se oía
Entre lágrimas tristes, y alaridos,

Que á cada nueva hora se aumentaba
El poder que don Álvaro usurpaba;

Don Álvaro de Huelva, belicoso
Hijo de España, y su enemigo crudo;
Don Álvaro, rebelde y orgulloso
Nieto de Oyón el comunero rudo;
Don Álvaro, enemigo del reposo,
En cuyo pecho empedernido, mudo,
Arde perenne de ambición la tea,
Y en la sangre y la muerte se recrea.

Su amor la guerra; el pabellón del cielo
Su mejor techo; el césped esmaltado
Su lujoso sillón; su lecho el suelo,
Y su festín el campo ensangrentado :
Su deleite las armas, el desvelo,
El peligro afanoso y angustiado :
Ávida sed de imperio y de renombre :
Su mundo él, y su juguete el hombre.

Es su estatura la de trunco roble
Que, entre altos olmos, sobre su ancho asiento,
Burla robusto, silencioso, inmoble,
Del huracán el ímpetu violento :
Boca de león, y la imponente y noble
Voz del rey de las selvas en su acento :
De águila el ojo, la actitud serena;
Híspida barba, y recia la melena.

Piedad abriga el pecho adamantino
Cuando yace á sus plantas la fortuna :

Ira sólo, si el rigido destino
En su carrera obstáculos aduna,
De la ambición, cerrándole el camino :
Al ruido del cañón rodó su cuna,
De la muerte entre bárbaros despojos
Abrió á la luz los infantiles ojos.

Y no reprime su ánimo guerrero
Santo temor de Dios : nació cristiano;
Luego cayó del Turco prisionero,
Y acompañó en su rito al Mahometano;
Tornó después á España aventurero,
Y dió al desprecio el culto del pagano.
Es tráfico su fe : la conveniencia
Arregla su conducta y su conciencia.

Aunque albergaba la virtud su pecho,
Se apoderó el rencor de su alma fuerte :
Fué su dios la Venganza, y su derecho.
Cual fuente impura, que veneno vierte
De limpio arroyo en el fecundo lecho
Y trueca así la vida por la muerte,
El genio para César le destina,
El delito le torna en Catilina.

Sólo una alta virtud su seno abriga
Inextinguible, como el puro fuego
Que conservaba la Vestal amiga;
Y arde su llama en plácido sosiego,
Sin que del mundo injusto la enemiga,
Ni el furor de ambición violento y ciego,

Su luz apaguen. Á sus padres ama
Aun más que trono, y vida, y dicha, y fama;

Pero no se hallará la complaciente
Caricia, la sumisa reverencia
En el inculto ser : su afecto ardiente
Se parece á la rábida vehemencia
Con que la tigre por su prole siente.
Sus pasiones con ímpetu y violencia
Brotan, como las ondas que desata
En hirviente tropel la catarata.

Rebelde, y de rebeldes hijo y nieto,
Su casa es de rebeldes madriguera :
Que siempre la ambición hirvió en secreto
En esa raza noble y altanera;
Y jamás á la ley tuvo respeto,
Que es, según él, la autoridad quimera,
Lantejuela de teatro, cuyo precio
Ignora el débil y deslumbra al necio.

Hijo del infortunio; de la suerte
Amo, no siervo, su postiza calma
No perturba el peligro, ni la muerte
Cierta pudiera estremecer su alma.
Tal es el hombre, denodado, fuerte,
Que corre en pos de inmarcesible palma,
Que entre el trono y la muerte no halla nada
Digno de su valor y de su espada.

Y cerca está de la ciudad doliente
Por sus huestes feroces escoltado.

De sus hechos la fama sorprendente,
El terror que sus armas han sembrado
En su marcha triunfal de gente en gente,
Y el haber á Pizarro aconsejado,
Le hacen temer más que una peste, y gime
El vasto imperio, que su nombre oprime.

La Plata por asalto sometida,
Y la provincia de dorada arena,
Do entre fértiles ribas contenida
Rueda su linfa el manso Magdalena;
La nación de Huanacas sustraída
Á la pesada Ibérica cadena;
Delgado y sus legiones debelados,
Villas, fuertes y campos arrasados;

Esos son sus blasones. La victoria
Obedece á don Álvaro : la muerte
Acompaña á don Álvaro : la gloria
Don Álvaro desprecia : de la suerte
Don Álvaro se burla. Ésta es su historia.
Lleno de audacia, en alïanzas fuerte,
Persigue con esfuerzo y esperanza
Un objeto tan sólo — la venganza.

Álzate, ¡Popayán! ¡valor! ¡alerta!
¡Conjura la vergüenza y la rüina!
La venganza te asecha : está á tu puerta,
Y el oprobio en herencia te destina.
¡Apercibe la espada descubierta!
¡Yergue la sien, que la desgracia inclina!

¡Lidia! no por la vida ó la victoria;
Mas ¡lidia por tu honor, salva tu gloria!

¡Perece! ¡pero deja una honda llaga
Que recuerde tu fin, y marque el seno
Del opresor injusto que te amaga!
Perece como el rayo, cuyo trueno
Anuncia al mundo que su luz se apaga,
Y consagre la gloria tu terreno
Dejando, de su templo en los umbrales,
¡Tu nombre entre los nombres inmortales!

CUADRO CUARTO

EL PIRATA

Entre las rocas del helado Huila,
Como el aura carnívora en su breña,
Una tribu antropófaga se asila.
Esa tribu misántropa desdeña
Las artes gratas de la paz tranquila,
Y á sus duros mancebos sólo enseña
Feroz desprecio de las propias penas,
Y salvaje deleite en las ajenas.

De sus chozas escuálidas en torno,
Guardan aquellos bárbaros crüeles,

Al cañizo prendidas, como adorno,
De sangrientos cadáveres las pieles.
Y suelen los ancianos, en contorno
Reunidos, ver lidiar á sus donceles,
Y con la sangre que la riña brota
Paladear los hacen gota á gota.

Es fama que el pacífico monarca,
Pubén el sabio, desde tiempo antigo
Purgó de aquellos monstruos su comarca,
Y arrojólos al Huila por castigo,
Señalando en su límite una marca
Á su eterno furor. Allí al abrigo
De sus rocas lidiando entre ellos mismos,
Atronaban rugiendo los abismos.

Más de una vez el bárbaro inhumano
Quiso volver al valle de las flores,
Y trocar el desierto comarcano
Por el grato jardín de sus mayores;
Y venciéronle el indio y el cristiano
De la región feliz habitadores;
Mas Álvaro la alianza solicita
De esa tribu sacrílega y maldita.

Rila, cacique impávido y esbelto,
De enorme talla y fuerza gigantea,
De torva faz y corazón resuelto,
Á quien la destrucción goza y recrea,
Manda á los Huilas; y á la guerra vuelto
El ánimo feroz, sangre desea;

Y á dejar se resuelve sus abrojos
Por recoger del reino los despojos.

Y cuando hubo los términos reglado
Del pacto, y sus inicuas condiciones
Con el nuncio por Álvaro mandado,
Convoca sus sacrílegas legiones :
Claman éstas rompiendo el dique helado,
Abandonan sus lóbregas prisiones
Y se despeñan como lurte horrendo,
De disonantes trompas al estruendo.

Luego, con paso cauto, misterioso,
Llega de noche al campo fratricida,
Y entre las quiebras del terreno undoso
Queda la hueste bárbara escondida :
Después se acerca al bosque silencioso
Que circuye á Belén, y protegida
De la alta selva por la sombra fosca,
Con sospechosa precaución se embosca.

Tal de hienas la tropa carnicera,
Al sentir del combate el son distinto
Entre fuerte león y ágil pantera,
Deja el cubil llevada del instinto,
Y en la ceja del monte oculta espera
Lamer el prado en roja sangre tinto;
Y al verla, sus pupilas se iluminan,
Y siniestros relámpagos fulminan.

Como aletea el buitre, en lenta espira,
Por encima del león agonizante,

Así, sobre los cerros, cauta, gira
La turba de antropófagos errante;
Y su ojo hambriento, Popayán, te mira,
Y aguarda, acecha, el decisivo instante
De acometer con Álvaro la empresa,
Y saborearse en la vencida presa.

Quién fué el ministro vil de mal tamaño,
Quién apeló del bárbaro sañudo,
Al degradante auxilio; quién el daño
Aconsejar y el sacrilegio pudo;
Quién se atrevió á llamar al pueblo extraño
Á ser de tantos crímenes escudo,
Refiere, y sus delitos cuenta, historia,
Para que el mundo execre su memoria.

Bajo pretexto vario y embustero
La tierra de Colón reconocía
Un hombre, en apariencia misionero,
Súbdito de la inglesa monarquía,
Que en fuerza de larguezas y dinero
Al rebelde don Álvaro servía :
Wálter se llama el raro peregrino :
Anarquizar el mundo es su destino.

Monarca audaz de una velera nave,
Por el bramante mar paseó su saña;
Y más de un pueblo le conoce, y sabe
Cómo ofende su brazo y cómo daña.
Fingiendo ahora ministerio grave,
Á los rebeldes sirve en odio á España,

Cuyo poder y espléndidos destinos
Dan el cetro del mundo á los latinos.

En la vida marina embebecido
Hizo su patria el mar, su dios del viento :
Ve, de febril deleite estremecido,
La lid á muerte, el huracán violento :
Diestro en el mal, y para el mal nacido,
Imita el traje ajeno y el acento,
Y, camaleón social, la forma toma
Del indio en Indias, del romano en Roma.

Cuando la noche al orbe cobijaba,
Busca al rebelde, Wálter disfrazado :
Colgada al hombro la provista aljaba,
Y de bija fantástica pintado,
Trae en la diestra la nudosa clava,
Tinto en negro el cabello desgreñado,
Y el ojo azul, indómito y despierto
Entre pendientes pámpanos cubierto.

Era triste la noche : no se oía
Más señal de existencia, más sonido,
Que el silbido fugaz que respondía
Á otro fugaz monótono silbido;
Y de la turba vil, que obedecía
Lejos, y en sitio oscuro y escondido,
Á un corpulento roble se reclinan
Los dos, y así conversan y maquinan :

WÁLTER.

¡Salud, Alvar!

ÁLVARO.

¡Wálter, salud! ¿Qué has hecho?
Esta mañana cuando vi al espía
Respiré al fin. Perdido te creía.

WÁLTER.

Pero espero dejarte satisfecho.

ÁLVARO.

¡Habla! ¡habla, que te escucho!

WÁLTER.

Da un momento:
Deja que me repose y cobre aliento...

Este sitio apartado y solitario,
La noche tenebrosa, hasta la rama
Cuya lúgubre sombra se derrama
Sobre mí como manto funerario,
Y la prisa, y los riesgos que he vencido,
Á mi pesar me tienen sorprendido.

La hora, el asunto, tu actitud, mi traje,
Dan á este encuentro un aire misterioso,
Que unido al melancólico reposo
De la escena tristísima y salvaje,
Me estremecen... Parece que hasta el viento
Calla, como rondando nuestro acento...

¿Sólo estás?

ÁLVARO.

Como Adán, antes que fuera
La mujer. ¡Ay del hombre que atrevido
Prestara á nuestra plática el oído!
Quedara muerto aquí.

WÁLTER.

Lo mereciera.
Dejar en estos casos un testigo
Equivale á dejar un enemigo...

Todo para servirte lo he arrostrado.
Ya están aquí los bárbaros; y Rila
En posesión pacífica y tranquila
De la selva vecina, preparado
Para invadir á Popayán, espera
Tan sólo que don Álvaro lo quiera.

ÁLVARO.

¡Hola! ¡has hecho un milagro! la alta empresa
Gracias á tu valor, gana y mejora.
Ya es tiempo. Preparémonos ahora
Para ocupar la plaza por sorpresa.
Grande es la acción, y su éxito fecundo
En dicha ó en desgracia para el mundo.

WÁLTER.

Si Pizarro, cual tú, pensado hubiera
Cuando el solio del Inca pretendía,

Lo que, en la guerra, Popayán valía,
¡Cuán diferente nuestra suerte fuera!
Venguémonos en ella : que sucumba
Y halle en su ruina España infamia y tumba.

ÁLVARO.

La causa de Pizarro, el gran soldado,
No está perdida : aun guarda la semilla
De su ambición la raza de Castilla;
Y yo sé, por su ejemplo adoctrinado,
Que quien dar puede un mundo al Rey Ibero,
Para privarle de él tiene su acero.

Prontos están á desnudar la espada
Todos esos valientes, que sirvieron
La causa de Pizarro, y padecieron
La crüeldad de Gasca inveterada :
Sí, todos me han escrito : el continente
Quieren nuestro, feliz, independiente.

WÁLTER.

Mas no te ayudarán, harto lo temo,
Si esa altiva ciudad no conquistamos,
Y es necesario que un esfuerzo hagamos,
Para ocuparla, espléndido y supremo.
No repares en medios, y te juro
Que será el triunfo rápido y seguro.

ÁLVARO.

Wálter, nada me arredra. En el sendero
Por donde marcho, sólo la victoria
Me hará admirar : sin ella, en mí la historia
Verá, en lugar de un héroe, un bandolero.
Yo soy rebelde ; en nada espero, en nada,
Sino en el filo agudo de mi espada.

¿Qué hizo Pizarro? Sordo á los clamores
De Carvajal, que le empujaba al trono,
De la súplica vil tomando el tono,
Á sus amigos convirtió en traidores,
Que al jefe vacilante abandonaron
Y en los brazos de Gasca se arrojaron.

Yo soy rebelde : no pretendo necio
Un perdón imperial, ni me conviene;
Un rebelde humillado sólo tiene
Que esperar de los reyes el desprecio.
No busco más que la victoria : el modo
Me importa poco : la victoria es todo.

¿Cuento con tu valor?...

WÁLTER.

Cuando exigiste
De mí que me pusiera á tu servicio,
Al imponerme el duro sacrificio,
Explicar tus proyectos me ofreciste :

Ya es tiempo de que cumplas tu promesa
Y sepa yo mi parte en la alta empresa.

Oro no quiero : yo no he sido en vano
De esta tierra opulenta el peregrino :
Sabes que soy el único marino
Que habita el vasto imperio colombiano,
Y mi sangre es caudal de que dispone
El que mejores términos propone.

ÁLVARO.

¡Ven! los sabrás. Discipulo de hombres
Que el mundo con sus hechos ensancharon,
Mezquino no he de ser : no me legaron
Su ejemplo en vano, y sus excelsos nombres.
¡Ven! y escúchame, pues, para que veas
Que han crecido también nuestras ideas.

CUADRO QUINTO

EL MAPA

Callan los dos. Acércanse á una hoguera
Que brilla sola en la campiña oscura;
En ráfagas la llama reverbera
De Oyón sobre la atlética figura :

Extendido en la húmeda pradera,
Sobre la izquierda sostener procura,
La sien, mientras recorre con la diestra
Un mapa enorme que al pirata muestra.

El bretón sobre el pecho reclinado,
Fijos los codos trémulos en tierra,
Descansa el rostro enorme y atezado
Sobre ambas manos, cuyos dedos cierra;
Con su cabello suelto y desgreñado
Juguetean las brisas de la sierra;
Mientras sus miembros, por el frío heridos,
Tiritan, levemente estremecidos.

Oyón dice :
Aquí Arauco : aquende linda
Con la última región del hemisferio,
El Perú y luego Quito. ¡Vasto imperio
Que hombres, tesoros y poder nos brinda!
Toda esta tierra pertenece á España,
Y toda el mar Pacífico la baña.

¡Mira! éste es el San Juan, que va torciendo
Su noble lecho hasta quedar enfrente
Del rico Atrato, cuya igual corriente
La comarca de Antioquia va barriendo,
Y cada cual de un mar las ondas bebe,
Y sus aguas separa un istmo breve.

Ya de Colón el genio sin segundo,
De una idea profética inspirado,
Y de su audacia y su saber llevado,

Buscó un estrecho para unir el mundo,
Que paso entre los trópicos le diera
Y en uno los dos mares confundiera.

No existe, no; pero en la tierra adentro,
No lejos del escudo de Veragua,
Manso se extiende el lago Nicaragua
Del istmo estrecho carcomiendo el centro,
Y arroja un río sobre el mar de Oriente,
Y enlázase al Managua hacia el Poniente.

Que nos sirva el Atrato, ó ese lago,
Si al fin nuestro dominio establecemos,
Justo será que el sueño realicemos
De tanta dicha y de poder presago,
Y que de Asia y de Europa el rico fruto
Pase, y pague al pasar, pingüe tributo.

Vencido aquel obstáculo liviano,
Desde el país do Cartagena eleva,
Flotando sobre el mar, su forma nueva,
Hasta el campo del último Araucano,
Dando las alas húmedas al viento,
Las ondas surcarán naves sin cuento,

Roto en el istmo el vínculo que liga
Los dos grandes Gemelos con su lazo.
Puesto entre ellos del mar el hondo brazo,
Que cada cual su pensamiento siga,
Y el uno al otro, por su bien, aliado,
Tenga gobierno propio y separado...

Ve esta rada pacífica y segura
Donde aportando el español devoto,
Dejó el bajel desmantelado y roto
Y llamóla, al saltar, Buena-Ventura :
Cerca está del San Juan; y aquella rada
Nos da al Cauca requísimo la entrada.

Es la costa prolífica vecina
Criadero de aromáticas maderas,
Fuertes, flexibles, leves, duraderas,
Que la broma voraz jamás arruina :
Allí tener un fuerte, un astillero,
Para ofender y defenderme espero :

Allí de Orquijo y Villagrau, lo sabes,
Barroso y Castro con su gente armada,
Tendrán mi flota en breve preparada,
Pues sólo esperan del Perú las naves,
Cuyo envío Fernández me ha ofrecido,
Que es varón de cumplir lo prometido.

Ya lista allí mi armada, por la vía
Que transita el activo mercadante,
Bajará al mar mi ejército triunfante,
Y hará la costa independiente y *mía*;
Mía, porque mi flota irá ligera,
De puerto en puerto, izando mi bandera.

Cuando mis quillas sobre el mar extiendan,
Cual blancos cisnes, sus flotantes galas,
Abriendo al viento bienhechor las alas;

Cuando de Arauco á Nicaragua asciendan,
¿Quién de España vendrá que no sucumba
Y halle en el mar, que esclavicé, su tumba?...

¡El mar! ¡el mar!... si hubiera asegurado
Mejor Pizarro sus veleras proras;
Si criaturas imbéciles, traidoras
No le hubiesen por Gasca abandonado,
Del Istmo hubiera vuelto el mercenario
Á atormentar á Dios con su rosario.

Tenga yo naves, y disponga á miles
El Rey de armas, tesoros y guerreros.
Amellará la brisa los aceros
De sus esclavos pérfidos y viles.
Nos separa un abismo : el mar le inunda,
Y protege mi imperio y le circunda.

Si pretenden osados el estrecho
Franquear de los hórridos volcanes,
Que honró con su alto nombre Magallanes,
Quedará en breve su poder deshecho.
Si al Atlántico escapan, los espera
De este lado mi escuadra toda entera.

Ya posesor de todo el Occidente,
De la costa marina hasta la Sierra
Abriré rutas anchas por la tierra,
Y uniré el corazón del continente
Con el ancho Oceano : ése el camino
Que llevará mi imperio á su destino.

Obra es ésta más útil y hacedera
Que aquella vía nivelada y grande,
Con que hizo el Inca faldear el Ande,
Monumento de gloria duradera,
Que partiendo del Cuzco, llega á Quito
Sobre basalto y sólido granito.

Dueño del mar, de aquella ruta vasta,
Que al impulso recórrese del viento,
Deberé mi poder al movimiento.
Un puñado de fieles : eso basta;
Ese puñado, con honor, do quiera
Tremolará, triunfando, mi bandera.

Brazos me sobrarán. Ya con decoro
Al italiano, al portugués invito,
Y la nativa emulación excito
Con regia pompa, y con honores y oro,
Que así la ciencia me enviará su tropa,
Que los reyes desprecian en Europa.

Nos guarda allá el Atlántico sonoro
Los altos Andes luego hacia el Oriente,
Muros que el cielo tocan con su frente
Y arrulla la tormenta en ronco coro;
Besa acá y guarda el suelo Colombiano
El inmenso Pacífico Oceano...

Mira esta curva costa Granadina,
Do innumerables puertos dan abrigo
Seguro y eficaz, al barco amigo;

Y donde, superiores á la encina,
Árboles gigantescos, seculares,
Nos brindan el dominio de los mares.

Maracaibo está aquí : su lago claro
Tras del puerto magnífico se extiende,
Do la natura por la noche enciende
Relampagueante, misterioso faro,
Y al timonel, que el mar apesadumbra,
El rumbo enseña y su carrera alumbra...

Acá como una sierpe enorme gira,
De verdes selvas entre extensas zonas,
Manso, tranquilo y hondo el Amazonas :
De su masa espantado se retira
Atlante, y lejos va á ocultar la frente
Huyendo del poder de su corriente;

Y el Casiquiare, en gigantesca vuelta,
Del Orinoco al Marañón entrando,
Tres colosales ríos enlazando,
Deja la fértil y espaciosa delta
En que el cedro aromático se inclina
Sobre la onda tersa y cristalina.

Aquí, en Granada, el hábito guerrero,
Aquí la planta atlética, enseñada
Á correr, por la selva enmarañada,
Tras de ágil pardo ó tápiro ligero :
Aquí el pecho esforzado, la pujanza
Que al oso vence y á la cierva alcanza;

De aquí parten los ríos principales
Que yendo á Oriente la ancha tierra lavan,
Cuyos lechos se acercan y se traban
En hondos y benéficos canales,
Que serán, en los tiempos venideros,
De poder los fecundos semilleros...

¡Repara! Aunque la América recuesta
Sus sierras y sus montes al ocaso,
Y sus ríos mayores buscan paso
Al mar, que brama en la ribera opuesta,
Ésta es la sola tierra conocida
Que al uno y otro mar les dé salida.

Busca el Poniente de Izcuandé la ría,
Y riegan del Pacífico las playas
San Juan, Micay, el caudaloso Guayas.
Cajambre, Saija, Anchicayá, Patía,
Y otros ríos tan nobles como grandes,
Que todos se desprenden de los Andes;

Y del flanco oriental la cordillera
El Cauca brota, el Meta, el Casanare,
Y el Yúpura y el Zulia y el Guaviare,
Que corren á la atlántica ribera...
¡Oh! ¡parece que el Ande me adivina
Y ante mi voluntad el lomo inclina!

Si ante el Inca infeliz la cordillera
Someter pudo la empinada espalda,
Ante el Genio Español la dura falda

También someterá, cuando se quiera
Unir con anchas vías militares
Las corrientes que van á opuestos mares.

Y cuando llegue el día señalado
De hacer una nación del continente,
Poderoso auxiliar en su corriente
Tendrán el estadista y el soldado;
Porque este mundo, Wálter, le domina
El primero que tenga una marina.

Probara acaso estéril nuestro empeño
De crear y guardar fuerzas navales,
Si al Perú y á sus yermos arenales
Pidiéramos el cáñamo y el leño :
Es de puertos escasa, es imperfecta
La costa al Sur, desabrigada y recta.

El mismo mar, cuyo cristal süave
Terso de nuestra playa se desliza,
Como avanza hacia el Sur sus ondas riza,
Va hasta en los puertos á asaltar la nave
Y hierve hinchado, horrísono, iracundo,
Al tocar con los términos del mundo.

Todo es propicio aquí : las ensenadas,
Las islas protectoras y bahías,
Los esteros innúmeros, las rías,
Brindan seguro asilo á las armadas,
Que esperan de las selvas su sustento,
Y su fácil y rápido incremento.

Sureste el Paraná la tierra baña,
Y á la verde campiña da la vida,
Do el avestruz indígena se anida,
Y el hijo del corcel de nuestra España,
En torno unido á la yeguada inmensa,
Burla del tigre la sagaz ofensa.

En aquel vasto llano trasandino
Ya hay florecientes pueblos, ricas gentes,
Pidiendo á sus pacíficas corrientes
Para sus frutos tráfico y camino;
Pero entre tanto que en el Norte brego,
Perturbar no pretendo su sosiego.

La noticia de triunfos oportuna,
Esparcida con tino por el llano,
El dominio eficaz del Oceano
Mucho harán : dejo el resto á la Fortuna.
La opuesta costa toda subyugada
Será por mí, y el reino de Granada.

En el mar que otros temen, mar potente,
Que abarca el orbe con abrazo estrecho,
Tendiendo el hondo y ondulante lecho
De Norte á Sur y de Poniente á Oriente;
En ese mar, ¡oh Wálter! y en su giro
La cadena de unión del mundo miro.

El que domine el piélago profundo,
Y en su furor se extasíe y se divierta;
El que poblando su extensión desertia,

Se adueñe de ese vínculo del mundo,
Ése, por las tormentas arrullado,
Tendrá en su diestra el orbe encadenado.

Y no será europeo, que sus reyes
Son muchos, fuertes son sus disensiones;
Se espían, se aborrecen las naciones;
Tienen distintos usos, varias leyes,
Y la unidad de acción y pensamiento
Es basa del poder y su elemento.

Si la parte mejor del continente
Logramos ocupar, no temeremos
Enemigo ninguno : no tendremos
Credo, ni ley, ni lengua diferente,
Y fuertes en la unión, del mundo aislados,
Tendrán paz y poder nuestros Estados...

¡Alega el Rey de España sus derechos
Á este nuevo y magnífico hemisferio!
¿Qué derecho tiene él sobre un imperio
Que han conquistado nuestros altos hechos?
Colón le halló, y á su hijo el grande hombre
Sólo legó sus grillos y su nombre.

Cual pordiosero vil, Colón pedía,
Arrastrando su genio al pie del trono,
De los monarcas, con humilde tono,
Que aceptasen un mundo que tenía;
Pero ellos, con desprecio soberano,
Decían á Colón : *¡Perdona, hermano!*

Al fin aquel intrépido marino,
Pesar sintiendo en su cerebro el mundo,
Se abrió por entre el piélago profundo
Á su creación fantástica el camino;
La halló; y mi padre, de Colón amigo,
¡Le vió morir la muerte del mendigo!

Sin embargo, mi padre generoso
Volvió á verter su sangre en esta tierra :
Por el Rey, para el Rey hizo la guerra :
Sacrificó familia, hogar, reposo,
Todo para ser muerto oscuramente,
¡Ay! y dejar la infamia en nuestra frente.

Sus canas, sus servicios, no pudieron
Redimir el honor del buen anciano.
¡Asi nos paga el Español tirano!
Ese fué el premio que las leyes dieron :
Grillos para Colón, para mi padre
Infamia, y orfandad para mi madre...

¡Ah! ¡mas la mancha que dejó en mi frente
De un déspota cobarde el anatema,
La cubriré con la imperial diadema,
Y nadie la verá, si alguien la siente!...
¡Padre! ¡tengo tu espada! ¡Tu apellido
Será y tu honor, con sangre redimido!

Si; ¡yo te vengaré!.. ¡Wálter! espero
Que tú, cual siempre, inteligente, astuto
Cojas también de mi victoria el fruto,

Prestándome tus luces y tu acero.
Ayúdame á vencer, y el mar profundo
Te tendrá por señor... de árbitro el mundo.

CUADRO SEXTO

EL JURAMENTO

WÁLTER.

Te felicito, Alvar : has sido franco;
Y no te pese, que la artera maña
No puede alucinarme, ni me engaña.
Al decir la verdad, diste en el blanco;
Y pues la has dicho sin disfraz y entera,
Mi respuesta tembién será sincera.

¿ Qué somos ?—¡ Dos bandidos—no te asombres !
Llevamos nuestros rótulos escritos
Sobre la frente : infames y proscritos,
El Pirata, *el Traidor*, son nuestros nombres.
Mas de la empresa el éxito sublime
Borrar puede el baldón que nos oprime.

Yo, que á la humanidad juré la guerra;
Yo, del mundo en justicia aborrecido;
Yo, que ando disfrazado, perseguido,

Peregrino y errante por la tierra,
Yo contemplo con júbilo la puerta
Por tu ambición á mi ambición abierta.

Ofrecerte morir vano sería :
Bien sabes tú que mi existencia amarga
Es una grave, insoportable carga,
Que al infierno con dote ofreceria :
Juégola con desdén, ora en las olas,
Ora contra las armas españolas.

Esos que entre oro y púrpura se mecen;
Esos cuyo instrumento infame he sido,
Esos reyes, Alvar, que yo he servido,
Y no saben cumplir ni lo que ofrecen;
Esos que me buscaron por discreto,
Matándome, mataran su secreto.

Yo desconfío de ellos. Por el mundo
Vago, cual ave que extraviada y sola
No ve otra cosa que la hirviente ola
De un mar sin horizontes é iracundo...
Así estoy... ¡Ah! ¡mi situación me espanta!
¡Huye entera la tierra de mi planta!

Soy tuyo, Alvar; ¡soy tuyo! y á tu lado,
Lejos de toda inspiración perversa,
De tu fortuna, próspera ó adversa,
Me convierto en partícipe y aliado.
Oro tengo, y nobleza... compraría;
Quiero gloria, poder y nombradía;

Quiero que una mujer á quien adoro,
De mi desgracia heroica compañera,
Sea de mis hazañas la heredera,
Y que, de hijos y nietos el tesoro,
En sucesión perpetua, mi alto nombre,
Á los pueblos conmueva y los asombre.

De todo soy capaz : sé tú primero,
Que nadie sino yo será segundo.
¡Yo en el mar, tú en la tierra! Verá el mundo
Si puedo ser tu digno compañero.
Arregla tú la tierra, que yo solo
Me basto para el mar de polo á polo.

Hora mándame, Alvar: ordéname algo
Extraordinario, y peligroso, y grande :
Quiero que un imposible se me mande
Para que tú conozcas lo que valgo,
Y sepas que no hay riesgo, empresa ó lance,
Que á detener mi atrevimiento alcance.

ÁLVARO.

Voy á explicarte...

WÁLTER.

Explicación no cabe
Del superior al inferior : disuena
Esa frase en tu labio : impera, ordena :
Tu situación, mi situación es grave;
Y que uno mande la victoria espera,
Que el resto calle, y obedezca, y muera.

ÁLVARO.

Con esa decisión y esa doctrina
Por pocos y valientes profesada,
Cediera el universo ante mi espada
Y ante su irresistible disciplina.
Te reconozco, heroico compañero,
Segundo en mando y en virtud primero.

Te voy á complacer; mas parte ahora,
De misionero el venerable traje...
Cambia por aquel hábito salvaje...
¡Oye! mañana, al despuntar la aurora
Debo tenerte preso, encadenado,
Y á suplicio infamante condenado.

La turba imbécil rogará entre tanto
Por ti, inocente, mártir, prisionero;
Y luego penetrando al campo ibero
Con el prestigio y el poder de santo,
Víctima amada, tenderás el lazo;
Guerrero fuerte, vencerá tu brazo.

Confiada á tu lealtad mi estratagema,
Prepárate á vencer, Wálter; y sabe
Que del humano corazón la llave
Es de oro; y que yo tengo por sistema
Comprar ó destruír á mi enemigo.
Así, ó deja de obrar, ú obra conmigo.

Pero el oro no basta : que el acero
La confusión, el fuego, la sorpresa

De un ataque imprevisto en esta empresa
Me den un triunfo inevitable, quiero.
¿Tendrás valor?

WÁLTER.

Le tengo, castellano;
Venza ó perezca en el combate, gano.

ÁLVARO.

¿Puedo confiar en que el metal impuro
Corra, y de la traición riegue el veneno?

WÁLTER.

Lo juro.

ÁLVARO.

¿Incendiarás, si te lo ordeno,
El almacén de pólvora?

WÁLTER.

Lo juro.

ÁLVARO.

¿Harás que Rila se retire, y luego
Sorprenda, ataque, al divisar el fuego?

WÁLTER.

También lo juro, Alvar; y ante mi saña
Servida por mi brazo en ese dia,

Cederá la vil turba en su agonía,
Como cede la espiga á la guadaña
Del segador. Atiende mi promesa :
Te daré la ciudad vuelta pavesa.

Si no lo hiciere, Alvar, puedes buscarme
Do haya mayor estrago, muerto al lado
Del más valiente, y en su sangre ahogado.
Júrame tú que irás á rescatarme,
Y que del Cauca en la corriente pura
Me darás una digna sepultura.

Yo le tengo un horror supersticioso
Del polvo vil al ávido gusano.
Lego mi cuerpo al mar : que al Oceano
Le lleve aquel torrente poderoso;
Que las ondas, objeto de mi culto,
Mis átomos reciban en tumulto.

No exijo más; éste es mi testamento.
Quede á la muerte la elección del día,
Siempre que sea corta mi agonía.
¡Mi cuerpo! Alvar, ¿con tu palabra cuento?

ÁLVARO.

Tu cuerpo... ¡Qué! ¿de perecer se trata?

WÁLTER.

Eso no es contestar. Di ¿quién rescata

El cadáver de Walter, que á la muerte
Se va á precipitar, ó á la victoria,
Á quien infamia eterna ó alta gloria
Puede igualmente deparar la suerte?
Es posible morir; vencer espero:
Dí ¿mi cadáver salvarás si muero?

¿Sí ó no?

ÁLVARO.

¿Y qué importa, compañero mío,
Del barro vil la degradada escoria?

WALTER.

¡Álvaro! ¡escucha y calla! Hay una historia
Que revelara mi cadáver frío:
Una familia, un nombre que reclama
De mí, que salve, aun al morir, su fama.

Si triunfamos, mis hechos redentores
Digno me harán del ínclito apellido;
Mas ¡ay! si fuere por mi mal vencido,
Quiero dejar en paz á mis mayores,
Ya que el éxito sólo hace propicia
Eso que el hombre llama su justicia...

Hay en mi cuerpo sendas inscripciones,
Motes, armas... ¡juguetes de marino!
Que revelan mi nombre, mi destino,
Mis abuelos, mis padres, sus blasones;
Y á Satán doy el alma, pero al hombre
Ni confío mi cuerpo, ni mi nombre.

Si quieres de mi brazo estar seguro
Presta, Alvar, el solemne juramento.
Ó juras rescatarme, ó no consiento
En vencer ni en morir.

ÁLVARO.

Pues sí lo juro :
Por las cenizas de mi padre, ofrezco
Que rescato tu cuerpo, ó que perezco.

WÁLTER.

Todo está hecho.

ÁLVARO.

Al despuntar la aurora
Estarás preso; parte sin demora :
Urge el tiempo; mañana en la ribera
Del Cauca, vaga errante y conturbado,
Como quien busca titubeando un vado.

WÁLTER.

Hasta mañana al alba...

ÁLVARO.

¡Pero espera!
Lleva este anillo : ¡es prenda de respeto!

WÁLTER.

Mi solo talismán es el secreto.

¡Se fué! La guardia ronda, Álvaro vela;
Y apenas raya el esperado día,
Á vista del despierto centinela
Wálter por la ribera aparecía.
Detenido, á las súplicas apela;
Juzgado, es condenado como espía.
Así disfraza el déspota discreto
De mártir á su cómplice secreto.

Aquel tirano suspicaz y grave
Las duras artes del gobierno entiende;
Rebelde antiguo, demasiado sabe
Que del secreto su éxito depende.
Al vulgo sólo obedecer le cabe,
Y de su labio y de su ceño pende
La armada multitud, que su absoluta
Voluntad ni resiste, ni disputa.

Él solo el premio y el castigo ordena,
Junta, altera, disuelve las legiones;
Su voz urge á la turba, ó la refrena,
Excitando ó templando sus pasiones:
Su voz remacha ó rompe la cadena,
Y su voz abre ó cierra las prisiones:
Así, cuando don Álvaro lo quiere,
Fúgase el preso, el centinela muere.

La fama de que un pobre misionero
Está expuesto á la muerte y á la afrenta,
Cunde por la ciudad: el pueblo entero
De la noticia tiembla y se lamenta;

Y el prestigio del falso prisionero
Con romancescas fábulas aumenta
La víctima futura, que al santuario
Va á orar por el futuro victimario.

Tal es el mundo : nunca conocemos
Á quién hemos de odiar, ni á quién amamos;
En pos del mal sin término corremos,
Y necios ir detrás del bien pensamos;
Rogamos por el mártir que no vemos,
Y al amigo mejor sacrificamos;
Fïamos en la hipócrita apariencia,
Y sólo para errar tenemos ciencia.

CUADRO SÉPTIMO

EL ERMITAÑO

Entre la sombra solitaria y fría
De la apartada y secular montaña,
Sin más bienes que el cielo y su cabaña,
Vive un varón en honda soledad.
La férrea mano del dolor marchita
Los blancos lirios de su clara frente,
Mas su mirada reverbera, ardiente
Con el vigor de la primera edad...

Tal vez su vida el porvenir encierra;
Tal vez de Dios la previsión divina

Á cumplir sus decretos le destina,
Y tiene su arma y su instrumento en él.
¿Quién comprende al Señor? Él eslabona
Nuestras acciones; y su diestra lanza
Ya un esparto, ya un mundo, en la balanza
Del Universo, y equilibra el fiel.

Ora ante el cesto en que Moisés naufraga
Un leve junco sobre el Nilo tiende,
Y de ese junco el porvenir suspende
De la raza bendita de David:
Ora parece deteniendo el astro
Que dirige al ocaso su carrera,
Porque su luz derrame en la pradera,
Y el pueblo de Israel siga en la lid.

Dios, que esconde su origen, no en el tiempo,
Que el tiempo está por lindes circunscrito;
Dios, para quien lo eterno y lo infinito
Sólo atributos de su esencia son;
Dios, que esconde su fin, no en lo futuro,
Que lo futuro á ser para Él no alcanza;
Dios, en quien no hay memoria ni esperanza,
Porque sólo hay presente para Dios;

Sí; Dios se digna gobernar al hombre,
Porque todo lo abarca: Él es perfecto,
Y da leyes al sol como al insecto,
Y cuida al ángel y al gusano vil;
Todo lo crea, y lo gobierna todo:
Ya de mundos innúmeros tachona

El cielo, ya los reinos eslabona
Á la suerte de un hombre ó de un reptil.

Muerda á Colón un áspid, y el destino
Cambia del Universo : los millones
Que han venido á poblar nuestras regiones
No serian siquiera los que son.
Rómpase el débil cáñamo en que cuelga
La madre á Fulton en su pobre cuna,
Y la industria del mundo, y su fortuna,
Quedan, porque él no piensa, en la inacción.

Como al contacto eléctrico se cimbra
Una cadena de extensión inmensa,
Del genio al soplo se despierta, y piensa,
Y obra, y corre al poder la humanidad.
Para toda medita Galileo,
Y el ciego Homero para toda canta,
Y Saulo y Pedro, en su doctrina santa,
Enseñan para toda, la verdad.

Una es la humanidad. Ibero y chino
Y colombiano y tártaro remoto
Navegan juntos; mas del mar ignoto
Dios sólo el rumbo y los escollos ve;
Y porque Él solo es sabio, y Él conoce
Solo del puerto el último reparo,
Alza en la mar, por nuestro bien y amparo,
El faro inextinguible de su fe.

Entre tanto el filósofo presume
Que la dicha con números calcula,

Y en balanza sin fiel pesa y regula
Los átomos de bien y de salud.
¡Necio! sólo una regla hay para el hombre :
El crimen siempre á la desgracia induce,
Siempre á la dicha la virtud conduce,
Siempre la fe conduce á la virtud.

Con la fe vuela Codro al matadero
Á salvar á su pueblo del doriano;
Con la fe vence al persa el espartano,
Resiste á Roma el scita con la fe.
Sócrates, al sentir el zumo ingrato
Del veneno mortal helar sus venas,
Rie dejando á su querida Atenas,
Porque otra patria tras la tumba ve.

Ante los doce de Yatreb, que anuncian
De un Dios único y grande la doctrina,
La muchedumbre idólatra se inclina
Cual se inclina la espiga al huracán;
Y al brillo de sus corvas cimitarras,
Y pidiendo á la muerte el paraíso,
Entre Brahma y el Cristo, de improviso,
Le alzan su trono anchísimo al Corán...

¡Salve! ¡insigne virtud! Tú, que pudiste
Obrar tantos milagros de pagana,
¿Que no harás, si pacifica y cristiana
Iluminas al mundo con tu luz?
¡Tú, que al Dios bueno á conocer enseñas,
Tú, que pudor y caridad inspiras,

Tú, que arrancando al corazón sus iras,
Unes al Universo con la Cruz!

Sin ti se agita estacionario el chino
Entre mares de oprobio y de riqueza;
Sin ti levanta apenas la cabeza
El polígamo y laso musulmán;
Y los indos, en castas separados,
Desconociendo tu igualdad sublime
So el peso del bretón que los oprime,
Bárbaros son, y en la ignorancia están.

¡Oh! Si el pueblo de Cristo es solo grande;
Si para hacer viajar su pensamiento
Ha arrebatado el rayo al firmamento;
Si puede al mar y al huracán vencer;
Si el Universo entero se somete
Al vigor de su espíritu fecundo,
En tu doctrina santa ¡oh luz del mundo!
El secreto ha de estar de su poder.

¡Ven, por piedad! ¡No dejes de mi patria
El verde valle, la tendida loma;
Guárdale su pureza de paloma
Á la nación cristiana en que nací!
Guárdala, y en las ondas bienhechoras
De tu corriente pura y cristalina,
Purifica á la raza granadina,
Para que medre deleitada en ti.

¡Sí, ven! De Dios en el designio sabio
Nada hay desordenado ni violento :

El progreso del hombre es un portento
De tu tranquila y natural acción.
¡Ven! inspira á este mísero ermitaño,
Que su dolor y lágrimas oculta
En esta selva solitaria, inculta,
Para que salve al mundo de Colón.

¡Pobre eremita! La aflicción agobia
Su frente melancólica y sombría,
Y hasta su risa, cuando asoma, es fría
Como la luz de hoguera funeral;
Y vive como el águila, alcanzada
De flecha aguda, que orgullosa emprende
Su vuelo al monte, y solitaria tiende
Al punzante dolor su ala imperial.

Su mirar, ora vago, y ora fijo,
Y el amargo sarcasmo de sus labios,
Revelan su pesar por los agravios
Que de su hermano, el hombre, recibió;
Pero sólo es pesar: noble en su orgullo,
Huyó el placer de la venganza impía;
Y apartado del mundo, en su agonía,
Á Dios por solo protector buscó.

Odio no siente: el odio le atormenta;
Por placer ama, por virtud perdona;
Y hasta al amigo infiel que le abandona,
Recuerda compasivo en su desdén:
De la Natura admirador, en ella
Busca de su conducta el alto ejemplo,

Y es su inocente corazón un templo
Que el mal no mancha y que perfuma el bien.

Tienen á veces lágrimas sus ojos,
Y por su grave rostro buscan paso
Cuando, con el crepúsculo al ocaso,
Entona el toche su postrer canción :
Al pajarillo huérfano, al insecto
Protege y cuida su piadosa mano,
Y ataca al tigre de su fuerza ufano,
Y roba sus cachorros al león.

Hay en su albergue rústico y angosto,
Tallado en bronce, un santo crucifijo,
Á cuyos pies el solitario fijo
En ferviente oración postra la faz.
Sin obtener alivio, ó sin pedirle
Quizá con fe sincera y esperanza,
Dos sentimientos á hermanar no alcanza ;
Guerra consigo, y con el cielo paz.

Porque extraviado por la ciencia vana
Interrogó la misteriosa y muda
Verdad del Increado, y de la duda
Hundióse en el abismo aterrador.
Rota la fe, no hay vínculo bendito
Que á Dios nos una : sin piloto vamos,
Y del delito en los escollos damos,
Que oculta el mar funesto del error.

Penden á un tronco, de diversas ramas,
Quizá objetos de culto á su memoria,

Quizá recuerdos de pasada gloria,
El terso casco y el bruñido arnés :
El arcabuz y la templada espada,
Con solícito esmero aparejados
Están en cruz, á la pared colgados,
Bajo un negro y espléndido pavés.

Pace un potro robusto en la explanada
Frente á su choza, y sobre el tronco inmoble
La da su sombra protectora un roble,
Del huracán y el tiempo vencedor :
Y libros tiene, y el papel amigo
En que la hiel del ánima derrama,
Pensando acaso que á la eterna fama
Legará con su nombre su dolor.

Las aves libres, que del hombre evitan
El sanguinario destructor instinto,
De su choza al pacífico recinto
Suelen albergue y protección pedir;
Y el ermita acaricia deleitado
Aquellos seres, que en su torno vuelan,
Ó, en sus hombros sentados, no recelan
Que él los pretenda esclavizar ni herir.

Sin más consuelo, en soliloquio eterno
El solitario se habla y se responde;
Huye del mundo, y en la selva esconde
De la enemiga humanidad su hiel.
Y les habla á los árboles, y goza
En hacer que repliquen á su acento

Los ecos, que, en fantástico concento,
Cambian sus notas rústicas con él.

Á veces suele armarse, y cabalgando
El noble potro á su querer sumiso,
Por la selva se interna de improviso
Abandonando su mezquino hogar;
Y veredas incógnitas trillando,
Visita precipicios y torrentes,
Cuyos arroyos túrbidos é hirvientes
Se deleita en vencer y atravesar.

Alta es su frente, su ademán resuelto,
Ancha su espalda, leve su cintura;
Descúbrese en su elástica figura
La agilidad robusta del león;
Velan su rostro, en rizos de azabache,
La escasa barba y luenga cabellera;
Lanzan sus negros ojos la certera
Y atrevida mirada del halcón.

Hicieron ya las armas su embeleso;
Mas de su vida el misterioso hilo,
Por qué le niegue la ciudad asilo,
Nadie saber pretende ni inquirir.
Ser generoso, el bárbaro le admira
Y cuida con benévolo respeto,
Que de su vida el mísero secreto
No llegue el vencedor á traslucir.

¡Precaución vana! La hora se aproxima
De prueba para él : no hay paz ni calma

Cuando la espina del amor del alma
No abandona á su víctima jamás.
Él ha servido á su opresor, y al malo
Ningún favor ni beneficio liga :
Con más tesón que el mal, el bien castiga
La ingratitud, porque le pesa más.

CUADRO OCTAVO

LA CARTA

Era la tarde. Pálido teñía
La selva el sol con su postrera lumbre,
Y con sentida y blanda pesadumbre
Gorjeaba el ruiseñor su último adiós.
La leve brisa apenas susurraba;
Murmuraba tranquilo el arroyuelo;
Y el puro azul del infinito cielo
Presentaba un dosel digno de Dios.

Ya la tórtola amante y soñolienta
El postrimer arrullo despedía,
Y al arrullo, arrullando respondía
El compañero oyéndola quejar.
Cantó ya el toche el himno de la tarde;
Blanda bajó la mirla al grato nido;
Y despidióse el cóndor afligido
Del sol que se hunde en el lejano mar.

¡Escuchad! ¡Una planta misteriosa
Resuena de la selva en la espesura!
¿Quién huella osado la montaña oscura
Al despedirse el último arrebol?
Cuando, en el horizonte adormecido,
Luenga dibuja la expirante sombra,
Sobre la verde y esmaltada alfombra
Lánguido y tibio el desteñido sol.

¿Quién turba el melancólico reposo
De la desgracia? — De sorpresa herido,
Deja escapar un tétrico bufido
Sonoro y ronco el ágil alazán;
Luego, trotando en torno, las orejas
Perfila hacia adelante, y enarbola
Tendida en pluma la poblada cola
Al partir con atónito ademán.

Se inclina en tanto el solitario absorto
Á la lumbre del rayo vespertino,
Sobre un apolillado pergamino,
En el umbral de su mezquino hogar.
Vuelve al rumor insólito, ve un hombre
Y oye decir: — ¡Gonzalo!... te lo ruego,
¡Huye! — ¿Y porqué he de huir? — ¡Toma! Este
Te va el secreto horrible á revelar. [pliego

— ¡Paz! — replica el ermita; el pliego toma,
Y á la llama oscilante y mortecina
De solitaria lámpara, se inclina,
Ve el sello, y se estremece de terror.

¡Qué recuerdo fatal le sobrecoge!
¡Y cuántos ¡ay! se agolpan repentinos,
Vivos, abrasadores y continos,
Cual lavas de volcán abrasador!

Su mano tiembla. El hombre generoso
Que á buscar vino la infeliz morada,
En él fija la atónita mirada
Y parécele sueño lo que ve.
— ¿Es éste — exclama — es éste, por ventura,
Aquel Gonzalo de invencible lanza,
De nuestras armas lustre y esperanza
En los combates cuya gloria fué?

Mírame : soy el que salvaste en Pasto
Cuando por Rumipamba sus campeones,
Escoltados de innúmeras legiones,
Nos agobiaron en sangrienta lid.
Yo soy aquel Hernán, Hernán, tu amigo.
Yo sé, Gonzalo, tu infeliz historia,
Y tengo corazón, tengo memoria,
Y eso y la vida te lo debo á ti.

¿No te acuerdas de mí? ¿Di, ¿no recuerdas
Que solo al enemigo te lanzaste,
Y que mi cuerpo al bárbaro arrancaste,
Dándome á mí la vida, el triunfo al Rey?
¡Mírame aquí! Mi deuda pagar quiero,
Vengo á seguir ó á mejorar tu suerte.
Vida por vida doy, muerte por muerte :
Gratitud y venganza, ésta es mi ley. —

Sí — repone Gonzalo; — ya recuerdo
El día triste, la batalla fiera,
Pero el que cumple su deber, no espera
Ni se le debe gratitud. ¿Por qué?
Era yo el jefe y responsable solo:
Tú perdiste el caballo... ¡Oh! no te asombre
Que por primera vez sepa tu nombre,
Antes por él jamás te pregunté. —

— Pues soy Hernán: te debo la existencia.
Hora ¿puedes dudar que soy tu amigo?
¡Ea! ya me conoces. ¡Ven conmigo,
Voy á ser tu guardián y tu sostén.
Allá está tu opresor, acá tu hermano;
Ven al campo de Alvar!
— ¡Fuera delito!
— No lo es que busque el infeliz proscrito
Vida y venganza... ¡Ven!
— No puedo. — ¡Oh ven!

— ¡Hernán! ¡Hernán! ¡y juzgas por ventura
Que cuando es perseguida la inocencia,
La venganza, la infamia y la violencia,
Se pueden oponer á la opresión!
¡Soy español! Mi honor, mi Rey, mi Patria
Antes que todo. De escuchar me indigno
Tu idioma, Hernán. Á todo me resigno
Antes que descender á la traición.

¡Déjame! ¡Adiós! —
Hernán avergonzado
Deja la choza, y el ermita exclama:

— ¡Oh España! ¡España! ¿Dónde están tu fama,
Y de honor y lealtad tu gran caudal?
¿Dónde están, cuando un hijo de tu suelo
Osa invitarme al crimen, porque piensa
Que para mi venganza y mi defensa
Aun la traición es justa y natural? —

Y los ojos en lágrimas bañados
Puso en la carta, y trémulo la vía;
Pero el sello á romper no se atrevía,
Cual si á la realidad tuviese horror.
Rómpele al fin, y lee, y ardiendo en ira
Repítese cien veces la lectura,
Y apura ciento el cáliz de amargura,
Que es un placer jugar con el dolor.

Hay un lujo en sufrir: es grato hartarse
De la angustia que punza y atormenta,
Y á cada nueva faz que nos presenta
Meditar más para mejor sentir:
El corazón convulso, en su despecho,
Renovando sus penas se embelesa,
Como la tigre, que al soltar la presa,
Sólo la suelta por volverla á herir.

« Á GONZALO.

« ¡Huye!... Mi mano trémula, la pluma
No acierta á gobernar, y estremecida

Tiembla sobre el papel, cual ave herida
Bajo la flecha aguda que la abruma.
Nunca quise escribirte : hoy te escribiera
Si el universo entero se opusiera.

» ¡Figúrate cuál es mi pesadumbre!
Traidor una sentencia te proclama,
Traidor todo el ejército te llama;
Y antes que el sol el horizonte alumbre,
Al sepulcro que te abre tu enemigo
Bajará el nombre de traidor contigo.

» ¡Ay! Aquel bando infame y temerario
Hace saltar mi corazón de enojo,
Y al lado de la víctima me arrojo,
Sin pensar en quién es el victimario...
Y nada temo ya... de cualquier modo
¡Vive!... con esta voz lo digo todo.

» Mientras pensé que muerto te creía
Nuestro opresor cruel, yo respiraba
Y, sin amarte, á solas envidiaba
La montaña feliz que te escondía...
Ojalá desde entonce hubieras muerto,
Y hoy no te viera de baldón cubierto.

» No sé qué me sucede... Me parece
Esta carta un delito, aunque no quiero
Sino salvarte, y nada más espero...
Tal vez estaré loca. Se estremece
Todo mi cuerpo. Yo no sé qué siento.
Amor... no puede ser, pero es tormento.

» Tu existencia es el mar donde termina
De todos mis recuerdos la corriente :
Yo soy el triste sauce, tú la fuente
Que me refleja en su onda cristalina;
Y yo te busco como busca el cauce,
¡Ay! de su arroyo el solitario sauce.

» ¡Gonzalo! al contemplarte deshonrado
Yo me olvido de todo y de mí misma;
En ti me ser, á mi pesar, se abisma,
Y en tu desdicha inmensa concentrado,
Á ti solo te busca, sí, á ti solo :
Yo soy como el imán; tú eres mi polo.

» ¡Ah! quizá las mujeres españolas
Que el bautismo reciben en la cuna,
Tendrán más fortaleza y más fortuna;
Pero nosotras, bárbaras y solas,
Sin auxilio en la infancia, no logramos
Olvidar nunca al que una vez amamos.

» Te veo herido en sueños, y me inclino
Á restañar la sangre de mi dueño,
Y al compás de tu voz late en el sueño
En convulsión mi seno femenino,
Y me duermo por verte, sin pecado,
Porque dormida sueño en lo pasado.

» Salvador de mi Carlos, nunca olvido
Que arrancaste á mi hijo de la hoguera.
¿Qué fuera yo sin ti? ¿Dónde estuviera

Sin ti, su redentor, mi hijo querido?
¡Oh! ¿cómo ha de ser crimen escribirte,
Ni por el bien que hiciste bendecirte?

» Que me calumnie el mundo : no me importa.
Que dude tu opresor de mi inocencia :
Hay una voz secreta en mi conciencia
Que á agradecer y redimir me exhorta.
Un poder invisible en tu camino
Me arroja, y obedezco á mi destino.

» Antes me estremecía el pensamiento
De escribirte, Gonzalo; y hoy en suma
No tengo más consuelo que mi pluma;
Y aunque mil veces arrojarla intento,
Es imposible. Mi existencia entera,
¡Ay! derramar sobre el papel quisiera.

» Mas no pienses por eso que te quiero;
Si agradecida soy, no soy liviana;
Conozco lo que exige el ser cristiana,
Y ante mi dulce Redentor espero
Dejar el alma, de su mano hechura,
Sensible sí, pero inocente y pura.

» Hernán lleva esta carta, y yo me quedo
Lejos de ti, temblando por tu suerte.
Me cambiara por él, ¡que puede verte!
¡Ay! pero apenas envidiarle puedo.
Sálvate, aunque Fernando me convenza
De haberte escrito... ¡Oh, sálvate!

PUBENZA. »

CUADRO NONO

EL CABALLO

Mientras Gonzalo la aflictiva carta
Con voz cortada y trémula leía,
Hernán abandonarle parecía
En el delirio de su acerbo afán.
Lee, y dejando atónito su albergue,
¡ Hernán! ¡ Hernán! gritando, el monte atruena,
Mas sólo el eco, que le burla, suena
De lejos repitiendo : *Hernán! Hernán!*

¡Pubenza! iba á decir; mas la palabra
Muere en su labio, cual la pura gota
Que, entre la escarcha, del peñasco brota
Y se hiela al salir del manantial.
Se arma maquinalmente, y dando fuego
Á su cabaña misera y pajiza,
Goza en ver reducidas á ceniza
Trovas, historia y gloria terrenal.

Entonces por su mente trastornada
Cruza un desesperado pensamiento,
Y concibe frenético el intento
De morir y dar fin á su dolor.
¡ Yo traidor! dice; el eco le remeda;
¡Traidor! el desdichado repetía;

¡Traidor! el monte á repetir volvía
Entre sus rocas ásperas, — *¡Traidor!*

Sintió dolor, sin obtener alivio;
Ardió en rencor, sin pretender venganza;
Lloró de amor, sin fe, sin esperanza;
Llamó á su Dios, su Dios le desoyó.
La gloria cortejó, le huyó la gloria;
Al hombre condolió, y él le maldijo;
Buscó un asilo entre la selva fijo,
Y el eco de la selva le infamó.

Y ya gastada en la perpetua lucha,
Desmaya al fin la humanidad vencida,
Arrastrando en su rápida caída
El alma que sucumbe á su pesar;
El alma, por el polvo gobernada,
Que se deja llevar lánguida y floja
Cual por el huracán la seca hoja,
Como el alga liviana por el mar.

— ¡Ven, mi alazán! — prorrumpe el desdichado;
— Ven por la última vez, sírveme ahora,
Y este cancro mortal que me devora
Hunde conmigo en los infiernos ya.
Tú eres mi único bien; yo nada tengo,
Nada que me detenga aquí en el mundo,
Y si contigo en los infiernos me hundo,
Ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar : es imposible
Sufrir la ingrata, abrumadora carga

De esta existencia degradada, amarga,
Que no puede á la infamia resistir.
Ante el soplo del viento del delito
Mi virtud como lámpara se apaga.
Ya que sólo al delito el mundo halaga
Huyamos de él; dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como Anteo.
En vano con mis hechos la confundo;
Al caer, nuevas fuerzas la da el mundo
Y vuelve más pujante á aparecer.
Adiós, ¡oh Patria! Por haberte amado
He perdido mi honor, ¡estoy proscrito!
Si; amarte demasiado es el delito
Que me hace hasta la infamia merecer.

¡Todo cede á la astucia! El vulgo es eco
Ciego como esa roca que me infama:
Me oye llamar *traidor*, traidor me llama
Y calumnia porque oye calumniar.
Mi nombre está manchado sin remedio...
Va á maldecirme España... Eso es la historia;
Eso vale tu infamia, eso tu gloria;
Esos tus fallos son, ¡Humanidad!

¡Ven, mi alazán! — Y rápido se arroja
Sobre el corcel; le aguija con fiereza,
Y atraviesa veloz por la maleza,
Desesperado y de la muerte en pos.
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,
El caballo frenético se lanza.

En alas del temor y la esperanza
Van corcel y jinete. ¡Adiós! ¡Adiós!

Salva el caballo á saltos los arroyos
Llevando entre los dientes el bocado,
Y, del rudo acicate atormentado,
Va su escape aumentando sin cesar:
La rienda tesa con entrambas manos
Lleva el jinete; la entreabierta boca
Del fogoso animal los pechos toca,
Y su hirviente nariz se oye tronar.

Hay en el corazón de la montaña
Raudo torrente, que de breña en breña,
De una sima á otra sima se despeña,
Y como en un sepulcro va á correr.
Ronco rodando, y turbulento siempre,
Estrella sus hirvientes borbotones
Sobre enormes y negros pedrejones,
Y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas
Que al abismo frenéticas descienden,
Aquellas nieblas móviles extienden
Un velo denso de flotante tul;
Y al través de sus pliegues misteriosos
Vese relampaguear la catarata
Cuando, en rápidas ráfagas, desata
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho al uno y otro lado
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,

Ocultando sus frentes contrapuestas
De nubes tempestuosas al vapor :
El àguila imperial la cima alcanza,
Y en sus cavernas lóbregas anida;
En el bajo peñasco halla acogida
Para su prole, impávido el condor.

En la inferior región, el triste buho
Cual visión vaga que la noche exhala,
Leve despliega de fantasma el ala
Y halla en las sombras lóbrego solaz.
Y hacia el borde empinado de esa roca
Que la profunda cavidad domina,
El español frenético encamina
Del noble potro la carrera audaz.

Álzase entre la selva estéril risco
Desprovisto de arbustos y de grama,
Do, por senda torcida, se derrama
La arena, y forma vasto caracol.
Por alli va Gonzalo, y con esfuerzo
Súbito al potro en la pendiente para,
Y cual si un enemigo divisara
Lleva la diestra al sable el español.

Al rayo de la luna que dibuja
Su luenga sombra en la parduscka roca,
Vese mover su convulsiva boca,
Y su faz cadavérica vibrar.
Mas luego con desdén suelta el acero,
Al estrellado firmamento mira,

Y con la mano trémula de ira
Á los cielos parece amenazar.

¡Qué tentación sacrílega le asalta!
¡Cuántos dias se apiñan de amargura!
¡Cuánta ponzoña en ese instante apura!
¡Cuántos se juntan años de aflicción!
La venganza tal vez vino á llamarle,
Al ver su honor á la merced de un hombre,
¡Ay! y al sentir caer sobre su nombre
Infamia eterna, eterna maldición.

Ó algún genio satánico, evocando
Sus pasados recuerdos y tormentos,
Dió formas y sarcásticos acentos
Á los delirios hondos del amor.
Y hablaba el infeliz, y con la diestra
Algo de sus oidos sacudia,
Y, golpeándose el hombro, pretendia
Desechar algún peso abrumador.

— ¡Sal — decia — fantasma de mis ojos!
¡Dejad, fieros sonidos, mis oidos!...
¡Ah! pero ese fantasma, esos sonidos
No me pueden dejar : los llevo aqui;
Aqui, en la frente, en una venda estrecha
Está todo eso, y más, y más escrito,
Y es de fuego la venda; y ni el delito
¡Oh! ni el delito quema tanto asi.

La sonrisa en tu rostro, Benalcázar,
Del orgullo triunfante se eterniza...

¡ Ay! ¡ cómo punza! ¡ y cómo martiriza!
¡ Mata! ¡ y deja por Dios de sonreír!...
¡ No hables así, Fernando!... ¡ calla! ¡ calla!...
¡ No!... no era él; pero ese fué el sonido :
Se ha quedado zumbándome al oído
El eco que se goza en repetir.

Y este eco de tormento me persigue,
Sobre mis hombros siéntase burlando,
Y está aquí, eterno, eterno, remedando
La voz de mi sacrílego opresor.
Pubenza *iba* á ser tuya, pero *es mía*,
Dijo el eco satánico, y ahora
Me grita con su voz atronadora :
¡Traidor! siempre, *¡traidor! ¡traidor! ¡traidor!*

¡ Ah! ¿ dónde estás, tirano infame, dónde?
¡ Allí, *con ella!*... Entre mis duros brazos
El corazón te romperé en pedazos,
Y arderé tu sacrílega ciudad...
¡ Venganza!... ¡ No! que España es inocente;
Y si el poder del Rey acá no alcanza...
Es por eso mayor su confianza
Y mayor debe ser mi lealtad. —

Dice, y como sintiendo la demora
Y delirante, al alazán anima,
Que, rápido partiendo, por la cima
Despeña los guijarros de tropel;
Y de arena entre el pardo remolino
Á saltos y acezando el risco escala,

Y cual visión que ante la luz se exhala,
Dobla la senda, y piérdese con él...

Mas ¡vedle allí! que ya otra vez asoma
Dominando el altísimo peñasco.
¡Oh! ¡cuál relumbra el argentado casco
Sobre el manto de negro vellorí!
¡Adiós! ¡adiós! que rápido galopa,
El corcel empujando hacia el abismo!
¡Adiós! ¡adiós! que en un instante mismo
Muerte y alivio va á buscar allí.

Ya llega al precipicio, ya en la orilla
Contempla ufano el vórtice profundo
De la sima espantosa, do iracundo
Hierve el torrente en turbio borbotón.
— ¡Á morir! — grita en éxtasis demente;
Pero ante el borde, que á su peso cede,
El caballo espantado retrocede
Sordo á la brida, sordo al aguijón:

Saltado el ojo, eriza la melena,
La espesa cola encoge zozobrado;
Tiembla de pies y manos azogado;
Bufa poniendo en arco la cerviz:
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta,
Y el ancho pecho cándido de espuma,
Brota de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole á espolazos,
— ¡Oh! mil veces cobarde y maldecido —

Exclama el castellano enfurecido :
— ¡Quieras ó no, conmigo morirás! —
Y al acero llevando la impia diestra
Va á desnudarle, el alazán lo siente,
Y partiendo al sonido, de repente
Salta á derecha, á izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pie sostenido, ya en la mano,
En corcovos listísimos se mueve;
No hay posición que rápido no pruebe;
Siempre en el aire estremecido va :
Contra la roca, el pedrejón, el tronco,
Se azota, y se alza, y clávase, y palpita,
Y bufa ronco, y la cerviz agita;
Mas siempre á plomo el castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo
Firme la planta, amargo sonreía,
Y con la diestra la cerviz le hería
Despreciando su vano frenesí...
Mas ¡ay! la planta en una grieta oscura
Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,
Y herido, opreso, ensangrentado queda
Bajo su peso, el caballero allí.

Rueda por largo trecho enmarañado
Entre el arzón y estribo maldiciendo;
Sordo retumba el monte al bronco estruendo
Y húndese el mundo en sepulcral pavor.
Las alas leves el silencio extiende,
Sobre él desciende á guisa de fantasma,

Y acento, aliento y pensamiento pasma,
Ahogando entre la síncope el dolor.

¡Hele allí, bajo el manto de la noche!
¡Entre el ser y la nada suspendido!
¡Sin el corcel, que en libertad ha huído!
¡Con vida! ¡no ha podido ni morir!
¡Sin orgullo! ¡que el alma está marchita!
¡Sin descanso! en desmayo solamente,
Que no descansa quien dolor no siente,
Sin morir, sin pensar, y sin vivir.

CUADRO DÉCIMO

LA VISIÓN

Entre diáfanas nubes columpiada
La luna solitaria, reverbera,
Como la blanca virgen prisionera
Al través de la reja del harén.
Los juguetones céfiros süaves,
La cubren luego con flotante velo
De móvil gasa, que el cristal del cielo
Va empañando con trémulo vaivén.

Desparece su disco lentamente
Entre nieblas sin formas ni colores,

Y muertos sus postreros resplandores
Se condensa doquier la oscuridad.
Ya de luz vaga entre las turbias olas
El hondo espacio apenas se columbra,
Cual tras del tiempo el corazón vislumbra,
Sin principio, sin fin, la eternidad.

Y ora las nubes, que amontona el cierzo,
De aquí, de allí, se buscan y se hallan,
Se apiñan, se condensan, y amurallan
Negras, cielos y tierra en derredor.
Recoge entre sus alas tenebrosas
La noche al mundo; crujen con estruendo
En el monte los árboles, cediendo
Al ímpetu del viento zumbador.

Y reina luego la presaga calma
Que asume la tormenta pavorosa
Cuando en quietud solemne se reposa,
Cual queriendo sus iras concentrar.
Y el aterrado mundo aguarda el rayo,
Como, en silencio, el botafuego ardiente,
Aguardan el combate, frente á frente,
Dos escuadras tendidas sobre el mar.

En el breve paréntesi, aun la brisa
Quieta y suspensa entre las hojas calla;
Pero parte el relámpago, y estalla
El trueno, y zumba el huracán del sur :
Tierra, aire y cielo abarca en su carrera;
El cóndor se horripila en su peñasco;

Busca el león del monte el hondo casco;
Entra á su cueva el escamoso albur.

Brama rodando á la merced del viento,
De la noche en el negro y hondo seno,
Sobre el carro arrastrado por el trueno,
Lanzando rayos, la alta tempestad.
Restallan rotas con fragor las nubes;
De su seno el granizo se desploma,
Y ni vampiro, ni reptil asoma
Del mundo á perturbar la soledad.

Forma la lluvia rápidos torrentes
Que hirviendo ruedan sus bramantes ondas,
Ya despeñados en cascadas hondas,
En crespos lagos detenidos ya;
Y venciendo el furor de sus raudales,
Y las rocas atlético escalando,
Entre la espesa oscuridad errando,
Hernán de prisa por la cuesta va.

Por la luz del relámpago alumbrado,
Envuelto entre el furente torbellino,
Del peligroso y áspero camino
Los obstáculos vence por doquier;
Y sigue, y sigue impávido la senda
Que ya salvó Gonzalo en su carrera;
Cual si el dedo de Dios le condujera,
Sigue sin vacilar y sin temer.

Arriba el choque eléctrico del rayo
Rompe las rocas, y á la luz del lampo,

Cunden piedras y troncos por el campo
Retumbando del monte en el confín;
Y al estrépito horrendo, y al azote
De la lluvia, constante y borrascoso,
Alza como un espectro doloroso
La cabeza, el caído paladín.

Y apoyado en la izquierda estremecida,
Y la faz levantando macilenta,
Si escucha, oye el bramar de la tormenta;
Si mira, ve del rayo el resplandor.
Y aunque su estoico espíritu relucha
Contra las iras del revuelto mundo,
Vuélvese á hundir en vértigo profundo
Vencido por la fiebre y el dolor.

Puéblase entonce el aura de figuras,
Y el espacio de insólitos sonidos,
Y oyen extrañas voces sus oídos,
Y extraña aparición sus ojos ven.
Tal vez de aquellas mágicas visiones
En la forma fantástica, inquïeta,
Estén los raptos santos del profeta,
Y del mártir los éxtasis estén.

Si las vagas visiones de la mente
Nos parecen ensueños y quimeras,
Esas sombras errantes, pasajeras,
Forman parte también de la Creación;
Y al surgir, como larvas misteriosas
Ante la voluntad que las envía,

Á Baltasar sentencian en la orgía,
Y aperciben soñando á Faraón.

Abre Gonzalo atónito los ojos,
Y se los frota con la diestra inerme,
Y se pregunta si delira ó duerme,
Y volviendo á mirar, vuelve á dudar.
Dos mujeres de formas celestiales
Álzanse ante sus ojos fascinados,
Que, en arroyos de luz casi abrasados,
No pueden su presencia soportar.

Viste la una de blanco; y una antorcha
Lleva en la izquierda, y con la blanca diestra
Al adalid incrédulo le muestra
El cielo, única patria en que ella cree.
Llevada sobre el cóncavo arco-iris,
Que á sus costados en creciente asciende,
En él la forma virginal suspende,
Sobre el liviano y empinado pie.

Sus entreabiertos y rosados labios
Orar parecen : por su sien tremola
De luz inquieta mística aureola
Que anima y baña su radiante faz.
Piensa Gonzalo que en su rostro encuentra
Las rasgos de Beatriz, su dulce hermana,
Virgen bendita en quien la forma humana
Fué de un ángel purísimo el disfraz.

Y una casta matrona va siguiendo
De aquella virgen la oscilante estela,

Que entre las sombras plácida rïela,
Y disipa la noche con su luz :
Grave es su traje, su ademán humilde;
Mientras camina, lágrimas derrama,
Y de oliva de paz lleva una rama,
Y la sirve de báculo la cruz.

Reman en torno al aura iluminada
Con sus alas de púrpura y de oro,
Tiernos infantes, y en acorde coro
Hacen vibrar las arpas de marfil;
Y como en ondas de apacible lago
Que agita apenas, sin rizar, el viento,
Van; y al compás del blando movimiento
Al aire dan su cántiga infantil.

Tiende la mano el adalid caído
Y muévela diciendo : — En nada creo :
Esas formas fantásticas que veo
De mi delirio los abortos son.
¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? Si existe el alma,
La mía nada teme y nada espera.
— Yo soy tu Fe — contesta la primera ;
Y la segunda : — Soy tu Religión. —

GONZALO.

¡Ea! ¡pasad, imágenes vacías
Que mi débil espíritu burláis!
Nada sois vos sino ilusiones mías
Que á vuestro mismo autor atormentáis.

Sois de la fiebre el engañoso invento,
Quiméricos delirios; nada más;
Abortos de algún vil remordimiento,
Que oculto mina mi valor quizás...

¡Ea! Pasad, fantasmas hechiceras,
Ayer buscadas, desechadas hoy;
Disipad vuestras formas embusteras,
Dejad que muera : ¡sin honor estoy!

Años enteros, á los pies del Cristo,
Perdón y gracia férvido imploré;
Pero venir, cual hoy, nunca os he visto
Á sostener mi vacilante fe.

Mientras pasaron esos largos años,
De esta selva en la oscura soledad
Me oculté, y oculté los desengaños
Con que me atribuló la humanidad.

Y todo ser viviente ha recibido
De mi entusiasmo, admiración, amor;
Y á mi mismo opresor he redimido
Por hacerme propicio á mi Criador.

Entonces ¡ay! necesité de ayuda,
De auxilio superior necesité;
Mas la deidad á mi oración fué muda
Mientras sus pies con lágrimas bañé.

¡Oh! ¿por qué, para aliviar mi duelo,
No os presentasteis, sombras, como aquí?

¿Por qué no me mandó su auxilio el cielo
Cuando yo por piedad se lo pedí?

Decid, por qué, para agravar mi yugo,
Para afligirme, atribularme más,
El ser á quien más amo, es el verdugo
Que ha de decirme — ¡Deshonrado estás!...

¡Disipaos, fantasmas vengadoras,
Que venís á insultar la adversidad!
Si; ¡pasad de tropel, como las horas
Que lanza el tiempo á la honda eternidad!

Antes pude creer, pero ya es tarde:
Sin riego ha estado el árbol de mi fe,
Y, seco ya, del corazón cobarde
Yo con mi propia mano le arranqué.

La injusticia del hombre ha conseguido
Matar cuanto hubo generoso en mí:
He invocado á mi Dios; me ha desoído;
Quiero morir, pues todo lo perdí.

CORO.

Si mueres, en tu tumba maldecida
Tus enemigos grabarán *Traidor*,
Y *Réprobo*, en el alma del suicida
Escribirá la mano del Señor.

GONZALO.

¡Traidor! ¡siempre traidor!... ¡Ah! yo sediento,
Gloria y honor busqué con frenesí,
Y conseguí la infamia y el tormento
En lugar de la gloria que pedí...

Si el suicidio es la puerta del infierno,
Tormento por tormento trocaré,
Y de un gran Dios bajo el castigo eterno,
Al hombre vil siquiera escaparé.

Venga el infierno, y venga de otro modo:
No puedo el de la infamia soportar.
Ya de mi ser no queda más que lodo;
No tengo honor; no tengo qué guardar.

Hasta Jesús en su virtud ileso,
¿Y de mí qué se dice? preguntó.
¿Cómo no ha de agobiar al hombre el peso
Que pudo casi estremecer á Dios?

CORO.

¡Virgen angélica
Del alba túnica,
Al hombre mísero
Ve por piedad!
Benigna muéstrale
Su senda única
Á la luz célica
De tu verdad.

¡Ven, ser magnánimo!
Disipa el vértigo,
Que agita trémulo
Su corazón;
Y vuelva su ánimo,
Del vicio émulo,
Sano y enérgico
Á la oración!

Gonzalo.

¡No, no más oraciones humillantes!
Yo he sabido adorar, no sé temer;
Hoy ni temo ni adoro como antes :
¡Disipaos, dejadme perecer!

La fe.

No : yo jamás consentiré en que mueras.
Dios á alumbrar me manda tu camino;
Sigue, hermano, la senda que ilumino.
Yo soy feliz, y al bien te llevaré.
Vengo del cielo, donde el alma, libre
Del peso vil de la materia grave,
Todo lo puede ver, todo lo sabe,
Lo que será, lo que es, y lo que fué.

Ten, Gonzalo, valor : mi Dios protege
Al infeliz que en su justicia espera
Y persiste en la senda verdadera
Que de la fe conduce á la salud.
Si tu opresor se obstina en degradarte,
No le temas por más que te persiga,
Porque el crimen se gasta, se fatiga,
Y sucumbe en la lid con la virtud.

De embriagarse en la sangre de un infante
Los primeros cristianos acusados,

Fueron por el tirano deshonrados,
Que muerte infame en su furor les dió;
Y reos del fantástico delito
Los creyó el mismo veleidoso mundo,
Que de amor luego en éxtasi profundo
Altares á su gloria levantó.

Con agua de la fuente de su ciencia
¡Oh! lava de tus párpados la duda,
Para que puedas ver limpia y desnuda
La gloria mundanal de su oropel,
Y entrar libre en el templo de la vida,
Donde el honor jamás se menoscaba,
Donde jamás nuestro deleite acaba,
Y reina Dios y la virtud con Él.

Inmortal eres, inmortal el hombre
Que te calumnia. Hay Dios : si no existiera,
Impunemente perseguir pudiera
Á la inerme inocencia el opresor;
Mas no lo hará; que el poderoso muere
Como el pobre mendigo, en su abandono;
Y el rey en el sepulcro deja el trono,
Como su choza el tímido pastor.

No, no lo hará; que en su balanza justa
Pesa mi Dios virtudes y delitos,
Y á los que fueren por su amor proscritos,
Por cima de los reyes alzará.
Del Edén en las puertas deliciosas
Cesan las jerarquías mundanales :

Allí todos los hombres son iguales,
Y premio sólo á la virtud se da.

¿No es tu propia desgracia un argumento
Contra la fama que dispensa el hombre?
Di ¿quiénes manchan, sin rubor, tu nombre,
Sino la envidia vil y el interés?
Y, si en lugar de infamia, honor te dieran,
Fuera también el interés su guía,
Que la versátil muchedumbre impía,
Aun siendo justa, interesada es.

¿Y quieres gloria, hermano? ¡Oh! ¿qué es la gloria
Que el mundo puede dar? ¡Ruido de un día!
¡Pide á la inmensa fábrica sombría
De Asirio, Medo, Egipcio, una verdad!
Reyes, historia, pueblos perecieron;
El torrente del tiempo con sus olas
Lavó las letras, y en las piedras solas
Queda apenas soberbia y vanitad.

Breves siglos bastaron : en la arena
Yace sepulto el místico alfabeto :
Huella el camello el ara, que el respeto
Quizá del orbe entero consagró.
Sobre la vasta mole derruída
Tiende el olvido el ala silenciosa,
Y epitafio elocuente es cada losa
Del orgullo infeliz que la labró.

¿Y aquí qué queda? Un pueblo de gigantes
La América adornó de polo á polo,

Y hoy las rüinas entre el monte solo
Cuentan apenas que ese pueblo *fué*.
De la raza de Cíclopes que puso
En tantas Babilonias su grandeza
Nada queda, y el bárbaro tropieza
Con la fábrica muda, y no la ve.

Tal es la gloria humana. Los imperios
Del tiempo entre los pliegues arrastrados
Los unos por los otros empujados,
Brillan, pasan, se olvidan sin cesar;
Y la gloria del hombre es lantejuela
Por el orgullo el arenal fïada,
Cabe un mar borrascoso abandonada,
Y ahogada por la arena y por la mar.

¡Hermano! y tú, para probarte digno
De esa vana apariencia transitoria
Que el lenguaje del mundo llama gloria,
¿Vas del suicidio desalado en pos?
¿No ves que justificas, desgraciado,
El mismo bando que tu nombre empaña,
Y que bien pudo renegar de España
El que se atreve á renegar de Dios?

Si murieras, tu cínico verdugo
Dijera : — Le venció el remordimiento, —
Y hallará en tu suicidio el argumento
Que hora falta á su negra acusación...
¡Oh! si no puedes defenderte vivo
Y el campo del honor dejas desierto,

¿Quién la defensa emprenderá del muerto
Que agregara el suicidio á la traición?

¡Pobre Gonzalo! aunque al honor del mundo
Aspires sólo, tu cobarde muerte
En la opinión del mundo irá á perderte,
Que él al temor su admiración no da.
Ni el cielo tiene caridad que alcance
Para el cobarde, ni piedad el hombre;
Y si viviere del suicida el nombre,
Entre risa y sarcasmos vivirá.

Muera el estoico en duda de si el alma
Tiene otro estado próspero y dichoso,
Y diga: — Ó en la nada está el reposo,
Ó en la inmortalidad la Libertad. —
Pero viva el cristiano en la desgracia
Por la inicua calumnia perseguido,
Diciendo: — Mi *deber* no está cumplido
Mientras pueda servir la humanidad. —

Huya aquél del dolor, y en su egoísmo
Lance el sarcasmo á la familia humana,
Y á los tiranos, cuya fuerza vana
Reduce á la impotencia con morir.
Corteje éste al dolor: perdone, y ame
La mano del traidor que le maltrata,
Y bendiga al llorar su raza ingrata
Que el mismo Dios le enseña á redimir.

Si la virtud nadara en el deleite;
Si el justo con su mérito proscrito

No fuese por el vicio y el delito,
Y no odiasen los hombres la verdad,
La virtud, sin dolor, ni sacrificio,
Ya no fuera virtud, cálculo fuera,
Y en seguirla magnánimo no hubiera,
Ni heroísmo, ni honor, ni aun libertad.

La misión de los buenos en la tierra
Es hacer bien al hombre mientras vivan,
Y bendecir el mal que de él reciban,
Y con amor su ingratitud pagar,
Para que al fin la humanidad rebelde
Por el constante ejemplo entusiasmada,
De tanto ser amada y perdonada
Pueda aprender á perdonar y amar.

Porque sin fe, del interés movida
Y obedeciendo á su razón espuria,
El mérito detesta, y en la injuria
Se deleita la humana multitud...
¡Contempla en aquel breve panorama
De tu linaje la infeliz historia!
Ésos son los anales de la gloria
Con que premian los hombres la virtud,

¡Mira! —
Y ante sus ojos como en confusa fila
Los siglos van pasando de crímenes preñados,
Y muéstranle los hombres que fueron calumniados,
Y atribuló demente la ciega humanidad.
Los unos perseguidos por bárbaros monarcas,
Otros por las repúblicas burlados y malditos,

Y todos infamados y muertos ó proscritos
Tan sólo porque osaron dar culto á la verdad.

De Fidias el ingenio en cárcel tenebrosa
La veleidosa Atenas mantiene aprisionado.
Ladrón le llama el pueblo, y el hombre inmaculado
So el peso del oprobio perece de aflicción.
Arístides y Sócrates y el triunfador Milcíades
Padecen por el pueblo, y el pueblo los castiga,
Y Corbulón, y Séneca, y Tráseas, enemiga
Encuentran ¡ay! la mano del déspota Nerón.

Allá, de harapos sucios cubierto el cuerpo apenas,
Arrastra su desgracia un ciego pordiosero, [Homero
Y ese hombre anciano, trémulo, ese hombre ¡ay! es
Que va de puerta en puerta solicitando un pan.
Acá el divino Saulo su forma descarnada
Estoico yergue y noble en calabozo estrecho,
Y más allá Camoens en el pajizo lecho
Alcanza ¡ay! una muerte que desdijera á un can.

Aquí en destierro duro, el vate peregrino
Ausente de su patria idolatrada gime.
Y ¿quién es ése? — El Dante, el épico sublime
Que el Cielo y el Infierno y el Purgatorio vió.
Colón á España vuelve cargado de cadenas,
Y fijos en la tierra los humillados ojos,
Se postra ante sus reyes, y pídeles de hinojos
Perdón por su pecado — el mundo que les dió.

Los quince siglos últimos descúbrenle sus senos,
Y en ellos, como de árboles, en densa palizada,

Nadar ve los cadáveres de aquella bienhadada
Familia de los mártires, ministros de Jesús;
Y ve que el orbe entero aplaude su suplicio,
Y ve que el orbe entero los juzga criminales:
Y luego ve que el orbe, lavado en los raudales
De su bendita sangre, conviértese á la cruz.

Y el mundo con su historia parécele una vasta
Picota donde el genio y las virtudes gimen,
Y do el rencor, la fuerza, los vejan, los oprimen,
Porque del vulgo invido los bienhechores son.
Y sin embargo atónito observa que ellos solos
Alumbran de sus siglos el seno tenebroso,
Y son como pirámides, que en plácido reposo
Del tiempo mismo burlan la destructiva acción.

Luego le muestra en masas al Griego y al Romano
Que hicieron de la guerra su Dios y se negocio,
Y en siervos y señores entre el dolor y el ocio,
Tuvieron dividida la abyecta humanidad;
Y sobre un mar de sangre el edificio vano
De su grandeza alzaron. Y tiembla y se desploma
Bajo el Romano Grecia; bajo los cascos Roma
Del bárbaro caballo que holló su majestad.

Y en pos los siguen rápidos, millones y millones
De asiáticos idólatras, fanáticos y viles,
Que pérfidos se arrastran, cual míseros reptiles,
Esclavos de otras castas, esclavas á su vez.
Y luego entre mullidos, bordados almohadones
Los hijos de Mahoma, polígamos sensuales,

Que entre hembras escogidas, en danzas orientales,
Olvidan de sus pueblos la indigna estupidez.

Luego la escena cambia. De Egipto en las arenas
Contempla las pirámides que levantó el orgullo.
La soledad vastísima no tiene ni un murmullo :
Silencio, muerte, olvido, sólo hay en derredor.
Y aquí y allí la crítica descubre á duras penas,
Entre dudosas sílabas, los restos de algún nombre,
Que á pronunciar no atina, ni á descifrar el hombre :
Y ésa es la gloria única que queda al constructor.

Y ve á Palenque y otros escombros portentosos,
Que fueron de la América el gigantesco ornato,
Y ocultan en las selvas su espléndido boato :
En sus palacios tienen los lobos su cubil ;
Entre los pardos musgos y cactos espinosos,
Las víboras enroscan sus gélidas sortijas,
Y trepan descuidadas las verdes lagartijas
Do alzó algún rey su trono de nácar y marfil.

Luego la escena cambia. Las máximas fecundas
Del Cristianismo infíltranse en la familia humana,
Y va despareciendo la crüeldad pagana
Por la obra de los mártires magnánima y tenaz.
Minóranse los crímenes : el déspota impotente
Sin conocerlo cede á la feliz doctrina,
Y reformado el hombre, la sociedad se inclina
Ante una ley benévola de caridad y paz.

El lóbrego futuro descúbrele su seno,
Y ve que el orbe entero el Cristianismo abraza,

Y á impulsos de su espíritu nuestra bendita raza
El mar y el rayo lleva esclavos á sus pies.
Va dando al ancho mundo industria, dicha y leyes
De Cristo el pueblo : le abre la tierra sus entrañas;
Somete el mar su mente, y allana las montañas,
Y le aman Indo, y Chino, y Alarbe, y Japonés.

Del hondo, inquieto, líquido y borrascoso abismo
Sembrarle ve de redes el cavernoso asiento,
Por do fulmina eléctrico su excelso pensamiento,
Que va relampagueando el mundo á iluminar.
De la opulenta América sentado sobre el Itsmo,
Descubre un niño tierno, cuya pequeña mano,
Cual registrando un órgano, al Chino y Circasiano
Impárteles sus órdenes confiándolas al mar;

Y ve de nuestras selvas los ríos caudalosos
Surcados contra vientos y rápidas corrientes,
Por naves mil, que en hornos, de líquidos hirvientes,
Derivan la potencia que vence al huracán.
Y en el amor unidos los pueblos industriosos
Como á enemigo tienen al déspota egoísta,
Y en paz y unida marcha del mundo á la conquista
La raza redimida del infeliz Adán.

Y mil Palenques nuevos esmaltan las praderas
De América, y agítanse cual ágiles hormigas,
Unidas y felices, Repúblicas amigas,
Potentes y pacíficas bajo el poder de Dios.
La Europa va á sus playas floridas, hechiceras,
Á mendigar los frutos de su bendito suelo,

Y de uno al otro polo, bajo el cerúleo cielo,
Hay libertad, industria, sosiego y religión.

Pasó el confuso y raudo panorama
Y continuó la virgen :
— ¿Viste, hermano,
La huella sanguinaria del pagano,
Y mi huella de paz y de humildad?
Elige entre la gloria y el oprobio,
Y si siembras amor, amor espera;
Que así como el rencor rencor genera,
La caridad engendra caridad.

Sólo mi Dios es sabio : de su ciencia
Dan triste testimonio Egipto, y Roma,
Y Zoroastro, y Brahma, y aun Mahoma
Que vió y no pudo comprender la luz.
De las naciones que fundó su orgullo,
La más feliz de todas, la primera,
Mendigará su ciencia á la postrera
De las naciones que fundó Jesús.

PRIMER CORO.

¡Como el relámpago
Viaje tu espíritu
Pueblo cristiano!
¡Cese la guerra;
Crea el pagano;
Sea una en la tierra
La Humanidad!

SEGUNDO CORO.

Si la obra es lenta
No desmayemos.
Dios nos alienta,
Y triunfaremos
Con la verdad.

Coros unidos.

Si aun sangre y lágrimas
Piden las gentes,
Dios, á torrentes
Las de tus mártires
Se verterán.

Gonzalo.

¡Óh! ¡Dadme, dadme el redentor martirio!
¡Mas antes escuchad mi confesión!
Puro estoy de traición; pero el delito
Se eleva entre el altar y mi oración.
De una mujer el tentador he sido :
Ella es ajena, adúltero mi amor :
Su virtud asechando ¡ay! he vivido,
Y me reprueba la virtud de Dios.

Coro.

¡Religión! ¡pensamiento del Eterno!
¡Una, sabia, benéfica como Él,
Á cuyos melancólicos acentos
El corazón se anega de placer;
Tú, que llevas contigo siempre el premio
Porque haces bien y te deleita el bien,
Inspira al infeliz; dale consuelo,
Completa la obra que empezó la fe!

Por una oveja sola descarriada
Puede el pastor abandonar á mil;
Que fué siempre de Dios privilegiada
La que llegó á apartarse del redil.
Todos tus hijos son; pero el que gime
Mayor derecho tiene sobre ti :
Háblale, pues, ¡oh Religión sublime!
Y hazle esperar y para Dios vivir.

La Religión.

Ten valor, hijo mio : Dios es bueno ;
Él no persigue, salva al pecador.
¡Ven! reclina la sien sobre mi seno,
Y espera en el Señor.
Porque en él no hay venganza ni amargura;
Él es todo clemencia, amor y luz :
El dolor es crisol en que depura
Y prueba tu virtud.
El que llora una culpa cometida
De aquel buen padre alivia el corazón,
Que busca en cada lágrima vertida
Pretexto de perdón,
Y que por no agravar la culpa ajena
Quiso hasta á su verdugo redimir,
Y oró por él, y al consumar su pena,
No le enseñó á matar — sino á morir.

Ten valor, y la América inocente
Quizá mi triste llanto enjugará,
Cuando comprenda al fin su buena gente
Al Dios de caridad,

En cuyo nombre ¡ay hijo! encadenado
Al pobre pueblo idólatra encontré,
Por la guerra y la fuerza, derribado
Á los pies de la fe.
Y lloré, y de mi llanto se burlaron;
Y del incendio á la siniestra luz,
Erre, hasta que mis ojos te encontraron,
Y á ti arrime mi cruz.
Y tú, tú eres el mártir que mi imperio
Predicarás de amor y abnegación,
Y al pueblo enseñarás de este hemisferio,
Cuál es mi Dios, y cuál tu Religión.

Y que no es Dios el qué, lascivo, en Roma
Me asoció á Venus y á Mercurio y Pan,
Ni tampoco el tirano que á Mahoma
Dió el sable y el Corán;
Ni es el Dios del adúltero, que ciego
Aparta á la Inglaterra de mi fe
Y á la hembra mancha, y al verdugo luego
Se la echa con el pie;
Ni el del Germano apóstata, que el templo
De mi unidad se atreve á combatir,
Y el poder de mis pueblos, con su ejemplo
Se expone á destruír.
No, no es Dios la deidad de aquella gente
Sin piedad, Purgatorio, ni unidad,
Que entre Cielo é Infierno está, impotente,
Privado del placer de perdonar.

CORO.

Dios es orden, amor, sabiduría,
Indivisible, eterna omnipotencia:
En la unidad consiste su armonía,
En el perdón consiste su clemencia;
Y *una* es su fe sin variedad alguna
Porque la inspira su verdad, que es *una*.

GONZALO.

Y yo por él derramaré mi sangre:
Le ofrezo humilde mi ferviente fe. . . .
Mas del funesto amor líbrame, ¡oh madre!
¡Y haz que pueda el martirio conocer!

LA RELIGIÓN.

¡No temas! Rota la prisión terrena
Esa á quien amas volará al Edén;
Y allí de Dios en la mansión serena,
Siempre los justos á los justos ven.
Aguarda á que ella rompa su cadena
Y triunfará tu amor:
Cuando deje por fin de ser ajena,
Te la dará el Señor.

GONZALO.

Deliciosas y plácidas visiones
Que dais formas y música á los vientos,

Si son ecos de Dios vuestros acentos,
¡Llevadle en cambio á Dios mi corazón!
¡Sueño de muerte y dicha venidera!
¡Promesa de fantástica ventura!
¡Mensajera del bien! ¡En mi amargura
Me llamas, y te sigo, Religión!

Sostenme, ¡oh Madre! De tu voz piadosa
Ante la melancólica armonía
Se disipa el dolor. La fe nos guía,
Madre, ¡sigamos su divina luz!
Como la roca que Moisés hiriera
Dió vida y agua al arenal tostado,
Siéntome redimido y anegado
En deleite, al contacto de la cruz. . . .

¿De dónde vine yo? Mi pensamiento
Mide siglos sin fin; y en vano pausa,
Y busca en vano la ignorada causa
De mi existencia : yo no sé cuál es.
Término ha de tener esta cadena
De mil y de otras mil generaciones :
Á un primer eslabón sus eslabones
Se van prendiendo innúmeros después.

¿Quién lanzó al tiempo el eslabón primero?
¡Naturaleza, te interrogo en vano!
El gran misterio, el insondable arcano
Nada puede explicar sino la fe. . . .
Si hay criatura — hay Creador — hay Dios. . . . [¡Oh Virgen
Tu generoso imperio en bien fecundo,

Que civiliza redimiendo al mundo,
Pobre ignorante á disputar no iré.

¡Y he podido dudar! . . . ¿Quién es el hombre?
Ignora al mundo; ignórase á sí mismo,
Y esclavo del error de un silogismo,
Con hilar una frase niega á Dios.
Envuelto en el mecánico sofisma,
Y entre la red del método encogido,
De vocablo en vocablo conducido,
Flota á merced del ruido de su voz. . . .

Soy inmortal : un infalible instinto
Gritándomelo está; su voz vehemente
Mejor vida me ofrece : hay en mi mente
Esa confianza que se llama fe. . . .
¡Morir! ¡aniquilar del mismo modo
Vicio y virtud! . . . ¡Que páginas de gloria
Conceda al crimen la parcial historia,
Y ni un recuerdo á la virtud se dé! . . .

No; no es posible. . . . Aun cuando eterna
La gloria, y gloria la virtud tuviera, [fuese
Todos no pueden alcanzarla, y fuera
Con la virtud injusto el Crïador,
Si no la reservase una corona
Más allá de la tumba, y si lanzada
De la Nada al dolor, de allí á la nada,
No existiese sino para el dolor;

Idea melancólica y terrible
Que del orbe al eterno soberano

Hiciera aparecer como un tirano
Deleitado en crear y hacer el mal.
Pero hay Dios, y Dios es omnipotente;
Y es incapaz del mal la omnipotencia.
Porque es invulnerable; y por su esencia
Es bueno Dios, y el hombre es *inmortal*. . .

La virtud pobre, oscura, perseguida,
Que paga el mal con bien, sin duda siente
Su destino inmortal, cuando consiente
En dar por odio caridad y amor. . . .
¡Oh Cristianismo! ¡Tú eres el apoyo
De la inocencia! De la ley humana,
Tú con tu eternidad ¡oh Ley cristiana
Reparas la injusticia y el error!

Nuestra inmortalidad es necesaria
Á la justicia eterna : ella es quien vela
El lecho de la virgen; centinela,
Guarda el honor del tálamo nupcial :
Ella contiene al poderoso; al débil
Ella alienta y sostiene ; en su camino
Guarda al rico del pobre; al asesino
Sorprende, y le arrebata su puñal. . .

Que observando las fórmulas del foro
Pille él ladrón y goce del pillaje;
Que mintiendo virtud mofe y ultraje
El hipócrita al Dios de la verdad;
Que el vil calculador de su provecho
Discordia y guerra en la nación encienda,

Y á su indigna ambición le dé en ofrenda
La sangre de la pobre humanidad;

Que al que rehusó ser cómplice en su crimen
Vaya á acusar la adúltera burlada,
Y haga caer del déspota la espada
Sobre el honor que reventó su red;
Que la avaricia y el orgullo, heridos
Por la actitud estoica del patriota,
Leguen su fama, por la envidia rota,
De la feroz calumnia á la merced;

Que triunfe, en fin, cual suele, sobre el mundo
La hábil perversidad, y á la mentira
Dé honor la historia y cánticos la lira;
¡Dios no por eso deja de existir!
Tras del poder del mundo y su apariencia
Está ese Dios de la verdad amigo,
Y está la eterñidad de su castigo,
Y está su premio espléndido y sin fin. . . .

¡Santa inmortalidad! ¿Qué fuera el hombre
Si no oyese tu voz? Sin ti el delito
Fuera del orbe el poseesor maldito,
Odiado siempre, pero siempre rey;
Y aquel valor y caridad sublimes
Que sólo inspiras tú, y el mundo admira,
Se trocaran en cálculo y en ira,
Y el egoismo universal en ley. . . .

Y el enemigo peor del egoista
Es su egoismo: el daño propagado

Vuelve hacia el individuo, rechazado
Por la herida y doliente sociedad.
¿Qué fuera el mundo al cálculo sujeto
De todos sobre todos? ¿Quién creyera
Á su hermano jamás? ¿Á dónde fuera,
Oh Religión, sin ti, la Humanidad?

Tus grandes resultados milagrosos, —
He aquí tu prueba, ¡Religión divina!
Quien niega tu benéfica doctrina,
Á su patria y al mundo hace traición;
¡Necio infeliz, que en su insensato orgullo
Sus palabras ensarta en argumento,
Y opone sólo frases al portento
De quince siglos de virtud y acción!

Sostenme, ¡oh Religión! ¡Al que, contrito,
Posa la mustia sien en tu regazo,
Siempre para hacer bien sóbrale el brazo,
Siempre le falta para el mal valor.
Seguirte es hacer bien á mi enemigo,
Darle de honor y caridad ejemplo,
Y hacer del limpio corazón un templo
Digno de dar albergue al Crïador!

Coro.

¡Gloria á Dios en los cielos y á su nombre,
Que es justicia y piedad!
¡Paz en la tierra y bendición al hombre
De buena voluntad!

CUADRO UNDÉCIMO

LA ORACIÓN

Reventó un rayo con fragor horrendo,
Cruzó el espacio negro, serpeando,
Y los vestidos húmedos tocando
Del español, su cuerpo estremeció.
Volvió á la vida : el huracán rugía,
Y la lóbrega noche le arropaba,
Y todo aún en confusión estaba,
Menos su corazón, que era de Dios.

La tempestad, dejando las alturas,
Concéntrase en el lecho del torrente,
Que hinchado por la insólita creciente,
Bate la roca y la hace retemblar;
Y ora sobre la rauda catarata,
Ora en las crespas ondas que se alejan,
Los frecuentes relámpagos reflejan
Su luz, reverberando sin cesar.

Hállase, al despertar, el caballero
Sobre la orilla del abismo hirviente,
Arrodíllase al borde del torrente,
Y así prorrumpe, en éxtasis, después :
« Sabio eres, Dios, en permitir que el hombre
De su dolor el término columbre.

¿Quién sufriera, si no, su pesadumbre,
Viendo este abismo provocar sus pies?

» ¿Quién, viéndose á la orilla de la Nada,
No salvara de un salto, en su despecho,
Este mezquino y envidiable trecho,
Diciendo al mundo un eternal adiós?
Mas, ¿qué es la muerte? ¡Un cambio! El alma
Leyendo siempre su pasada historia, [queda
Y llevando tal vez en la memoria,
Con el recuerdo, el látigo de Dios. . . .

» Soy inmortal, Pubenza; y yo no puedo
Resolverme á perderte. Si muriera,
Tal vez tu forma mágica, hechicera,
¡Ay! fuera á atormentar mi esclavitud. . . .
Á ti te llama Dios; y ya que el mundo
Nos separa, mi bien, será preciso
Viajar, para buscarte, al paraíso,
Á donde sólo lleva la virtud.

» ¡Dulce será, sin pena, sin deseo,
La medida colmar de mi esperanza,
Y contigo, en eterna bienandanza,
Ir en concierto celebrando á Dios;
Y ver tus labios sonreír conmigo,
Y mi ser á tu ser por siempre aliado,
Por la verdad eterna iluminado,
Y uno en cuerpo y espíritu los dos! . . .

» ¡Ah! ¡yo estoy delirando! . . . Me ha extra-
Sí, me ha extraviado el corazón impío.... [viado,

¡Satánica pasión! . . . Perdón, ¡Dios mío!
¡Sí, por piedad, perdona mi pecado! . . .
Si iba á seguir de la virtud la huella,
No era por ti, Señor; era por ella.

» Y esta profanación es la que impide
Que se desprenda mi ánima del suelo,
Porque la gloria, el porvenir, el cielo,
Y cuanto existe, mi pasión lo mide
Por su imagen sacrílega y terrena,
Que á mi pesar el universo llena.

» ¡Haz, Señor, que la arranque de mi seno,
Y la destierre al fin de mi memoria,
Para servirte, y consultar tu gloria,
Libre de todo pensamiento ajeno
Á aquella santa inspiración divina
Que hacia Ti nos dirige y encamina!

» Quiero borrar del alma la criatura
Para admirar al Crïador bendito;
Librarme del martirio del delito
Para hacerme capaz de tu hermosura,
Y en mi fe ciega, incontrastable, ardiente,
Nada sino á mi Dios tener presente.

» Dios y Señor del mundo, á quien eché en olvido,
Por mi pasión adúltera vencido y arrastrado,
Ante tu Ser benéfico me postro y anonado,
É imploro por mis crímenes tu lástima y perdón.
¡Señor! atiende al hombre proscrito y desvalido,

Sin deudo, hogar, ni patria, que en su aflicción se hu-
Doblando ante tu trono la trémula rodilla, [milla,
Y dándote, á Ti solo, su fe, su corazón.

» ¡ Artífice dichoso, cuya infinita mano
Recoge entre su palma los orbes rutilantes,
Guardián á cuyo aliento se mueven, y constantes
Sus giros portentosos sin encontrarse dan!
¡ Conservador del mundo, que al tímido gusano
Por entre el polvo mísero le trazas su camino,
Cual trazas entre el hórrido, inmenso torbellino,
Las infinitas órbitas por do los astros van!

» ¡ Criador, en cuya ciencia la eternidad futura
Existe, cual existe la eternidad pasada!
¡ Principio fecundante, en cuyo seno nada
Lo que el futuro guarda con lo que ha sido ya!
¡ Poder que de tu trono, radiante de hermosura,
La infinidad dominas con tu asombrosa mente!
¡ Señor para quien sólo existe lo presente,
Porque en tu seno el tiempo recopilado está!

» ¿ Es cierto? ¿ No me engaño? ¿ Tus ojos paternales
Escudriñar se dignan al ente desvalido,
Habitador del átomo que rueda confundido
Con miles de millones de mundos á tus pies?
¿ Es cierto? ¿ No me engaño? ¿ Alcanzan los umbrales
Del hombre tu mirada, tu excelso pensamiento,
¡ Oh Dios! que con quererlo, el ancho firmamento
Poblado de universos bajo tus plantas ves?

» ¡ Ah! sí; que si es inmensa tu creación bendita,
Si innúmeros se mueven bajo tus pies los orbes,

En sus inertes masas tu actividad no absorbes;
Lanzástelos, y siguen esclavos de tu ley;
Mas diste al hombre el alma, do el pensamiento habita,
Sedienta de adelanto, de eternidad, de ciencia,
Y le dejaste libre para adorar tu esencia,
É hicístele con eso del Universo rey.

» Do quiera está tu Espíritu de caridad escrito,
Do quier sobre mi especie tu Inteligencia vela;
Hasta el dolor la diste, que,eterno centinela,
Del vicio la escudase, probando su valor.
Sí; ¡la virtud es hija de tu dolor bendito!
Que, sin dolor, ni lucha ni libertad habría,
Y el hombre, como el árbol monótono, vería
Moverse indiferente el mundo en su redor.

» Mas tú, Señor benévolo, á su virtud le trazas
Entre tormento y luchas heroicas su camino;
La pruebas, la confortas, y del Edén divino
Á su constancia ofreces el inefable don.
Y al justo y al perverso, con premios y amenazas,
Á amarse mutuamente, ó á respetarse, obligas,
Y mientra el bien del hombre á la justicia ligas,
Por norte á la justicia le das tu Religión,

» Tu Religión, que sólo de Ti venir podía;
Que inspira al individuo el propio sacrificio,
Para que, por su ejemplo, avergonzado el vicio,
Á su destino deje llegar la Humanidad
¡Fe ciega! ¡no hay más ciencia! ¡Martirio! ¡no hay más guía!
Que el uno por los muchos trabaje, sufra, muera,

Y que á unos pocos mártires la Humanidad entera
Les deba su progreso, su bien, su libertad.

» En tanto de la víctima la sociedad se olvida.
No hay premio para ella; su mérito se ignora;
Calumnia acaso al mártir la turba pecadora,
Mientras la sirve el mártir por el amor de Dios. . . .
¡Señor, bendito seas! ¡Compláceme la vida!
Por Ti doblar quisiera mis penas y mi afrenta. . . .
Vosotros ¡oh filósofos! ¡si el mal os atormenta
Mirad que son deleites la angustia y el dolor!

» ¡Señor! ¡que así en el mundo cultivas la justicia
Que la ventura humana bajo tu egida labra!
¡Tu código de gracia, tu imperio, tu palabra,
Extiende, ¡oh Dios! del orbe al último confín!
Y que á tu yugo leve la Caridad propicia
Con su paciencia y lágrimas someta la ancha tierra.
Y entre hombres y naciones acábese la guerra
Para que te ame próspera la Humanidad por fin.

» Eres activo, sabio, benévolo, fecundo;
Tu amor no tiene límite, descanso ni mesura;
El Universo vasto, la mísera criatura,
Lo inmenso y lo mezquino te debe el ser á Ti.
Quizá más ciencia y tiempo que en el inerte mundo
Gastaste en el insecto que imperceptible vive. . . .
Pues todo cuanto alienta, de Ti su bien recibe.
¡Señor! ¡mi Dios! ¡mi Padre! ¡apiádate de mí!

» Ó si te ofendo, hiéreme, pero á mi patria, España,
En tu piedad redime de la hórrida anarquía,

Y vuélvela, benévolo, la paz y la armonía
Para que el orbe atónito su admiración la dé;
Y de uno al otro polo, cuanto el Océano baña,
Ame, por el bien que hagan, su nombre y su bandera.
Para que extienda rápida por la poblada esfera,
Con su poder süave, tu redentora fe.»

La oculta luna con su rayo opaco
Del español la forma medio alumbra:
Hernán, llegando entonce, le columbra,
Y párase, escuchando su oración.
Y de su ejemplo y actitud movido,
Detrás del castellano cae de hinojos,
Y húmedos siente en lágrimas los ojos,
Y eleva á Dios también su corazón,

Gonzalo, en tanto, atribulado y mudo,
Cruza los brazos sobre el ancho pecho,
Y lanza una mirada de despecho
Hacia la negra y honda cavidad.
Absorto sobre el borde del abismo,
Á la luz del relámpago sombría
El genio de la noche parecía,
Viendo á sus pies rodar la tempestad.

—¡Gonzalo! — exclama Hernán. — ¡Señor! — [contesta,
Volviendo el otro atónito la frente,
Y arrodillado orillas del torrente
Se encuentra cara á cara con Hernán.
El uno frente al otro, sorprendidos,
De hinojos ambos sobre el frío suelo,

Bajo el oscurro pabellón del cielo,
Mudos como dos árboles están.

Mìranse de hito en hito, sin hablarse,
En solemne y simpático reposo,
Y de amistad un pacto generoso
Forma el silencio, intérprete á los dos.
La gratitud le dicta, el cielo le oye,
Le alumbra el rayo, le celebra el trueno,
Y viendo que es magnánimo y que es bueno,
Le bendice el Espíritu de Dios.
Así hablan luego :

HERNÁN.

Por piedad, amigo,
Perdona... te he injuriado... sí... mi labio,
Mas no mi corazón, te hizo un agravio,
Cuando de Álvaro al campo te llamé...
Pero... ¡ah! traidor te proclamaban todos...
De Álvaro hermano, prófugo, proscrito,
Al verte entre la muerte y el delito,
¡Pobre de mi! de tu virtud dudé.

Pero ya creo en ella... ¡Ah! tu salvaste
Mi vida en otro tiempo. Hoy has salvado
Mi alma, mi honor. Al verte tan honrado
Y llamarte mi amigo, soy mejor.

GONZALO.

¡Dios te protege, España!... Su estandarte
Juremos defender de los traidores...

HERNÁN.

Y de sus mismos torpes defensores.

GONZALO.

Con lealtad.

HERNÁN.

Con valor.

GONZALO.

Y con honor.

HERNÁN.

Sí, por el Rey, por ella venceremos.

GONZALO.

Ó moriremos mártires.

HERNÁN.

¡Sí, amigo!

GONZALO.

¡Ven, generoso Hernán, yo te bendigo!
Hasta en la humanidad ya tengo fe.
¡Ven! Abrázame, Hernán. Un hombre solo
Á su raza infeliz salva y redime,

Y del oprobio y del baldón la exime
Siempre que Dios un corazón le dé.

HERNÁN.

Basta, basta, Gonzalo. ¡Tus verdugos
Pueden llegar... De la naciente aurora
La tibia luz los horizontes dora...
De la selva apresúrate á salir.
Sólo una senda hay libre... Tu caballo
Está del monte en la vecina orilla...
¡Qué! ¿lloras?... No... no enjugues la mejilla,
Que no es vergüenza en el varón sentir.

Deja correr la lágrima bendita,
Palabra melancólica del alma:
Corriendo el lloro, el corazón se calma;
El lloro apaga el fuego del dolor...
¡Presto! ¡á caballo! ¡parte! Ésa es la senda.
Toma á la izquierda, atravesando el río...
¡Líbrete Dios del opresor impío!
¡Sea contigo el brazo del Señor!

Volvía dulce la tranquila hora
En que la lluvia, el viento, el trueno, callan,
Y brillan las estrellas, y no hallan
Nube que eclipse su argentada faz.
Ya la luna hacia el fin de su carrera
Iba lenta bajando al horizonte,
Y vertía en la cúspide del monte
Un rayo melancólico de paz.

Hernán, en tanto, desde el alto pico
De un calvo risco, sirve de atalaya :
Ve al proscrito bajar, cruzar la playa,
Y vadear el torrente bramador;
Y — ¡adiós! — dice, agitando el blanco manto,
Dos y tres veces, desde la alta cresta;
Y una, dos, y tres veces le contesta
El proscrito infeliz : — ¡Adiós! ¡Adiós!

CUADRO DUODÉCIMO

ESPADA Á ESPADA

Aplazado el combate, Álvaro piensa
En don Pedro tan sólo : el buen anciano
Está tendido en la mitad del llano
Bajo su tosco manto militar;
Su espada al lado, sobre el seno el brazo,
Las recias piernas juntas y tendidas;
Á no verse en su pecho las heridas,
Pareciera don Pedro descansar.

Flotan del casco en profusión espesa
Los rizos de su cándido cabello,
Y al uno y otro lado de su cuello
Se agrupan como lirios á su sien :
Velados por los párpados sus ojos
En su entreceja pálida y extinta

Su postrer lucha con la muerte pinta
Cierto gesto de orgullo y de desdén.

Llora á su lado un niño, cuyos ojos
Azules contarán catorce abriles;
En sus tiernas facciones infantiles
Parecen las del viejo revivir;
¡ Tan semejantes son! ¡ Alvar se llega,
Ante el cadáver póstrase de hinojos,
Y, al besarle la diestra, de sus ojos
Vese una enorme lágrima salir.

Luego se aparta á recorrer el campo
Cuando llega la noche, y sepultura
Da á don Pedro; en silencio á la amargura
De la venganza entrega el corazón.
Y en su corcel de guerra cabalgando
Sale á dar nuevo pábulo á su duelo,
Buscando él mismo en el sangriento suelo
Quiénes los muertos enemigos son.

Por cinco caballeros escoltado
De la alta luna á la dudosa lumbre,
Busca alivio á su inmensa pesadumbre
Entre los muertos, con deleite atroz.
En puntos varios sus oídos hieren
La queja ronca, el grito gemebundo,
Y deléitale el ¡ ay! del moribundo
Y del herido la doliente voz.

En medio de ese fúnebre concierto,
Á mirar los cadáveres se inclina,

Y sus rostros é insignias examina
Con bárbara y feroz curiosidad.
Al terminar la falda se detiene
Y dice: — ¡Adiós, don Pedro! ¡Te he perdido,
Pero al sepulcro que te encierra han ido
Muchos á consolar tu soledad! —

Luego avanza, dejando de su escolta
El importuno, innecesario apoyo,
Y solitario, al borde del arroyo
Siéntase, en una piedra, á meditar.
Asido por la rienda su caballo,
Sobre el izquierdo muslo afirma al codo,
En la mano la frente. De ese modo
Venganzas sueña y burla su pesar.

Estaba así, cuando del lado opuesto
Mover las ramas siente. Un personaje
De la sombría selva entre el follaje
Emboscado descubre; — ¡Alto! ¿Quién va? —
Exclama, ya á caballo, y al oirle
Fulmina el arcabuz entre las ramas,
Y — Va la muerte, pues la muerte llamas —
Una voz hueca le contesta allá.

Mas huyen sin herirle. — ¡Haz alto, espera! —
Dice Alvar, persiguiéndole — ¡cobarde!
¡Vuelve á mirar siquiera, que ya es tarde,
Y á ti el valor te falta, á mí la luz! —
Sigue la escolta á Alvar, y él grita siempre:
— ¡No huyas así de una caricia pía;

Ven á probar tu lanza con la mía,
Ó toma tiempo y carga el arcabuz! —

Súbito el fugitivo se detiene,
Y dice : — ¡ Ven á ver si soy cobarde;
Y aunque tienes escolta que te guarde,
Y no hay ninguna que me guarde á mí,
Aquí os espero, á ti y á tus amigos!
Venid uno en pos de otro, ó todos juntos,
Que si en la liza no quedáis difuntos
No será, no, porque te tema á ti.

— Si solo estás á fe de caballero,
No he menester, para vencerte, ayuda;
Retiraré la guardia que me escuda,
Y quedaremos en el campo dos.
— ¡ Venid, todos venid, me basto á todos!
— ¡ Idos! — dijo don Álvaro. Se fueron,
Y ya él y el incógnito tuvieron
Sólo testigo de su duelo á Dios.

Viajeras nubes con su tardo paso
Los rayos de la luna interrumpían,
Y á la dudosa lumbre se veían
Las bruñidas corazas centellar.
Un ágil alazán gobierna el uno;
Leve es su cuerpo, negra su armadura,
Y columpia su elástica figura
Como junco ante el viento, al cabalgar.

Su cuerpo de castillo ostenta el otro,
Y sus brazos atléticos y diestros,

En ejercicios bélicos expertos
Y, en manejar indómito bridón.
Éste revuelve el animal macizo,
Mientras la luna con su luz platea
La roja pluma que en su casco ondea
De leve brisa al soplo juguetón.

Páranse frente á frente, y el de negro
Dícele antes cortés : — ¡ Oh ! no te asombre
Que yo me atreva á preguntar tu nombre...
Y Álvaro, — De vencido lo sabrás.
— Siento haber sido tan cortés contigo :
Si me protege Dios, en breve espero
Saber tu nombre, ¡ oh fuerte caballero !
Y no vencido... vencedor quizás.

— Un temor excusable... ¡ Basta, basta !
Cuando yo quiero plática y placeres,
Graciosos busco, y necios, y mujeres,
Que me diviertan, enemigos no.
— Silencio, pues, y guárdate — replica
Con lanza en ristre el caballero airado,
Y alzó la rienda, y el caballo hincado
Fué con furor, y con furor partió.

Álvaro, en tanto, que su lanza había
Abandonado con segundo intento,
Haciendo un repentino movimiento
Evitó el choque y le dejá pasar.
Rózase el asta de la luenga lanza
Apenas con su cuerpo. Á corto trecho

Paró aquél su caballo con despecho
Cuando del otro se sintió burlar.

— No tengo lanza — díjole el tirano —
Vuelve á enristrar, y vente, que te espero.
— Pienso — repuso el otro caballero —
Que á probar lanzas me retaste á mí.
¿Cuál es tu arma? — La espada. No acostumbro
Hacer de mi caballo una armería...
— Tu lengua ofende más que tu osadía...
Puesto que espada quieres, ¡hela aquí! —

Y, así diciendo, con desdén arroja
Lejos la luenga y ponderosa lanza,
Con tal destreza y varonil pujanza
Que el aura surca de fulgente luz.
— ¡Hola! — observa don Álvaro; — parece
Que sí eres digno de lidiar conmigo:
Algo mejor maneja mi enemigo
La lanza y el bridón que el arcabuz. —

Y á la par desnudando los aceros
Con mano firme lentos se acercaron,
Y con gracia y donaire saludaron,
Como lo exige del honor la ley.
Cada cual al principio con sosiego
La defensa, el ataque, al arte ajusta,
Cual dos mancebos que á amigable justa
Llama y observa su señor y rey.

Ambos se buscan y se evitan ambos
Con la aguzada punta y dura hoja;

Ora se aparta diestro, ora se arroja
Éste, y el otro prevenido está.
Ya los golpes mentidos son, ya ciertos;
Ya por los pomos quédanse trabadas
En ángulos salientes la espadas.
Y el puño duro con el puño da.

Todo es arte y destreza, — que el despecho
No ha venido á animarlos todavía;
Ni con rencor el corazón latia,
Ni abrigaba venganza el corazón.
Sonríen los hidalgos combatientes,
Y se aman casi, porque ya se admiran;
Si á la victoria y á la vida aspiran,
No es odio, no es temor, es diversión.

Después de largo batallar se quedan
En solemne reposo, deseado
En silencio por ambos. Apoyado
Cada cual del bridón en la cerviz,
Los dos descansan pomo sobre pomo,
Y con noble descuido se reclinan,
Ó en los estribos sin temor se empinan
Pidiendo al aura aspiración feliz.

Á una señal simpática, tornaron
Ambos á prepararse : no se oia
Sino el rudo frotar con que corria
De cabo á punta el fierro matador.
Uno y otro pretende que su espada
Obtenga la ventaja en la salida,

Tiene el aliento, y atisbando cuida
De no perder la palma del honor.

Mas siente Alvar su acero aprisionado
En el arriaz de la contraria espada,
Donde la punta aguda está trabada
Con arte en la enredada guarnición
— ¡Necio! ¡Tú desarmarme! — airado exclama,
Y el brazo fuerte con desdén retira.
De punta el otro, al descubrirle, tira,
Asesta al rostro, y hiere al campeón.

Salta rota en pedazos la visera,
La sangre tibia de la herida frente,
Atorméntale el párpado doliente,
Y casi ciego lidia el infeliz.
Mas no se guarda ya, que la vergüenza
Le pide sangre, y el sediento acero,
Y marcar logra al ágil caballero
Con repetida y honda cicatriz.

Heridos ambos con furor se atacan,
Sus aceros se chocan y golpean,
Y en loca actividad relampaguean,
Bajan, suben, rechinan sin compás.
Ya estocadas violentas, ya fendientes,
Se dan; van, vienen, vuelven y rebotan,
Ó en remolinos anulares rotan
Relampagueando en convulsión tenaz.

Es la lid espantosa: ya la sangre
Del esbelto adalid el peto empaña;

Y se acercan, se juntan, y en su saña
Golpes sin arte y sin piedad se dan.
Con los brazos tendidos, los corceles
Se olvidan de regir, y en su despecho
Se abrazan, y luchando pecho á pecho
Á la merced de los bridones van.

Los animales lasos se aproximan,
Del natural instinto gobernados,
Y dándose los húmedos costados
Tienden los cuellos afirmando el pie;
Y hacen del lomo generoso un campo
Donde el rencor por el rencor se encienda,
Mientras la inútil, la flotante rienda
Entre sus crines ondular se ve.

Cuatro veces Alvar á su enemigo
Creyó tener seguro entre su abrazo,
Y cuatro veces del estrecho lazo
Soltóse con destreza y rapidez.
Y siempre que él con ansia le aferraba,
Del nudo fuerte estotro se escurría,
Cual de la mano que apretarle ansía
Se escapa en agua resbalando el pez.

Saltan los petos de ambos, y se erizan
De agudos y punzantes gavilanes,
Que de la recia lucha en los afanes
Hieren al uno y otro campeón.
Pero ellos no lo sienten; están sordos
Sus cuerpos al dolor, y su existencia

Cobra nuevo vigor en la violencia
De una insana y febril exaltación.

De Álvaro en tanto la melena espesa,
De negra sangre y de sudor cuajada,
Á la rota visera está enredada
Y adherida á las llagas de su sien;
Y los pedazos de metal pendientes
Sobre sus ojos húmedos golpean,
Y les impiden que al contrario vean,
Mientras colgando por su frente estén.

Por el móbil estorbo fatigado
Lanza una maldición : entrambas manos
Lleva iracundo á sus cabellos canos
Y va á arrancarlos con rabioso afán;
Mas pierde el equilibrio — y se despeña
Del caballo don Álvaro rendido,
Que en el arzón con furia sacudido
Cede como la encina al huracán.

Vencido yace : el cuerpo está vencido,
Pero el orgullo no. Si el barro inerte
Sucumbe, el alma, respirando muerte,
Muerte le pide en gracia al vencedor.
— ¿Quién eres? — le pregunta. — Soy cadáver,
Porque vencido estoy. — ¡Por Dios, responde!
Algún misterio tu existencia esconde;
Yo te miro con lástima y dolor.

— Corona tu victoria; da la muerte,
¡No me importunes más!... — ¡Por Dios, contesta!

— No, no contestaré; que esa respuesta
Me degradara; en mi derecho estoy.
— ¡Te lo ruego! Tu sangre derramada
Me inspira horror — Para eso la he vertido...
Pero ¿quién eres tú que me has vencido?
— Yo, Gonzalo de Oyón. — ¡Tu hermano soy!

— ¡Hermano! ¡hermano! ¡Y yo tu seno amigo
He herido!... ¡Yo!... ¡Y también está mi mano
Teñida con la sangre de mi hermano!...
Piedad, ¡oh Dios!... ¡Don Álvaro, perdón!
Sí, perdona á tu hermano; da la diestra
En prenda de amistad al delincuente...
¡No, delincuente no! Soy inocente,
Limpio de crimen tengo el corazón...

Pero di, ¿me perdonas? — Nada tengo
Que perdonar. Has hecho justo alarde
De tu valor. Si fueras un cobarde
Me avergonzara de tu raza en ti.
Contra ti no hay venganza: eres el hijo
De mi padre y señor... Dame la mano...
Al fin vencido estoy; pero es mi hermano
El único rival que hay para mí.

Siempre es Oyón el vencedor... ¡No importa!
¡Hieres bien, mi Gonzalo! No creía
Tan robusto ese brazo todavía;
Eres muy joven, pero hieres bien.
Sí; con más años, tu victoria hubieras
Con mi muerte infalible señalado...

Aun no es firme tu pulso... Me has dejado
Con vida y sangre... y con vigor también.

Mis labios arden... Llégate al arroyo
Y dame agua, Gonzalo... Montaremos
Después nuestros caballos, y estaremos
Juntos, del dia hasta el primer albor.
Dale agua á mi bridón... ¡Fuerzas me sobran!
Vuelve... quiero saber tu desventura...
Somos en todo hermanos: ¡en bravura,
En desgracia, en destierro, y en dolor! —

Brotan dos gruesas lágrimas los ojos
De Gonzalo, y le bañan la mejilla;
Corre del limpio arroyo hacia la orilla
Y de agua llena el casco, y se la trae.
Y con tierno interés, gota por gota,
La bebida benéfica derrama
En esos labios que la sed inflama
Y que el agua deleita cuando cae.

Busca luego las hierbas generosas
Que cierran, cicatrizan las heridas,
Del bárbaro nativo conocidas,
Y que él ya sabe distinguir también.
Y le venda solícito, y le arrima
Á la sombra de un roble. Fueron lecho
Á su cuerpo las hojas, y en el pecho
Del enemigo reclinó la sien.

Cuando ya el sueño plácido y quïeto
Y el confortante bálsamo del aura

La fiebre aplaca y su vigor restaura,
Salta Álvaro en sus pies diciendo — ¡Adiós!
¡Adiós, Gonzalo! Cuando el sol tres veces
Haya girado en su carrera diaria,
En esta misma vega solitaria
Nos volveremos á encontrar los dos. —

Y como avergonzado, con viveza,
Y casi erguido hacia el bridón avanza,
Y ostentando vigor sobre él se lanza
De un salto, con esfuerzo varonil;
Y parte á escape; — pero á corto trecho
Suspende del caballo la carrera,
Y vésele pasar por la trinchera,
Lento, á la luz del alto fogaril.

CUADRO DÉCIMOTERCIO

LA DISPUTA

Todo es silencio. La rojiza luna
Á hundirse va en el pálido horizonte
Y columpia su disco sobre el monte
Que yergue ante ella el cuerpo de titán.
Con su frente argentada y su melena
De negras selvas, la empinada cumbre

Animada parece á la vislumbre
Que aquellos rayos moribundos dan.

Desde el arroyo con declive lento
Hasta el reducto, poco á poco empina
Su verde falda la feraz colina
Por do el camino serpeando va;
Y allí á la sombra de un añoso roble
Se oye el murmullo de un humano acento
Que no interrumpe ni el lejano viento,
Porque hasta el viento enmudecido está.

Los dos hermanos á la sombra amiga
Están sentados cabe el duro tronco,
Y el uno débil y en acento ronco
Al otro dice, que le escucha, así:
— Y yo también te compadezco, hermano:
¿De qué te sirve tu virtud querida?
Yo con mi triste borrascosa vida
No me trocara, á la verdad, por ti.

Lejos del mundo en solitario albergue
Aun sufre y tiembla el pobre anacoreta;
Pero del tigre á la caverna quieta
No lleva el hombre su inmortal furor.
No perseguida, por los aires libre
El águila caudal cierne su ala,
Y cébase sangriento y se regala
En su expirante víctima el condor.

Y tú, que paz á la inocencia pides,
Tú, que reposo en la virtud buscaste,

Tú, que al amor y al mundo renunciaste
En la flor de tu ardiente juventud,
Tú no has hallado ni la paz que encuentra
La hiena en su descanso tenebroso :
Persigue el hombre hasta el febril reposo
En que delira, triste, tu virtud.

¿No quisieron matarte?
— Sí
— Y entonces
¿Qué hiciste?
— Me escapé : fuíme al desierto.
— ¿Y allá te persiguieron?
— Todo es cierto.
— Y te asecharon por doquier.
— También.
— Y las antiguas selvas que guardaban
La paz del oso y tigre carnicero,
¡No pudieron guardar al caballero
Defensor de la patria y su sostén!

— Todo es verdad, hermano.
— ¡Bien! Tornaste,
Y en pago de su cólera y su saña,
Bien por mal les volviste, y nuestra España
Debió su salvación á tu valor.
Luego ¿qué sucedió?
— Fuí perseguido
De nuevo, porque el odio es por esencia
Implacable y activo, y la inocencia,
Fuera de Dios, no tiene defensor.

— ¿Y quién te ha perseguido? ¡El egoísta
Que entre la patria y la traición fluctuaba,
El que huyendo cobarde, el triunfo espiaba
De los tiranos para ser traidor!
¡Y hoy tu único derecho es el destierro!
Tu refugio, ¡vivir como el bandido!
Tu único premio, ¡verte aborrecido!
Tu honrosa cruz, ¡la infamia y el baldón!

— Por desgracia así es.
— ¡Y tú me llamas
Rebelde, hermano!
— ¡Sí!
— Pues juro al cielo
Que si contra estos hombres me rebelo
Quiero vengar mi sangre y nada más :
Vengar la sangre que en tus venas corre,
Tu honor, y el de tu padre, de aquel hombre
Que nos legó con su valor un nombre
Que no debemos desmentir jamás.

— ¡Oh! ¡qué escucho, don Álvaro! mi padre
No murió...
— Sí, murió, murió; no hay duda;
Y á sus verdugos don Gonzalo ayuda :
¡Á sus verdugos! ¿Lo has oído bien!
¡Á sus verdugos!
— ¡Por piedad, no sigas!
¡Tu espantoso sarcasmo me estremece!
¡Ah! ¡todos los de Oyón, cierto parece
Que condenados á exterminio estén!

Y nuestra muerte no, nuestra deshonra
Les deleitara más : ellos quisieran
Que los hijos de Oyón eternos fueran
Si en ellos fuera eterno el deshonor.
Burlemos sus esfuerzos : vendrá un tiempo
En que la historia nuestros hechos diga,
Y en que la Patria atónita bendiga
La víctima, y maldiga al opresor.

— Escúchame, Gonzalo : soy tu hermano,
Y tú has lidiado sin piedad conmigo
Sólo para salvar á un enemigo
Que para ti ha abolido toda ley.
Tu martirio, el martirio de tu raza
¿No te incita á venganza?
— No me incita :
De mártires mi Patria necesita;
Mis enemigos sirven á mi Rey.

ÁLVARO.

— Esa es lealtad, hermano; pero atiende,
Porque la sombra de tu padre inulta
Tenaz me sigue, bárbara me insulta,
Y su desgracia á referirte voy.
Sí, me parece que su sombra errante
Me llama eterna con su voz de trueno,
Y vierte en mi alma este letal veneno
De la venganza, en que empapado estoy.

Partió Gaspar de nuestra patria España,
Dejando en ella un párvulo en la cuna :
Ése eras tú : no quiso la fortuna
Que á tu padre siguieras como yo.
Él á su fiel esposa, á su María,
Dejó el niño, depósito sagrado,
Fruto de la vejez inesperado
Que al noble anciano nuestra madre dió.

Yo á mi padre seguí. La sed de gloria
Nos empujó á los dos. Cuando salimos
Tan sólo á España en nuestros sueños vimos,
Servirla era deleite, no un deber.
España entonces, respetada, unida,
Llenaba el mundo con su claro nombre,
Debiendo al genio y al valor de un hombre
Su espléndida fortuna y su poder.

El más brillante título en el orbe
Era ser español. Colón vivía;
Yo al Almirante conocer quería
Y por doquiera le buscaba á él.
Supe al fin de Colón. Estaba preso
De Vallejo en la antigua carabela.
Iba á zarpar, izaba ya la vela,
Ocupaba su puesto el timonel.

No volveré á encontrarle, entonces dije.
Volé á la nave, le tomé la diestra,
Y de respeto y entusiasmo en muestra
Lloré, y la mano de Colón besé.

Y por eso, Gonzalo, me acusaron;
Luego prendieron á Gaspar por eso,
Y muchos días con mi padre, preso,
Por mi cariño hacia Colón, pasé.

Y vi después atónito que todos
Al ilustre Almirante aborrecían,
Y tanto mal del genovés decían,
Que de él yo mismo comencé á dudar.
Los primeros caudillos de Española
En secreto concilio se reunieron;
Y allí se conjuraron, y ofrecieron
Su fortuna y su crédito arruinar.

Y veinte y tres hidalgos (¡oh! ¡qué hidalgos!)
Dijeron bajo santo juramento
Que de esta tierra espléndida el invento
No era obra del piloto genovés.
Y cual nublo ante el sol, ante esa nueva
Feneció mi ilusión : yo no dudaba
Del juramento entonces, ignoraba
Lo que puede en el hombre el interés.

Y el que dobló la dimensión del orbe,
El que, solo, luchó contra la Europa,
El que, por fuerza, la cobarde tropa
Trajo de España hasta la verde Haití,
Ése vió por perjuros y escribanos
En pocos pliegos de papel escrito
Disipada su gloria ante un delito
En que yo actor involuntario fuí.

Y ¡oh vergüenza! esos actos oprobiosos
De ingratitud flagrante y cobardía
Los inspirada el Rey, los protegía
Con una vil y sórdida intención.
Romper quiso el tratado concluído
Con su gran bienhechor, y como España
Pudo oponerse á ingratitud tamaña
Hizo á España enemiga de Colón.

Su rey, para robarle impunemente,
Enajenarle nuestro afecto quiso :
Á un crimen otro crimen fué preciso,
Pero el segundo crimen fué mayor.
Colón había visto con desprecio
Del mundo entero acumulado el oro;
Mas murió de dolor cuando el tesoro
Pretendieron robarle de su honor.

Á aquella vil calumnia y á otras muchas
Yo, y otros de mi edad, de ecos servimos :
Hijos de España, al genovés hicimos
Una guerra crüel y popular.
¿Quién me hubiera predicho que más tarde
La calumnia á mi padre alcanzaría,
Y que la envidia que á Colón hería
Sería matadora de Gaspar? (1)

. . . .

(1) Sigue aquí Álvaro haciendo en sextinas (metro usado ya por el poeta en el canto 1) una larga relación de los servicios de Colón y de Balboa, para mostrarle á Gonzalo la ingratitud con que pagaban los reyes, y estimularle á abrazar la rebelión.

¡Perdón te pido, gigantesco mártir!
Si un momento dudé de tu inocencia:
Mi tierna juventud, mi inexperiencia,
Ante tu genio mi disculpa son.
Unido al grito universal, es cierto,
Seguí de todo un pueblo el extravío,
¡Ay! y asociado al delincuente impío
Fuí en tu martirio cómplice, ¡Colón!

Omitimos este trozo por ser muy débil. Hay, sin embargo, en él estrofas que merecen recordarse: ésta, en elogio de Isabel la Católica:

Sólo Isabel, la generosa y alta
Señora nuestra, cuanto hermosa amada,
Y tanto y más que amada respetada,
La vil calumnia que á Colón asalta
En silencio aterró con los enojos
Que excelsa gratitud puso en sus ojos.

Este rasgo sobre Colón:

Dueño es de un mundo, y el menguado anciano
Cuando busca un hogar le busca en vano.
Pero sobre su frente cabizbaja
La inspiración se cierne, y le atormenta
Y á nueva empresa su vejez alienta
Una voz interior que le trabaja
Y le dice: «¡Colón! tu obra completa:
¡Ciñe á tu sien el lauro del profeta!»

Y este amargo argumento contra la fama póstuma:

¿Vuelve el Genio á la Nada? — Nada siente.
¿Va al Cielo? — Allá nuestro poder no alcanza.
¿Va al Infierno? — Es estéril la alabanza.
Si no le honramos vivo, indiferente
Es la tarda apoteosis para el hombre
Que nos dió fuerza y opulencia y nombre.

Pero sigamos. De mi padre adusto
Seguí las huellas de entusiasmo lleno.
La dura liza, del cañón el trueno,
Fueron mi diversión y mi placer.
La guerra fué mi Dios. Nunca la frente
He humillado á los pies de la belleza;
Nunca olvidé mi natural rudeza
Por alcanzar favor de la mujer.

¡No conozco el amor! Seguir del padre
La mirada de fuego y el acento,
Adivinar su excelso pensamiento
Y sus severas órdenes cumplir;
Seguir entre el tumulto del combate,
Como al león el cachorro, al padre amado;
Verle, admirarle, estar siempre á su lado,
¡Eso sí que era para mí *vivir!*

Yo contemplaba en éxtasis sus ojos,
Que en rayos el peligro convertía,
Y entre el polvo y la grita distinguía
De su voz hueca el eco atronador.
Cuando como huracán él arrasaba
La opuesta innumerable muchedumbre,
Era mi norte el lampo de la lumbre
Que esparcía su acero en derredor.

¡Le adoraba! Su pecho generoso
Fué muchas veces á mi vida escudo:
Sí; siempre, siempre en el combate rudo,
Á quien herirme quiso, él muerte dió.
Sólo al valiente por puntillo hería;

Mas nadie al golpe de su brazo fuerte
Pudo jamás librarse de la muerte
Cuando ese brazo sin piedad cayó.

Pronto á los altos grados militares
Le hizo elevar su victorioso acero :
Primero en armas y en virtud primero,
Fué la gloria del trono y su sostén.
Su cuerpo era flexible y vigoroso,
Recta su boca, su mirada llena,
Flotaba espesa en rizos su melena,
Como la del león, sobre su sien.

Y tu misma sarcástica sonrisa
Tuvo mi padre. En tu mejilla izquierda
Hay también un lunar que me recuerda
En la suya una idéntica señal.
Fué su nariz de halcón como la tuya...
¡Qué semejanza! la estatura... el cuello...
¡Todo! Hasta en tu mirada hay un destello
De dominio, del ojo paternal.

¡Oh! ¡déjame olvidar entre tus brazos
Un in·tante su muerte! —
Enmudecido,
Por un momento se fingió el olvido,
(Que fingirse el placer es un placer);
Y de la luna el rayo postrimero
Iluminó la fraternal escena :
Breve eslabón robado á la cadena
Inmensa del humano padecer.
Álvaro continuó.

ÁLVARO.

Mi pobre padre
Era sencillo, generoso, abierto :
Jamás su albergue se encontró desierto,
Porque en él se iba el pobre á refugiar.
Y como muchos míseros había
Y teníanlo todos como amigo,
Era muy popular, y daba abrigo
Y pan á todos su modesto hogar.

El simple y oprimido americano
Respetaba á mi padre, le quería;
Y sin otra razón, le suponía
En oro rico el ávido español...
¿Te inmutas? ¡Oye!... al español detesto,
Aunque lo soy, Gonzalo. ¡No es delito
Que odie á sus compatriotas el proscrito
Á quien niegan la luz del patrio sol!

¡Déjame hablar! Mi padre en la opulencia
Veía sólo la insufrible carga,
El vil estorbo que la vida amarga,
Enerva al héroe, enferma su virtud.
Y así nada tenía, hermano, nada;
Que por orgullo sobrio y por costumbre,
El agua pura, la frugal legumbre
Guardaban su robusta senectud.

Hora ya le conoces. Pues á ese hombre
Poseedor de tesoros le creyeron,

Y luego le acusaron, le prendieron,
Prestándole proyectos de ambición.
La codicia á matarle preparóse,
La envidia á calumniarle; y corrompidos
De mi padre los mismos protegidos
Dieron la convenida delación.

¡Por Dios y por su honor! Esos perjuros
Junto en una cámara trataron,
Y allí se convinieron y ensayaron
Para dar testimonio contra él.
Y el que había vencido mil legiones,
Víctima de una intriga meditada
Vió manchado su honor, rota su espada
Contra unos pocos pliegos de papel.

Diéronle defensor, y él dijo : — Inútil
Fué siempre defender á la inocencia
Y más cuando está escrita la sentencia
Antes que el reo snmariado esté. —(1)
Luego, para que de algo se acusase,
Pusiéronle al tormento muchas veces,
Pero él por toda réplica á sus jueces
Dijo : — ¡Yo sé morir, mentir no sé! —

Su altivez los hirió. Fué condenado;
Le aconsejaron que pidiese gracia,
Pero él inalterable en la desgracia

(1) Atribúyense palabras semejantes á don Camilo Torres, natural de Popayán, y Presidente de las Provincias Unidas, cuando el Pacificador Morillo le sometió á juicio, por *insurgente*, en 1816. Fué fusilado y colgado en la horca en Bogotá el 5 de octubre de aquel año. *(Nota del Editor.)*

Preguntóles tranquilo : — ¡ Gracia ! ¿ á quién ?
— Al Rey — le contestaron. — ¿ Qué derecho
Tiene el Rey sobre mí ? Soy inocente;
Otorgo mi perdón al delincuente
Que me asesina — dijo con desdén.

Fuí hasta entonces leal. Mas cuando al hombre
Más valiente y veraz vi calumniado,
— ¿ De qué sirve — me dije — ser honrado ?
¿ Qué valen la honradez y la lealtad ?
Don Gaspar y Colón fueron leales;
¿ No triunfó de ellos siempre la mentira ?
¿ No puede más el crimen que conspira,
Que la sencilla y débil probidad ?

¿ Á qué, pues, ser leal ? Esos malvados
Con el foro y la ley sólo especulan.
Si ellos giran libranzas y calculan
Con tinta, yo con sangre pagaré.
El mundo es del que vence. Hay dos caminos
Que llevan al poder : — la hipocresía :
De ese soy incapaz; mas la otra vía
Se corta con la espada — ¡ la abriré ! —

El día en que Gaspar fué condenado
Á muerte en nombre del Señor de España,
Me fui solo á llorar en mi cabaña,
Nuestra pobre y modesta habitación.
Allí se presentaron sus verdugos
Armados á pedirme su tesoro :

Con sólo verlos se secó mi lloro
Al fuego de una justa indignación.

Y tomando su espada — Ésta — les dije —
Fué de mi padre la única riqueza. —
Uno quiso tomarla, y la cabeza
Le bajé al suelo del primer revés.
Pretendieron prenderme; defendíme.
Diez eran ellos : todos me atacaron,
Y uno en pos de otro todos diez quedaron
Exánimes tendidos á mis pies.

Y volé á la prisión. Mas nuestro padre
Estaba muerto ya... Y abandonado
Y huérfano en el mundo yo he quedado...
Él era todo para mí... ¡ murió !
¡ Murió ! ¡ Y el asesino vive, impera,
Y castiga, y perdona !... Su tesoro
Poco les servirá, que en vez de oro
Dieron con esta espada — ¡ esto dejó ! —

Al decir las dos últimas palabras
Alvar la firme diestra llevó al pecho;
Luego el acero por el puño estrecho
Sacó del forro y le empezó á vibrar,
Diciendo · — He aquí el tesoro que mi padre
Le dejó por legado á la Corona;
El gran Rey que castiga y que perdona
Aquí tiene el tesoro de Gaspar.

— ¿ Y á qué intento destinas esa espada ? —
Interrumpió Gonzalo.
— Al exterminio.

— Á dónde te encaminas?
— Al dominio.
— ¿Qué buscas, infeliz?
— ¡Trono ó baldón!
— ¡Oh! no, por Dios, ¡no cubras nuestro nombre,
Hermano, de baldón!
— ¡Hermano ingrato!
Eres de nuestro padre infiel retrato:
¡Tienes la faz, te falta el corazón!

— ¡No, no me falta el corazón, por Cristo!
¿Quién deshonró á mi padre? ¿Muchos fueron?
Pues á cuantos el crimen cometieron
En lid abierta yo los mataré!
— Fácil es prometer...
— Yo no prometo
Lo que cumplir no quiero.
— En la promesa
No es querer, es poder lo que interesa.
—¿Qué? ¿Dudas de mi brazo ó de mi fe?

De mi brazo tal vez... — Aquí Gonzalo
Dejó de ser, cual de costumbre, humano,
Porque vió con desdén al fuerte hermano
Y con sarcasmo amargo se rïó.
Notólo el otro, y con la mano amiga
Acarició del joven la alta frente,
Y le dijo: — Sí, hermano; sí es valiente
El noble brazo que al de Alvar rindió.

Escúchame. Yo te amo, hermano mio:
Hay en ti algún misterio que fascina;

Tu voz conmueve, tu mirar domina,
Te reconozco superior á mí.
Mas guarda tu sardónica sonrisa;
¡No me atormentes! Si otro tal hiciera,
Por Dios, que de reir se arrepintiera,
Y lo tolero, sin embargo, en ti...

¡Ah! yo no me conozco... Te pareces
Tánto á mi padre, tánto, que me siento
Estremecido al escuchar tu acento,
No sé si... de placer... ó de dolor.
¡Hermano!
— ¡Hermano! —
Y simultáneamente
Ambos correr las lágrimas dejaron,
Aunque ambos por orgullo se ocultaron
El noble llanto de filial amor.

Luego dijo Gonzalo :
— Alvar, la guerra
No daña á los perversos : su venganza
Al pobre, al inocente sólo alcanza,
Mientras de ella se burla el criminal.
¿ Al huérfano, á la viuda, y al anciano,
Y á la plebe infeliz castigaremos,
Y sin discernimiento mataremos
Dejando libre y sin castigo el mal?...

¿Esa es justicia, hermano?

ÁLVARO.

— ¡Esa es justicia!

¡Yo soy hijo y soy súbdito : un delito
Me privó de mi padre, y fué maldito
El pueblo que lo quiso consentir.
Verdugos fueron jueces y testigos;
Mas cuantos el delito permitieron
Á par de los verdugos delinquieron,
Y deben por sus crímenes morir!

¡Morir! Que el juez responda por sus hechos,
Y por el juez responda el pueblo todo :
Es ley inexorable. De este modo
La pública justicia entiendo yo :
Si el juez tuerce las leyes, la venganza
Se sustituye al juez, y la anarquía
Azotar debe á la nación impía
Que la infame opresión autorizó.

La autoridad, cuando en su nombre imperan
La envidia vil y la cobarde intriga,
Es un mal, no es un bien : es la enemiga
Del hombre, y él la debe derrocar.
Contra los fuertes se inventó el gobierno
Para dar protección al desvalido
Contra el malvado aleve y atrevido,
Para dejar al bueno descansar.

¿Mas quién se atreve á sostener que el hombre
Renunciase á su dulce independencia
Para entregar la cándida inocencia
Al perjuro, al falsario, al impostor?
Más vale la elevada tiranía
Que ejercen los valientes con la espada,

Que esta coyunda vil que nos degrada
Haciendo al más cobarde el opresor.

« ¿ Quién es el asesino de mi padre? »
Me acabas de decir : « si muchos fueron
Los que el crimen cobarde cometieron,
En lid abierta yo los mataré »
Pues España, su rey y sus tenientes,
La sociedad entera degradada,
Aquella informe máquina, gastada
Ya por el uso, el asesino fué.

Á destruírla vamos, y otra nueva
Sobre cimientos sólidos alcemos,
Y en este mundo virgen levantemos
Un monumento á la filial piedad.
Apartemos la vista y pensamiento
De ese mundo caduco y de sus reyes,
Cuyos bárbaros hábitos y leyes
Envilecen la triste humanidad.

Erijamos un trono á la justicia
Con los escombros del imperio hispano,
En este mundo nuevo colombiano,
Viva fuente de gloria y de poder.
¡Ven! ¡derribemos fábrica de oprobio!
¡Ven! ¡ayuda á tu hermano y á tu amigo!
Y un mismo trono ocuparás conmigo
Después que hayas cumplido tu deber.

¡Ven! Los jueces no lidian. Esas hienas
Togadas, sólo con la pluma tratan:

Cuando ellos nos deshonran y nos matan,
Es porque está á cubierto su maldad.
Los jueces son invulnerables. Ellos
No tienen quien los hiera ni los veje :
Si el malo los corrompe y los protege,
Los tolera la imbécil sociedad.

¡Ven, ven, hermano! La virtud vencida,
Mísera y pobre por la tierra vaga,
Mientras el mundo en su abyección halaga,
Premia y corona al crimen vencedor.
Á la espada apelemos como todos
Los que han vencido imperios, y ante el trono
Vendrán á arrodillarse sin encono
Los mismos que hoy maldicen al *Traidor*.

El poder es justicia. Sí, es preciso
Que hoy le deje un rótulo á la historia,
Que le cambie y le dore la victoria;
Rey, no *Traidor*, don Álvaro será.
Los que hoy llaman perverso al que conspira,
Santo al que venza llamarán mañana,
Y entre el oro y el nácar y la grana
El crimen en virtud se trocará.

Porque ante el brillo y majestad del trono
Se ocultan los delitos : cuantos fueron
Monarcas al principio, lo debieron
Á su fortuna, audacia y ambición.
Y seremos como ellos, y fundando
Un reino unido, poderoso y grande,

No habrá, en el orbe, rey que nos demande
Homenaje de amor y admiración.

¡Ven, pues, hermano, ven! — Y con la diestra
De su campo mostrábale el camino. —
Desde allí se castiga al asesino;
Ven, pues, conmigo, á castigarlos; ¡ven! —
Y de su ojo entusiasta parte un lampo
De viva luz que el rostro le ilumina:
Es su actitud la de ángel que domina
Al proscrito en las puertas del Edén.

Habló Alvar, y á su campo dirigióse
Pensando que su hermano le seguía;
Mas al verle quedar, en furia impía
Trocó todo su afecto, y preguntó:
— ¿Vienes, ó no?
— ¡No voy!
— Pues desde ahora
Yo reniego de ti, no soy tu hermano;
No; que tú eres el cómplice inhumano
Del asesino que á tu padre hirió.
¡Quédate, pues, con él; presta tu brazo
Al vil traidor, al bárbaro verdugo;
Besa sus pies, inclínate á su yugo;
Defiende todo cuanto ataco yo!

¡Y que la sombra de mi padre se alce
De su sepulcro, cárdena y sangrienta,
Y al hijo vil que consintió en su afrenta
Siempre sus ayes maldiciendo estén!

¡Ó eterna unión, ó división eterna!
¡Ó alianza fraternal, ó guerra á muerte!
¡Eh! ¡decide tú mismo de tu suerte!
Mi postrera palabra es ésta : ¡Ven! —

En la mano convulsa sostenida
Tiene Gonzalo la espaciosa frente.
Cual si agobiara el pensamiento ardiente
La mente con su peso abrumador.
Fijos los ojos en el verde suelo,
Sin ver y sin sentir, está ocupado
Revolviendo en el cérebro abrasado
Del hermano el discurso aterrador.

Y meditó un instante. Luego alzando
La noble frente sobre el cuerpo enhiesto,
Hace brillar en su ademán y gesto
Imponente y severa majestad.
De pie y erguido, en sus radiantes ojos
Dilátase la cóncava pupila;
La frente ostenta cándida, tranquila,
Mientras fulmina el labio la verdad.

GONZALO.

—¿Y hacia dónde he de ir? ¿Quieres llevarme
Á aquel reducto en que descansa ahora
La soñada potencia, protectora
De tu delito horrendo y tu poder?
¡Bien! suponlo; ya estoy entre los tuyos.
Ó vences ó sucumbes en la lucha :

¿Estás vencido? Pues la voz escucha
Del mundo, que maldice hasta tu ser.

¿Estás triunfante? Pues el brazo fuerte
Extiende, manda, recompensa, ordena;
Castiga, si lo puedes; ¡doma, enfrena
Aquella turba que á tus pies está!
La turba de sacrílegos bandidos
Que al resplandor de la incendiaria tea,
En salvaje algazara se recrea
Con esa sangre en que embriagada va...

¡*Tú* levantar á la Justicia un trono!
¡*Tú* vindicando el filïal cariño!
¡*Tú* que en la sangre de inocente niño
Has empapado tu puñal, crüel!
¡*Tú* que la Plata en báquica alegría
Diste al cuchillo y á voraces llamas;
Tú vengador del hombre te proclamas,
Tú que eres un azote para él!

Dí, ¿qué tienen que ver tus bandoleros
Con la venganza que Gaspar reclame?
¿Es por ventura el asesino infame
El que debe á mi padre vindicar?
¡Pues yo te digo que Gaspar reniega
De la venganza bárbara, infelice!
Y desde el cielo, donde está, maldice
Al que intenta su nombre profanar.

Y yo te digo que quien busca ayuda
Para vengar á un padre calumniado,

Ya degenera del valor legado
Por padre á hijo, de uno en otro Oyón;
Y que si el noble hidalgo en este instante
Se levantara de su tumba fría,
Sobre tu crimen, Álvaro, echaría
Su justa, abrumadora maldición.

¿No tuvo padre el inocente infante
Que asaste en el incendio? ¿No tenía
Hijos el magistrado que tu impía
Mano de un golpe y sin razón mató?
¿Conque la humanidad es tu juguete?
¿Conque es tu diversión el sacrilegio?
Tienes de amar al padre privilegio
Tú solo... ¡y ya, por ser tu hermano, yo!

¡Torna la vista, Alvar! ¡Mira tus huellas!
¡Oh! donde quiera que posó tu planta
Hay sangre y duelo... Tu grandeza espanta;
¡Estremecen tu nombre y tu poder!
¿Qué hay en tu campo, Alvar? Sólo asesinos,
Y antropófagos bárbaros, sedientos
De sangre. ¿Y ésos son los elementos
Con que va la virtud á renacer?

Dame hechos, no palabras. Tus delitos
Están contradiciendo la mentira
De esa elocuencia que á tu labio inspira
Un instinto perverso y seductor.
Dame hechos, no palabras. Con traidores
No se lava el honor amancillado,

Ni se reforma el hombre. Tú inmolado
Serás de esos malvados al furor.

Mientras la destrucción rija tu brazo,
Aquella turba vil que se divierte
En medio del incendio y de la muerte
Tendrá tu genio y tu poder por ley.
Mas si quieres fundar, si buscas puerto
Para escapar al piélago infinito
De la maldad, el hijo del delito
Á su interés inmolará su rey.

Roto el encanto que sujeta al hombre
Al poder que por hábito venera,
En multitud sin freno y altanera
Todos ya tras el cetro correrán.
Cual tú, querrán ser reyes, y en perpetua
Sucesión opresores á opresores,
Y traidores infames á traidores,
Y á bajezas bajezas seguirán.

¡Por medios tales elevar pretendes
Con los escombros del imperio hispano
En este mundo nuevo americano
Á la justicia espléndido dosel!
¡Si, el traidor de lealtad dará lecciones,
De lástima y piedad, el asesino,
Y del derecho enseñará el camino
El bandolero bárbaro y crüel!

¡Quien degüella á los párvulos, su ofrenda
De piedad y de amor enviará al cielo;

Quien profana el altar, dará consuelo
Al trémulo ministro del altar!
¡Y así tu sociedad regenerada
Y llena de virtud y bienandanza,
Dejará satisfecha tu esperanza
Y honrada la memoria de Gaspar!

¡Bien! Álvaro, ¡muy bien! ¡Tus foragidos
Van á hacer de la tierra un nuevo cielo;
Tu nueva sociedad será modelo :
La escuela es nueva, santa la lección! . . .
¡No! Jamás el delito regenera;
Que está en el cielo y en la tierra escrito,
¡Ay! ¡que el delito engendrará delito,
La infamia infamia, la traición traición!

Y aunque logres vencernos, nunca, hermano,
Conocerás la paz ni la ventura :
Dolor interminable, honda amargura
Tus hechos y doctrinas brotarán.
Los que á vencer por interés te ayuden
También por interés te harán la guerra,
Y aspirando al dominio de la tierra,
Como calculas tú calcularán.

Y se equivocarán, cual se equivoca
El hombre siempre en su opinión falible;
Y en desorden satánico y horrible,
La ambición empujando á la ambición,
Á la envidia la envidia, el lucro al lucro,
Y el egoismo torpe al egoismo,

La sociedad sin fe, sin patriotismo,
Hervirá en loca, eterna confusión,

En caos espantoso, donde el crimen
Con que pretendes dominar el mundo,
Será tan sólo en crímenes fecundo,
Tanto que de tus obras temblarás.
Y en lugar de juntarse, separados
Los pueblos por la fuerza del delito,
Cada cual contra ti lanzará el grito
Que con tu ejemplo autorizado habrás.

Y en lugar de virtud, el crimen sólo
Del crimen que le engendra renaciendo,
En perpetua cadena irá prendiendo
Al delito el delito, al mal el mal.
Y en lugar de riqueza, la miseria
Será sombra del crimen y su precio,
Y en lugar de poder tendrá el desprecio
Del universo el pueblo criminal.

¡Apóstol del terror! Sueñas en vano:
¡Ay! has de verte debelado, herido
Por el mismo sacrílego bandido
Que tu mano al delito acostumbró.
Escorpión que la prole maldecida
Del crudo seno arroja emponzoñado
Para ser por la prole devorado
Á quien la vida y la ponzoña dió.

Tal eres tú. No pienses que á la lumbre
De sacrílega espada parricida

Cobre vigor la sociedad herida;
Al vicio le corrige la virtud:
La virtud, que redime y no esclaviza,
Que resiste con Fabio y con Leonidas,
Que eleva á las naciones abatidas
Con Sócrates muriendo y con Jesús.

ÁLVARO.

— Aguarda. . . . ¿Qué es virtud?

GONZALO.

— El sacrificio
Del yo por lo demás: el santo olvido
Que hace del hombre calumniado, herido,
Un héroe en el amor y en el perdón.

ÁLVARO.

— ¿Y qué gana con eso?

GONZALO,

— Hacer la dicha
De todas las naciones, que se extiende
Como el ejemplo se propaga, y prende
El bien de corazón en corazón. . . .

¡Ser mártir y hacer bien! Tal es la santa
Ley del linaje humano redentora:

Imitar la paciencia bienhechora
Del que bajó á morir por la verdad.
Eso es virtud : el interés no dicta
De su alto ministerio el ejercicio;
Ella se da á sí misma en sacrificio
Y muere por salvar la humanidad.

¡Oh España! Si en las aras de tu gloria
Nuestras viles pasiones deponemos,
Al bien del Rey y al nuestro atenderemos
Llenando con lealtad nuestro deber.
Así la noble inspiración siguiendo
Con que la fe nos liga á la palabra,
La mutua dicha el patrtiotismo labra
Y así de la virtud nace el poder.

ÁLVARO

— ¡Y aun veneras al Rey!

GONZALO

— Sí, le venero
Como útil y benéfica barrera
Ante la cual se estrella en su carrera,
Para bien de mi Patria, la ambición.
Quítala — y tu derecho y mi derecho,
Y el derecho de todos es el mismo;
La única ley, la ley del egoísmo,
Y el estado normal, la rebelión.

ÁLVARO.

— ¿Y quién premia el dolor de los leales
Que sufren como tú?

GONZALO.

— ¡Dios!

ÁLVARO.

— Del Dios dudo
Que abismado en su gloria, inerte, mudo,
Deja precipitar la humanidad
De delito en delito desbocada,
De servidumbre en servidumbre ciega,
Ó de la duda en sempiterna brega,
Siempre de tempestad en tempestad.

¡Dios! ¡Religión! ¡Deber! De esos fantasmas
Siervos son tus imbéciles hermanos;
Siempre, para oprimirlos, sus tiranos
Invocan Religión, Dios y Deber.
¡Y es *deber* perdonar al asesino,
Besar la mano al déspota sangrienta,
Y humillarse cobarde ante la afrenta,
Y sufrir el baldón, y perecer!

¡Perecer ¡calumniado! Y en la tumba,
Aquel postrero y misterioso asilo

Donde el delito mismo está tranquilo,
Aun no encontrar de la ignominia el fin!
Sobre el frío sepulcro del anciano
Que fué mi padre, la deshonra vive,
Y me rechaza, ó en mi frente inscribe
La marca odiosa que llevó Caín.

Si sufrirlo es deber, ¡venga el delito! . . .
¿Cuál puede ser el medio reprobado,
Si es un triunfo feliz el resultado,
Y si ese triunfo la ventura da?
El bandido y el bárbaro destruyen,
Y quien la libertad busca y promete,
Tiene que usar el destructivo ariete
Que al fiero despotismo aterrará.

Deja, ¡oh Gonzalo! escrúpulos indignos
De tu elevada mente y fuerte brazo;
¡Vence! . . . De la Victoria en el regazo
Hasta los Huilas te verán lucir.
Eres único estorbo en mi camino :
Une tu brazo al mio, y triunfaremos,
Y pueblos y cronistas formaremos,
Prontos á creer y prontos á mentir.

La humanidad es vil, Gonzalo : el hombre
Sólo admira lo próspera fortuna,
La riqueza, el poder . . . virtud ninguna
Alcanza compasión, si es infeliz.
Que venga el antropófago, y entonces
Ya su respeto el hombre no rehusa;

Con la victoria la maldad excusa,
É inclina ante la fuerza la cerviz.

GONZALO.

— ¡Oh piedad! ¡Tus doctrinas estremecen!

ÁLVARO.

— ¡Y la muerte de un padre! . . .

GONZALO.

— Te comprendo :
Pero yo no lo vengo ni defiendo
Con que nos manche un crimen á los dos.
Con eso su deshonra crecería,
Y viera España con los ojos fijos
En los tristes delitos de sus hijos
Más que la ley, ¡la maldición de Dios!

ÁLVARO.

— Venzamos; y el poder nos hará santos.
El mundo teme al que el peligro arrostra
Y vence.

GONZALO.

— ¡Ay, sí! ¡La humanidad se postra
Á adorar el poder, no la virtud!

Sé que al brillo del oro, y al reflejo
De la grandeza, múdanse los hombres,
Y á los delitos dan brillantes nombres
Que engañan á la imbécil multitud.

Porque todo es mentira acá en la tierra :
Nos miente la criatura á quien amamos,
Miéntennos los objetos que miramos,
Nos miente y nos engaña el corazón.
Miéntenos la esperanza que nos guía,
Nos miente la lisonja y nos asecha,
Miéntenos la venganza, aun satisfecha,
Nos miente, aun victoriosa, la ambición.

Y aunque todo es hipócrita mentira,
Y todos la mentira conozcamos,
¡ Ay ! todos la mentira cortejamos,
Por amor — por rencor — por vanidad.
Sólo la Fe se opone á la mentira
Cuando mintiendo el mundo nos aflige :
Ella sola nos alza y nos dirige
Á Dios, única fuente de verdad.

Fué la Fe santa quien habló á mi padre
Cuando, ya al perecer, siendo inocente,
Prodigó generoso al delincuente
El tesoro cristiano del perdón.
Ella fué la que viendo perseguido
Y encadenado al mártir de los reyes,
Inspiróle respeto por sus leyes
É hizo un héroe cristiano de Colón.

Con tan nobles ejemplos ¿qué me importa
Que el hombre adule al vencedor presente,
Si el hombre en su odio y su alabanza miente
Según se lo aconseja el interés?
El poder no es justicia, aunque los hombres
Al vencedor adulen. Yo no quiero
Más favor que el de Dios, y sólo espero
Tener á Dios de amigo, á Dios por juez.

Vale más arrastrar una cadena
Impuesta por la intriga y el delito,
Vale más con Colón andar proscrito,
Que dictar á dos mundos nuestra ley.
So el peso de los grillos duerme y sueña
El justo en libertad: tras la cortina
De púrpura del trono, está la espina
Que oprime y punza el corazón del rey.

Quiero la libertad entre los hierros
Que el mismo Dios solivia y aligera,
No la dorada esclavitud que impera
Rodeada de pompa y vanidad.
Los que sirven al mundo, y se apasionan
Del funesto oropel de su alabanza,
Siguen también del mundo la mudanza
Y malos son si él premia la maldad.

Los que sirven á Dios, en sus verdugos,
En la calumnia vil y sus furores
Ven ignorancia, ceguedad, errores,
Que inspiran, no venganza, compasión.

Buscando á Dios, con libertad al cielo
Se encumbra nuestro espíritu sublime,
Y del delito que á la tierra oprime
Ve con noble desdén la presunción.

Y ante ese Dios cuya piedad imploro,
Sometido á su ley y á su doctrina,
Don Álvaro, mi espíritu se inclina
Anegado en deleite y gratitud.
Ama á tus padres, dice Dios; los amo :
Obedece á tu rey, y le obedezco;
Perdona al que te ofende; y paz le ofrezco,
Y rindo vasallaje á la virtud.

Es la tierra que vió mecer mi cuna,
Sagrada para mí. Tu injusta saña
Ofenda sola á nuestra patria España,
Y de alterar mi fe cese tu afán.
¡Mira esta mano : la señal del crimen
No la ha manchado! ¡Es digna de mi padre;
Digna de sostener á aquella madre
Á quien tus tristes hechos matarán!

Pero tú no la amas, ni te importa
¡Ay! agravar su mísero destino :
De esa madre infeliz el asesino
Tú serás, y baldón de su vejez.

ÁLVARO.

— No, por piedad!... —
Y el hombre empedernido

Sobre la hierba se postró de hinojos,
Y volvió al cielo los llorosos ojos
Y pensó en Dios por la primera vez.

Álvaro.

— Dime que vive aún, y que recuerda
Á este infeliz... ¡Mi madre! ¡Mi María!
Por ahorrarle una lágrima yo haría
Cuanto exigiese en su viudez de mí.
Fué de Gaspar la heroica compañera,
Y yo en el campo, del cañón al trueno,
Al desprenderme del materno seno,
Miré la luz y el atambor oí.

Ella por mí velaba; ella en sus brazos
Mi zozobrada infancia protegía
Del sol abrasador, del aura fría,
Del hambre, del cansancio, de la sed.
Y ayudábame tierna, ora arrojando
La bola grave sobre el verde prado,
Ó ya tendiendo al colorín pintado
Entre las ramas la encubierta red.

Gonzalo.

— Ahora reconozco, amado hermano,
Al hijo de Gaspar y de María;
Sábelo, pues : la anciana en su agonía
Al mar se entrega, y se dirige aquí.

Ya la llama el sepulcro... ¡Oh! ¡no dejemos
De recibir su bendición postrera!
¿Querrás, Alvar, que consolada muera?
Dime, ¿querrás que le bendiga?

ÁLVARO.

— ¡Sí!

CUADRO DÉCIMO CUARTO

EL ESPECTRO.

Es lóbrega la noche: nublo oscuro
De lluvias y relámpagos preñado [1]
Parece haber el mundo sepultado
En abismo de espanto y soledad.
De mi bridón el cuello generoso
Percibo solamente, y el chillido
Por buho misterioso despedido
Al lanzarse en la triste oscuridad.

Los árboles, las piedras y las nubes
Cual temibles fantasmas se presentan,

1 Repetición literal, con las variantes que exigía la diferencia del metro, del principio del poemita « Casimiro el Montañés.» *(El Editor.)*

Y sus formas grotescas me amedrentan,
Y temo al sitio no llegar jamás.
Ya sujeto al corcel y ya le animo,
Y lo tengo otra vez, porque me espanta
En tierra al asentar la recia planta,
Y vuelvo á ver si alguno viene atrás.

¿Esto senda será, camino aquello?
Á cada parte el alazán dirijo,
Y en ninguna persisto ni me fijo,
Y no sé á dónde ni por dónde voy.
Incierto vago por la gran llanura
Que del Quindío cierra la montaña
Y manso el Cauca con sus aguas baña,
Pero no sé ni en qué paraje estoy.

La rápida y escasa luz del rayo
Sólo me muestra el agua cristalina
Que inunda la llanura y la domina
Y borra los caminos por doquier.
¡Y estoy yo solo! ¡Y nadie se presenta!
Vano el clamor, y vano el alarido;
Que al que en tal confusión se halla perdido
¡Sólo el ojo de Dios le puede ver!

Cánsome al fin: del duro peso alivio
Á mi alazán, mi amigo y compañero;
Siéntome sobre un tronco, y aquí espero
Con ansia el sol que ha poco me hostigó;
Y en mis propias memorias embebido,
Entre las mil imágenes del sueño

De golpe vi la imagen de mi dueño,
Y extendí el brazo, y el fantasma huyó.

Llorando desperté; pero abrumada
El alma por contrarios pensamientos,
Para velar faltaron los alientos,
Y volvíme en el sueño á sepultar.
Entonces mil espectros se cruzaron
Ante mi vista, y uno de ellos era
Mayor que todos, y su faz más fiera,
Y ése en mi mal se pareció gozar.

Y se llegó do mi alazán estaba,
Y mirólo primero, y con la mano
Cerrada dióle un golpe á mi alazano,
Y derrumbó del golpe á mi corcel.
El infeliz á mí volvió los ojos
Cual para suplicar que le ayudara;
Mas yo, como si alguno me amarrara,
Sólo con gritos le ayudaba á él.

Y cuando ya angustiado le veía
Entre las duras ansias de la muerte,
Vi una mujer dolida de mi suerte
Llegar, y darle alivio á mi alazán.
Idolatréla, y en su rostro bello
El rostro conocí de mi adorada,
Y largo rato túvela abrazada,
De noble gratitud lleno y de afán.

Entre su dulce seno, confundido
Mucho tiempo me estuve sollozando

Esas formas amadas contemplando
Que fueron ya mi dicha y mi placer.
Su mano angelical me agasajaba,
Y por dolor mis lágrimas vertidas
En los hermosos labios recogidas
Fueron de aquella celestial mujer.

No fué, empero, durable mi consuelo;
Que de repente escucho un alarido,
Y veo entre mi seno sumergido
De mi adorada el rostro angelical :
Entreabierta la boca, las miradas
Fijas, dados al viento los cabellos,
Estúpidos están sus ojos bellos
Y ella cubierta de un sudor mortal.

Vuelvo á mirar la causa de mi espanto,
La descubro, y aférrome á mi amada,
Sin atreverme á echar otra mirada;
¡ Tanto me asusto y sobrecojo yo!
Así permanecimos largo espacio,
Ella asida de mí, yo asido de ella,
Hasta que de valor una centella
El cielo en mí, de lástima, infundió.

Entonces pude hablar. Mi pensamiento
Siempre en mi dulce protectora fijo,
Más que por mí, por ella, me dirijo
Al gran fantasma con incierta voz.
Tiene el pecho de heridas lacerado,
De todas las heridas sangre vierte;

De la triste mujer temo la muerte
Cuando á ella torna su mirar feroz.

« ¡Espectro horrible! ¡horrible! ¿Quién te envía?
Si te ofendí, ¡perdón!... ¡Ah! no, ¡detente!
Hiere al culpado, y deja á la inocente;
Hiéreme á mí que solo te ofendí.
Hiéreme á mí, que idolatrarla supe,
Á mí, que su virtud he profanado...
Ella, ¡por Dios! en nada te ha faltado...
¡Descarga tu venganza sobre mí! »

Él por respuesta ordéname seguirle,
Y tras sí deja emponzoñada huella
De sangre, que las plantas me desuella,
Me despedaza, y llena de dolor.
Pero el crüel en mi dolor se goza,
Y me hace otra señal, yo le obedezco,
Hasta que al fin me rindo y desfallezco
Abrumado de angustia y de terror.

Ni pude hablarle; que mi pecho ronco
Rehusa la expresión al pensamiento,
Y en vano quise huír de mi tormento
El ojo temeroso con cerrar.
Delante tengo el colosal fantasma,
En vano vuelvo la cabeza, en vano,
Y los ojos me cubro con la mano;
No, su imagen no puedo desechar.

Todo es hora silencio : el viento calla,
Y yo no oigo en el mundo otro ruido

Que el fuerte palpitar no interrumpido
De mi pobre afligido corazón.
Ríese el crudo espectro de mi pena,
Y el eco de su horrible carcajada
Retumbar hace en torno la llanada
Cual hórrido estallido de cañón.

Y las dos manos, al reírse, cierra,
De rabia inmensa todo poseído,
Y en el lívido labio enfurecido
El diente agudo clava con furor.
Hiérele el labio el afilado diente,
Y de sangre cuajada gruesa gota
Gélida y negra de la herida brota,
Y él no hace ni un gesto de dolor.

Luego agarrando á la infeliz señora,
Arrástrala al lugar en que he caído
Y mándame sentar, y un alarido
Despide en su iracundo frenesí.
Y mírame el espectro de hito en hito,
Y arranca sus cabellos desgreñados,
Y con los duros brazos descarnados
Empuja la mujer cerca de mí.

Y luego en calma así prorrumpe :
— ¡ Vamos !
Siéntate... allí... y abrázale... te quiere...
Ve, ¡pobrecita!.... Sí, por ti se muere...
Quiérelo bien, y bésale, mujer.
¡Cuán dulce es el amor! También yo he amado...
¿No? ¿no habré amado yo? ¿qué te parece?

Mírame bien... ¿Tu labio así enmudece?
Y con mi amor ¿qué tienes tú que hacer?

Dime, ¿no será dulce ser amado
Cuando uno ama? Y di, mujer infame,
¿Habrá jamás quien como yo te ame?
¿Habrá jamás quien sufra como yo?
Yo á ti te idolatré; yo trabajaba
Por hacerte feliz... Y tú ¿qué has hecho?
¡Sembrar el crimen en mi noble pecho
Que Dios piadoso á la virtud formó!

Eras todo mi bien sobre la tierra;
Yo era feliz, el mundo me quería,
El Eterno en mi amor se complacía,
En el amor que á ti te profesé.
¡Yo era feliz! ¿También tú no lo fuiste?
¿No bendecía el cielo tus caricias?
¿Y tus hijitos, que eran mis delicias,
Di, no bastaron á afianzar tu fe?

— ¡Piedad, señor, piedad! Recuerda al menos
Que la vida de un padre... Yo le amaba...
Esposa me quisiste, fuí tu esclava;
Tu sierva fuí, pero tu amante ¡no!
¿Querías más? ¿Que el corazón te diera,
Cuando otro ya mi corazón tenía?
¡Oh! ¿y un tirano pretender podía
El solo bien que el cielo me legó?

Por tiempo asaz en calabozo estrecho,
Blanco de tu odio y tu feroz venganza,

Mi anciano padre, mi última esperanza,
Al fin salió, pero salió á llorar.
Porque con sus angustias angustiada,
Mi madre en lecho de dolor yacía...
Tal vez el cielo en su piedad quería
Verla en sus tiernos brazos expirar.

Así entre el lloro del anciano esposo
Y el lloro amargo de su sola hija,
Mi madre, su alma en el Eterno fija,
Entre los brazos muere de los dos.
Duraba aún la luctuosa escena,
Cuando llegaste al chozo desolado
Donde el arcángel de la muerte airado
Ministro inexorable era de Dios.

Lleno de orgullo y de poder te muestras;
Burlas, señor, mi pena y mi amargura;
Me hablas, yo no respondo; y aun tu impura
Lengua tenaz me insulta en mi dolor.
Aquel santo dolor que me agobiaba
También te ofende : en orfandad gemía,
Y porque á mi orfandad sólo atendía
Te estremeces horrendo en tu furor.

Y á un anciano amenazas : á ese débil,
Á ese infeliz, desventurado anciano,
Que hace temblar la vista del tirano,
Que no puede á su furia resistir.
Y él, que á su esposa en su desgracia llora,
Me lleva amedrentado al aposento

En que mi madre el postrimer aliento
Á su Dios acababa de rendir.

Y allí, y ante la imagen prosternado
Cuya planta al morir besó mi madre,
Cógela, y dice : « ¡Oh hija, salva al padre!
Y que de Éste el poder te salve á ti ».
Y besó humildemente el Crucifijo,
Y contra el pecho lo estrechó el anciano,
Y con su mano trémula mi mano
Tomó, y helada y yerta la sentí.

Enjugué yo su llanto, y de rodillas
Ante él y ante la imagen que invocaba,
Yo por salvarle me juré tu esclava,
Y fuí tu esclava, mas tu amante ¡no!
Éste me amaba entonce, y yo le amaba,
Pero no le hablé más desde ese día,
No; que si algo mi llanto le decía,
Mi labio siempre en su dolor calló.

Yo te juré de Dios ante las aras
Tu esclava ser, y firme lo he cumplido :
Testigo Dios de que tu esclava he sido;
Testigo Dios de que tu esclava soy.
¡Piedad, señor, del infeliz que llora!
Él nada pudo hacer... que... te ofendiera.
Culpable fuera yo, si culpa hubiera;
¡Pura me encuentras, inocente estoy!

— ¡Pura! ¡inocente! ¡La mujer que impía
Enfureció al esposo!... ¡Y está pura!

¡Maldecida mujer cuya hermosura
Inquietudes sembró en mi corazón!
¡Y cuánta iniquidad! Mis hijos eran
Y tus hijos también; y tú, señora,
Amaste á otro, y á otro amas ahora,
Y á mí no me otorgaste ni el perdón.

Sí, porque tú le preferiste á ellos :
Eran hijos tan sólo, y yo era esposo;
Nuestra felicidad, nuestro reposo,
Con tal de amarle, poco te importó.
Y tuviste razón; ¡es tan gallardo!
Y ellos eran mis hijos, mi consuelo,
Y me los daba la piedad del cielo,
¡Y con razón su madre los odió!

Mas pregúntame ahora qué se han hecho :
Yo los llevé allá arriba á las montañas;
Que eran fruto pensé de tus entrañas
Y los aborreció mi corazón.
En vano en sus caricias inocentes
Me quise complacer : todo era en vano;
Que el pensamiento crudo é inhumano
Al verlos, inflamaba mi pasión.

Y tú tienes la culpa. Si no hubiera
Yo de tu fe dudado, aquí estarían.
Pero ¡ay! que mientras ellos me reían
Parecíanme fruto de otro amor.
Y sucedió una tarde que, llevando
En brazos al menor de mis hijitos,

Los otros dos me echaron los bracitos
Como sobrecogidos de temor.

Volviendo á ver noté que una serpiente
Iba jugueteando por el prado,
Y entonces el mayor todo asustado,
« ¡ Ay ! » gritaba : « ¡ defiéndeme, papá ! »
Y yo no le atendí, y él se echó encima
De la serpiente, y la cogió en la mano;
Hincóle el diente el animal tirano,
Y él ya sólo gritó : « ¡ Mamá, mamá ! »

Y tú, dura mujer, tú no escuchabas
Los clamores que un hijo despedía;
Y la que él invocaba yo sabía
Que se gozaba en verme padecer.
Sin poder dar alivio al inocente
Le hice comer las hierbas que encontraba,
Y él á la madre siempre preguntaba,
¡ Y amaba á otro la infernal mujer !

Mi pobre hijo murió. Yo enfurecido
Ya no vi, no sentí, no me movía,
Como una piedra en mi aflicción me hundía,
Sin gemir, sin llorar, sin respirar.
¡ Ay ! al tornar en mí vilos á todos
Muertos, fétidos ya, despedazados
Sus miembros por el suelo dispersados,
Y su sangre en las rocas relumbrar.

Me estremecí : la vista oscurecida
Á cubrir fuí con mano acelerada,

Y al retirarla la noté manchada,
Sucia de sangre ¡oh Dios! mi mano vi.
Y mis ojos del miedo se cerraron,
De ellos huyó la sanguinaria mano,
¡Y de mis hijos el verdugo insano
En mí mismo, mujer, reconocí!

Yo mismo los maté; yo fuí, yo propio,
De mi estirpe inocente el asesino,
Y aun al dolor la altiva frente inclino,
Aun venzo y sobrevivo á mi aflicción.
Yo los así en un rapto de locura,
Yo los despedacé contra las peñas...
Y ya, mujer, no quedan ni las señas
De nuestra siempre maldecida unión.

¡Yo los maté, yo!... ¡Carlos! ¡Sinforoso!
¡Pepe, hijo del alma idolatrado!
¡Pepe mío, infelice cuanto amado,
La vida te robó tu genitor!
¡Pepe querido! Sinforoso! Carlos!
Carlos mordido fué de la serpiente,
Y á Sinforoso tierno é inocente
Muerte le dió mi mano... ¡Horror! ¡horror!

Y murieron los tres... Yo no los hallo...
¿Vivirán? ¡Oh Dios mío! ¿qué se han hecho?
¿En dónde están los hijos de mi pecho?
Tan amados... tan lindos... ¿Dónde están?
¡Mujer! ¡mi bien! ¡señora!... No responde.
¡Mira! ¡responde!... Ya también se ha muerto.

¡Alza! ¡despierta!... Está el cadáver yerto.
¡Oh, si hasta mis palabras matarán!

— La mató tu venganza abominada.
Mira, mírala allí; que allí está ella:
La madre de tus hijos es aquélla
Que exánime por ti delante ves. —
Dije, y no pude más, porque tremendo
Descarga sobre mí la dura mano;
Pero salta brïoso mi alazano,
Y, el golpe al recibir, muere á mis pies.

Quiso Dios que yo entonces despertase
Y que el velo fatal se rasgue ahora:
¡Ay infeliz del que á mujer adora
Que á otro el Eterno en sus decretos dió!
¡Ay infeliz del que á piedad movido
Llama de amor antiguo resucita!
¡Ay infeliz del pecho que palpita
Por un bien que la suerte le robó!

FIN

ÍNDICE

Págs.

NOTICIA BIOGRÁFICA I

POESÍAS VARIAS

El Viernes Santo 3
Te quiero. 7
Después de siete años. 11
Me ausento 13
Á Beatriz 19
¡Me voy! 22
Á la señorita Dolores Argáez después de un Baile. . . 28
Á las Heroínas de Bogotá. 31
Vanitas Vanitatum et omnia Vanitas. 33
Casimiro el Montañés 37

POESÍAS ESCRITAS EN ÁLBUMES

Nunca te hablé 47
Entre Flores. 49
Serenata 52
El Edén del corazón. 55
En el álbum de la señorita María Josefa Argáez. . . . 59
Al partir 61
En el álbum de la señora Ana Orrantia de Francisco. 62

POESÍAS POLÍTICAS

Págs.
Escenas Democráticas 65
Estoy en la cárcel. 84
Al Congreso Granadino 101

GONZALO DE OYÓN

Introducción 109
Preludio 133
Cuadro I. — Pubenza 136
II. — La Nueva Patria 149
III. — El Traidor 158
IV. — El Pirata. 164
V. — El Mapa. 173
VI. — El Juramento. 185
VII. — El Ermitaño 194
VIII. — La Carta. 203
IX. — El Caballo. 211
X. — La Visión 220
XI. — La Oración 249
XII. — Espada á espada 259
XIII. — La Disputa 271
XIV. — El Espectro 307

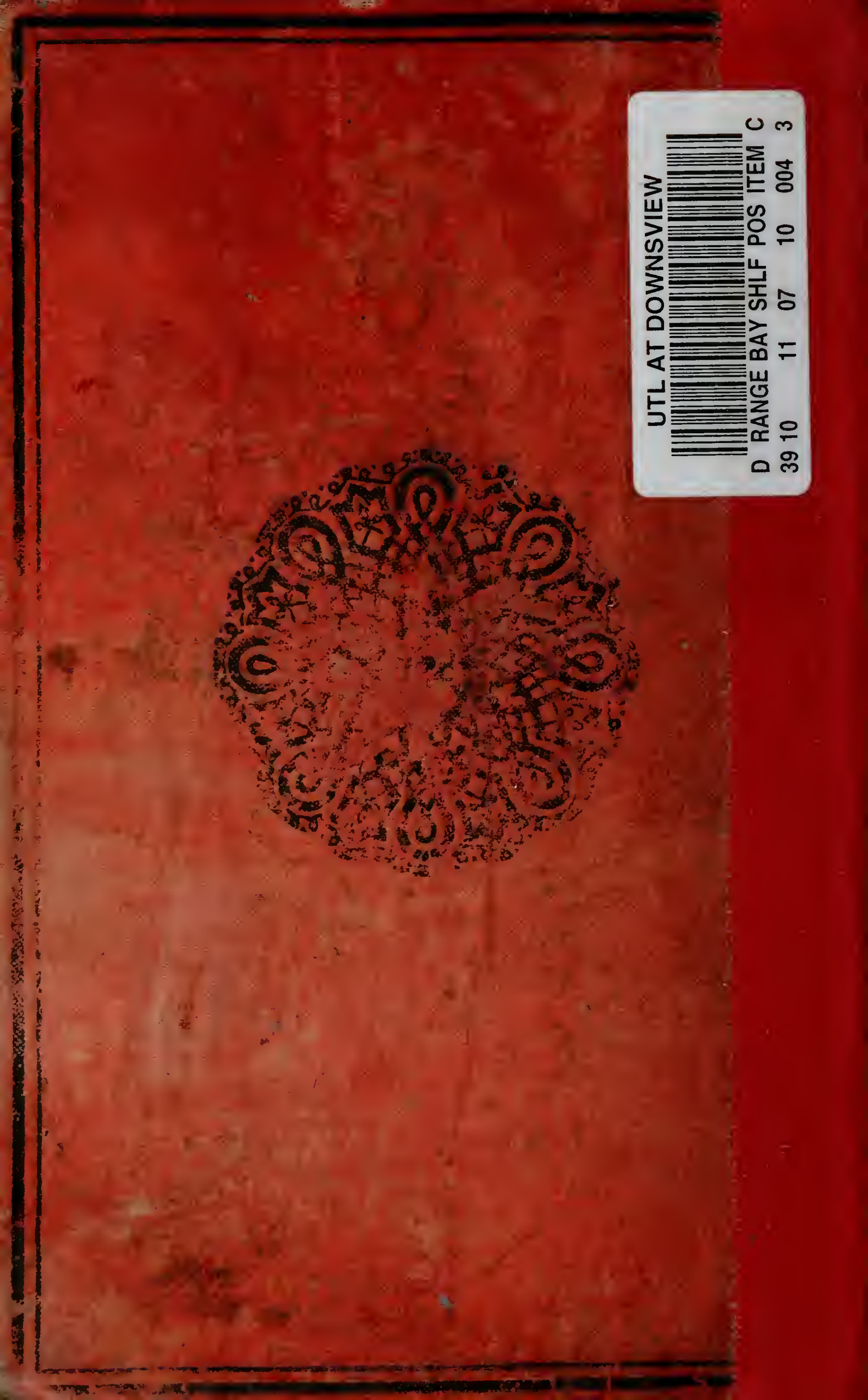
PARÍS. — TIP. DE GARNIER HERMANOS.

PQ
8179
A8A17
1890

Arboleda, Julio
Poesías

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 07 10 004 3